
LUISA
MARÍA
LINARES
PONGA
UN TIGRE
EN SU
CAMA
Detrás del glamour de Marbella,
se esconde un secreto mortal...
y un amor inesperado.
SAGA
EGMONT


LUISA
MARÍA
LINARES
PONGA
UN TIGRE
EN SU
CAMA
Detrás del glamour de Marbella,
se esconde un secreto mortal...
y un amor inesperado.
SAGA
EGMONT

Luisa María Linares

Ponga un tigre en su cama

NOVELA

Saga

Ponga un tigre en su cama

Cover image: Midjourney
Copyright © 1983, 2025 Luisa María Linares and Saga Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788727295442

1st ebook edition
Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrievial system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser. It is prohibited to perform text and data mining (TDM) of this publication, including for the purposes of training AI technologies, without the prior written permission of the publisher.
This work is republished as a historical document. It contains contemporary use of language.

www.sagaegmont.com
Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark’s largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

Vognmagergade 11, 2, 1120 København K, Denmark

I

El conductor del coche negro indicó a su taciturno compañero, mostrándole el coche gris que les precedía:

—Se ha dado cuenta de que le seguimos.

—Eso no va a facilitarnos la tarea.

Tratando de dominar el temblor de sus manos, el hombre que conducía comentó con rabia:

—Nunca pensé que fuese una tarea fácil. El tipo se las sabe todas. Ha pasado ya por muchos trances como éste. Por primera vez ha cometido la indiscreción de salir solo...

—...y de darnos una oportunidad. Aprovéchala antes de llegar a Marbella.

La lluvia abundante dificultaba la visión. El limpiaparabrisas apenas podía cumplir su cometido, y en el interior del coche la tensión aumentaba.

—Déjale que doble aquel recodo, y luego acelera. Hay un peligroso despeñadero sobre el mar. Ése será el final de su viaje.

Al acelerar, el agua de los charcos se alzó como una catarata a ambos lados de las ventanillas.

—Tantos meses sin llover, y hoy precisamente tenía que caer esta tromba de agua.

—Quizá sea mejor así. Esta carretera suele estar enormemente frecuentada, y gracias a la lluvia no se ve un alma. ¡Vamos! Date prisa. Acorta la distancia. No estamos aquí para darle escolta, sino para eliminarlo.

El hombre perseguido pisó también el acelerador, sin conseguir aumentar la distancia entre los dos coches. Se había dado cuenta de la persecución al atravesar Torremolinos, pero creyó haberlos despistado.

«Me confié demasiado —pensó, furioso consigo mismo—. en la playa. Interesante. Con piernas largas y bonitos senos.

—¿Peligrosa...?

—Sólo en cierto modo: es guapa, la condenada.

II

La chica guapa de las piernas largas se despertó aquella mañana tratando de recordar qué cosa horrible le había sucedido la noche anterior que la obligara a dormirse llorando.

Naturalmente, en seguida recordó.

La infidelidad de Greg.

Greg pillado in *fraganti* con Natalia en sus brazos.

Una escena horripilante, cuyo dramatismo ella misma aumentara con su intempestivo ataque de nervios. La única del terceto que había perdido la serenidad. Los otros dos supieron conservar la sonrisa cínica mientras les cubría de invectivas.

Componiendo sus indiscretas ropas desordenadas, Natalia había comentado, con su tonillo de mujer superior:

—Estás fuera de juego, Malén. Estas cosas carecen de importancia. Greg y yo estábamos pasando un buen rato, sin más complicaciones. Nunca creí que lo vuestro fuese nada serio... Pero... ¡ahí lo tienes!... ¡Es todo tuyo!

Lo cual acabó de enfurecerla por completo.

Se incorporó en la cama, dando un quejido. «¿Qué atrocidades les dije?», trató de recordar. Frases amargas y humillantes, para intentar olvidar que la humillada había sido ella. Para no darse demasiada cuenta de que había perdido a Greg, el hombre con quien hiciera planes para el futuro. Su compañero inseparable desde que llegara a Marbella, seis meses antes. Pero... ¿había sido suyo alguna vez...?

La frase de Natalia le dolía porque conscientemente había puesto el dedo en la llaga: «Estás fuera de juego, Malén...»

Sí. Lo estaba. En medio de aquella *jet society* internacional de Marbella, entre la que por causa de su trabajo se movía, sus puntos de vista, un poco

austeros, quizá resultaban anticuados. Sin embargo, estaba segura de que, en un principio, aquello era lo que había conquistado a Greg.

¿Conquistado...? Se rió de sí misma. Una risa desconsolada y profundamente triste. Más triste de lo que quería reconocer. Se había hecho ilusiones, a las que le costaba trabajo renunciar.

Greg fue su primer y único amigo en la ciudad. Desde su casual encuentro en un «chiringuito» de la playa cuando él volcara accidentalmente una botella de cerveza sobre la mesa ante la que estaba instalada. Para fanfarronear, Greg le dijo después que lo había hecho a propósito, porque llevaba dos días buscando una excusa para aproximarse a ella. Pero Malén no lo creía del todo.

Comenzaron a hablar... y continuaron hablando durante seis meses. Casi siete desde que tomara la decisión de instalarse en Marbella, para estar junto a él, en vez de continuar en Málaga haciendo sus prácticas de fin de carrera en «El Matinal», el diario más popular de toda la región. Como las prácticas concluyeran y Malén estaba pendiente de que le prolongasen el contrato, cosa que aún no había ocurrido, se instaló en una pensión familiar, demasiado cara para sus finanzas, pero que le permitía estar en contacto casi permanente con Greg.

Y, para colmo, Greg le ofreció un trabajo en su propia empresa. En la empresa en la que él trabajaba y de la que era director, pero que en realidad pertenecía a Natalia Cobos, una viuda joven que, según los murmuradores, estaba protegida por un riquísimo armenio residente en la cercana y elegante Guadalmina. Malén fue admitida como «relaciones públicas», título que abarcaba una gran variedad de cometidos. Se trataba de una agencia de compra y venta de terrenos y de fincas, de alquiler de casas y apartamentos, e incluso recientemente y gracias a los millones del armenio se organizaba como empresa constructora. Esto había dado un gran empuje a las finanzas de Greg, quien cambió su coche *Seat* por un *Mercedes*.

Malén aceptó aquel empleo por ser compatible con las crónicas semanales que enviaba a «El Matinal» y se entregó con entusiasmo al nuevo trabajo, que tan pronto la obligaba a acompañar a extranjeros en busca de la finca de sus sueños, como a pergeñar contratos de alquiler o a intervenir entre clientes y fontaneros con motivo de alguna inundación por

descuido... Consiguió hacerse nuevos amigos entre los clientes que la invitaban a cenar en los lujosos *palaces* o le lanzaban un S O S para que les buscara una *baby sitter* que guardara sus niños por las noches.

Era divertido... y tenía a Greg en las horas libres, el fascinante Greg, el hombre más interesante de la Costa del Sol.

Con su natural modestia, aumentada por el hecho de que sus dos hermanos creían estimularla sacándole toda clase de defectos, al verle había pensado:

«No es posible que un hombre así se haya fijado en mí.»

Pero, en verdad, «EL HOMBRE ASÍ» habíase fijado. Y se apoderó de su voluntad. La paseó por toda Marbella, presentándola como a «mi chica», sin que Malén se parase a pensar en el alcance que los demás pudieran dar a aquella frase.

Ser la chica de Greg resultaba excitante, incluso a veces locamente divertido, ya que aparte la vida de trabajo, la arrastraba hacia un estrato social en el que la imaginación y la audacia, además del dinero, estaban a la orden del día.

No perdió la cabeza, sin embargo. Las severidades de su padre, el almirante Rey, que ahora vivía en Bélgica tras un nuevo matrimonio, marcaron mucho su vida. Con Greg se limitó a hacer proyectos para el futuro.

—Algún día... nosotros...

Incluso existía «La Casa Rara».

De común acuerdo habían dado ese nombre al chalé alzado junto al mar, muy cerca de la nueva casa que en la actualidad habitaba Malén, a pocos kilómetros de Marbella, en pleno campo. Le fue preciso refugiarse allí porque en la pensión marbellí los precios aumentaban cada quince días y particularmente en verano, durante el asalto turístico. Estaba, en realidad, muy contenta de haber encontrado aquel refugio en el campo, en una casa familiar en la que era cariñosamente tratada. Con su *Vespa* salvaba las distancias, y para las fiestas elegantes disponía del coche de Greg.

«La Casa Rara» estaba a cargo de la «Agencia C. L. A. N.», en la que ambos trabajaban, con objeto de ser alquilada o vendida. Resultaba rara porque sus variados propietarios habían ido añadiéndole alas y terrazas, sin

pensar demasiado en la estética, y, para colmo, la pintaron de color rosa. Alguien había añadido en la entrada una galería con columnas, que obligaba a recordar la película *Lo que el viento se llevó.*

—¿No crees que una pareja podría ser feliz aquí? —había dicho Greg.

Y ella se atrevió a contestar con energía:

—Una pareja enamorada puede ser feliz en cualquier parte.

Lo que tuvo la virtud de obligar a Greg a recoger velas y a fantasear sobre un futuro «lejano».

—Sí... Algún día tendré que sentar cabeza y... Trataremos de que nadie la compre, ¿sabes...? En cierto modo... nos la reservaremos. No se la enseñes a los clientes como no sea para alquileres breves.

Y Malén obedeció. «La Casa Rara» se convirtió en su delicioso secreto. En su maravilloso porvenir. Allí estaba, firme como una atalaya frente al mar.

Malén decidió llevar siempre las llaves en el bolsillo, como si de ese modo su futuro estuviera a salvo. Su futuro junto a Greg.

Pero Greg era un hombre frívolo, como el ambiente que le rodeaba. Y el recelo de Malén sobre sus posibles relaciones con Natalia, la socia capitalista de «C. L. A. N.», resultó fundado. Sin duda, a ambos les convenía no despertar las sospechas del rico armenio que protegía a Natalia. La nueva empleada les sirvió de tapadera. A Greg le gustó la novedad, una recién llegada que resultaba imponente en *bikini,* una cara nueva que podía exhibirse ante los amigos y despertar su envidia y su curiosidad.

—¡Vaya, Greg! ¿De dónde has sacado esa monada?

Un papel estúpido para ella, que siempre se sentía incómoda ante las miradas que Natalia dirigía a Greg. Era difícil disimular una pasión. Ahora, tras la escena nocturna, sabía a qué atenerse. Al menos en lo que se refería a Natalia. Ignoraba si Greg sería capaz de amar a otra cosa que a sí mismo.

«Tendré que contárselo a mis mellizos —pensó, como solía hacerlo siempre, asociando el recuerdo de sus hermanos con todo cuanto le ocurría —. Será preciso anotarlo en el LIBRO.»

Al separarse, meses antes, habíanse prometido que cada uno de ellos anotaría en un libro todas las cosas importantes que les sucedieran. Cada

tres meses harían un intercambio de libros, para enterarse minuciosamente de lo que ocurriera.

Como solían decir, «somos la tercera parte de un todo».

Los trillizos Rey, cuya venida al mundo costara la vida a su pobre madre y convirtiera la existencia de su padre en un serio problema. Embarcado siempre como oficial en algún buque de la Escuadra, se encontró de la noche a la mañana viudo y con tres criaturas con las que no sabía qué hacer.

Algún periódico de la época había comentado el caso, fotografiando a los tres bebés llorones, colocados sobre una cama: «Los trillizos del comandante Rey».

Como solía decir Fernando, uno de sus hermanos, aquello de ser trillizos les producía un complejo circense. Resultaba absolutamente ridículo. Y Juanjo dibujó en cierta ocasión un cartel en el que los tres aparecían con mallas de trapecistas, en posturas grotescas.

«Los Trillizos Rey. Los mejores acróbatas del mundo.»

Tuvieron una infancia agitada, en diferentes colegios, en distintas bases navales, bajo la vigilancia de una severa prima lejana que acudiera a gobernar la casa del comandante. La pobre Mariana, que murió pocos años antes, no escatimaba el rigor, aunque sí la ternura. Su seco corazón de solterona frustrada nunca supo infundir calor a aquel trashumante nido.

Los años habían pasado de prisa, y el comandante Rey era ahora un almirante recién retirado que de pronto decidió casarse con una agradable señora belga y residir en un *château* cerca de Las Ardenas. Los trillizos eran cortésmente invitados a acudir al castillo siempre que quisieran.

El complejo de circo se había disipado, pero nunca la sensación de ser «la tercera parte de un todo». El treinta y tres con treinta y tres por ciento de aquel ser humano llamado Malén-Fernando-Juanjo.

Tardó en darse cuenta de que los tres hombres anclados en su vida necesitaban volar. Fue un descubrimiento amargo, que deshizo el nido como en un relámpago. Adivinó que el almirante deseaba casarse. Y que sus dos hermanos tenían que seguir sus destinos. Fernando se hallaba ahora en África del Sur, gozando de su primer empleo en el Cuerpo Diplomático. Juanjo realizaba prácticas de cirugía en un importante centro de los Estados

Unidos. Ella, acabada su carrera en la Escuela de Periodismo, hizo sus prácticas en Málaga.

Y conoció a Greg.

El hogar del almirante Rey se deshizo.

Malén no disponía de más casa que aquella habitación en la que acababa de abrir los ojos tras una noche de pesadillas.

Si no se hubiese dejado la cámara fotográfica en un cajón de su escritorio, no hubiera tenido que volver a la oficina a una hora inadecuada, cuando todo estaba cerrado... y, según creyera infundadamente, vacío.

Necesitaba la cámara... y tenía una llave de la agencia. Entró sin hacer ruido..., y allí estaban Greg y Natalia en el mejor de los mundos.

Debió de ser también horrible para ellos ser pillados en tan indiscreta situación. Hubiera sentido ganas de reír... de no sentir a la vez ganas de llorar. Se limitó a dar media vuelta, insultando a Greg con furia y lanzándole a la cara las llaves del despacho, dando por hecho el que nunca más volvería a aparecer por allí.

De golpe se había quedado sin novio y sin empleo. Apretó los dientes y ocultó su rostro entre las manos. No quería volver a llorar. Oía en el pasillo el tintineo de la bandeja del desayuno que una de las amables patronas se empeñaba en servirle diariamente en la cama. Lo mismo le daba ver aparecer a la tímida Maribelina que a la fogosa Tomasita «la Gorda», llamada así por todo el mundo y aceptado por ella de buen grado. En los pueblos andaluces, todo el mundo soportaba un mote que se heredaba de padres a hijos.

Fue una suerte encontrar aquel alojamiento en pleno campo, lejos del turismo y de la sofisticada vida de Marbella. La casualidad se lo ofreció durante una tarde en que paseaba a solas con la moto. La casa se recostaba en la colina y tenía dos pisos, con ventanas y rejas andaluzas muy repintadas de blanco. En su parte delantera, un jardincito con perfumadas madreselvas y rosados geranios trepadores. Se llamaba «La Siempreviva», y en el primer momento le pareció triste aquel nombre de flor de cementerio. Luego se enteró de que su antigua propietaria, que llegara hasta los cien años, lo bautizara así, aunque, al final, la pobre se muriera como

todo el mundo. La casa fue heredada por sus dos nietas, que eran primas y no hermanas.

Maribelina habíase casado recientemente, a sus cuarenta años, cuando ya creía que jamás pescaría un marido. Estaba contentísima con su nuevo estado, aunque Currito le daba mucha guerra. Era un malagueño de poco más de treinta años que sin duda viera el cielo abierto al conocer a una solterita bien acomodada como Maribelina y con un corazón rebosante de amor. Currito no era demasiado aficionado a trabajar. Cambiaba de empleo como de camisa, y tan pronto se le oía llegar a casa armando un estrépito infernal conduciendo una hormigonera en la que se empeñaba en sacar a pasear a su esposa y a la prima, como actuaba en un cuadro flamenco en cualquier «tablao» de mala muerte o toreaba en las capeas de las fincas de los ricos, para deslumbrar a los forasteros. En la actualidad decía ser «ayuda de cámara» de un americano, cuyo yate estaba anclado en Puerto Banús.

Malén le catalogó en seguida como un tipo muy fresco y muy simpático, dispuesto a hacer favores a todo el mundo. La pobre Maribelina estaba celosa de los contactos de Currito con las turistas extranjeras. A menudo se oía discutir al matrimonio y lloriquear a la recién casada llamándole desalmado.

Tomasita «la Gorda» merecía capítulo aparte. Era una gorda casi cuadrada, pero ágil y frescachona, con una lengua acerada a la que sus primos temían y respetaban. Vivían juntos, puesto que la casa era de las dos primas, pero Tomasita no aceptó con demasiada alegría la boda de su parienta y mucho menos la presencia de Currito, que la pinchaba con sus bromas hasta sacarla de quicio. Le dolía su soltería, pero fingía abominar de los hombres, a los que consideraba perversos tigres. Su eterno estribillo, con el que solía acabar sus conversaciones, era: «...las mujeres, cuando se casan, creen que meten un gatito cariñoso en la cama, pero lo que han metido es un tigre...»

Y tras dirigir una mirada rencorosa a la pobre Maribelina, se alejaba sonriendo, dejando que su prima luchara con su tigre particular.

Al instalarse en «La Siempreviva» y ser cuidada amorosamente por las dos, Malén tuvo la sensación de encontrar un hogar. Para colmo, le costaba

mucho más barato que la pensión de Marbella, lo que suavizó las incomodidades de la distancia.

El piso alto de «La Siempreviva» estaba alquilado a un señor anciano, un tipo huraño y reservado a quien ambas mujeres apodaban «El Caso Perdido». Llevaba casi un año instalado en la casa y jamás salía de allí. Era un médico de Madrid que durante el verano anterior perdiera a su esposa en un accidente de automóvil. A partir de lo cual se enclaustró en «La Siempreviva», dejándose cuidar por Maribelina, que se fatigaba menos que Tomasita subiendo las escaleras.

Por estar la casa apoyada en la colina, el piso superior disfrutaba también de un pequeño jardín independiente, que no comunicaba con el de abajo y al que el viejo se dedicaba con alma y vida. Sólo le acompañaban dos perros pequeños, a los que Malén oía ladrar de tarde en tarde y que, según decían, había recogido al encontrarlos abandonados y atados a un árbol.

—¿Y qué hace allí solo durante todo el día? —se atrevió a preguntar Malén a poco de instalada en «La Siempreviva».

—Escribe..., lee..., trabaja en el huerto, o se queda inmóvil mirando las cosas. Tiene las mejores berenjenas, los mejores calabacines y los más hermosos rábanos de la región. No cabe duda de que es buen agricultor.

—¿No baja nunca a Marbella...?

Maribelina agitó negativamente la cabeza, llena de bigudíes. Desde su boda vivía pendiente del peinado, que variaba casi a diario, para que Currito la mirase a ella en vez de a las turistas.

—Jamás, a no ser que lo haga por las noches cuando yo estoy dormida.

—Como «Jack el Destripador»... —sugirió Malén.

Maribelina contuvo un sobresalto.

—No me ponga la carne de gallina, que soy muy asustadiza... Ese pobre viejo no puede hacer daño a nadie. Lo único que ocurre es que no habla.

—¿No habla...? ¿Y por qué...?

Maribelina se encogió de hombros.

—No tendrá nada que decir. Está siempre con el ceño fruncido y los labios apretados. Mi marido cree que...

Lo que Currito creyera no le interesaba a Malén, y ya no escuchó el final de la frase. La pobre Maribelina no sabía hablar más que por boca de su cónyuge.

Aquel día fue Tomasita «la Gorda» la encargada de entrarle el desayuno. Lo hizo con gran estrépito, como de costumbre, subiendo la persiana despiadadamente, hablando casi a gritos y lanzando risotadas sin que viniera a cuento.

—¿No quería usted lluvia, señorita Malén? Pues aquí la tiene. Y más de la que pueda usted soportar.

No había conseguido que la llamaran Malén a secas, y tenía que aguantar aquel respetuoso «señorita Malén» que ambas primas le daban.

—¿Lluvia...? ¿Ha dicho lluvia?

—Sí, y no ponga esa cara tan triste. ¿Qué le ocurre? ¿Le duele la cabeza?

—Muchísimo. Pero me alegra que llueva.

—Le traeré una aspirina. Eso la recompondrá... La oí volver muy tarde... No se puede trasnochar tanto. Cuando llegue usted a mi edad va a tener arrugas en la cara. En cambio, míreme a mí. Fresca como una manzana. Me acosté a las diez y dormí como una bendita.

Malén saltó de la cama y contempló el húmedo paisaje a través de los cristales.

—Es una suerte que llueva... Podré hacer las fotos para mi libro.

—¿No irá usted a la agencia esta mañana?

—Voy a tomarme unos días de vacaciones.

—¿De veras? —Tomasita la miró escrutadoramente. No tenía un pelo de tonta—. Hará usted muy bien. De vez en cuando conviene hacerse la dura con los hombres. Y, con permiso de usted, le diré que ese Gregorio que la acompaña es un tipo muy pinturero—. Dio un sorbetón—. Y yo sé lo que me digo... Los hombres... auténticos tigres. Tómese el café antes de que se enfríe. Y coma todo lo que le he traído. Empieza usted a estar flaca y ojerosa. Le he preparado también un paquete de merienda por si quiere comer fuera. Hoy es nuestro día libre y pensamos pasar la tarde en un «bingo» de Torremolinos. Curro volvió ayer de madrugada a medios pelos,

y, en venganza, Maribelina vendrá conmigo a divertirse en el «bingo». Hay que dominar al tigre antes de que el tigre la devore a una.

Bien hecho. Malén se había dejado devorar por el tigre, y ahora sufría las consecuencias. Bebió el café y comió una tostada por complacer a Tomasita. Guardó el paquete de la merienda en la bolsa de los aparejos, llamada así porque había servido a un tío de Maribelina para llevar sus aparejos de pesca y generosamente se la cedieron para meter en ella su cámara fotográfica y todos los trebejos necesarios. El director de «El Matinal» de Málaga, con el cual trabajara varios meses, era un gran amigo suyo y le había encargado la preparación de un libro que pensaban titular *Marbella... bella en invierno,* con objeto de intensificar el turismo invernal. Los textos ya estaban preparados y sólo faltaba incluir una docena de fotos que mostrasen las bellezas de Marbella bajo la lluvia.

Pero llevaban varios meses de sequía, y la llegada de la lluvia era una excelente noticia.

Dedicaría toda la jornada al trabajo, y así descargaría un poco su amargura, olvidando la existencia de Greg y la voz despectiva de Natalia diciéndole: «¡Ahí lo tienes! ¡Es todo tuyo!»

¡Qué tonta había sido al pensar que un hombre como aquél pudiera aceptar un noviazgo romántico y unas costumbres morales de las que él se burlaba!

Un amor romántico en aquella Marbella disipada, donde la palabra «amor» sólo significaba cualquier cama en la que pasar un rato.

Mientras se duchaba trató de pensar en lo que podría hacer en el futuro, pero no consiguió llegar a un acuerdo consigo misma. ¿Volver a Madrid y buscar nuevo empleo en algún periódico? Sería difícil. Además, encontrarse sola en la ciudad en la que viviera rodeada del cariño de sus tres hombres le parecía imposible de soportar.

¿Continuar en Marbella, exponiéndose a tropezar con Greg por todas partes...?

Tenía algún dinero en el banco. El almirante le enviaba de vez en cuando generosos cheques, aunque ni él ni su nueva esposa fueran demasiado ricos. Los había guardado y le bastarían para resistir hasta que encontrara un

nuevo empleo. También el libro le produciría algún dinero, que sería bien venido.

Se vistió con un pantalón y un jersey y cogió el impermeable. Llovía cada vez con más fuerza y estaba oscuro. Quizá tuviera que utilizar el *flash.*

Metió todo en la bolsa de los aparejos y se despidió de las dos primas, que se preparaban también para su día de asueto. La pobre Maribelina seguía los consejos de su prima con cara de mártir.

—Demuéstrale a ese fresco que eres capaz de divertirte sin él.

—Pero... si no soy capaz...

—Cállate, desgraciada. Si te oye, no tendrás salvación. Serás su esclava toda la vida.

—Yo le quiero...

—¡Silencio! Que nunca lo sepa... Decírselo es como si te ahorcaras.

Salió fuera y cerró la verja del jardín, que ya no chirriaba, porque el taimado Currito la había engrasado para que no se enteraran de la hora en que regresaba por las noches.

La lluvia la azotó con fuerza. Sería una bendición para el campo, después de tanta sequía. Y una bendición para ella, que podría entregar el libro concluido.

Las retamas y los brezos exhalaban un olor estimulante. Toda la hierba, empapada, enviaba ramalazos fragantes, que también llegaban desde el mar: sal y yodo, rumor de fuerte oleaje, algas abrasadas que recobraban vida y perfume. El agua, sin los reflejos del sol, parecía de un gris plomizo.

Caminó hacia abajo por la ladera, tratando de no escurrirse sobre la hierba. Tomó varias fotos desde aquel ángulo que abarcaba la carretera con algunos edificios blancos, pequeños, que en su mayoría eran restaurantes y bares, cerrados durante el día. Por las noches se abrirían y dejarían escapar su olor a buenos guisos y el rasguear de guitarras que daba inicio a la juerga. El ritual de la Costa del Sol: LA JUERGA.

Apenas circulaban coches por la carretera. En su mayoría, camionetas transportando alimentos. La lluvia imprevista parecía dejarlo todo paralizado, como si el bullicioso paisaje habitualmente soleado hubiese sido tocado por una varita mágica.

Siguió bajando y sacó otra foto de una gran palmera chorreante. Le gustaban las palmeras y su erguida dignidad. Sentada sobre una roca, puso un nuevo rollo en la máquina. Abajo, sobre el asfalto, un solitario cochecito gris apareció tras el recodo. Marchaba a gran velocidad y en su carrera levantaba nubes de agua a ambos lados de las aletas. Hacía pensar en una pequeña canoa luchando contra el temporal.

Tiraría una nueva foto con el patético cochecito luchando contra los elementos.

Llegaba otro coche detrás, a gran velocidad también. Un enorme coche negro, que parecía querer devorar al gris o desafiarle a una absurda carrera. David y Goliat en lucha desigual.

Tomó nuevas fotos mientras su subconsciente le decía que aquellos conductores estaban locos. Iban a matarse en su carrera desenfrenada sobre la empapada carretera.

Casi segura que no la oirían, les gritó:

—¡No sean estúpidos! ¡Van a matarse...!

Pero se calló, asustada, porque el automóvil negro, que había conseguido alcanzar al otro, le propinó un terrible topetazo y le obligó a zigzaguear hacia el borde del acantilado.

Inaudito. Si no conseguía enderezar el volante, el coche pequeño rodaría sobre las rocas y caería al mar.

Haciendo portavoz con las manos, gritó:

—¡Basta! ¿Están locos?

Al parecer, lo estaban. Tomó otras varias fotos y luego trató de seguir bajando, escurriéndose sobre una peña y quedando bruscamente sentada.

El coche negro, otra vez situado al nivel del gris, dio una nueva y feroz embestida.

—¿Pretendes matarle...? —gritó, dándose cuenta de la realidad.

Ciertamente, aquélla era su pretensión. No se trataba de ninguna broma. Por asombroso que pareciera en aquella tranquila y lluviosa mañana del inicio de la primavera, un ser humano lleno de malsanas intenciones trataba de eliminar a otro en plena luz del día.

«Marbella... bella en invierno...», pensó, sin saber por qué, estremecida de temor y de angustia.

—¡No hagas eso..., asesino...! —gritó al conductor del amenazador coche negro.

No fue oída por ninguno de los dos hombres del asiento delantero. Estaban demasiado excitados acosando a su víctima.

Siguió tomando fotos instintivamente, sujetando con fuerza la cámara, que parecía querer escapársele de entre las manos.

Espantada, contempló la escena final de aquella película de terror: el coche gris fue lanzado por el acantilado, rodando hasta perderse de vista.

De nuevo se cayó sentada sobre la roca, sin preocuparse del agua que resbalaba sobre su rostro. Acababa de presenciar un asesinato.

Furiosa, se puso de pie e increpó a distancia a los atacantes:

—¿Qué habéis hecho..., canallas...? ¡Habéis matado a un hombre...!

Por rara casualidad, esta vez el viento les llevó su voz. Notó que el coche asesino disminuía su marcha y que los hombres la miraban a través de la ventanilla. Con un feroz deseo de venganza, agarró la cámara y tiró nuevas fotos... Se creían impunes, ¿verdad? Pues ya verían lo que era bueno.

El coche casi se detuvo. Y Malén sintió miedo de repente. Un terror inusitado que la impulsó a correr en dirección contraria, buscando la protección de un pequeño pinar donde esconderse. El corazón le latía desaforadamente, sin compás, pareciéndole que se le iba a salir por la boca.

Se detuvo jadeando, y a través de unas ramas contempló la carretera. El coche negro, con aspecto ahora de carroza fúnebre, volvió a ponerse en marcha en dirección a Marbella.

Tardó en decidirse a salir de su escondite, por miedo a que regresaran. Aún no se había restablecido el latir normal de su corazón. Le parecía increíble que aquello hubiera ocurrido. Que la terrible escena fuese una realidad.

Tendría que ir a la policía y referir el caso. Conocía vagamente a un inspector amigo de Greg. Contaría lo ocurrido con todo detalle. Incluso podría mostrarle las fotografías, una vez reveladas. Sin las fotografías quizá no la creyeran. La gente forastera de Marbella solía tomar drogas, beber y decir disparates. Quizá la policía dudase de la veracidad de su historia.

Las piernas le temblaban tanto, que tuvo que sentarse otra vez en el mojado suelo y descansar un poco. Miró alrededor. Ni un alma a la vista. Pasó un camión por la carretera. Malén se asomó a mirar y advirtió que era una hormigonera, lo que le hizo recordar la famosa hormigonera de Currito, en la que paseaba románticamente a la novia, armando espantoso estruendo.

El cochecito gris debía de continuar abajo, en el acantilado, ardiendo con su triste carga dentro. O quizás hundido en el mar.

Tendría que cerciorarse. ¿Y si, por un azar increíble, el ocupante aún vivía...?

Echó a correr hacia abajo, hacia la desierta carretera.

¿Qué clase de periodista era?, se dijo de pronto. Tenía en sus manos una primicia, una historia que podía resultar sensacional, y la iba a dejar perder sin sacar provecho de ella. No podía ser tan tonta. Antes de ir a la policía hablaría con Ramiro Velasco, el director de «El Matinal». Él la aconsejaría lo que debía hacer. Ramiro era un antiguo amigo, un amigo seguro que la apreciaba mucho. En plan de broma, había publicado una foto de ella en «El Matinal», bailando con Greg en los jardines de «Nueva Andalucía». El texto rezaba así:

«Gregorio Lara, el conocido hombre de negocios, exhibe por toda la costa a una nueva cara bonita. Se trata de nuestra colega la brillante periodista María Elena Rey, recién llegada a estos lares con su buen palmito y su aspecto soñador.»

¿Aspecto soñador...? Siempre se había tenido por una mujer práctica, y la frase la sorprendió. De todos modos, les envió el recorte a los mellizos, que contestaron, como siempre, por telegrama, ya que detestaban escribir cartas:

«Cuidado con quién andas. Desconfía de los hombres..., pero diviértete. Recibe muchos besos.»

Malén pensaba que sería difícil divertirse si estaba llena de desconfianza. Pero, al final, sus dos hermanos tuvieron razón.

Corrió haciendo zigzags, según le permitía el estrecho sendero. No estaba ahora muy segura, después de tantas vueltas, del lugar exacto en el que ocurriera el suceso.

Cruzó al fin la carretera en dirección al mar. Un camión pasó a gran velocidad, salpicándola de agua. Lamentó no haber tenido tiempo de pedirle ayuda.

El fuerte viento, cargado de olor marino, le azotó el rostro. El pañuelo que cubriera su cabeza había resbalado y el agua empapaba su cabello y se introducía entre el cuello de la gabardina y el del grueso jersey que Tomasita le instara a ponerse.

Era un acantilado profundo y accidentado, con pequeños árboles ladeados en extraño equilibrio y grandes rocas intercaladas, cubiertas de escurridizo liquen.

Anduvo en dirección paralela a la de la carretera, abriéndose paso por entre los ásperos matorrales. Sus altas botas chapoteaban sobre el agua, permitiéndola defenderse de las desagradables púas de algunas plantas.

No se distinguía el menor vestigio del coche gris. El mar debió de habérselo tragado de un limpio bocado. Al doblar un alto peñasco que interceptaba la vista del paisaje, el corazón le dio un vuelco en el pecho. No había soñado. La pesadilla había sido realidad. Allí estaba el coche, que, por un milagro de equilibrio, quedara incrustado entre una roca y un grueso pino. Milagrosamente no ardía, pero mostraba sus cuatro ruedas al aire, y las portezuelas y el capó, abiertos de par en par, enseñando el interior en deplorable estado.

Se acercó temblando y comprobó que estaba vacío. ¿Dónde se hallaba el cadáver...? No se atrevía a acercarse demasiado. El depósito del coche podía estallar en cualquier momento. Se fue acercando, sin embargo, sacando fuerzas de flaqueza, y el ruido de sus botas chapoteando sobre el barro le sonó como un desagradable estrépito. El silencio resultaba pesado y angustioso. La lluvia amainaba, pero aún seguía cayendo despacio.

Dentro del coche no había nadie, en efecto. La víctima debió de ser despedida por el hueco de la portezuela inexistente, que descubrió a pocos metros, prendida de una rama.

¿Dónde estaría? ¿En el mar? No era natural que el cuerpo fuera despedido a tanta distancia.

Se sentía mareada, sin poder desechar el temor de que aquellos tipos del coche negro pudieran regresar. Quizá quisieran eliminar también a la testigo

del impermeable azul que tomaba fotos en una colina. Era posible que se asomasen al acantilado para convencerse del éxito de su acción.

«Mañana se lo contaré a mis hermanos...», volvió a pensar vagamente. Pero no podía contarles que se había acobardado y huido como una rata, porque, al saberlo, le contestarían con telegramas furiosos. Y el almirante se avergonzaría de ella.

Escudriñó y, haciendo equilibrios, bajó unos metros en dirección al mar.

La bolsa de los aparejos pesaba como el plomo. La dejó sobre una roca, para recogerla más tarde. Agarrándose con las manos a los arbustos, descendió, sin dejar de pensar que aquella obligada audacia pudiera costarle la vida. Habría sido más sensato subir a la carretera y pedir auxilio al primer coche que pasara.

Estaba a punto de poner en práctica la idea, cuando inesperadamente descubrió el cuerpo a distancia. Se quedó paralizada de temor, y sólo con un gran esfuerzo pudo aproximarse a la víctima.

Allí estaba. Boca abajo, un bulto informe. Un jirón de su blanca gabardina colgaba de una rama. Había perdido los zapatos, y una pernera rasgada del pantalón dejaba ver la pierna, llena de sangre.

Tratando de no mirar hacia el fondo del acantilado, donde las olas chocaban contra las puntiagudas rocas, se aproximó al cadáver. Ahogando un sollozo de angustia, se inclinó sobre el cuerpo y, con enorme esfuerzo, logró volverlo boca arriba.

Un hombre joven, casi un muchacho, con bigote y una pequeña barba sanguinolenta. Tenía una brecha en la mejilla que aún sangraba.

¿Vivía todavía? Creyó oír un gemido y se estremeció, dando un salto atrás. Sí, el hombre aún estaba vivo, y sería preciso auxiliarle con rapidez. Se inclinó de nuevo y pudo convencerse de que, en efecto, se quejaba.

—¡Ánimo! —le dijo sin estar muy segura de que pudiera oírla—. ¡Ánimo! Quiero ayudarle... Ha tenido un accidente. ¿Se siente muy mal...?

Por supuesto, tenía que sentirse mal. Era ridículo preguntárselo; ella misma se sentía malísimamente.

Los párpados se agitaron en un gran esfuerzo por abrirse y quedaron inmóviles de nuevo. Malén pensó con amargura que acababa de ver morir a

un hombre. Pero no fue así. El desconocido abrió de nuevo los ojos, unos ojos oscuros y espantados.

—No se mueva —aconsejó puerilmente, porque a la legua se veía que no podría moverse—. Soy una persona amiga. Deseo ayudarle. Iré a pedir auxilio.

Con gran esfuerzo, él agarró con una mano el borde del impermeable azul.

—No... —dijo con un hilo de voz.

—¿No... qué...? —inquirió Malén, temblona.

—No se vaya..., por... favor...

Malén tragó saliva. Al menos, estaba vivo y había recobrado el conocimiento. Ignoraba lo que debería hacerse en una situación semejante. ¿Quedarse allí quieta y esperar a que muriera...? ¿Gritar para atraer la atención de alguien que pasara por la carretera? A aquella distancia, no la oirían fácilmente y correría el riesgo de que los que acudieran fueran los agresores del desagradable coche negro.

Se quitó el impermeable y cubrió con él al herido. Luego se quitó el jersey e hizo una blanda almohada para su cabeza. La blusa de algodón que llevaba debajo no abrigaba gran cosa, pero aquello carecía de importancia.

Recordó que Maribelina le había dicho al salir que en la bolsa de los aparejos había metido, junto a la comida, una botellita de vino, recomendándole que no la rompiera. Quizás un trago le sentara bien al moribundo. O quizá le rematara. No estaba muy segura.

Acercó los labios a su oído y explicó:

—Tengo algo de vino en la bolsa. Se lo traeré. Espere un solo minuto. Le hará entrar en calor.

Ya no llovía, aunque el viento sacudía las hojas de los árboles, y la blusa de algodón se empapó en un instante. Trepó hasta el lugar en que dejara la bolsa y, en efecto, encontró una botella primorosamente envuelta en una limpia servilleta. Con ella apretada contra su pecho volvió a bajar jadeante, pero de nuevo subió para coger también el vaso de plástico encarnado. Parecía poco serio obligar al herido a beber del gollete.

El hombre no se había movido, por supuesto. Tenía los ojos abiertos, como si mirara al infinito.

—Aquí estoy —comentó para tranquilizarle.

Y le envió una sonrisa alentadora. Los gemelos solían decir que aquella sonrisa que llenaba sus mejillas de hoyuelos era su mejor atributo, pero que no debía malgastarla.

Desató la servilleta que protegía la botella y, al hacerlo, un papel salió volando y cayó a sus pies. Se agachó a recogerlo y leyó las líneas escritas:

«Que este vino no sirva para volverte aún más loco y desvergonzado de lo que ya eres.»

Lo guardó precipitadamente. Como ocurría a menudo, Tomasita «la Gorda» o la propia Maribelina, al preparar la merienda de Currito le habían añadido lo que ellas denominaban «el mensaje». Y, como de costumbre también, se confundieron al repartir las botellas o viandas, dándole a ella las destinadas a Curro. Aquel mensaje tenía el estilo de Tomasita. Los de Maribelina solían ser más patéticos, como, por ejemplo: «¡Deténte antes de cometer una mala acción contra la buena esposa que te aguarda!»

Ignoraba Malén si aquellos consejos y amenazas daban o no resultado, o si Curro los coleccionaría como la lectura más divertida de su vida.

Vertió vino en el vaso y le obligó a beberlo, aunque el herido intentaba rechazarlo. Bebió al fin con cierto esfuerzo y volvió a recostar la cabeza.

—¿Le... le duele algo especialmente...? —preguntó, dándose cuenta a la vez de la estupidez de la pregunta, ya que tenía aspecto de estar doliéndole todo furiosamente—. Quiero decir... ¿cree tener algo roto...? ¿Un brazo...? ¿Una pierna...?

Estuvo a punto de añadir: «¿...Todos sus huesos...?» Pero no lo dijo, y de pronto se dio cuenta de que él estaba mirándola fijamente, con una mirada de profunda curiosidad. Y a la vez de sorpresa o incredulidad. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué la miraba de repente como si no pudiera dar crédito a sus ojos...?

¿Serían quizá los efectos del vino? El único trago no había sido muy abundante. ¿Iría a morirse y estaba recibiendo la última mirada de un agonizante...? Alguien que deseaba revelarle en los últimos instantes un tremendo secreto.

Se inclinó hacia él para no perder frase del fabuloso secreto. La suerte acudía en su ayuda. En el momento en que se encontraba sin empleo, podría

hacer un sensacional reportaje.

El desconocido volvió a incorporarse apoyándose sobre un codo. Y, en efecto, dijo algo inesperado que hasta el fin de sus días podría ella contar a hijos y nietos.

El propietario del difunto cochecito gris intentó sonreír entre muecas de dolor y dijo, con voz clara y un ligerísimo acento extranjero:

—¡Hola, «Bizcochos»! ¿Es posible que seas tú...?

Aturdida, se cayó sentada sobre el barro, sintiendo que el reloj de la vida daba vueltas hacia atrás y que de nuevo estaba, con dieciséis años, en la puerta del liceo, con su cartera llena de libros y cuadernos, escuchando aquella misma voz familiar y un tanto áspera.

Miró con avidez al hombre de la barbita en punta y casi gritó, estupefacta:

—Pero... ¿qué estás haciendo en Marbella, «Felpudo»...?

III

Lo que «Felpudo» estaba haciendo en Marbella no pudo saberlo Malén hasta mucho tiempo más tarde, y en aquel instante, bajo el cielo cargado de nubes amenazadoras, no intuyó que el inesperado encuentro cambiaría el rumbo de su vida.

Con mano temblorosa, volvió a verter vino en el vaso de plástico y bebió un trago, sin saber exactamente lo que hacía. Luego le ofreció otro trago a él, que rechazó con la cabeza.

—Ya sabes que no debo beber...

¿Que no debía beber...? Claro que no, recordó. Su religión se lo prohibía. Traumatizada aún por la sorpresa, exclamó:

—No puedo creer que seas tú... ¡Han pasado tantos años...!

—Muchos...

—No llevabas barba...

Vanamente intentó él sonreír.

—Aún no me había salido. Tú sigues igual de bonita, «Bizcochos». No me ha costado trabajo reconocerte.

Ante el influjo de aquel jocoso apodo que le dieran sus compañeros de escuela, volvió a verse a sí misma en Las Palmas de Gran Canaria, alegre adolescente estudiando su bachillerato, con sus hermanos y la peña de amigos que siempre rodeaba a los «trillizos Rey». En aquella época, el capitán de navío Rey ocupaba un alto cargo en el archipiélago, y sus tres hijos se sentían felices por vivir en las islas. Por desgracia, la tranquila etapa sólo duró unos pocos años. Un nuevo destino en el Ministerio de Marina les obligó a vivir en Madrid, donde continuaron hasta que llegó la edad de la jubilación paterna.

«Felpudo» formaba parte de la animada pandilla estudiantil, en la que cada cual era conocido por algún alias humorístico. No recordaba

exactamente cuál era el verdadero nombre de «Felpudo». Seguramente se llamaría Alí o Mustafá..., porque «Felpudo» era árabe. Tenía por aquel entonces un terrible complejo de inferioridad y se quejaba continuamente de que todos le consideraban «como un felpudo en el que se limpiaban los pies...» Naturalmente, aquello le valió de inmediato el ser bautizado como «Felpudo» por todo el curso del liceo.

Por su parte, ella debía lo de «Bizcochos» al paquetito de merienda que la gobernanta la obligaba a llevar todas las tardes: bizcochos y chocolate, que repartía entre sus amigos.

—Hace muchísimo tiempo que nadie me llama «Bizcochos» —pensó en alta voz—. No puedo creer lo que ha ocurrido... No puedo creer que estés aquí..., al cabo de tantos años... y en esta situación. —Volvió a la realidad —. Tenemos que hacer algo. Necesitas un médico. Estás sangrando...

—Aunque... parezca... imposible... —dijo trabajosamente—, creo que estoy entero. Salí disparado y caí sobre la rama de un árbol, que impidió que me despeñara. Un milagro de Alá.

«Alá —pensó Malén con la cabeza perdida—. Naturalmente, sigue hablando de Alá como entonces... Y nos hacía tanta gracia...»

El herido prosiguió con esfuerzo:

—Conseguí zafarme de las ramas y arrastrarme hasta aquí, por temor a que la gasolina se incendiase.

—El coche no ardió..., pero aún está en peor estado que tú —comentó Malén. Y tuvo consciencia de la urgente necesidad de ir a buscar ayuda—. Por supuesto..., no podrás andar...

—No estoy... seguro... Me duele todo.

—Subiré a la carretera, pararé el primer coche que pase y les diré que pidan una ambulancia.

—Espera..., por favor..., espera un momento... —Cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre el hombro de su antigua compañera.

Alarmada, clamó con espanto:

—¡No irás a morirte, «Felpudo»...! ¡Vamos! Abre los ojos. No me hagas esa faena... No habrás reaparecido en mi vida sólo para que te vea morir...

Creyó que la lluvia le mojaba la cara, pero ya no llovía, y eran sólo las lágrimas las que se escurrían por sus mejillas.

Él abrió los ojos otra vez.

—Me siento raro... Apenas noto mis piernas.

—Pues las tienes puestas... —Alzó con cuidado una de las perneras rasgadas—. Mira. Está sucia, pero no rota. La otra también parece estar entera. Prueba a moverlas... Con cuidado... ¿Ves?... Te obedecen. Gracias a Dios, no estás paralítico. No todo puede ser tan malo.

—No lo es... ¿Cómo podría serlo estando tú aquí? Quizás estoy muerto... y tú eres la hurí que me ha enviado el Profeta como premio.

—¿Tengo aspecto de hurí...? Me haces reír, «Felpudo» —dijo secándose las lágrimas de un manotazo—. Saca fuerzas de flaqueza y alejémonos de aquí... —Mirando angustiosamente alrededor, aclaró—: Pueden volver aquellos tipos..., aquellos asesinos.

Él abrió un ojo, alarmado.

—¿Cómo sabes eso...?

—Lo presencié todo. Estaba en lo alto de un peñasco tomando fotos bajo la lluvia. Vi como te atacaban con una furia despiadada. Adiviné sus intenciones de acabar contigo. Incluso fotografié la escena con mi cámara. Lo declararé así a la policía. Iban dos hombres dentro.

—No puede ser...

—¿Cómo que no puede ser...?

—No irás a la policía. No deseo llamar la atención.

Cerró los ojos y se puso tan pálido, que Malén pensó: «Ahora sí que se ha muerto.» Y repentinamente se acordó de su nombre de pila: Kalid.

—Ánimo, Kalid. No les des a tus enemigos la satisfacción de morirte... Toma otro poco de vino. Por una vez, Alá no se enfadará.

Ahora le hizo beber del gollete un larguísimo trago. El herido bebió, tosió, se atragantó y se secó la boca con la manga hecha jirones. Con el ceño fruncido, Malén preguntó:

—¿Por qué no quieres llamar la atención, «Felpudo»...? No andarás metido en asuntos sucios, ¿verdad? Antes no eras así...

Antes... era sólo un chiquillo con la cara llena de granos y un cuerpecito flaco que cubría con trajes terriblemente usados. Un muchachito de ojos tristes, nacido en algún sitio raro junto al mar Rojo, que consiguiera una beca para estudiar en España. Los trillizos se apiadaron de aquel saco de

complejos y de soledad y lo invitaron muchas veces a su casa. Inesperadamente, Kalid había regresado a su tierra sin despedirse de nadie.

Ahora, casi diez años después, Kalid reaparecía como protagonista de un drama policíaco.

Era preciso tomar una decisión. No podían continuar dialogando como si estuvieran en un salón de té, mientras la sangre de Kalid empapaba la hierba.

—Puedes hacer las objeciones que quieras, «Felpudo», pero pienso obrar según mi criterio. Iré a pedir ayuda y llamaré a la policía. Por lo pronto, voy a vendarte esta pierna que sangra.

Miró alrededor en busca de algo que pudiera servir de venda, pero nada le pareció apropiado. En el saco de los aparejos, donde siempre aparecían las cosas más raras —una vez le dijo Greg que estaba seguro de que dentro encontraría un sacacorchos..., y, en efecto, lo había—, descubrió un viejo pañuelo de cabeza que solía ponerse en la playa y lo enrolló fuertemente en la pierna del herido.

—Gracias, «Bizcochos». Así está muy bien.

—¿Te encuentras mejor...? No quiero engañarte, pero tienes bastante mala cara.

Con gran esfuerzo, él se incorporó y quedó recostado sobre una roca.

—Llévame a tu casa, «Bizcochos» —dijo inesperadamente—. Supongo que habrás venido en coche hasta aquí... ¿O vives en el campo...?

—No tengo coche. Sólo una *Vespa* en bastante mal estado. Y no la saqué hoy a causa del diluvio. Además... no puedo llevarte a mi casa, porque tampoco la tengo.

—¿Los gemelos no están contigo...? —se extrañó.

—Los gemelos decidieron vivir su propia vida... y mi padre también. No se puede aprisionar a los hombres en una jaula. Al final, siempre vuelan. —Dejó escapar con aquel comentario la amargura que sintiera al ver su hogar deshecho—. Estoy sola en Marbella y trabajo por mi cuenta... Tengo un empleo...

Al decirlo, pensó: «Lo tenía.» También tenía un amor hasta doce horas antes. Ahora... sólo un gran peso en el corazón. Pero aquello no lo dijo. ¿Qué podían interesarle sus amores a un moribundo...?

—¿Dónde vives?

—En una habitación alquilada, muy cerca de aquí. Una casa que se llama «La Siempreviva», porque pertenecía a una anciana que se empeñaba en no morirse, causando, según creo, la desesperación de sus herederos. Está allá arriba, en la parte de atrás de una colina.

—¿No te has casado...?

La pregunta la dejó en suspenso. Vio a Greg en su imaginación. Y «La Casa Rara», donde hicieran tantos proyectos.

—¡«La Casa Rara»...! —comentó de pronto, mordiéndose furiosamente la uña del pulgar—. ¿Cómo no lo he pensado antes...? Está ahí, al borde del mar, detrás de aquellos peñascos.

Él la miró sin comprender.

—Es una casa que mi agencia alquila —explicó—. La «Agencia C. L. A. N.», en la que trabajo... Está desocupada... y, por supuesto, las llaves deben de estar en la bolsa de los aparejos. Puedo llevarte allí en un momento y correr después a buscar ayuda... —Vaciló y le miró escrutadoramente—. Suponiendo que no estés haciendo algo ilegal en Marbella, «Felpudo». Ya sabes que yo estoy siempre a favor de la ley. Si la policía te persigue... no me mezclaré en el asunto.

—No estoy contra la ley, «Bizcochos». Eso no va conmigo. —Alzó una mano, pidiéndole calma—. Espera un momento... Me encuentro mal y... creo que voy a vomitar.

Quizá fuera el vino, intuyó, consternada. Y se apartó a un lado, para no contemplar la triste miseria de su compañero de bachillerato.

Cuando pasó el momento angustioso, se atrevió a preguntar:

—¿Te sientes mejor...?

—Muriéndome de asco hacia mí mismo. ¿He soñado... o decías algo de una casa rara...?

—Sí... Está aquí muy cerca. Podrás tumbarte en una cama mientras llamo a una ambulancia. Tengo la sensación de que aquí corremos un grave peligro. —Miró alrededor con recelo—. Podrían volver aquellos hombres... ¿Quiénes eran? ¿Por qué pretenden acabar contigo? ¿En qué mundo de intrigas estás metido, «Felpudo»...?

—¿Tengo aspecto de malhechor...?

Fue rotundamente sincera:

—Sí. Tremendo. Con esa horrible barba. Detesto las barbas. Todos los barbudos se convierten en el mismo hombre. Nada hay más parecido a un barbudo que otro barbudo.

Él sonrió a pesar suyo.

—Eres la misma «Bizcochos» de siempre, con tu sentido del humor inalterable.

—No lo creas. Ahora soy una especie de solterona amargada y con mal genio. Vamos... Trata de incorporarte...

En el mismo instante, un gran estruendo les dejó aterrados. El coche gris, en equilibrio sobre un árbol, rodaba por la pendiente, impulsado sin duda por una fuerte ráfaga de viento. Traumatizados por el espectáculo, lo vieron caer al mar y desaparecer bajo el agua.

—Te... te... quedaste sin coche... —tartamudeó Malén—. Claro que no has perdido mucho. Ya sólo era chatarra.

—Lo había alquilado en Málaga... —murmuró contemplando el remolino dibujado en el mar—. ¿Te das cuenta, «Bizcochos», de que podía yo estar dentro...?

—Me doy cuenta..., y tengo tanto frío y la piel tan erizada, que no puedo soportarlo más. Pasa uno de tus brazos sobre mis hombros y trataré de ayudarte a andar. Tendrás que pagar el coche, naturalmente. Tus finanzas van a resentirse. ¿A menos que la policía coja a esos tipos. ¿Quiénes son...?

—Eso quisiera yo saber...

—¡Cómo! ¿No sabes quiénes son tus enemigos...?

—Tengo demasiados.

Le miró recelosa. Por su cerebro pasaron cien ideas confusas. ¿Sería el «asesino de Chicago»? ¿El inventor de un misil alucinante? ¿El secuestrador de aviones? ¿El jefe de los terroristas internacionales?... Hubo de apoyarse en un árbol. Desde la noche anterior, la vida se le había convertido en drama.

—¿En qué piensas, «Bizcochos»? ¿Por qué me miras así...?

—Pienso en que, si eres un criminal, no te llevaré a ningún lado. No habrá «Casa Rara» que valga. Me tienes muy harta con tus misterios.

—¿Mi nombre no te dice nada...? Tienes que haberlo leído estos días en la prensa.

—No tengo tiempo de leer los periódicos —confesó la periodista—. Sólo me dedico a acompañar turistas que desean comprar o alquilar fincas. Además... debo confesarte que había olvidado tu nombre. Para mí, siempre has sido «Felpudo». Sólo lo he recordado al oír tu voz. Kalid. ¿No te llamas así?

—«Felpudo No-sé-cuántos», ¿verdad? —comentó con una pizca de amargura—. Ésa es toda la huella que dejé en ti... ¡Y yo que estuve tan enamorado de aquella chiquilla espigada que me defendía de las bromas pesadas de otros compañeros...!

—Debe de ser mi sino el tener que defenderte. Pero necesito saber de qué voy a defenderte ahora. ¿Quiénes son los malos y los buenos en esta película...?

—Habrás oído hablar de «Petrodol».

—¿«Petrodol»? —Sacudió la cabeza con sorpresa.

Natalia y Greg hablaban continuamente de «Petrodol». Y también el armenio. Y el peluquero al que acudía de vez en cuando. Y hasta el propio Curro, el marido voluble de Maribelina, que aseguraba que, cuando él encontrase un empleo en «Petrodol», otro gallo le iba a cantar...

—¿Estás metido en los negocios de «Petrodol»?

—En cierto modo... —respondió él, sonriendo a medias.

—Tomasita «la Gorda» dice que será una ciudad fabulosa la que los árabes pretenden levantar no se sabe exactamente dónde. Con fabuloso casino, fabulosas fincas, fabuloso club de golf. Y, por supuesto, fabulosa mezquita y sensacionales bancos. Pretenden que sea el enclave más lujoso del mundo... —Mirándole dubitativa, con aquel aspecto miserable, se preguntó qué tendría que ver «Felpudo» con todo aquello. Se lo preguntó directamente—: ¿Es que trabajas o vas a trabajar en «Petrodol»...?

Kalid alzó una ceja y vaciló un instante.

—En cierto modo —dijo otra vez, con cierta ironía—. Sí. En cierto modo. Han llegado noticias a mi país de que alguien de nuestra propia raza intentaba sabotear el proyecto. Andan miles de millones en juego.

—Miles de millones... Mi imaginación se pierde... ¿Y... tú has venido a... espiar, «Felpudo»...?

—Exactamente.

—Y los saboteadores pretenden eliminarte.

—Aciertas, «Bizcochos». Tu inteligencia siempre ha sido muy despierta... Pero no hablemos más y ayúdame a incorporarme. Tratemos de alcanzar tu «Casa Rara». Tenías que ser tú quien descubriera un lugar así...

«No fui yo exactamente —pensó con tristeza—. Fue Greg. Ese Greg inolvidable a quien ahora tengo que olvidar.»

Y de nuevo el dolor de lo acaecido le estrujó el corazón, porque la vida sin Greg iba a ser difícil de soportar.

IV

El corto trayecto hasta «La Casa Rara» resultó una auténtica odisea, durante la cual estuvieron la mayor parte del tiempo en el suelo. Fue una ruda lucha mantener a «Felpudo» en posición vertical. Continuamente se detenían y volvían la cabeza para ver si eran seguidos, y también continuamente se escurrían sobre los húmedos cantos rodados y caían al suelo dolorosamente.

Al doblar el negro promontorio rocoso apareció ante su vista «La Casa Rara», pero esta vez Malén no la vio como el ansiado nido de amor, sino como un refugio más o menos seguro para Kalid. Lo dejó apoyado contra un árbol mientras frenéticamente buscaba el llavero en la bolsa de los aparejos. La puerta rechinó al abrirse.

Dentro olía a cerrado y a humedad. Era la primera vez que advertía aquel olor, aunque siempre debió de oler de la misma manera. Obstinada en considerarla su paraíso particular, hizo caso omiso de sus defectos.

Hacía frío, aunque no tanto como en el exterior. Avanzó en tinieblas, porque la electricidad estaba cortada. Abrió las contraventanas de madera, que pedían a gritos una capa de pintura, y divisó el mar. Y también a «Felpudo» casi colgado de una rama baja del pino que le sostenía en equilibrio, como un extraño pajarraco.

No se atrevió a abrir las maderas de las ventanas de atrás. Podrían ser vistos desde la carretera. Quitó la vieja funda que cubría un sofá y acumuló almohadones, improvisando un lecho para el herido. No se sentía con fuerzas, tras la odisea, para transportarlo a uno de los dormitorios del piso de arriba.

Salió en busca de «Felpudo», y lo encontró en el suelo, a donde se fuera deslizando lentamente. «¿Qué estoy haciendo yo con un casi cadáver a cuestas?», pensó dominando la tentación de olvidarse de aquel fardo y de echar a correr.

Pero «Felpudo» abrió una vez más sus ojos, tristes y cariñosos como los de un perro.

—Ya estás aquí... Temí que me hubieras abandonado.

—De ningún modo... ¿Cómo podría abandonarte? —dijo, avergonzada de su reciente impulso—. Vamos... Sólo son unos pasos...

Cuando le dejó instalado en el sofá, cerró la puerta con llave y se dejó caer también sobre un mullido sillón, sintiéndose casi tan enferma como él. Las sienes le latían, el corazón le estallaba y la cabeza le daba vueltas. Si se murieran los dos allí, la policía tendría que malgastar meses o años tratando de desentrañar el misterio.

«¿Por qué morirían el malherido turista de origen árabe y la empleada de la "Agencia C. L. A. N.", que le mostraba una villa donde pasar el verano...?»

«El Matinal» de Málaga, con seguridad, le dedicaría la portada: «Nuestra compañera María Elena Rey aparece muerta en un chalé abandonado. ¿Qué pudo ocurrirle para que su corazón fallara? ¿Quizás el triste espectáculo del joven árabe sanguinolento, despatarrado sobre el sofá...?»

Algún otro periódico diría: «Se amaban locamente desde los quince años...»

Pero no. ¿Cómo iba nadie a adivinar que fueron compañeros del quinto año de bachillerato?

«"Yo fui el último amor de la mujer asesinada", dice Gregorio Lara, el conocido financiero marbellí.» Últimamente, Greg había dejado de ser el director de la «Agencia C. L. A. N.» para convertirse en el «conocido financiero marbellí». Milagro realizado por el dinero invertido de Agiman.

La amargura la atenazó de nuevo. Abrió los ojos, y sólo entonces se dio cuenta de que los había cerrado, para dar rienda suelta a su fantasía. O quizá porque, a causa del gigantesco esfuerzo físico, se había adormecido durante un minuto.

Sacudió la cabeza para espabilarse y miró a «Felpudo», medio desmayado sobre el sofá. ¿Sería en realidad un espía... a sueldo del emirato de Kebal? Caramba. Al cabo de tantos años, ahora se acordaba del nombre del país de su compañero de colegio. Kebal. Por su aspecto, lo mismo podía

ser un espía de película cómica, o un limpiabotas tras un día de furiosa faena.

«¿Y si estuviera engañándome...?», pensó. Y la idea la irritó tanto, que gritó con excesiva violencia:

—¡Kalid!

El aludido tardó en abrir los ojos. La miró atónito, como si de pronto no la conociera.

—No creo que seas un espía. Temo que has dicho un montón de mentiras, y eso me fastidia mucho.

Él cerró los ojos de nuevo.

—Creo que... necesito un médico.

Lo necesitaba a ojos vistas. Malén se puso en pie de un salto y colocó su mano en la frente del herido. Le pareció extrañamente fría y corrió hacia el piso de arriba y sacó de uno de los armarios un par de mantas que apestaban. Una mezcla mareante de olor a humedad y a naftalina.

Bajó a trompicones y cubrió al herido afanosamente.

—Voy en busca de un médico. He de dejarte solo durante un momento. Volveré en seguida con alguien que nos ayude.

—Por favor..., no avises a la policía. Confío... en tu... amistad.

—Quédate tranquilo. Buscaré a un médico.

En verdad parecía demasiado tranquilo, como indiferente a la vida o a la muerte.

Al salir dio vuelta a la llave, para que nadie pudiese entrar. No estaba segura de que no les hubiesen seguido hasta verles entrar en «La Casa Rara». Pero no vio a nadie por los alrededores.

La subida hacia la carretera no fue tan penosa a través del sendero que daba comunicación al chalé. Había dejado en la casa la bolsa de los aparejos, que pesaba tanto, y, a pesar de la lluvia, que caía otra vez con fuerza, alcanzó la carretera en pocos minutos. Urgía ocuparse del estado de «Felpudo». El resto, el drama de espías y asesinos, se aclararía a su debido tiempo. Aunque lo del espionaje fuesen sólo fantasías de Kalid para disimular su real personalidad de vendedor ambulante de alfombrines, la realidad era que ella había presenciado un intento de asesinato.

Como de costumbre, añoró la presencia de los gemelos, que la sacarían del apuro. Claro que, con su loca impulsividad, serían capaces de meter al país en una guerra desenfrenada contra el emirato. Las energías de sus hermanos eran a veces espantosas.

¡Que aquello le hubiese ocurrido justamente en el día en que necesitaba toda su calma para reflexionar sobre el camino a seguir...! Para pensar en su situación con Greg... y con Natalia, que, a fin de cuentas, era también su jefe. No pensaba volver a hablarles, pero tendría que recoger sus cosas de la oficina. Si la noche anterior no se hubiese visto obligada a regresar a «C. L. A. N.»..., hubiera continuado sin enterarse de la traición..., confiando en el amor de Greg, guardando la llave de «La Casa Rara», como un preciado tesoro, para que ningún cliente osara arrebatarles su futuro nido...

Greg había estado enamorado de ella, pensó. De lo contrario, no la habría acompañado durante tantos meses... No era rica... ni tampoco una figura de la *jet society* entre la que él se movía. Pero estaba acostumbrado a los amores sin cortapisas..., a la entrega total e inmediata, que ella no consentía en darle. Por otra parte, Natalia siempre estuvo al acecho. Con armenio o sin él, le gustaba aquel hombre, sin duda alguna.

Recordó sus sarcásticos comentarios al ser pillada en tan indiscreta situación:

«Estás fuera de juego, Malén... Greg y yo estábamos pasando un buen rato, sin más complicaciones...»

Un buen rato. Su amoralidad y su cinismo la repugnaban. Si al menos hubiera gritado: «Estoy loca por Greg, y ya estoy harta de disimulos», lo hubiese comprendido. También ella empezaba a estar loca por Greg... Pero las sonrisitas de ambos, como si fuesen niños que hubieran hecho una pequeña travesura, la sacaba de quicio. Para ella, la vida y el amor eran algo mucho más serio.

Al cruzar la carretera hizo gestos de que parase al único coche que la atravesaba en aquel instante. El conductor no se inmutó y continuó su carrera bajo la lluvia.

No existía ninguna cabina telefónica por las cercanías para poder llamar a una ambulancia. El teléfono más próximo era el de su casa, «La Siempreviva», cuya fachada distinguía a lo lejos.

Trepó por la colina a gran velocidad aunque estaba horriblemente cansada. Carecía de llave para entrar. En la escena cumbre de la noche anterior, cuando tirara a la cara de Greg las llaves de la oficina, jurándole que no volvería a poner los pies en aquel tugurio... —sí, todo eso le había dicho—, olvidó que en el mismo llavero estaba incluida la llave de «La Siempreviva». Por suerte, Tomasita «la Gorda» le abrió la puerta por la noche.

Llamó al timbre, apretando con firmeza y pateando el suelo mojado, con febril impaciencia. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar una y otra vez, con idéntico resultado, y oteó a través de las rejas de las ventanas el interior de la cocina y el de su cuarto, sin ver ni un alma.

Recordó de golpe los proyectos de las primas. Aquél iba a ser su «día de jolgorio», dedicado a comer fuera con un grupo de amigas y a pasar la tarde en el «bingo». Su «día de jolgorio» era sagrado; Tomasita hacía buen hincapié en ello, desafiando a Curro con la mirada. ¡El tigre que dormía en la cama de la infeliz Maribelina!

Indudablemente, no había nadie en casa. Y tampoco podría llamar a un médico. Al menos, por aquel teléfono.

—Pero necesito un doctor —pensó en voz alta—. «Felpudo» puede morir. No le dejaré morir como a un perro. Peor que un perro. —Porque ella había tenido uno muy querido que murió apaciblemente junto al veterinario.

Consultó su reloj de pulsera, y se quedó estupefacta al ver que habían transcurrido tres horas desde que saliera de casa. Tres horas en las que se incluyeron un intento de asesinato, el reencuentro con un antiguo amigo al que creyera olvidado para siempre y una huida desquiciada por el acantilado hasta conseguir el refugio más o menos seguro.

Como si se hubiese encendido un *flash* en su cerebro, recordó la conversación mantenida con Maribelina acerca del misterioso inquilino del piso de arriba.

«...un médico muy famoso... Mi prima y yo le llamamos "El Caso Perdido", porque es un tipo rarísimo, siempre ceñudo y con los labios apretados..., siempre solo arriba, con sus perros... No quiere que nadie le moleste...»

¡Tendría que molestarle, a pesar de todo!, decidió. Un médico no podía negarse a prestar ayuda en un caso tan urgente.

Sospechaba que no sería bien recibida por «El Caso Perdido» de Maribelina. De todos modos, no desertaría, después de las duras horas de lucha que llevaba soportando.

Dio la vuelta al jardín, armándose de valor. Con agilidad saltó el seto que dividía el terreno. Ya estaba en el país prohibido, el imperio del anciano loco cuyas pisadas le llegaban a través del techo. Maribelina no saltaba el seto, por supuesto, cada vez que entraba a limpiar o a llevarle la comida. Existía una escalera interior, por la que ella subía y bajaba.

Una pequeña cuesta trepaba hasta el jardín superior, que quedaba al nivel del segundo piso del edificio. También estaba vallado, y tuvo que saltar otra vez. Nada le hubiera extrañado encontrarse con un par de feroces mastines que la estuvieran aguardando con ojos furiosos y lenguas colgantes. Maribelina había mencionado a «los perros del doctor».

Si sobrevivía a tanta angustia, podría decir que había tenido suerte.

Seguía cayendo una lluvia menuda y fría, pero ya casi no le prestaba atención. La lluvia era la menor de sus preocupaciones.

A distancia vio el huerto del que las dos primas le hablaran. Presentaba un admirable aspecto; cada cuadro de hortalizas armonizaba exactamente con el de al lado, como si los surcos hubiesen sido hechos con tiralíneas. Se hubiera podido jugar una partida de ajedrez sobre aquel damero impecable. El anciano doctor debía de ser un maniático del orden.

Una pequeña puerta de cristales se alzaba en aquella fachada posterior. Como no encontró un timbre, repiqueteó con los nudillos.

—Doctor... —llamó ahogando su ridicula inquietud—. Doctor...

Ignoraba el nombre del buen señor. No podía llamarle «doctor Caso Perdido».

No hubo respuesta, y se atrevió a alzar el picaporte. La puerta se abrió en seguida.

—¡Doctor...! —volvió a llamar desde el umbral.

Avanzó unos pasos en el interior, sin escuchar respuesta. La habitación era enorme, y Malén intuyó que en otro tiempo debió de ser un granero, acomodado ahora para residencia. Gruesas vigas cruzaban el techo, y sobre

el suelo, de grandes losas oscuras, se extendían diversas esteras de cáñamo de diferentes dibujos y colores. Sobre una mesa ancha y larga de madera de nogal vio muchos libros y papeles, colocados en perfecto orden.

Junto a ellos, un aparato telefónico. La línea particular que mandara instalar «El Caso Perdido», según le contaran, por su fanática independencia.

Excepcionalmente, el doctor debía de haber salido. No estaba en casa, y otra de sus ilusiones se desvanecía. No podría contar con aquel doctor. Tendría que utilizar el teléfono sin pedir permiso, para llamar a una ambulancia.

Avanzó y descolgó el auricular.

Casi a la vez, una voz profunda y aterradora la dejó en suspenso.

—¿Qué se supone que está usted haciendo? —clamó la voz—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar en mi casa...?

Dio un salto, asustada. Eran demasiadas emociones para un solo día. Se volvió bruscamente y se enfrentó con una masa informe que acababa de entrar por la misma puerta que lo hiciera ella. Un empapado saco de arpillera le cubría casi por entero. O quizá fueran dos sacos, uno para la cabeza y otro para el cuerpo. Alrededor del hombre —porque sin duda se trataba de un hombre—, dos pequeños perritos intensamente negros lanzaban ladridos contra ella. Los «feroces mastines» quedaban reducidos a aquello: dos perritos graciosos y asustados a los que su amo mandó callar en el acto y que acudieron junto a Malén moviendo amistosamente el rabo.

Asustada por el aspecto informe del desconocido, estuvo a punto de gritar histéricamente: «¡Socorro...!»

V

Eran, en efecto, dos sacos chorreantes que formaron un gran charco de agua alrededor del recién llegado. Detenido aún en el umbral, repitió la pregunta:

—¿Quién le ha permitido entrar aquí...?

Malén tuvo la impresión de que las esteras comenzaban a bailar una extraña danza ante sus ojos. Sería ridículo desmayarse. No pudo evitar los recuerdos de su primera infancia: «El temible hombre del saco vendrá y te agarrará de los pelos...»

Con un principio de histeria, estuvo a punto de echarse a reír.

—Na... nadie... me lo ha permitido —tartamudeó en respuesta.

Quiso colocar el auricular en su sitio, pero lo hizo mal y se cayó al suelo, arrastrando al aparato en su caída. Se agachó a recogerlo, excusándose incoherentemente.

—Per... perdone... —dijo desde el suelo—. Llamé a la puerta y nadie me oyó. Me vi obligada a entrar porque se trata de un caso urgente. Al no encontrarle a usted en casa, tenía que buscar a otro médico. Es un... un asunto de fuerza mayor... Tengo un cadáver allá abajo...

Se incorporó, indignada consigo misma por su falta de serenidad. Pero aquel tipo resultaba aún más horroroso de lo que Maribelina dijera.

—...casi cadáver del todo... —se corrigió—. Soy... soy su vecina. Vivo en el primer piso, con Maribelina y Tomasita...

—La dueña de la horrible moto... —comentó con voz cada vez más ronca. Seguramente tenía un constipado espantoso, con tanta agua encima.

—¿Moto...? Es sólo... una insignificante *Vespa...* de... segunda mano...

—Que mete un ruido infernal... ¿Está queriendo decirme que se ha puesto enferma doña Maribelina o doña Tomasa...?

—No, no... —atajó con rapidez—. ¿Cómo iban a morirse en su «día de jolgorio»...? Nada hay más sagrado para ellas que su tarde de «bingo»... Se

trata de un muerto desconocido... que me cayó encima por casualidad.

El hombre avanzó, disminuyendo la distancia entre ambos.

—¿Se ha vuelto loca... o está borracha? —dijo con aspereza—. Los muertos no caen encima de uno así como así. ¿Por qué invade mi casa para decirme idioteces...? Haga el favor de marcharse. No recibo visitas.

—Lo sé... Maribelina me lo dijo. Doña Maribelina, como usted la llama. Pero... ¿qué puedo hacer con mi muerto...? Permítame, al menos, telefonear a una ambulancia.

Negó violentamente con la cabeza, y el saco que le servía de capucha se escurrió hacia atrás. Se desembarazó del otro y de un puntapié envió los dos al fondo de la sala.

Dejó de ser «el hombre del saco». Malén se atrevió a mirarle. Sin sacos que le protegieran de la lluvia, se convirtió en un ser humano, vulgar y corriente... Sólo que no era vulgar ni corriente. Un hombre más bien alto, con aire adusto y ceño fruncido. Sin poder contenerse, le gritó:

—¡Usted no es «El Caso Perdido»...!

Las dos cejas se alzaron alarmadas por encima de unos ojos intensamente azules:

—¿Qué nuevas locuras dice...? Usted sí que es un caso muy claro de enajenación mental.

—Digo... que ¡usted no es el anciano doctor!

—No sé de qué anciano doctor me habla.

—Del... del señor que vive aquí.

—Yo soy el señor que vive aquí.

—¡Pero usted no es viejo...! —protestó—. Ni siquiera debe de haber cumplido los cuarenta.

—No tengo el menor interés en decirle mi edad. Ni tampoco en mantener esta absurda conversación.

Malén no quiso dar su brazo a torcer. Empezaba a sentirse furiosa por su falta de consideración.

—Maribelina y Tomasita le describieron como un señor muy anciano..., un tanto cascarrabias, que cavaba en el huerto o miraba en lontananza como si contara las moscas. Repito sus palabras.

Sintió un mareo repentino y se dejó caer sobre un taburete.

—Perdone..., no sé lo que me digo... Me encuentro mal.

Inesperadamente, él dio media vuelta y volvió al momento con un vaso de agua.

—Beba. Parece estar al borde del colapso.

Obedeció Malén, y sus dientes tintinearon contra el cristal.

—Gracias... —dijo tratando de reponerse—. Debo disculparme. Me han pasado demasiadas cosas raras desde hace veinticuatro horas. Y la más rara de todas creo que ha sido usted... tapado con los dos sacos. Cuando era niña, mi gobernanta me metía miedo con el «hombre del saco»... —Intentó sonreír, pero no pudo. Se inclinó a acariciar los perros, que, en contraste con su amo, eran los más cariñosos animales que viera en su vida—. Y encima... el muerto que me espera en «La Casa Rara».

Por la expresión atónita del rostro comprendió que, decididamente, la consideraba loca y se proponía llevarle la corriente.

—¿De qué muerto se trata? —comentó con voz forzadamente serena.

Y se acercó a la mesa, para encender una lámpara, dada la escasez de luz que entraba desde el exterior. Era una lámpara horrible, con pantalla de encajes, que no pegaba con el resto del mobiliario. Malén recordó la obsesión de Maribelina por hacer puntillas a ganchillo y adornar con ellas cuanto le caía en mano. Suponía que hasta las camisetas del pobre Curro gozarían de aquel adorno.

—¿Cómo no lo ha traído? —siguió él, mirándola con fijeza.

Y Malén se aturdió, perdido ya el hilo de la conversación.

—¿A quién...?

—A su muerto. No parece lógico abandonarlo en una casa... rara. ¿No es eso lo que dijo?

—No puedo admitir que le llame «mi» muerto. No es mío. Ni tampoco está muerto del todo, porque él mismo me pidió que llamase a un médico. Lo arrastré hasta «La Casa Rara» para ponerle a salvo de cualquier contingencia. Advierto que me considera loca, pero no lo estoy. Todo tiene una explicación normal.

—Sí. Ya lo veo. Muy normal.

—Si hubiese podido entrar en el piso de abajo, no le hubiera molestado. Pero no hay nadie... y no tengo la llave. Para decirlo todo, anoche le tiré el

llavero a la cabeza de alguien y aún no lo he recuperado...

—Eso es una cosa muy corriente... Tirar los llaveros a la cabeza...

—No será corriente..., pero yo lo hice..., aunque después lo he lamentado.

—Es natural.

—Si me permite bajar a mi casa por la escalera interior, no le molestaré más. Bastará con que me abra esa puerta de comunicación.

—Lo siento. Doña Maribelina es la que cierra por el otro lado, para que nadie me moleste. Si me dio a mí alguna llave..., no lo recuerdo. O, en todo caso, la habré perdido. No puedo abrir la puerta de comunicación. Y, por cierto..., tampoco podrá usted telefonear. No hay línea desde ayer. Cuando estalló la tormenta esta madrugada, debió de estropearse algo. Se lo indiqué a doña Maribelina, para que llamase a Averías.

Le miró desesperada.

—¿Está seguro?

—Puede comprobarlo.

Comprobó, sin dejarse avasallar por su tono displicente. En efecto, no había línea.

—¿Y qué hago ahora...? —pensó en voz alta. Estaba perdiendo un tiempo precioso.

—Puede usted marcharse y pensarlo ahí fuera. Tengo mucho quehacer.

—Empiezo a comprender que no guarda fidelidad a sus juramentos.

Él la miró con asombro.

Maribelina y Tomasita no exageraron al decir que tenía un ceño muy fruncido y una boca apretadísima. Quizá fuera ésta la que prestaba tanta seriedad al rostro. Y también la línea acusada de las fuertes mandíbulas. A la luz de la lámpara vio que su cabello castaño, con mechones muy claros, empezaba a secarse y se le rizaba por la humedad.

Pero ambas primas mintieron descaradamente con respecto a la edad. Malén se preguntó por qué insistirían tanto en presentárselo como a un viejo maligno.

—Me refiero al juramento de Hipócrates —dijo—. Como médico, recordará que juró prestar sus servicios a cualquier ser humano que lo necesitase.

Hizo otro gesto brusco con la cabeza.

—¿Y...?

—Yo soy un ser humano. Y le necesito. Un hombre está agonizando en el interior de «La Casa Rara».

Inició él una caricatura de sonrisa, que sólo distendió más la línea recta de su boca.

—Supongo que, por llamarse «Casa Rara», tiene que pertenecerle a usted.

—No es mía. Aquí en Andalucía se le ponen sobrenombres a todo. Debió de ser en principio un chalé pequeñito y precioso, al mismo borde del mar... Una casa... para ser feliz. Pero le hicieron añadidos por todas partes, y ahora es una birria. —Le dolió llamarle birria. Pero en realidad lo era. Sin embargo...—. Alcanzaríamos a verla desde aquí con prismáticos. Está muy cerca... Yo la he mirado tanto a través de mi ventana... —Se levantó de un salto—. Estamos perdiendo un tiempo precioso. Se habrá muerto ya.

—No le habrá matado usted, ¿verdad?

Se le acababa de ocurrir la idea, y la miró escrutador.

—Ha sido un accidente de coche. Ya se lo he dicho.

—No me ha dicho nada.

—Pues se lo digo ahora. Coja su maletín y vámonos.

—¿Qué maletín...?

—Todos los médicos tienen un maletín, ¿no? Un maletín de urgencia..., donde llevan instrumentos..., medicinas..., vendas, esparadrapo...

—No tengo nada de eso.

—¿Qué médico es usted, sin un maletín? —se indignó Malén.

—Es verdad. ¿Qué clase de médico soy...?

Se calló de golpe y le miró recelosa.

—¿Está burlándose de mí...?

—Dios me libre... Vamos donde usted quiera. No se exalte más.

Por la expresión de su rostro comprendió que no creía una palabra de cuanto le había dicho. Pero que había despertado su curiosidad.

—Encierre a estos malditos perros y dígales que dejen de lamerme las piernas —le increpó.

—No son perros.

—¿Ah, no...? ¿Acaso gatos...?

—Son perras.

—Perdone. No quise ofenderlas.

—Ésta se llama *Sandunga,* porque es muy graciosa. La otra, *Relamida,* que, como puede ver, es una perra muy elegante.

—Tanto gusto en conocerlas... ¿Nos vamos o no...?

—Me pondré algo encima. Sigue lloviendo.

—¡No irá a ponerse los sacos otra vez! Mataría del susto al herido.

—Me pilló el chaparrón en el huerto y me cubrí con lo primero que encontré. Pero... ¿por qué le cuento yo esto...? ¿Y por qué permito que esté dándome la lata...? —Suspiró profundamente y añadió—: Bien. No importa. Vamos donde guste. Quiero saber hasta dónde llega su desbordante imaginación.

Descolgó una gabardina de la percha clavada en la pared y se la puso.

—Iremos en mi coche...

—¿Tiene coche...? ¡Maribelina dice que usted no sale de casa para nada!

—Todas las mujeres hablan demasiado y casi nunca dicen la verdad.

«Un machista», pensó Malén. Lo único que faltaba. Estaba empezando a odiarle, pero no le convenía ofenderle, puesto que se brindaba a acompañarla.

—¿Por qué se empeñan en presentarlo como a un anciano chiflado y peligroso...?

—Quizá lo sea.

—Disimula muy bien su ancianidad... ¿Vamos...?

Salieron al exterior, y él cerró cuidadosamente la puerta, dejando a las perritas dentro. Les miraron partir con expresión de auténticas mártires, injustamente tratadas.

—El coche está detrás del huerto —explicó—. Tengo salida por aquel otro lado, y por eso ni me oyen ni tropiezo nunca con nadie. Antes de que se instalase usted abajo (de lo cual me di cuenta por su ruidosa moto), vivía con doña Maribelina y con doña Tomasita una familia insoportable, con cinco niños que saltaban a mi jardín y me hacían la vida imposible. Amenacé con marcharme si los próximos inquilinos volvían a darme la lata.

Sin duda por eso han querido pintarme como a un viejo ogro, para quitarle a usted las ganas de curiosear.

Llegaron junto a un pequeño *Ford* azul, y él abrió la portezuela, invitándola a subir.

—La estratagema no dio resultados —dijo, un tanto azorada—. He destrozado su magnífico aislamiento. ¿Se irá...?

—¿Adónde...? —se sobresaltó.

—A otra casa cualquiera, donde no haya vecinas indiscretas que pidan socorro y que tengan moto.

—No pienso moverme de aquí. Hasta ahora, usted no me había importunado. Me ocuparé de que no vuelva a hacerlo en el futuro. —Sus dos oscuras cejas, amenazadoras, se fruncieron tanto, que formaron una sola línea unida.

«Sin duda, me impondrá sanciones», pensó Malén mientras descendían hasta la carretera. Y trató de imaginar qué ridículas sanciones serían. Aquel supuesto anciano se consideraba el amo del mundo. Ella se había criado entre tres hombres, y no le inspiraban ningún respeto los varones. Al menos, ningún respeto especial. Sabía mantenerlos a raya y poner en evidencia su machismo, del que ellos mismos acababan por reír.

—¿Hacia dónde cae su... su maldi... su dichosa «Casa Rara»? —preguntó al llegar abajo.

—Siga hacia la izquierda. Verá en seguida el sendero. Junto a aquellos árboles altos. Descienda con cuidado. Es apenas un camino abrupto.

El *Ford* avanzó a trompicones, hundiendo sus ruedas en la tierra mojada. Al volver el primer recodo, el edificio apareció ante sus ojos.

—Es aquélla, junto al mar.

—Tenía usted razón al llamarla rara. Parece un pulpo, con todos esos extraños apéndices criminalmente añadidos.

—Cuidado con aquel hoyo. No quisiera que destrozara sus llantas. Bueno... Ya hemos llegado. Puede parar aquí.

Bajó de un ágil salto. Él hizo lo mismo por el otro lado, preguntándose sin duda por qué había sido tan condescendiente como para hacer caso a aquella loca. ¿Y si se trataba de una encerrona estúpida? Nadie podía estar seguro ahora.

Malén apartó el cabello húmedo que se le pegaba a la cara y buscó en el bolsillo del pantalón la llave de la puerta.

—Le dejé encerrado, por miedo a que alguien pudiera llegar y encontrarle indefenso —explicó, sin que él la escuchara.

Porque el «anciano doctor» miraba fijamente la cerradura, que había sido forzada y que colgaba de un extremo de la madera, golpeando rítmicamente el muro de piedra.

VI

Ninguno habló. Malén empujó la puerta, que produjo un desagradable chirrido, y avanzó titubeando, con la garganta repentinamente seca por el pánico.

Desde el dintel del cuarto de estar, donde dejara al herido, se volvió, mirando a su acompañante, que avanzaba con recelo tras ella.

—¡No está! —clamó Malén con esfuerzo—. ¡No está! —repitió una y otra vez.

Y él cortó con brusquedad el incipiente ataque de nervios.

—¡Cállese! Ya veo que no está. Ni por un momento creí su historia. ¿Qué se proponía haciéndome venir aquí...?

Sin hacerle caso, Malén gritó:

—¡¡ «Felpudo»!!

Lo cual acabó por hacer más grotesca la situación. Alocadamente subió al primer piso, sin dejar de llamarle, y también al desván, donde ella, en sus sueños románticos, había proyectado instalar algún día el cuarto de los niños.

«Felpudo» no estaba en ninguna parte. Ni en la cocina ni en el sótano. Jadeante, regresó a la sala. El doctor no se había movido. A través de la ventana contemplaba el paisaje, como si esperase encontrar en él una respuesta a sus interrogantes. Al volverse hacia ella, los azules ojos lanzaban chispas.

—¿Ha hecho ya su numerito? Supongo que podemos marcharnos. Pero antes de salir... y a título de curiosidad, dígame por qué clama por un felpudo. Empiezo a perder la cabeza yo también.

Malén dejóse caer sobre un sillón; las piernas no la sostenían.

—¿Dónde puede estar...?

—Si se refiere al felpudo, no lo sé. Alguien lo habrá robado.

—«Felpudo» es el nombre de mi amigo. Le llamábamos así en el colegio.

—¿Otro mote? Juraría haberla oído decir que no conocía usted a... a su cadáver.

Sin escucharle, ella comentó con histerismo:

—Yo no he soñado. «Felpudo» estaba ahí. —Señaló el sofá con dedos temblorosos—. Cuando le encontré entre el ramaje, malherido, me reconoció en el acto y me gritó: «¡"Bizcochos"!»

Esta vez, también el doctor sintió necesidad de sentarse.

—¿Una palabra clave...? —sugirió parpadeando.

—No entiende nada. «Bizcochos» soy yo. Él es «Felpudo».

—¡Ah! Muy interesante. Aunque no demasiado romántico.

—En medio del horror, sentí alegría al encontrarle. Se llama Kalid... y es árabe. Estudiamos juntos el cuarto y el quinto cursos de bachillerato. Allí en Canarias. El pobre chico vendía corbatas por los cafés para pagarse sus estudios.

—Excelente decisión. Muy digna de encomio.

Malén ahogó un sollozo.

—¡No irá a ponerse a llorar ahora! —se alarmó él.

—Comprendo que resulta increíble que, al cabo de los años, nos hayamos encontrado así. Él, sangrando como un cerdo. Y yo, aterrada. La vida es muy extraña.

—En efecto.

Desesperada, le increpó:

—¡Vamos, insúlteme!Maltráteme... ¡Noempleeesediscretotono,comosihablaseconunapobreloca...!Demuéstreme suodio y su indignación por haberle sacado de casa con mentiras. —Se puso en pie de un salto—. ¡Pero no son mentiras! ¡Dejé a «Felpudo» aquí mismo, con una pierna llena de sangre..., una manta escocesa y... —dio un salto de inquietud, y la triste realidad se impuso—: ...y la bolsa de los aparejos... ¡Que también ha desaparecido! ¡Con mi cámara dentro...! Ahora sí que no tendré más remedio que llorar.

—No lo haga —rogó, sintiéndose incómodo—. El llorar no arreglará nada.

—Era mi cámara nueva. La que me regalaron mis gemelos gastándose sus ahorros.

—¿Qué gemelos...?

—Mis dos hermanos. ¿No le he dicho que soy trilliza?

—No ha tenido tiempo de decirme tanta cosa. Es usted como una agencia de noticias.

—Yo nací la segunda. Y, por cierto, que salí de nalgas.

—Podía usted haberse ahorrado ese detalle tan íntimo.

—Mi abuela se lo decía a sus amigas cuando hablaba de mí. ¿Por qué voy a silenciarlo...? —Buscó afanosamente debajo de los muebles y abrió los cajones, en busca de su bolsa—. Decididamente, no está —dijo en tono trágico—. Los secuestradores de «Felpudo» se han llevado también mi cámara..., mi herramienta de trabajo. Y los rollos filmados con el intento de asesinato en la carretera.

—Pero... ¿de qué está hablando? Este asunto se pone cada vez más espeluznante. ¿Asesinato en la carretera...? ¿Rollos filmados con escenas siniestras...?

—Soy periodista. Olvidé decírselo.

—¡Vaya! Otra novedad.

—Usted puede no creerme. Pero yo tengo mi carné. Es decir..., lo tenía... en la bolsa de los aparejos.

—Al parecer, en esa bolsa desaparecida estaba hasta su partida de nacimiento. Y quizá su certificado de matrimonio... Pero no... Es usted demasiado joven.

—No soy demasiado joven. Los trillizos cumpliremos veintitrés años dentro de unas semanas. Y ya podría estar casada, de no haber sido por... por... —Hizo un puchero y ahogó un sollozo—. Desde el primer instante presentí que había algo más que amistad entre Natalia y él... No me equivoqué. Tengo un sexto sentido para esas cosas. Con armenio o sin él, Natalia es una fresca y una malvada.

—¿Armenio...? ¿No decía usted que era árabe...?

Malén pateó el suelo, irritada. Desde hacía veinticuatro horas, su vida se había convertido en una tragedia insoportable.

—Ese árabe no tiene nada que ver con el armenio. El armenio se llama Roberto Agiman y es un cincuentón millonarísimo. Confunde usted cuanto le digo. Si trata a sus clientes con el mismo desinterés que a mí, imagino que se le morirán por docenas.

Agitó la cabeza negativamente. Aún tenía gotas de lluvia prendidas en el pelo, que de vez en cuando le resbalaban por la frente y que él se secaba con impaciencia.

—No tengo clientes.

Le miró sorprendida.

—¿Que no tiene clientes...? Ahora comprendo que esté tan amargado. Un médico sin clientes es como un sastre sin telas.

—Posiblemente. Pero da la casualidad de que tampoco soy médico.

Esta vez le tocó a ella el turno de sorprenderse.

—¡Que no es usted médico...! —Le miró de arriba abajo, tratando de asimilar su frase—. Entonces... ¿por qué Tomasita y Maribelina le presentan como «un famoso doctor»...?

Él se encogió de hombros y volvió a asomarse a la ventana. Miró otra vez el paisaje y luego la miró a ella sin desfruncir el ceño.

—Desde el primer instante se empeñaron en que yo era médico, porque recibo muchas cartas en las que se indica: «Doctor Marcos Silva». Yo soy Marcos Silva.

—Y yo, María Elena Rey.

—Tanto gusto.

—Ya era hora de que nos presentáramos. Y volviendo a lo de doctor...

—Soy doctor en Derecho... Doctor en Ciencias Económicas... Doctor en Ciencias Políticas... Doctor en Filosofía y Letras... Y en muchas cosas más.

—Se ha debido de pasar la vida estudiando... —dijo, impresionada.

—No diré que no. Lo que *sí* digo es que no soy doctor en Medicina. Pero no hay quien convenza a las dos señoras de «La Siempreviva». Aunque se lo haya dicho cien veces, en cuanto les duele la cabeza, suben a mi «consulta». He decidido recomendarles siempre aspirina, para que me dejen en paz. Viven muy felices convencidas de que tienen un médico arriba.

—Y en ese caso... ¿por qué vino conmigo...? ¿Qué hubiera usted hecho si hubiésemos encontrado aquí a «Felpudo» perdiendo toda su sangre? ¿Darle aspirina también?

—Hubiese avisado a la policía, que es lo que usted debiera haber hecho ya..., suponiendo que esa truculenta historia fuera verídica. Vine... porque estaba aburrido y usted me interesó con sus locuras. Deseaba enterarme de lo que en realidad se proponía.

—¡Vaya! ¡Qué interesante! ¿Y... qué conclusión ha sacado?

—Ninguna. Usted me aturde.

Malén le miró en silencio; apreció su gabardina usada, pero de buena marca; sus zapatos, llenos de barro; su pantalón oscuro y su jersey de cuello vuelto, y se detuvo en sus manos, que, a pesar de ser finas, conservaban la huella de los trabajos en el huerto.

—No es extraño que le aturda —dijo a media voz—. Lo cierto es que estoy profundamente aturdida. Anoche rompí mis relaciones con el hombre con quien pensaba casarme..., y eso me ha trastornado.

—¡Ah! —dijo él, alarmado por aquella confidencia. Después de decirle que había nacido de nalgas, ahora iba a descubrirle sus amoríos. No se sentía dispuesto a escucharlos. Su curiosidad respecto a tan extraña muchacha concluía allí—. ¿Qué piensa usted hacer...?

Malén alzó los ojos, sorprendida. Unos ojos color coñac, llenos de chispitas doradas.

—¿Qué cree que puedo hacer... después de pillarle haciéndole el amor a Natalia en la soledad de la oficina...? ¿Usted lo perdonaría...?

Él se sintió profundamente incómodo ante la pregunta.

—No me refería a ese espantoso caso. Al preguntarle lo que pensaba hacer, aludía al momento actual. Al otro caso espantoso. ¿Va usted a quedarse aquí... o vuelve a casa conmigo? Suponiendo que sea cierto que vive usted en el piso de abajo.

—¡Claro que vivo en el piso de abajo! —se enfureció—. ¿Cree que no le oigo dar golpes en el suelo con una garrota cada vez que llama a Maribelina...? ¡Podía haber mandado poner un timbre...!

La miró con sorpresa, como si la idea no se le hubiera ocurrido.

—Tiene razón. Pero encontré esa garrota tan a mano... No sé de quién será.

—No insistiré más sobre mis asuntos personales. Estoy tentada de quedarme aquí... y dejarme morir, pero eso sería indigno de la hija de un almirante.

«Otro nuevo personaje —pensó Marcos—. Ahora un almirante.» La caja de sorpresas continuaba vertiendo su inagotable caudal.

—Mi padre es el almirante Rey —explicó ella adivinando su escepticismo—. Ahora se ha retirado. Aprovechó la oportunidad para casarse de nuevo. Estaba en su derecho. No se lo critico. —Recordó algo de pronto y le miró curiosa—: Usted es viudo, ¿verdad?... A menos de que sea otra mentira de las dos primas... o quizás otro error como lo de «doctor»...

Él torció el gesto y echó a andar hacia la puerta.

—Soy viudo, pero no me gusta hablar de ese tema. ¿Viene... o se queda...?

Al cruzar el umbral se volvió para ver si le seguía.

—Le aconsejo que mande poner una cerradura nueva; de lo contrario, le desvalijarán el interior. Y no es que esto sea un palacio de *Las mil y una noches...*

Un tipo odioso que no sabía consolarla a una de sus penas, pensó Malén mientras le seguía, con la muerte en el alma. Un hombre sin compasión ni sensibilidad. Se prometía no volver a verle jamás. Ni a volver a avisar a Tomasita cuando ésta no oyera los golpes del bastón.

Al menos, fue lo suficientemente masculino como para coger un trozo de cuerda del suelo y dejar atada la puerta concienzudamente. Luego echó a andar hacia el coche, sin mirar siquiera si ella le seguía.

«Pero... ¿es que no va a dejar de llover nunca?», se preguntó a sí misma, exasperada. Porque otra vez comenzaba el diluvio.

—Tantos meses de sequía, y ahora esto... —dijo corriendo tras él—. Marbella... bella en invierno.

Se sentía desolada por perder los rollos de fotografía en los que empleara dinero y tiempo. Y la cámara. Sobre todo, la cámara, que no podría reponer por el momento.

Al menos, «El Caso Perdido» la había esperado para abrirle la portezuela... ¡El «viejo médico»!..., que no era ni viejo ni médico. Pero, en cambio, *sí* era viudo. Aunque no le gustara hablar de ello.

En silencio, él puso el coche en marcha y también el limpiaparabrisas. Otra vez saltaron por el sendero en busca de la carretera.

«¡Adiós, "Casa Rara"! —se despidió Malén *in mente*—. No pienso volver más. ¡Ojalá te alquile un matrimonio peleón con diez niños feroces!»

¿Dónde estaría «Felpudo»...? Entre todas las ideas inquietantes, aquélla era la peor. Él había insistido en que no se llamara a la policía, pero tendría que hacerlo. Y lo más pronto posible. La vida —si es que aún tenía vida— de «Felpudo» estaba en juego.

El silencio en el interior del coche era hostil y pesado. Totalmente inamistoso. No existía entre ambos la menor simpatía. ¡Aquel DOCTOR de cien cosas distintas debería tener la cabeza gorda de tanto estudiar! Pero no la tenía. Precisamente poseía una hermosa cabeza, cuyo pelo, medio rizado, le daba cierto airecillo de estatua griega. El muy estúpido se puso a silbar entre dientes, como si nada hubiera ocurrido. Como si las palabras «sangre» y «asesinato» no hubiesen mediado en sus conversaciones.

Al llegar junto a la verja que abría paso al pequeño jardín de «La Siempreviva», dijo Malén con brusquedad:

—Puede dejarme aquí. Supongo que las dos primas estarán ya de vuelta, hartas de perder dinero en el «bingo». O quizá Curro, que de vez en cuando aparece por el hogar. —Bajó de un salto, cayendo sobre un hermoso charco que le empapó las perneras del pantalón—. Adiós, doctor —saludó, irritada —. Supongo que puedo llamarle doctor, o quizá requetedoctor. Le agradezco cuanto ha hecho por mí. Y lamento que las circunstancias me hayan dejado mal ante sus ojos. Sin embargo..., todo cuanto le dije era la pura verdad.

Pareció no oírla. Repentinamente se humanizó y, poniendo el coche en marcha, dijo como despedida:

—Trataré de no dar los golpes tan fuertes.

—¿Qué golpes...?

—Los que doy con la garrota cuando necesito algo.

Tras lo cual aceleró y se alejó lanzando agua por todos lados.

Malén llamó a la puerta tiritando. Estaba helada, llena de angustia, de miedo, de frío y hasta de hambre. Ni siquiera había comido un bocado. Su merienda había desaparecido también dentro de la bolsa de los aparejos.

Llamó, sin obtener respuesta. Volvió a llamar, y propinó un puntapié a la puerta, totalmente exasperada. ¿Tantos encantos tenía el «bingo», que atraía de aquel modo a dos apacibles mujeres...? Debían de estar perdiendo hasta las pestañas, y los días en que perdían les daba por lloriquear recordando a su difunta abuela «La Siempreviva», a la que ambas quisieron mucho. Con remordimiento y con los ojos bajos, reconocían que había sido una mujer un poco alegre, con gran número de amores y amoríos, uno de los cuales le procurara aquella hermosa casa en la que ahora vivían. Y como solía decir Tomasita «la Gorda», defendiendo su memoria: «Ser fresca en estos tiempos en que casi todas las mujeres lo son, no tiene el menor mérito. Pero ser fresca en los tiempos de mi abuela..., aquello sí que era admirable...»

Y tras el dudoso panegírico, se secaba las lágrimas y ponía flores frescas ante su retrato.

Indudablemente, no había nadie en casa. Ni siquiera Curro, que cuando no tenía dinero para meterse en un bar, regresaba a vaciar la nevera del hogar. Trató de refugiarse bajo un alero del edificio, pero los canalones repartidos por todas partes empeoraban la situación.

—¡Suba! —gritó una voz cercana, causándole un sobresalto—. Va a coger una pulmonía. —Abrió la portezuela, y Malén corrió hacia el coche —. Así aprenderá a no tirarle a nadie las llaves a la cabeza.

Al menos se acordaba de eso, pensó Malén, que creía que su vecino la habría olvidado totalmente, como un mal sueño.

—Gracias... No tenía por qué molestarse...

—Lo sé. Pero no es agradable ver morir a nadie a la puerta de su casa. Si está callada y no empieza otra vez a contar disparates, puede quedarse en mi sala hasta que lleguen los de abajo. Pero no abuse de mí.

—¿Abusar de usted...?

—De mi paciencia. Ha trastornado completamente mis horas de trabajo y mi ordenada vida.

—¿En qué trabaja? —se creyó obligada a preguntar.

—Preparo unas conferencias que daré este otoño en Alemania —explicó sin ganas.

—¿Como doctor en Derecho...?

—Como doctor en Ciencias Políticas. También daré otras en Madrid...

—¿Como doctor de qué...?

—De Ciencias Económicas—. La miró de reojo—. ¿Está burlándose...?

—Dios me libre. Simplemente, me anonada su capacidad intelectual... Ya hemos llegado... Por favor, procure ponerme a salvo del excesivo amor de sus terribles perritas.

Se le dulcificó la expresión, como la de una madre a quien le mencionaran a sus bebés.

—Las recogí en el campo. Estaban abandonadas y atadas a un árbol. Una infamia. Ahora son muy felices.

Le miró para ver si hablaba en broma, pero estaba completamente serio.

—Aunque no lo crea, me gusta hacer feliz a todo el mundo —concluyó como a pesar suyo.

Y ella reconoció que era cierto, ya que, de otro modo, no se hubiera resignado a seguir a una desconocida bajo la lluvia, escuchando una increíble retahíla sobre secuestros, accidentes y asesinatos.

VII

Las perras dieron, en efecto, un lamentable espectáculo de histerismo amoroso, recibiéndoles como si la separación hubiese durado varios meses.

—¡Quietas, muchachas...! Tranquilas... Tenéis la manía de daros en espectáculo —dijo él, rechazándolas tan amorosamente como ellas le acosaban—. Ya veo que me habéis echado de menos, pero no es para tanto.

Un solitario que, en el fondo, agradecía la ternura de sus animalitos y la devolvía con creces, pensó Malén, un poco turbada por descubrir su intimidad.

—Ea. Estad quietas y os prepararé vuestra comida. Supongo que estaréis hambrientas. Yo también lo estoy. —Se volvió hacia Malén—. Siéntese donde le plazca y excúseme un momento. Voy a cambiarme.

Encendió la lámpara de las puntillas, que mostró toda su gloriosa cursilería. Luego enchufó la corriente de un pequeño radiador y abrió una especie de alacena, de la que sacó una toalla limpia, lanzándosela al vuelo.

—Quítese ese impermeable y esas botas y séquese el pelo. Va usted a enfriarse. Haré un poco de café.

Se quedó sola en el cubil de la fiera, porque las perritas se marcharon tras él. Pero en realidad nada tenía de cubil. Era una estancia tan mal amueblada como el resto de la casa. Su única ventaja era la de abrirse a un jardín independiente, un trozo de montaña ordenado en bancales.

Marcos Silva, el doctor en casi todas las ciencias, no se había preocupado de embellecer el hogar, descargando todos sus entusiasmos en el huerto.

En la pared, junto a un espejo enmarcado de ébano y picado por la humedad, descubrió un calendario mostrando a una sugestiva rubia y el anuncio de un garaje cercano. Dos viejos grabados, uno francés: «El retorno del héroe», representando a un soldado de la guerra de 1914 cayendo en

brazos de su esposa y de un excesivo número de niños, y otro italiano: «La carta del pretendiente», en el que una damita del siglo XIX leía absorta una misiva, sentada en un banco del parque cuajado de rosas. De dónde habría sacado la abuelita «Siempreviva» aquellos dos cuadros, sólo Dios y quizá sus nietas lo sabrían. Entre ambos grabados, alguien había clavado una hoja de papel con una chincheta. Se acercó a mirar lo que había escrito:

CAFÉ
PAN DE MOLDE
6 LATAS DE ALIMENTO PARA PERROS
CHULETAS PARA MÍ

Olvídese del gazpacho durante unos días, por favor...

Adivinó que se trataba de un mensaje del doctor a cualquiera de las dos primas.

Había un solo sillón junto a la mesa de pino barnizada. Un sillón de mimbre, con almohadones de colores. También dos banquetas y otra mesita con una máquina de escribir, rodeada de un montón de papeles. En un ángulo, una vieja nevera que metía un ruido infernal y que les permitía a las propietarias anunciar aquello como «piso todo confort»...

Marcos Silva no parecía exigente. En cambio, sí debía de serlo con las perritas, porque descubrió también, en el rincón opuesto, un hermoso cestillo bien mullido, para descanso de los animales, y una mantita de felpa, limpia y cuidadosamente doblada.

Se secó la cabeza con la áspera toalla, que olía bien. Se sentía helada, por dentro y por fuera. El tema «Felpudo» empezó a parecerle una pesadilla inexistente, haciéndose, en cambio, más real el drama íntimo de su ruptura con Greg.

Era imposible echar aquello a broma o tratar de olvidarlo. Los meses vividos en grata excitación amorosa concluyeron inevitablemente la noche anterior. Y pasaron tan de prisa como un sueño, dándole apenas tiempo para decir: «Hola, Greg», «Adiós, Greg». No habría «Casa Rara» donde saborear

un amor eterno, ni proyectos matrimoniales. No habría niños parecidos a Greg jugando en la orilla del mar.

Tendría que contarles su fracaso a los gemelos. Confiaba en que no se pusieran demasiado furiosos ni tomaran un avión para Marbella, con objeto de apalear a Greg.

Sintió un frío intenso a pesar de que el radiador comenzaba a calentar algo. Sin otra cosa que escoger, se echó sobre los hombros la pulcra manta de las perritas. Confiaba en que no le ladraran por el abuso.

Las oyó volver precediendo a su amo, que se había cambiado de ropa y que incluso tuvo tiempo de pasar la maquinilla eléctrica por su cara. Había mejorado de aspecto con el jersey de lana blanca y el pantalón de pana *beige.* Llevaba en las manos un bote vacío, que le mostró consternado:

—¡No hay café! —dramatizó amargamente—. Sin embargo, estoy seguro de haber dado el aviso de que lo compraran. Debí de poner el papel en alguna parte.

—Está ahí —señaló Malén, que, sin poder evitarlo, sonrió de su exasperación; era su primera sonrisa desde el día anterior.

Relamida y *Sandunga* descubrieron en seguida su manta y lanzaron dos discretos ladridos de protesta.

—Silencio, muchachas. ¿Por qué ladráis ahora? —Y las despojadas se dolieron de su incomprensión—. Puedo ofrecerle una copa de jerez. Le hará entrar en calor.

—Se me subirá a la cabeza. Tengo el estómago vacío.

—También a mí se me olvidó comer.

—Perdóneme por haber alterado sus pacíficas costumbres.

Frunció el entrecejo.

—¿Por qué da por hecho el que sean pacíficas...? No crea tampoco que soy demasiado exigente. Comer o no comer me preocupa poco.

—Eso me suena a lo de *to be or not to be...* Personalmente, prefiero comer. Por desgracia, mi comida iba bien envuelta en la bolsa de los aparejos...

—Estoy empezando a pensar que allí iba todo su *curriculum vitae...* Pero..., ahora que usted lo menciona, también doña Maribelina me subió a mí un paquete. Voy a buscarlo.

Abrió la alacena, en la que debía de guardarlo todo, y triunfalmente sacó un envoltorio, cubierto con una servilleta a cuadros rojos y blancos. Lo colocó sobre la mesa y fue haciendo un inventario de cuanto sacaba, desenvolviéndolo de su papel de estaño: un bocadillo de tortilla, otro de anchoas, una pera y dos melocotones. Viendo volar un papel del interior del bocadillo de tortilla, se agachó a recogerlo:

—¿Qué es esto? —Y en alta voz leyó lo escrito—: «Marido infiel. Tigre infernal. Antes de que acabes con la vida de mi prima, acabaré yo con la tuya.»

Miró estupefacto a la muchacha y se preguntó a sí mismo:

—¿Qué significa...?

Sin alterarse, Malén explicó:

—Han vuelto a equivocarse. Me extraña mucho que hasta ahora no le hubiese tocado el turno de recibir esta clase de misivas. Van dirigidas a Currito, pero a veces confunden los bocadillos. Cuando Maribelina prepara un paquete de merienda para su marido incluye entre el jamón o la tortilla alguna amorosa protesta, porque Curro es olvidadizo y algunas noches no se acuerda de volver a casa... o vuelve al amanecer. Si es Tomasita «la Gorda» la que lo prepara, las misivas se convierten en amenazas e insultos. Ésta proviene de ella.

Él se pasó la mano por el pelo, tratando de alisárselo.

—Ahora recuerdo que, hace unos meses, dentro del paquete de *croissants* encontré un mensaje terrorífico: «No pasarás de esta noche, maldito.» Creí que se trataba de un anónimo estúpido de alguien que me quería mal. Estos andaluces tienen la sangre muy caliente y a veces he tenido discusiones con el hombre del garaje o con el dueño del restaurante... Me quita un peso de encima el saber que no iba dirigido a mí. Soy hombre de paz.

—¿A pesar de su ceño fruncido...?

Él la miró con sorpresa:

—¿Lo tengo fruncido...?

—Como un nido de abejas.

Frunciéndolo aún más, dijo amenazador:

—¡Bueno! ¡Siéntese! ¿Es que piensa comer de pie...?

—¡Ah! ¿Voy a comer...? No puedo permitirlo. No le privaré a usted de...

—¡Déjese de monsergas! Repartiremos lo que hay. —Acudió de nuevo a la alacena para sacar vasos y platos, un mantel de plástico con pájaros y flores y una botella de vino tinto. Luego fue a la nevera en busca de la jarra de agua y de un plato de soberbios tomates—: Son de mi huerto —explicó con orgullo—. Si le gustan con aceite, por ahí hay unas vinagreras. Yo los tomo simplemente con sal.

Le dejó el sillón y se sentó él en un taburete. Parsimoniosamente, cortó cada bocadillo en dos perfectas mitades y le tendió un plato lleno.

—¡Coma! —ordenó.

¿Qué pensaría Greg si hubiese podido contarle minuto a minuto todo lo ocurrido durante aquel día? Sintió añoranza de su compañía, de su apoyo, de su costumbre de reírse juntos de todo. Aquel absurdo almuerzo a media tarde en compañía de un vecino desconocido hubiera sido motivo de más risas y comentarios, y Greg hubiese sabido qué hacer con el asunto «Felpudo»..., porque Greg tenía amigos en todas partes. Y siempre resultaba que había un amigo de un amigo de otro amigo que arreglaba las cosas. Sintió un dolor agudo en el corazón y le increpó con el pensamiento: «¿Por qué me has hecho esto..., Greg...? Yo era tan feliz...»

Ya no volvería a ser feliz, ni en Marbella, ni lejos de allí. ¿Tendría razón Tomasita con su sentencia de que no era un gatito cariñoso el que las mujeres metían en su cama, sino un tigre con afiladas garras? Las garras de Greg dejaron cruel huella en su interior.

¡Un tigre... que ni siquiera había estado en su cama...!

De haberlo estado, ¿hubiera sido todo distinto?

—Pero yo no puedo... —pensó.

Y oyó la voz de su vecino, que repetía:

—Usted no puede ¿qué?...

Y se dio cuenta de que había pensado a viva voz. Confusa, trató de arreglarlo:

—...yo no puedo comprender cómo es posible tener apetito en medio de tanto drama. Pero lo tengo. La materialidad de la vida se impone siempre, lo cual me parece vergonzoso.

—No debe avergonzarnos nada de lo que sea natural —dijo, con la boca llena y mirando al infinito—. Ni comer, ni dormir, ni respirar..., ni amar.

Le pareció raro escuchar la palabra «amor» en aquella boca de línea tan hostil. Pero los doctores de mil ciencias también tenían su corazoncito. Por primera vez sintió curiosidad por saber algo de él, por profundizar en la intimidad de aquel monumento de frialdad e indiferencia, rompiendo la muralla de piedras afiladas de la que se rodeaba. Además de ser requetedoctor..., ¿quién era Marcos Silva? ¿Qué sentía? ¿En qué pensaba durante sus muchas horas solitarias? ¿Cómo sería la esposa que perdiera en un accidente?... «Soy viudo, pero prefiero no hablar de ello.» ¿Todavía le escocía mucho la herida?

—Doctor... ¿Puedo llamarle «doctor»...? ¿O prefiere «profesor»... o «señor Silva»...? —No se atrevió a decir «Marcos a secas», y pensó en lo que se reiría Greg oyéndoles hablarse de usted y con toda ceremonia.

Él dejó de contemplar moscas —según decía Maribelina— y la miró con cierta sorpresa, como si hubiese olvidado que estaba sentada junto a él.

—¿Por qué tiene que llamarme de ninguna manera si estoy aquí a su lado...?

—Quiero decir..., bueno... Era un modo como otro cualquiera de empezar a hablar. Lo que realmente deseo es pedirle disculpas y explicarle con todo detalle lo ocurrido.

Él alzó los brazos al cielo.

—¡No, por Dios! No volvamos a empezar con los moros..., los armenios..., los cadáveres... Coma su tortilla tranquilita. En cuanto regrese la gente del piso de abajo, usted se marcha... y aquí no ha pasado nada.

—¡¡Pero es que sí han pasado muchas cosas!! —se exasperó—. Y tengo que contárselas a alguien. ¿No dijo usted que era doctor en Derecho...? Pues yo necesito un abogado. Le pagaré la consulta.

Se levantó inesperadamente, sobresaltándola. Pero sólo fue al extremo de la habitación, a coger la gruesa garrota.

—Doña Maribelina debe de haber regresado ya —indicó, cortando las explicaciones de Malén—. Su problema de «sin hogar» debe de estar solucionado. Las dos señoras habrán abandonado ya su consabido «bingo»...

—¡Qué extraño...! —interrumpió ella sin miramientos.

Él alzó una ceja.

—¿Qué es lo extraño...?

—Que no le llame usted «don» «bingo»... Tiene un modo de hablar tan ceremonioso...

Se quedó en suspenso, vacilando.

—Nadie me lo había dicho nunca.

—¡Cómo se lo iban a decir si se niega usted a aceptar confidencias!

Miró la garrota con aire apreciativo.

—Pues este palo no creo que sea muy ceremonioso...

—En eso le doy la razón. La excepción no hace la regla. Es ruidoso y brutal.

—Contundente..., diría yo. —Para demostrarlo, golpeó repetidamente el suelo una y otra vez, y hasta los platos y vasos de la mesa bailotearon. Las dos perras se unieron al jolgorio con alegres ladridos—. Silencio, *Sandunga.* Tú eres siempre la que empieza a alborotar. Ven acá, *Relamida.* No sigas los malos ejemplos de tu compañera. —Les dio un trocito de tortilla a cada una. *Sandunga* lo tragó de golpe, y *Relamida* se lo llevó a un rincón, para saborearlo lentamente. La nevera quiso también hacer acto de presencia y lanzó un suspiro largo y doloroso—. He observado que cuando golpeo el suelo, la nevera se queja —comentó Marcos Silva, con su primer rasgo de humor.

—¿Por qué vive en una casa tan... poco confortable? —curioseó Malén —. Marbella está llena de casas maravillosas, de rincones increíbles, con todo el confort del mundo.

—Usted también vive en el piso de abajo..., ¿no?

—Yo no tengo dinero, por el momento

—¿Qué le hace creer que lo tengo yo...?

—Un hombre con tantas carreras...

Volvió a sentarse y la emprendió con el bocadillo de anchoas. Dejó el palo junto al taburete y durante un minuto recuperó aquella expresión de estar contemplando moscas. Malén vació su vaso de vino tinto y se encogió de hombros, desesperanzada ante tal inexpresividad. Cuando menos lo esperaba, él dijo con brusquedad:

—Hace exactamente un año que me escondí aquí... Me escondí. Ésa es la palabra exacta. Huí de la gente, porque quería encontrarme a mí mismo. En esta casa hallé afecto y amistad.

—Igual me ha ocurrido a mí.

Pareció no oírla. Sin embargo, se dio cuenta de que su vaso estaba vacío y se lo volvió a llenar.

—Mi mujer había muerto, víctima de un terrible accidente —explicó a pesar suyo—. Llevábamos tres meses de casados.

Malén se estremeció.

—¡Qué horrible...!

—Sí.

—Perdone mi curiosidad. No hable de ello si no quiere.

—Le diré en pocas palabras lo que ocurrió, para que no ande preguntándole a doña Maribelina o a doña Tomasita, que le darían una versión calenturienta. Mi mujer iba en el coche a hacer unas compras y, simplemente, fue embestida por un camión.

Malén contuvo un sobresalto.

—Lo... lo siento. Es... atroz...

—Lo es... Pero... no me mire de ese modo, como si fuera un bicho raro. Estas cosas ocurren en la vida...

Malén lanzó un suspiro.

—Sí. Ocurren. Y no le miraba. Simplemente, pensaba que tiene usted derecho, después de ese golpe, a vivir como un ermitaño, si es su deseo.

—No vivo como un ermitaño. Simplemente... vivo. Pedí un año de excedencia en el Ministerio. Tenía mi cátedra de Ciencias Políticas en Madrid, pero no quise seguir con aquello, como si nada hubiera pasado. Estoy cogiendo impulso y meditando sobre lo que deseo hacer en el futuro. Eso es todo.

Parecía como si él hubiese abierto una rendija de su puerta para permitirle echar una mirada y la hubiese vuelto a cerrar en seguida. Era un hombre introvertido y reservado. El polo opuesto de Greg, pensó Malén, comparándolo inevitablemente con él. Ante una desgracia como la de Marcos, Greg se habría lanzado más y más a la vorágine de la vida social, tratando de olvidar. El profesor se había recluido en «La Siempreviva»

como un animal salvaje para lamerse sus heridas. A pesar de su rudeza, había en él algo enternecedor. Y una absoluta carencia de sofisticación.

¿Cómo sería ella...? Intentó imaginársela. Joven, puesto que así solían serlo las recién casadas. Y Marcos no tendría más de treinta y cinco años. Quizá diez años más joven que él. Delgadita. No muy alta. Marcos daba la sensación de ser muy alto, pero era más bajo que Greg. ¿Rubia o morena? El pelo del profesor era castaño muy claro, con vetas por culpa del sol. Seguramente sería morena, con el pelo largo, recogido atrás. Un cutis bonito, sin las pecas que le salían a ella todos los veranos. Se había puesto un vestido sencillo y unas sandalias cómodas. «Voy a hacer unas compras; no tardaré nada.» ¿Le llamaría Marcos o Marc...?

Y a continuación... la catástrofe.

La soledad..., la depresión nerviosa, una búsqueda afanosa por la Costa del Sol hasta encontrar el refugio que reunía las condiciones apetecidas: independencia, aislamiento, un pedazo de jardín para él solo, cuatro muebles baratos y dos perrillas que, por contraste, rebosaban alegría de vivir.

Trataría de no volver a molestar a Marcos Silva. Sintió respeto por él.

Se levantó y abrió la puerta para ver si seguía lloviendo. Todo continuaba lo mismo, y volvió a preguntarse dónde estaría «Felpudo» y cómo habría salido de «La Casa Rara»... si es que había salido con vida.

Sin volverse, Marcos la contempló a través del espejo. Una muchacha muy alta y esbelta. Con un cabello muy liso y unos ojos muy grandes. Y una nariz pequeña y graciosa entre los pómulos muy marcados. El pantalón vaquero y el jersey verde aún estaban húmedos y ajados. No se había puesto todavía las botas y caminaba sobre sus calcetines de gruesa lana blanca, salpicados de barro. La boca, de bien dibujados labios, más bien temblaba que sonreía.

—Como no necesitaba hoy mi *Vespa,* porque salí con intención de tomar fotos para un libro, tuve la mala ocurrencia de dejarla guardada en el garaje. Y Maribelina también lo deja cerrado con llave —explicó, fastidiada por seguir imponiéndole su presencia—. De no ser así, me hubiera ido a cualquier lado.

—No tenga remordimientos en lo que a mí se refiere —atajó él—. Puedo soportarlo..., siempre que no empiece a hablar de felpudos...

—¡¡Pero es que necesito hablar de «Felpudo»!! Tiene que oírme, o me dará aquí mismo un ataque de nervios.

Ante semejante amenaza, Marcos la empujó, haciéndola sentar en el sillón de mimbre, y se instaló frente a ella en el taburete.

—¡Hable! —dijo resignado.

Y Malén gritó, enfadada:

—Le juro que le pagaré la consulta aunque vacíe mi cuenta corriente.

VIII

—Me llamo María Elena Rey y vivo en el piso de abajo —comenzó ella, como si recitara la lección.

—Eso ya lo dijo antes.

—Trabajo en la «Agencia de Alquileres C. L. A. N.».

—Lo dijo también. Vaya al grano.

—Esta mañana decidí no ir a la oficina porque anoche tuve una horrible pelotera con mi jefe.

—Creo que también me lo había contado. Y que incluso le tiró las llaves a la cabeza. Supongo que su pobre jefe debía de estar harto de oírla hablar de felpudos.

—Mi jefe había sido mi novio... hasta anoche. Bueno, la palabra «novio» no existe actualmente. Está fuera de moda. Tan fuera de moda como este tratamiento de «usted» con el que estamos torturándonos todo el día.

—¿Quién está torturándose...?

—*Usted* y yo. Pero sigamos con mi historia. Greg y yo éramos novios al estilo de ahora.

—¿Quiere decir que se acostaba con él? —le soltó sin rodeos.

Y Malén abrió la boca con estupor.

—¿Qué está diciendo...?

Repitió la frase sin inmutarse. Malén se puso de pie furiosa.

—¡No... y mil veces no!

Marcos la obligó otra vez a sentarse.

—¿Por qué se ofende ante una sencilla pregunta? La veo muy informada sobre las cosas que se estilan ahora... e hice mis conjeturas lógicas.

—Conjeturó mal. Empiezo a sospechar que es usted un abogado malísimo. A lo mejor no le pago.

—Ya contaba con eso.

—Su pregunta es una grosería.

—¿Por qué? —dijo con ironía—. ¿No es real como la vida misma...? —Cambió de tono, haciéndolo más amistoso—. Cálmese. No se preocupe por la pelotera con su novio. Las peloteras entre las parejas carecen de importancia. En tres meses de casados, nosotros tuvimos diecisiete.

—¿Las apuntó en su agenda?

—Exactamente. Suelo tomar nota de las cosas que no quiero olvidar.

Malén no pudo dominar la curiosidad. Aquel hombre de pelo alborotado conseguía sorprenderla.

—¿Por qué discutían tanto...?

Él meditó un momento y luego, mecánicamente, comenzó a amontonar platos y vasos para quitar la mesa.

—Cati era un poco mandona...

Se llamaba Cati, anotó también Malén. Mentalmente, por supuesto. Y era mandona. Variaba un poco de la imagen ideal que ella había formado de la recién casada.

Salió en su defensa sin saber por qué.

—La llama mandona porque de vez en cuando trataría de hacer su voluntad. Aunque fuese sólo una vez al año. O al siglo.

Volvió él a meter el intocado plato de tomates en la nevera, y al regresar comenzó a mordisquear la pera que Malén dejara.

—No exactamente —dijo sin hostilidad—. Cati era bastante mayor que yo..., ocho años justos..., y estaba acostumbrada a darme órdenes. Vivíamos juntos desde hacía muchísimo tiempo.

—¡Ahora lo comprendo todo! —gritó Malén, casi triunfal—. Por eso me ha preguntado si me acostaba con mi novio... Si metía al tigre en mi cama... Carece usted de sentido moral.

—Se equivoca. Cati era mi prima, y mi padre la llevó a vivir con nosotros cuando se quedó huérfana. Cursamos juntos la carrera de Derecho. Tiene usted la mente un tanto retorcida.

—Así que se casaron...

—No tan pronto. Primero me fui a Alemania, donde permanecí cinco años. Estudiando, por supuesto. Mi madre era de origen alemán y me

quedaban allí algunos parientes. Cuando regresé a España, mis padres murieron con pocos meses de diferencia y me quedé solo con Cati.

Y la primita treintona, o más bien cuarentona, que ya estaba resignada a vestir santos, decidió echar su zarpa sobre el primito. Clarísimo, pensó Malén, desilusionada. La imagen idealizada de Cati se derrumbaba con estrépito.

—En lugar de cargar con ella, hubiera sido más práctico que hubieran puesto un bufete en unión y compañía, sin perder su libertad —sugirió.

—Ella no ejercía la carrera de leyes. Era también catedrática de Historia y Arte. Dirigía un museo particular.

—Otro fenómeno de inteligencia...

—Sí —aceptó modestamente.

—Y todo ese esfuerzo, para acabar bajo las ruedas de un camión, tras decirle alegremente al marido: «Voy al supermercado un momento. De la larga lista que te di esta mañana, olvidaste traerme la crema hidratante y las galletitas de coco...»

La miró casi aterrado.

—¿Cómo lo sabe...? En efecto, por la mañana me había dado una lista, y yo olvidé el dentífrico y la crema de hormonas. De ahí mi remordimiento. Si no lo hubiera olvidado, ella no se habría visto obligada a salir y nada hubiese ocurrido. —Dio un profundo suspiro, y las perras, alarmadas, levantaron las cabezas—. La vida es cruel e injusta.

Malén lo admitió en el acto.

—Terriblemente injusta. Como usted mismo, que, en lugar de permitirme que le cuente mi historia, me larga la suya.

Marcos pareció abochornado. Repartió el resto de la pera entre las perras y confesó a su pesar:

—Ahora ha dado en el clavo. Tiene toda la razón. Soy un egoísta. ¡Hable! Pero, por favor, no vuelva a empezar con lo de «...me llamo María Elena Rey y vivo en el piso de abajo...». Prosiga su narración en el punto en que la dejó. Su jefe era su novio..., pero al estilo de ahora... Por cierto..., ¿cuál es el estilo de ahora...?

—Usted tiene que saberlo. También ha tenido un noviazgo.

—El mío fue diferente. Ya se lo he dicho.

Malén se encogió de hombros, sin saber cómo describir aquello que la hiciera tan feliz.

—Conoces a un hombre... Te atrae. Empiezas a salir siempre con él. Se intercambian besos. Sólo besos, a menos que la chica sea muy... lanzada.

—¿Usted lo es...? Antes dijo que no.

—¡Ah! ¿Se acuerda...? Pero no personalicemos, se lo ruego. Después se hacen proyectos para el futuro..., tímidamente, sin comprometerse... Incluso se elige alguna «casa rara»... Pero todo se viene abajo cuando va usted a medianoche a la oficina porque dejó allí olvidada su cámara fotográfica... y se encuentra a su novio con la socia capitalista de la empresa, que da la casualidad de que es una señora muy atractiva.

—Se puede ser atractiva y socia capitalista y ser a la vez una persona seria.

Malén se irritó. Los ojos se le llenaron de agua ante el atroz recuerdo.

—Los dos llevaban menos ropa que en la playa..., que ya es decir.

Marcos tosió discretamente.

—La semana pasada hizo días de mucho calor... Y quizás a esa señora le dolía algo y él la estaba consolando.

Malén tragó saliva y contó hasta diez antes de estallar.

—Repetiré hasta la muerte que es usted una birria de abogado.

—Ahora soy yo quien le ruega no personalizar. Su agresividad es notable.

—¡Nunca me deja llegar al nudo del asunto! —protestó Malén.

—¿Cuál es el nudo del asunto...? ¿El felpudo...?

—Es el nudo de un problema inmediato..., aunque no de mi problema sentimental. Y le agradeceré, para la mayor comprensión de mi aventura, que, cuando nombre a «Felpudo», no piense en un limpiabarros. Es una persona.

—¡Qué apellido tan extraño...!

—Le he repetido hasta la saciedad que «Felpudo» es el apodo de un compañero de colegio. ¿Queda esto claro?

—Clarísimo. Un compañero de colegio.

—Bien. Pues vayamos por partes. Al despertar esta mañana y recordar la tragedia nocturna, me di cuenta de que no era preciso acudir a mi trabajo...

porque ya no lo tenía. Me había despedido de la oficina yo misma insultando a Greg y tirándole las llaves a la cabeza.

—Su mencionada agresividad... —apuntó él con pesadumbre.

—Al ver que llovía tanto, decidí pasear por el campo.

—Lo contrario de lo que suele hacer todo el mundo, ¿no?

—Pensaba sacar fotos para mi libro *Marbella... bella en invierno.* Mi amigo Ramiro Anglada, director de «El Matinal» de Málaga, donde hice mis seis meses de práctica del periodismo, me encargó ese trabajo. No había caído una gota de agua desde hacía meses, y decidí aprovechar la oportunidad.

—¿Y qué más...? —acució—. No dirá usted que no estoy interesado. —Los ojos azules, un tanto inquisidores, brillaban con cierta travesura.

Malén le miró dubitativa. No estaba muy segura de que el «profesor de todo» fuese tan ingenuo como aparentaba.

—Salí con mi cámara a cuestas y empecé a tomar fotos. Desde una pequeña altura enfoqué la carretera. Justo donde empieza la curva. Por el diluvio, apenas circulaban coches.

—Hasta ahora, todo es normal.

—No cante victoria. De pronto apareció un cochecito gris. Lo fotografié, porque me pareció divertido ver un solo coche en una carretera tan frecuentada. Pero casi en seguida dobló la curva un gran coche negro.

—Sigue siendo normal.

—Pero no fue normal el que intentase por todos los medios alcanzar al coche gris, dándole fuertes topetazos en dirección al precipicio.

—¿En serio...?

—Totalmente. De tal modo lo acosó, que logró su intento. El cochecito gris rodó por el acantilado. Empecé a gritar..., pero, afortunadamente, no me oyeron. Quizás hubieran tratado de darme caza a mí también... Corrí en dirección contraria y les vi desaparecer en dirección a Marbella.

—Huele a crimen premeditado —comentó mientras acariciaba a las perras, instaladas en sus rodillas—. No me gusta nada. ¿Está segura de que no la vieron...? Podrían considerarla un testigo molesto.

—Las fotos hubieran sido una prueba indiscutible. Pero se llevaron mi cámara.

Él meditó un momento.

—Es interesante... ¿Cuándo entra «Felpudo» en escena...?

—En seguida. En cuanto conseguí rehacerme del miedo y del estupor, bajé a la carretera y me asomé al acantilado. ¡Ni rastro del coche gris...! Supuse que se lo habría tragado el mar. Me armé de valor e inicié un descenso entre rocas y matorrales...

—...a riesgo de su vida —apuntó él con gravedad.

Como no estaba muy segura de que no se estuviera burlando, replicó con aspereza:

—Evidentemente... El terreno era muy resbaladizo y me había entrado agua en el interior de las botas. Al fin, tras una enorme peña, lo vi.

—¿A «Felpudo»...?

—Al coche gris, arrugado como un acordeón y en peligroso equilibrio sobre las rocas. Tan sólo unas fuertes ramas de pino lo sostenían encima del agua. Pero no ardía. A prudente distancia y por tener una portezuela desgajada, pude darme cuenta de que el interior estaba vacío.

Se miraron mutuamente en silencio. Luego él habló:

—Tendría que haber alguien..., a menos que fuese un nuevo modelo de automóvil manejado a distancia.

—No fantasee —le cortó con sequedad—. No se trataba de ningún extraterrestre. Lo encontré a pocos metros, milagrosamente vivo. Sin grandes heridas aparentes, aunque sangraba por la nariz y de una pierna. Y tenía toda la ropa rasgada. En lugar de machacarse contra las piedras, había quedado medio colgado sobre un árbol, deslizándose luego lentamente al suelo. Alá protege a los suyos.

—¿Es usted mahometana? —preguntó, sorprendido.

—Yo no, pero él sí.

—Esas cosas no se notan a simple vista. ¿Cómo pudo advertirlo? ¿Llevaba caftán... o un fez rojo con borla...?

—Me acerqué a auxiliarlo, y él recobró el conocimiento. Fue entonces cuando gritó: «¡Bizcochos!»

—¡Qué extraño sentir apetito en una situación tan difícil...!

Malén se armó de paciencia.

—Le expliqué antes que en el colegio me llamaban «Bizcochos», porque los llevaba de merienda y solía repartirlos entre los compañeros.

—Loable actitud. No todo el mundo es capaz de repartir bizcochos.

—Al oír que me llamaba «Bizcochos» me quedé estupefacta. Y entonces le reconocí... a pesar de que a los catorce años no llevaba barba ni bigote. Era mi compañero «Felpudo». —Alzó la mano, deteniendo un posible comentario—. Y, por favor, no vuelva a decir que es un apellido raro, porque empezaré a dar gritos histéricos y tendrán que venir los loqueros.

—No diré una sola palabra —dijo humildemente, sometiéndose a sus deseos.

Y continuó escuchando y acariciando a las perras, mientras ella refería el resto de la escena, el estrépito infernal del coche gris despeñándose al fin y casi matándoles del susto y la huida hasta «La Casa Rara», para ponerse a salvo de un posible regreso de los malhechores.

—¿Cómo pudo transportarlo...? Al moribundo, quiero decir.

—No debía de estar tan moribundo. Le di un trago de vino, que vomitó a continuación, pero que aumentó sus fuerzas. Lo del vómito debió de ser una venganza de Alá. Ya sabe que los mahometanos no deben probar el alcohol. De todos modos, se incorporó y pudo llegar hasta la casa por su pie. Insistió en que no llamase a la policía, pero reconoció que necesitaba un médico. Saqué la conclusión de que «Felpudo» debe de ser un espía a sueldo de las grandes empresas petroleras. De otro modo... ¿por qué no iba a querer llamar a la policía? —Se acodó sobre la mesa y le miró resuelta—: Ahora ha llegado su turno, abogado. Asesóreme.

Pero él se puso de pie, en suspenso, escuchando un ruido exterior. Su rostro, tostado por el sol, pasó por gran variedad de expresiones. Satisfacción, ansiedad... y, al fin..., ¡victoria!

Malén casi se asustó. El reciente recuerdo de los asesinos la escalofrió de nuevo.

—¿Qué le sucede...? ¿Qué es lo que pasa...?

Como respuesta, Marcos agarró el palo y golpeó el suelo con frenesí.

—¡Ya han llegado! Hay alguien abajo... Escuche con atención...

—No puedo escuchar si arma usted ese ruido...

Pero, en efecto, consiguió oír ruido de pasos y de puertas que se abrían o cerraban. Casi en seguida llegó la respuesta a la llamada, con otros golpes.

—Dos largos y uno corto —dijo el profesor, como si descifrase el alfabeto morse—. No es doña Tomasa, que da cinco golpes de respuesta, ni doña Maribelina, que contesta con uno solo. Se trata sin duda de don Curro. El marido.

Malén no pudo contener una sonrisa al oírle llamar «don Curro». Seguramente sería la primera persona que le llamaba así desde que naciera.

—¿Subirá a liberarme..., es decir..., a liberarle a usted?

—No tardará ni tres minutos. —Las perritas comenzaron a ladrar y a correr en dirección de la puerta interior para dar la bienvenida al visitante —. Me parece que ya sube.

Y, en efecto..., subía. Descorrió por fuera la llave y abrió el camino de la libertad.

Las perritas se lanzaron hacia él, locas de alegría. Y «don Currito», con su figura menuda, sus ojos risueños y su acento más andaluz que nunca, clamó:

—¡Quietas, chiquillas...! ¡No me devoréis...! ¿Por qué tendré yo tanto éxito con las mujeres? —Sorprendido al descubrir a Malén, exclamó con cierta malicia—: Pero... ¡usted aquí, señorita Malén! ¡Quién lo hubiera dicho!

—Sí. ¡Quién hubiera dicho que yo iba a perder mi llave y que el doctor Silva se iba a ver obligado a guarecerme de la lluvia...! —repuso, retadora.

—¿Perdió su llave, preciosa...? —comentó, sin creérselo ni poco ni mucho—. Vaya con el doctor... Hasta las torres más altas se derrumban... Pero..., ahora que caigo... Han dejado abajo un paquete para usted.

—¿Para mí...? —se interesó Marcos.

—Para la señorita María Elena Rey. Ahora mismo se lo subo. Lo habían dejado junto a la puerta, resguardado de la lluvia.

Dio media vuelta y bajó con rapidez.

Malén pensó en Greg, que seguramente le enviaría sus pertenencias de la oficina. Sus libros, sus apuntes, una chaqueta de punto gruesa, una polvera y un peine... y alguna que otra insignificancia más.

Por eso no pudo contener un grito cuando vio regresar a Curro con un gran paquete envuelto en una tela de plástico.

—¡Mi bolsa de los aparejos! —exclamó gozosa.

Y se apresuró a abrirla.

IX

Allí estaba su querida cámara, sin la menor avería aparente. Pero, por supuesto, sin el rollo de película recientemente impresionada.

También estaban los bocadillos del almuerzo, sus documentos, la botella de vino y, además, una carta.

La abrió con dedos temblorosos, ante la presencia de los dos hombres, que la miraban sin disimulo, muertos de curiosidad.

La leyó dos veces sin pestañear y luego, mirando sus expresiones ansiosas, leyó en voz alta:

«"Bizcochos":

»Te devuelvo tus herramientas de trabajo. Tuve que marcharme sin esperarte. Te enviaré noticias. NO HABLES CON LA POLICÍA. TE QUIERO.

»"Felpudo".»

—¡Huy, qué nombre! —comentó Curro echándose a reír.

Y Marcos miró a Malén con cierta sorpresa.

—¿Se convence ahora de que «Felpudo» existe? —dijo ella, adivinando el motivo de su confusión.

Él asintió.

—Existe y la quiere. No lo olvide.

—¿Por qué no había de quererme...? —le desafió.

—Eso digo yo. ¿Por qué no había de quererla...?

Curro también se creyó obligado a dar su opinión:

—¡To er mundo la quiere a usté, chiquiya...! ¡Si es una presiosidad...! Lo digo bien alto, ahora que no está Maribelina... ni Tomasita «la Gorda». Una pre-sio-si-dad...

—No grite tanto. Pueden estar al llegar —se burló Malén—. Y ahora, señores, les libro de mi presencia. Tengo que darme un baño caliente con

toda urgencia. Estoy muerta de frío y llena de barro. Muchas gracias por su hospitalidad, doctor. Mándeme la minuta..., a pesar de que no me aconsejó nada. ¡Quizás algún día volvamos a vernos...!

Dio media vuelta y bajó de dos en dos los escalones en dirección a su cuarto.

Le hubiera gustado escuchar los comentarios de ellos, suponiendo que los hicieran y que Marcos Silva fuese lo bastante humano como para preguntarle a Curro alguna cosa sobre la vecinita de abajo. Aunque no lo preguntase, estaba segura de que Curro, que hablaba por los codos, dejaría volar su imaginación.

Al entrar en su cuarto tuvo la rara sensación de que todo lo ocurrido durante el día no fueron sino fantasías extrañas, ocurridas a otra persona, y que de nuevo volvía a ser la Malén de siempre, la Malén de veinticuatro horas antes, que confiaba en el amor de Greg y que rebosaba alegría de vivir.

Pero no. La carta de «Felpudo» testimoniaba que la extraña aventura fue realidad. Que, por una jugarreta del destino, María Elena Rey se encontraba en la carretera de Marbella justo en el momento en que su antiguo compañero de colegio Kalid Yasfir la necesitaba.

Al menos, había recuperado su cámara, pensó con satisfacción mientras corría a la cocina para encender el calentador de gas y abrir los grifos de la bañera. Las dos «Siemprevivas», como a veces las llamaban en las tiendas de alrededor, aún no habían regresado de su orgía binguera. Currito también tendría para rato con su visita al «Caso Perdido». Sabía que era la única persona de la casa con la que el profesor se dignaba mantener largos ratos de charla, alternados con alguna copita de manzanilla. Curro era un personaje divertido. Trató de recordar de qué modo iba vestido. Solía tener un guardarropa exótico que causaba la admiración de los amigos. Los variados patrones a los que prestara sus servicios solían regalarle ropa, que él usaba o que a veces vendía. Recordó lo que Curro exhibía aquella tarde: unos pantalones de golf de estilo antiguo y una chaqueta forrada de piel. Se lo había regalado un cervecero de Montana, Estados Unidos, quien, según explicaciones de Curro, ganaba cinco mil dólares por minuto. Había

alquilado un yate en Puerto Banús, y Curro le prestaba servicios de «orientador».

Tomasita «la Gorda» había inquirido en seguida:

—¿Y qué chapucería es esa de «orientador»...?

—Le oriento en el modo de divertirse en la Costa del Sol. Le señalo los lugares a los que debe acudir y le presento gente interesante.

—¡Menuda cáfila de sinvergüenzas le presentarás tú...! —había sido la respuesta de Tomasita, no sin cierta razón.

Por supuesto, Maribelina había defendido a su marido, como solía hacer lealmente cuando eran los otros quienes le atacaban.

Sonó el timbre del teléfono y acudió a cogerlo, satisfecha al comprobar que por fin se había restablecido la línea. Era sólo el repartidor de la tienda preguntando si podía llevar el pedido.

Le dijo que llevara lo que quisiera y regresó al baño. Pero pensó de pronto que necesitaba hablar con Ramiro Anglada, el director de «El Matinal». Su amistad con él le permitía consultarle sobre el camino a seguir en el asunto «Felpudo». La consulta con el abogado del piso de arriba no pudo ser más irrisoria.

Consiguió la comunicación, y mientras esperaba a Ramiro escuchó las voces y ruidos animados de la redacción, sintiendo añoranza de sus épocas de trabajo. A fin de cuentas, aquélla era su profesión, momentáneamente abandonada por la estúpida «Agencia C. L. A. N.». Tenía que pedirle a Ramiro que la admitiera aunque sólo fuese de chica de recados.

Oyó la voz amistosa:

—¡Hola, pequeña! Me pillas de casualidad. Tengo una cita para cenar en Puerto Banús.

—Debo hablarte de algo importante. ¿Cuándo podríamos vernos?

—Acércate esta noche al Puerto. Te presentaré a mis amigos. Gente de la televisión francesa. Estaremos en «Los Guapos».

—Iré.

«Los Guapos» era un nuevo restaurante con fama de servir los mejores mariscos de la Costa. Ramiro se cuidaba bien.

Se metió en el agua más animada, y al poco rato oyó que las «Siemprevivas» regresaban, enredadas, como casi siempre, en una

efervescente discusión.

—Te ciegas, Maribelina, te ciegas... —gruñía Tomasita con violencia—. Si nos hubiésemos marchado cuando te lo pedí, habríamos traído dinerito fresco.

—Sí... Ganamos mucho al principio —gimió su prima, abochornada—. Pero es que yo quería reunir el dinero que me falta para comprarle a Curro su moto.

—Eso... Dale facilidades para que se largue de casa... Ábrele la jaula al tigre.

—Quiero que se sienta feliz.

—Tiene comida y cama gratis. ¿Qué más puede pedir el caradura ese?

—Es mi esposo.

—¡Jo! Es-po-so... Usas unos términos que suenan a Antiguo Testamento. ¿Cuánto has perdido? Confiésalo de una vez.

—No me atormentes. ¿Cuánto has perdido tú?

—Todo lo que llevaba y cinco mil pesetas más que me prestó la mujer del carnicero. No sé cómo voy a devolvérselas. Esto es catastrófico. El cielo no escucha mis oraciones. Estuve pensando anoche en que voy a presentar una denuncia.

Su prima la miró alarmada. Tenía unos ojos tan enormes, que resultaban inadecuados para su estrecho rostro. Estrecho y alargado, en contraste con la cara de luna llena de Tomasita.

—¿Contra quién presentarás la denuncia...?

Tomasita dio un sorbetón amenazador.

—Contra los de arriba..., para que lo sepas.

—¿Contra nuestro médico...? ¿Pues qué te ha hecho el pobre señor?

—Contra los de más arriba. Contra los que no escuchan mis oraciones y, en cambio, atienden las de otras personas. ¿No le tocó la lotería a la Simona la de la confitería...? ¿Y por qué a mí no...? Pues se acabó. Presentaré la denuncia. Pero... —vaciló unos segundos—, ¿dónde crees que habrá que presentarla?

Maribelina sugirió tímidamente:

—Quizás en el Obispado...

No le gustaba la idea de pleitear con los de «más arriba del todo»... Procuraría quitarle aquella horrible idea de la cabeza. Oyó de pronto las voces de Curro y de su inquilino, y su rostro se iluminó:

—Mi Currito ya está en casa...

—¡Hale!..., ¡hale!... Ábrele la puerta al tigre. Con tu pan te lo comas, hermosa... ¿Quién está en el baño?

—La niña. ¿No oyes el chapoteo del agua? Está bañándose.

—Menos mal que nos paga el agua aparte; si no, nos arruinaba con tanto lavoteo.

—Estará acicalándose para salir con el novio.

—Otra que tal... Un postinero como Gregorio Lara, el niño bonito de Marbella. Las hay que se buscan los disgustos. Ese tigre no se dejará ni probar el bozal. Te lo digo yo.

—Calla, que te va a oír. Ella es muy bonita y le tiene bien enganchado.

—¡Jo! Enganchar a ése... El «Calientacamas» le llaman... Y... sí..., ella es bonita cuando se toma la molestia de arreglarse un poco. Pero ya se sabe. Las chicas de ahora, la carita lavada y el pelo liso como un hule, cogido atrás con un prendedor.

—Pues aun así, resulta guapa.

—No diré que no. Tampoco hay que exagerar.

Malén escuchaba con cierto regocijo. Salió del agua y, envuelta en su albornoz, regresó a la habitación, dando las buenas noches a las dos mujeres.

—¿Qué...? ¿Han traído mucho dinero del «bingo»? —preguntó con cierta picardía.

Y Tomasita «la Gorda» puso cara de desesperación.

—No tanto como quisiéramos...

Malén comenzó a arreglarse. Las críticas de Tomasita le sirvieron de acicate. En el fondo, tenía razón: solía arreglarse siempre con prisas y sin grandes refinamientos, ya que allí imperaba la ropa deportiva.

Eligió del armario un vestido de punto blanco, lo animó con un exótico collar, se cepilló el pelo una vez más y fue a sujetárselo con un prendedor, cuando recordó el comentario de Tomasita y lo cepilló de nuevo, dejándolo suelto y flotante. Por último se dio un toque rosado en los labios.

Al salir preguntó a Maribelina:

—¿Puedo coger sus llaves...? Dejé las mías en la oficina. Mañana las traeré.

—Póngase las sandalias doradas —ordenó Tomasita mirándola de arriba abajo—. Siempre se deja usted algún detalle en el tintero.

—¿En el tintero...?

—Quiero decir que nunca completa su atavío. ¡Ay, si yo tuviera su tipo...! Ese vestido exige las sandalias con tacón que se compró hace poco. Vamos, póngaselas.

—Se me clavan las tiras.

—No piense en ello.

Tuvo que complacerla, y al fin se dirigió al garaje en busca de su *Vespa.* Hacía fresco, aunque había dejado de llover. De todos modos, no le sobraba la chaqueta de lana gruesa.

Las calles de Marbella volvían a estar animadas. Era la hora del aperitivo, antes de la cena. El momento esperado, cuando la ciudad bullía y se engalanaba. Se alegraba de que su cita con Ramiro le diera la oportunidad de llegar hasta Puerto Banús. Hacía un poco de viento, pero el casco de motorista impedía que el aire desparramase su cabello.

El recuerdo de «Felpudo» casi desapareció en aquel momento. Debía tratarse de un mal sueño... De una pesadilla...

Sin embargo, no podía evitar que la oscura carretera le diese un poco de miedo, recordando la persecución de los dos coches hacía sólo unas horas.

Parecía como si todo el mundo se hubiese dado cita en Puerto Banús, porque la circulación era un tanto apretada. En el peor de los casos, si los enemigos de «Felpudo» la habían visto, no les sería posible reconocerla bajo el casco y en la moto.

Puerto Banús la recibió con su mejor iluminación, que hacía parecer aún más blancas las casas de dos o tres pisos asomadas al mar. La hilera de restaurantes alineados ante el muelle bullía de gente. No se cenaba en las terrazas a causa de la humedad, pero a través de las vidrieras de cristales veíanse los comedores, abarrotados. En los yates atracados en el muelle también había luces, y ruido de música, y alegría. Marbella despertaba tras un pesado día de lluvia.

El restaurante «Los Guapos» pertenecía a Felipe Molina, un antiguo cantante de *rock* que había perdido la voz y ganado demasiados kilos. Se había puesto de moda en los últimos meses, y Felipe engordaba por días y, además, lucía un grueso brillante en cada dedo de la mano derecha, incluso en el pulgar. Era un capricho como otro cualquiera, que no le impedía servir personalmente a sus clientes, ayudado por un par de camareros. La barra del bar era el punto de cita de Puerto Banús, donde, si no se quería cenar, se tomaban unas copas antes de salir en busca de la ansiada diversión.

Dejó la *Vespa* en un rincón protegido y, con el casco en la mano, hizo su entrada en «Los Guapos». Su empleo en la agencia le había proporcionado algunas amistades, que la saludaron a distancia. Extranjeros en su mayoría, a los que ayudara a alquilar o comprar casas, para una estancia pasajera, o como lugar definitivo donde gozar de la vida y tostarse al sol.

—*Allo,* Malén...

—*Allo, madame* Descamps...

—¿Toma una copa conmigo?

—Gracias. Espero a un amigo.

Seguramente pensaría que esperaba a Greg, con quien ya la viera muchas veces. Sin embargo, la cita con Ramiro también podría resultar interesante en otro sentido.

—*¡Hello,* Malén!

—*¡Hello,* míster Carter...!

—Siempre tan bonita.

—Hago cuestión de honor...

Olía a buenos guisos, que le estimularon el apetito. El bocadillo compartido con su vecino no había resultado suficientemente alimenticio. Tenía hambre y ansiaba una sopa de mariscos bien calentita.

Ramiro y sus amigos no habían llegado aún. No había sido invitada a cenar, de modo que podría hacerlo entre tanto. Sería un gran pellizco en sus ahorros, que no estaban demasiado florecientes. Pero había pasado un mal día, y una buena cena resultaría una compensación.

Escogió una mesa pequeña en un rincón. El propio Felipe acudió a saludarla. Como todo el mundo, era amigo de Greg, y debía de considerarla

como la «favorita del harén»..., ya que todos menos ella estarían al tanto de sus devaneos femeninos.

—¿Solita? —preguntó sacudiendo el mantel de color malva y haciendo centellear los brillantes de sus dedos.

—Estoy citada con Ramiro Anglada. ¿Me avisarás cuando llegue?

—Cuenta con ello.

Pidió sólo una sopa, porque sabía que era extraordinaria, con pescados de todas clases, una especie de *bouillabaisse* sabrosísima.

Se sentía triste sin pareja, pero no debía amilanarse por ello. Encontraría pareja en cuanto se lo propusiera. No se lo iba a proponer. En adelante, pondría todo su entusiasmo en el trabajo, en reanudar su carrera de periodista tratando de que fuese más y más brillante. Los gemelos aplaudirían tal decisión.

—Las mujeres que se labran una posición pueden luego elegir libremente el hombre que en verdad les gusta, en vez del que económicamente les conviene.

Tenían razón. Por supuesto, ella eligió a Greg porque la dejó K. O. a la primera mirada. Aquella mirada aterciopelada... y aquella sonrisa que expresaba toda la alegría del mundo...

—La sopa —anunció Rafa, el joven camarero recién adquirido—. Cómala mientras está caliente, aunque se queme los morritos. Es lo bueno.

Era el desenfadado modo de hablar del Puerto. Todos se sentían amigos, todos parecían contentos y nadie se creía preponderante, aunque su magnífico yate le esperase a pocos metros.

En efecto, la sopa era un poema. Los langostinos y los trozos de mero bailoteaban en la superficie, junto al pan tostado salpicado de pimienta. A pesar de todas sus penas, Malén estuvo a punto de cerrar los ojos de placer tras la primera cucharada. Su padre, el almirante, que era todo un *gourmet,* la habría aprobado con entusiasmo.

Ensimismada en la sopa, dejó de prestar atención a la gente que entraba y salía. En un momento, el comedor se había llenado. Felipe colocaba mesas extras, tratando de complacer a los clientes. Se incorporó un poco para ver si Ramiro había llegado. No estaba, al parecer.

Desde una mesa cercana recibió el saludo de un simpático matrimonio noruego, que, hartos de frío, decidieron un día liquidar su negocio de zapatos e instalarse en la Costa del Sol. Al principio se habían entendido por gestos, pero ahora ellos hablaban un poco de español, a su manera peculiar y divertida.

—No gustar verla solita. Traer su sopa y tomarla con nosotros... —la invitaron cordialmente.

Los dos eran tan rubios de pelo y tan morenos de piel a causa del sol, que resultaban sorprendentes.

—Gracias... Espero a alguien... —se excusó.

Al volver a sentarse descubrió un papel doblado sobre la mesa.

¿La cuenta...? Aún no la había pedido, y, por muchas apreturas que hubiera, Felipe no era capaz de hacerle eso a nadie.

Desdobló el papel y empalideció. A la débil luz de la pantallita malva leyó los renglones torpemente escritos:

Si quiere hacer un gran negocio en dólares vendiendo un simple rollo de fotografía impresionado esta mañana, cambie a la derecha el florero que está ahora a la izquierda, y nos pondremos en contacto con usted. Le conviene aceptar.

No llevaba firma. Malén tuvo la sensación de que iba a desmayarse. Se agarró a la mesa con ambas manos. ¿Quién había depositado aquel papel mientras estaba distraída...? Apenas se atrevía a mirar alrededor. Sabía de quién provenía..., aunque no podía dar forma a aquellos dos bultos informes que ocupaban el coche asesino por la mañana. Los hombres que intentaron dar muerte a «Felpudo».

De reojo miró hacia la izquierda, luego hacia la derecha. Nadie parecía prestarle atención. Ni nadie tenía aspecto de asesino.

Pero... ¿los asesinos tenían algún aspecto especial...?

Dobló la nota y jugueteó con ella, con dedos temblorosos. La conocían. Sabían que era un testigo peligroso y deseaban pactar. ¿Pactar o hacerla víctima de un engaño mortal...? Miró el florero de cristal barato que

sostenía dos flores moradas, artificiales, que le parecieron horrorosas. Flores de cementerio...

«*...Cambie a la derecha el florero que está ahora a la izquierda, y nos pondremos en contacto con usted...*» Y la velada amenaza: «*Le conviene aceptar.*»

Sintió de pronto tanto miedo, que las manos empezaron a temblarle y el estómago le dio un vuelco.

«¡No iré a devolver ahora la sopa!», pensó con horrible sensación de vértigo. Y recordó la vomitona del pobre «Felpudo», lo que no alivió la sensación.

¿En qué mesa estaría el enemigo...? ¿Cerca... o lejos...? No podía ser aquel comensal pelirrojo que, en la mesa de al lado, devoraba una langosta con entusiasmo... Ni tampoco se encontraba entre la familia alemana, matrimonio y cinco niños alborotadores, que parecían estar celebrando algo y que daban gritos de entusiasmo ante el espectáculo de un gigantesco *soufflé* ardiendo con el ron.

Carecía de valor para mirar más allá de las mesas vecinas. Si se enfrentaba con la tenebrosa mirada de algún hombre, o de dos hombres desconocidos, empezaría a gritar como si se hubiera vuelto loca.

—¿Tomará algún postre, señorita...?

La pregunta de Rafa, el camarero, la hizo pegar tal brinco, que movió la mesa y miró aterrada al florero para cerciorarse de que no se había movido.

—Me has asustado, Rafa...

—Esos pícaros nervios... ¿Quién tiene la suerte de ponerla nerviosa, bonita...?

—Nadie —rechazó con sequedad—. Nadie conseguirá acorralarme ni ponerme triste... ¿Te enteras...?

—Sólo era una broma... ¡Caramba, qué genio!

—Tráeme un frutero lleno de fruta variada —pidió.

No podía irse en aquel momento, exponiéndose a que la siguieran o la enfrentaran. Pelando peras y melocotones podía pasar otra media hora y dar tiempo a que Ramiro llegara.

Se llevó la mano a la frente y la retiró empapada en sudor. Aquel horroroso día no iba a acabarse nunca. Un día largo, lleno de novedades y

de sobresaltos. De encuentros ingratos y de decepciones. Empezó a pensar en irse de Marbella. De Málaga. De España... Marchar a Las Ardenas, con el almirante y la baronesa, que, aunque habitaban en un lugar campestre muy aburrido, al menos estaban a salvo de emboscadas terroríficas.

«Estoy muy sola —pensó, compadeciéndose de sí misma—. Los tres hombres de mi vida me dejaron plantada. No hay quien sujete a un hombre. Ni siquiera a un almirante retirado. Tres tigres a quienes no supe... o no quise domesticar. Mi vida tengo que escogerla yo misma. Creármela. Con tigre o sin tigre, con la cama vacía o con la cama compartida. Me parece que en los últimos tiempos la cama está adquiriendo una importancia decisiva. ¿O la tuvo siempre..., aunque no se atrevieran a confesarlo...?

Una mano se posó en su hombro, y no pudo contener un grito de espanto. Al tratar de levantarse, volcó el dichoso florero, que se apresuró a enderezar con rapidez.

—¿Qué...? ¿Quién...?

Se encontró con el rostro estético, hermoso, sorprendido y sofisticado de Greg.

¡Greg, a quien amaba y odiaba...! Tras el primer instante de sorpresa sintió un infinito alivio al cerciorarse de que no se trataba de uno de los tenebrosos enemigos de «Felpudo». Era simplemente Greg. Y aquel alivio del miedo la hizo sonreír, lo que de otro modo, recordando la tormentosa escena nocturna, jamás habría ocurrido.

Animado por la sonrisa, Greg perdió su forzado aspecto de gravedad y sonrió también.

—Hola, «Belleza». No quisiera haberte asustado. ¿Estás solita?

Siempre la llamaba «Belleza». A decir verdad, Malén le había oído llamar «Belleza» a casi todas las mujeres. Era su modo especial de tratar al sexo apuesto. Allí estaba, ante ella, con un irresistible conjunto de ante marrón, una cadena al cuello, de la que colgaba un fetiche, y la eterna sonrisa maliciosa en sus labios. En aquella ocasión, la sonrisa era un tanto vacilante, recordando sin duda la escena de la noche anterior y los epítetos que Malén le lanzara.

Doblado bajo el brazo llevaba, como siempre, el periódico, con el que solía retirarse a su casa. Vivía en un ático, en el edificio más moderno de

Marbella, que Malén visitara una vez con motivo de una fiesta. Un departamento pequeño, en el que apenas había muebles, pero sí muchos cuadros, regalados por todos los pintores que en una u otra ocasión recalaban en la ciudad. El periódico doblado bajo el brazo era la señal de que Greg se retiraba ya a su casa, abandonando los placeres nocturnos.

—Estoy esperando a Ramiro Anglada —respondió a su pregunta con cierta sequedad.

Sabía que Greg sentía celos de su amistad con Ramiro. Celos infundados, porque Ramiro era un buen padre de familia, y su mujer, gran amiga de Malén.

—Ajá. Veo que no pierdes el tiempo.

—Perdí ya demasiado.

A pesar de su habitual aplomo, Greg estaba azorado y deseaba suavizar una situación violenta en la que llevara la peor parte.

—Anoche estábamos todos un poco excitados —dijo con forzada sonrisa.

Malén no tuvo piedad:

—Sobre todo, vosotros dos.

Dejó el periódico encima de la mesa y comenzó a juguetear con el florero. Malén se lo quitó bruscamente y volvió a colocarlo donde estaba. A la vez llegó Rafa con un enorme frutero, capaz de abastecer a toda una familia.

—Aquí tiene su fruta. Buenas noches, don Gregorio.

—Buenas noches, Rafa.

—La llaman al teléfono, señorita Malén.

—¿A mí...? —se horrorizó—. ¿Quién... quién se atreve...?

—De parte de don Ramiro Anglada.

Bajo la mirada tutelar de Rafa y de Greg se acercó al aparato instalado en la barra.

—Siento darte un plantón, pequeña —dijo la voz sonora de Ramiro—. Mis amigos franceses prefieren quedarse en Torremolinos. Llámame al periódico más tarde; ¿te viene bien?...

Aceptó, ya que no tenía otra elección. Regresó a la mesa, ante la que Greg continuaba todavía como si una fuerza desconocida le impidiera

moverse de allí. Horrorizada, se dio cuenta de que el florero no estaba.

—¿Qué ha sido del florero...? ¿Quién se lo ha llevado...?

Y al ver su excitación, Greg la miró sorprendido.

—Se lo llevó Rafa al recoger los platos. ¿Qué importancia tiene...?

Ignoraba si tendría o no importancia, pero ya no podría comunicarse con los malhechores. Claro que, de todos modos, no pensaba hacerlo. Quizá fuera mejor así. Se dejó caer en la silla y pidió la cuenta a Rafa. Pero Greg la había pagado ya.

—No debiste hacer eso —protestó, molesta.

—¿Por qué no? —dijo, con lo que Malén llamaba «su mirada caliente»—. Aunque no quieras, sigues siendo «mi chica».

Las palabras volvieron a hacerle sangrar el corazón. La herida seguía abierta y no parecía ir a cerrarse jamás.

—No me gusta formar parte del harén. No soy musulmana. Tengo otras ambiciones...

—Anoche te pusiste demasiado nerviosa. Comprendo que la situación era desagradable, pero tampoco había que sacarla de quicio. Confío en que no vayas con el cuento a Agiman.

Le miró, decepcionada por el comentario.

—Si es eso lo que te preocupa..., es decir, lo que os preocupa a Natalia y a ti, puedes estar tranquilo. Continuad con vuestro oculto y ardiente amor. Ni lo comentaré con nadie, ni volveré a pensar en ello. Puedes estar seguro.

Miró hacia otro lado, para no ver la cara de Greg, porque sentía los ojos húmedos y no quería enternecerse.

«No irás a llorar ahora, estúpida —se dijo a sí misma—. Nunca te lo perdonarías...»

No era llorona. La convivencia con los tres hombres de la familia habíaselo impedido. Los tres se burlaban cuando empezaban los gimoteos.

—Lamento haber estado anoche tan grosera —se excusó insinceramente —. A veces..., las sorpresas te anonadan. Eso fue lo que ocurrió.

Él quiso justificarse, con cierta turbación:

—Mira, Malén... Los dos somos adultos y tenemos que comprender las cosas. Tú me atraes muchísimo..., pero no vives la vida actual.

—¡Ah!, ¿no?

—Ahora, las mujeres son... son generosas con su cuerpo... Carecen de inhibiciones..., se entregan al amor...

Sin saber por qué, aquello le recordó a Malén el panegírico de Tomasita «la Gorda» a su abuela «La Siempreviva».

—...tú aspiras simplemente a un amor romántico... y luchas contra tus propios deseos... —siguió él, sin dejar de mirar alrededor para dirigir saludos a todos sus amigos—. Yo no puedo soportar tanta austeridad.

—¿No puedes...? Debes de haber sufrido mucho en esta vida, porque supongo que no todas las mujeres se te habrán entregado en bandeja. En fin, de cualquier modo, ha sido una suerte el que yo, con mi cargamento de inhibiciones que tan desgraciado te hacían, me haya dado cuenta a tiempo. No te preocupes y vive feliz... con tus generosas damas. Lo que te ruego es que me devuelvas mi llavero. Iban incluidas en él las llaves de mi casa.

—¿No piensas volver por la oficina?

—Por supuesto que no... Creo que... —se detuvo de pronto, mirando el periódico que Greg dejara descuidadamente sobre la mesa. No pudo por menos de dar un grito de sorpresa.

—¿Qué te pasa ahora, «Belleza»...? —se exasperó.

Malén señaló el periódico con mano temblorosa. En una foto grande y clara aparecía «Felpudo» con el aspecto de Rodolfo Valentino en *El caíd del desierto,* un caíd menos esplendoroso, porque «Felpudo» no fue nunca ningún Apolo. Lucía una chilaba blanca y un turbante rayado, con una lazada colgándole airosamente hacia atrás.

Su rostro, serio y digno, con su cuidada barbita en punta y sus ojos melancólicos, parecían contemplar el mundo con amable benignidad.

Sobre la foto, los grandes titulares indicaban:

«El emir de Kebal, Kalid Yasfir, llegará mañana a Málaga. Como es sabido, viene a iniciar importantísimos negocios en la Costa del Sol, relacionados con la futura urbanización "Petrodol".»

Malén se dejó caer en la silla, absolutamente fascinada.

—¡«Felpudo» es el emir de Kebal...! —exclamó mirando a Greg sin verle.

—¿Qué es lo que dices...? —la increpó él. Y, a su vez, se dejó caer en la silla de enfrente.

X

Malén tardó un minuto en poder hablar.

—Kalid es amigo mío... Un gran amigo mío, compañero de colegio... Ignoraba que fuese el emir de Kebal. Estoy oyendo hablar hace tiempo del emir de Kebal y de «Petrodol», sin sospechar que se tratara de mi camarada de bachillerato.

Los ojos de Greg parecieron echar llamas. Su correcta nariz, que Malén consideraba la más perfecta del mundo, tembló ligeramente.

—¿Estás diciendo que conoces al emir de Kebal?

Malén asintió con la cabeza.

—¿No bromeas?

—¿Por qué iba a bromear? Le conozco muchísimo. Él suele llamarme «Bizcochos», y yo le llamo a él «Felpudo».

—¿«Fel... fel... pudo»...?

El nombrecito causaba siempre sensación, pensó ella, recordando vagamente a su vecino, el «requetedoctor». Y una vez más tuvo que explicar:

—Son los motes que nos pusimos en el colegio.

Greg, con la serenidad perdida, bebió un sorbo del vino del vaso de Malén, que Rafa dejara sobre la mesa.

—No puedo creerlo.

Consiguió irritarla otra vez.

—¿Ah, no...? Pues esta misma tarde me envió un mensaje diciendo que pronto tendría noticias suyas. Desea verme.

Podía haber añadido que por la mañana le había limpiado la sangre de la nariz y que le vio vomitar angustiosamente. Pero no lo dijo. Aquello era un secreto que no debía revelar.

Por el rostro de Greg pasaron entrecortadas emociones.

—¿Eres amiga de Yasfir... y nunca me lo habías contado?

—¿Por qué tenía que hacerlo? —se escrespó—. Tú tenías una hermosa vida privada, como bien se demostró anoche. ¿Por qué no podía yo tener la mía?

Se removió en la silla, cambió de postura, se inclinó para mirarla e insistió:

—Nena..., preciosa mía..., vayamos por partes. Hablemos en serio. ¿Juras que estás diciendo la verdad?

Le miró despectiva.

—Con la mano en el corazón.

—¿No estás gastándome una broma...?

—Anoche te gasté la última cuando te tiré el llavero a la cabeza. Fue el broche de oro para un romántico idilio. Insípido idilio para alguien... que prefiere a las mujeres generosas con su cuerpo.

Sin hacer caso de su amargo comentario, él se pasó las manos por la cara y comentó indignado:

—¡No es posible que me ocurra a mí una cosa de éstas...!

—¿Qué cosa...? —preguntó Malén con fingida inocencia, consciente de lo que Greg pensaba: «He roto estúpidamente los lazos que me unían con la persona que podía ponerme en contacto con el emir de Kebal.»

Conocía a Greg demasiado bien. Dolorosamente bien. Por vez primera desde que recibiera la horrible puñalada de la noche anterior, sintió algo parecido al regocijo. Era humana. No podía evitarlo.

Greg se atrevió a palmotearle la mano. Ella la retiró como si le quemara.

—Vaya, vaya... ¡Qué calladito lo tuviste! ¿Cómo no me lo contaste antes, «Belleza»...? ¿Acaso lo considerabas una amistad... pecaminosa...?

—Para ti, lo pecaminoso está siempre en candelero, Greg. Es una pena que no puedas comprender que muchas personas tienen a gala su integridad física y moral. Que podemos ser generosas con todo... menos con la relajación de nuestro cuerpo. No te hablé de mi amistad con Kalid porque nunca pensé que te interesara.

Él puso los ojos en blanco, tomando al cielo por testigo.

—Pero, hija mía..., ¿qué es lo que dices? Toda la Costa del Sol, por no decir toda la península ibérica, salta de emoción ante el olor de los billones

que el emirato de Kebal piensa invertir aquí: los financieros, los hoteleros, los directivos de los casinos, hasta el gobierno... Todo el mundo daría un ojo de la cara por saber en qué preciso lugar se alzará «Petrodol», la ciudad turística más lujosa de Europa. La gente hace conjeturas, especula con los terrenos, tiene espías por todas partes... ¡Y tú me sales ahora con que eres compañera de colegio del emir!

—¿Qué hay de malo en eso? —comentó con simulada indiferencia—. Durante algunos años fue como un hermano para nosotros. Un hermano un poco raro, que de vez en cuando sacaba su alfombrita y se arrodillaba orando en dirección a La Meca. Alfombrita aparte, era un chico como cualquier otro.

Greg se dio tirones de pelo, de puro nerviosismo.

—Y me lo dices ahora... ¡Ahora! —se desesperó—. Yo podía haber preparado mis planes de ataque...

—¿Ataque...? —fingió alarmarse. La palabra «ataque» aún la estremecía desde la agitada mañana.

—Sabes que tengo enormes terrenos por vender —aclaró Greg, mesándose decididamente el pelo—. Que represento a grandes propietarios de la Costa y que el porcentaje que pudiera corresponderme me haría fabulosamente rico...

—¿A Natalia también...? —preguntó con sorna.

—Por supuesto —admitió, sin recordar en aquel momento la escabrosa escena—. Natalia está, como sabes, respaldada económicamente por Agiman, que es un especulador nato y que tiene intereses en toda la Costa. Agiman y yo hemos intentado sin éxito ponernos al habla con el emir antes de que otros se nos adelantaran.

Era curioso recordar los zapatos rotos que solía llevar Kalid en el colegio, pensó Malén. En cierta ocasión, uno de los gemelos le había regalado unas botas en desuso, que hicieron su felicidad. ¡Y de pronto se había convertido en el emir de Kebal, al que los financieros de la Costa se disputaban! ¿Cómo habría ocurrido aquello? Sin duda, un milagro del petróleo... y un largo camino recorrido por «Felpudo».

Greg hizo grandes esfuerzos para no demostrar a las claras su furiosa irritación. Su desconcierto. Que aquella chica bonita y excesivamente

formal, con la que él, tan disputado por las mujeres, se mostrara condescendiente durante una larga temporada, tuviera ahora en sus manos un fácil contacto con Kalid Yasfir..., justo en el momento en que el romántico idilio se rompiera estrepitosamente, era el colmo de la mala suerte. Le había gustado mucho aquella niña de largas piernas, estrechas caderas y senos especialmente bonitos. Y, sobre todo, aquel cuello esbelto, que sostenía graciosamente una cabeza de finas facciones. Desde la primera mirada le había parecido un bombón. Pero resultó un bombón al que no se le podía meter el diente por ningún lado.

Y..., ¡por favor!..., ya habían pasado los tiempos de las cien mil vírgenes y de la continencia sexual... Últimamente comenzaba a aburrirse.

Manitas cogidas y besos furtivos...

¡Por favor...! Qué atraso...

Su cerebro trabajaba a toda marcha. Malén leía en él como en un libro abierto. Seguramente a continuación trataría de hacer las paces.

Empezó a hablar con voz distinta. Con voz ronca y cálida, que a tantas mujeres les pondría la piel de gallina. Comenzaba su nueva actuación:

—Me parece, nena, que sigues enfadada. Reconozco que anoche me porté mal..., pero tampoco puedes exigir de un hombre que se atenga a una absoluta abstinencia del sexo. Sucumbí momentáneamente a una tentación... Estoy dispuesto a no reincidir. No podemos tirar por la ventana tantos meses de ilusión y de cariño... Tantos proyectos. ¿Recuerdas nuestra «Casa Rara»...?

«Un recuerdo inoportuno», pensó Malén. Ya lo creo que recordaba aquella casa..., tan recientemente visitada.

—Era demasiado rara —criticó con aspereza—. Y demasiado fea. —Evocó especialmente el sofá de tapicería roída y al pobre «Felpudo» espatarrado sobre él. ¡Si Greg pudiese sospechar...!—. Tendrás que mandar arreglar la cerradura de la puerta de entrada. Alguien ha debido de forzarla, según pude observar al pasar por allí esta mañana. No se han llevado nada, por supuesto. Todo es demasiado feo para tentar a nadie —dijo.

—¿Por qué te ensañas de pronto con nuestra casa...?

—Porque nunca fue nuestra y porque, además, es horrible. Las manchas de humedad de las paredes semejan mapamundis. La cocina es un club de

cucarachas. La terraza de los seis recovecos está a punto de venirse abajo. ¡Y a eso te atreviste a llamarle «nuestra reserva sentimental»...! Puedes estar seguro de que a Natalia no le gustará. Es tan refinada, que aún usa borla de cisne para empolvarse la cara. La vi hacerlo una vez. En el llavero con el que casi te descalabré iban incluidas las llaves de «La Casa Rara» —omitió decirle que tenía otra serie en la bolsa de los aparejos—, las llaves de la oficina y las de mi propia casa, que harás el favor de devolverme.

Greg puso cara de sentirse ofendido.

—¡Cómo! ¿Las llaves de la oficina? ¿Es que no piensas volver por «C. L. A. N.»?

—Creo que la cosa quedó bien clara anoche... No necesito ese empleo. Tengo mi profesión de periodista y me dedicaré a ella. Puedes decirle a Natalia que disponga de mi incomodísima mesa, de mi taburete y de mis dos bolígrafos.

Alzó las manos pidiendo calma.

—No te excites. Hace dos días, sin ir más lejos, la propia Natalia me decía que estaba satisfechísima con tu trabajo y que pensaba proponerte para un aumento de sueldo. Se había fijado en ti a pesar de estar cargada de problemas...

—¿Ahora se llama así a los amantes...? —intervino, sin poder evitar el rencor, un rencor doloroso, que seguiría atormentándola durante mucho tiempo.

—Tómate algunos días para pensarlo... —apuntó Greg cogiéndole la mano a pesar suyo—. No me odies. Aunque no lo creas, sigo loco por ti... ¿Qué es lo que miras con ese gesto de sorpresa? —preguntó acto seguido, viendo cambiar la expresión de los hermosos ojos oscuros de Malén.

—Acabo de descubrir a un amigo al que tenía mucho interés en encontrar. —Se puso de pie y cogió el periódico—: ¿No te importa que me lo quede...?

Greg se puso de pie también.

—Por supuesto... Esta noche estás llena de secretos. ¿Quién es ese amigo misterioso...? Creí que conocía ya a todas tus amistades.

—Ésta, no —aseguró, muy seria—. Adiós, Greg. Buenas noches. Y gracias por haber pagado mi cuenta. No debiste hacerlo, aunque, por

supuesto, será la última.

Ante su mirada atónita, se abrió paso por entre las mesas, alejándose en dirección al rincón opuesto del comedor.

Un hombre delgado, con grandes gafas de montura de carey, que se pusiera para leer, devoraba una hermosa chuleta rodeada de pimientos fritos, mientras se interesaba apasionadamente por el artículo de la revista científica que apoyara en su vaso de vino.

Se aproximó a la mesa, consciente de ser seguida por la mirada curiosa del otro.

—Buenas noches, profesor —saludó lo más animadamente posible.

No estaba muy segura de ser bien recibida y temía que, desde lejos, Greg lo advirtiera. Los bufidos del doctor de «La Siempreviva» debían de notarse a distancia.

—¿Qué...? ¿Quién...? —Muchos años de cortesía innata le obligaron a levantarse a medias... y a sentarse a continuación.

—Soy yo. Su pesadilla —bromeó utilizando la más atractiva de sus sonrisas—. La vecinita del piso de abajo. —De reojo vio que Greg se marchaba airadamente, y sintió una viva satisfacción—. ¿Permite que me siente...? —dijo, uniendo la acción a la palabra—. Tengo algo nuevo que contarle. Y otro favor que pedirle...

—¡Nooo! —rechazó él. Y sonó como un clamor desesperado—. ¿Es que vamos a volver a empezar? ¿No tiene más confidente que yo...?

—Aunque le parezca mentira, no lo tengo.

Marcos miró su chuleta con desesperación.

—Pero... ¡estoy cenando!

—Ya lo veo. Su chuleta no es incompatible con mi relato. Me gusta ver a la gente comer con apetito. El hecho de que yo sea desgraciada no significa que desee la desgracia ajena.

Se quitó las gafas. Sin ellas, la expresión de los ojos resultó desamparada. Hizo un gesto con la mano como si espantara moscas y preguntó:

—¿Qué nuevo horror le ocurre?

Malén rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y le mostró el anónimo para que lo leyera.

—Acabo de recibirlo. Aquí mismo. Hace un momento. Alguien lo debió de depositar sobre mi mesa al pasar. Léalo con disimulo. Es posible que el enemigo esté mirándonos.

El profesor se puso de nuevo las gafas y echó una ojeada displicente al papelito. Luego la miró a ella de nuevo. Interiormente debió de decirse que no parecía la misma muchacha de por la mañana, convertida en una gata mojada. Ahora iba bien vestida e incluso perfumada, según comprobó a distancia. Un olor agradable..., que compaginaba mal con el rico aroma de su chuleta.

—¿Qué significa esta tontería? —inquirió impaciente.

Y ella abrió los ojos con asombro.

—¡No irá a decirme que ya no se acuerda de la historia que le conté hace unas horas! A lo mejor, ni siquiera sabe quién soy.

Él bebió un sorbo de vino.

—Sé quién es. Mi vecina, la de las obsesiones delirantes que no cesan ni de día ni de noche.

—¿Obsesiones delirantes? ¿Qué me dice de este papel...?

—Alguien le ofrece dólares, y usted se inquieta. ¿Por qué? Generalmente, los dólares suelen ser bien recibidos. Admítalos y gásteselos alegremente.

—No tiene idea de lo que está diciendo. ¿Cómo puedo llegar a un acuerdo con los asesinos de «Felpudo»...?

Él alzó los brazos al cielo.

—¡Ya me extrañaba que no sacase a relucir el felpudo!

Iracunda, puso el periódico debajo de sus narices. Él retrocedió alarmado.

—Léalo... Léalo... Se avergonzará de su tozudez. Aquí tiene un retrato de mi «Felpudo». ¿Quién cree que es el tal «Felpudo»...? ¡Nada menos que el emir de Kebal!

Marcos se dignó mirar la foto.

—¿Un moro...? —inquirió sin interés.

Malén pateó el suelo. ¡Aquella manía hispánica de llamar «moros» a todos cuantos hubieran nacido en la otra orilla del Mediterráneo...!

—Nada de moro. Es uno de los grandes. Uno de los príncipes, reyes o lo que sean de los emiratos árabes. Están situados junto al mar Rojo. Llevan en la cabeza una especie de paños de cocina a cuadros o a rayas, anudados a un lado... Mírelo. Mire bien a «Felpudo»... Su nombre es Kalid Yasfir. El promotor de la urbanización «Petrodol». Supongo que lee los periódicos.

—Sí. Periódicos y revistas —asintió, colocando mejor la suya junto al vaso—. Cuando me dejan...

Malén pudo echar una ojeada al artículo que él estuviera leyendo: «Garantías de los fondos públicos en inversiones extranjeras». Lanzó un suspiro resignado.

—Bien... No intento que usted comprenda la magnitud de mi aventura. Lo que deseaba pedirle simplemente era que, puesto que somos vecinos, me diese escolta hasta llegar a casa.

Volvió a quitarse las gafas y las mantuvo bailoteando en el aire.

—¿Darle qué...?

—Escolta. He venido en mi *Vespa.* Naturalmente, regresaré en ella. Pero, después de ese anónimo que indica que los malhechores están cerca y al acecho, voy a pasar un miedo horrible por la carretera. Podrían intentar hacerme lo mismo que a «Felpudo». Si usted va con su coche cerca de mí...

—No pienso regresar a casa tan pronto. Suelo dar una vuelta por el Puerto para estirar las piernas. A las perras les sienta bien. Me esperan dentro del coche.

—Es usted muy comprensivo... con las perras. Yo no tengo prisa. Puedo esperar. Daré el paseo junto a usted, hasta que considere que ha llegado la hora de retirarnos... Es decir..., de que se retiren las perritas. —Atajó sus protestas—. No se preocupe. No hablaré más... ni le daré la lata. Y conste que hago esto, con desdoro de mi dignidad, porque soy sencillamente una chica muerta de miedo.

Sin contestar y con gesto abrumado, Marcos llamó al camarero y pagó su cuenta. Rafa miró a Malén y le guiñó un ojo con picardía. Había sido la chica de Gregorio Lara y ahora lo era de aquel tipo con gafas. En Marbella, las cosas eran así. A rey muerto, rey puesto.

En efecto, las dos perritas, negras como el azabache, estaban dentro del coche. Marcos se apresuró a liberarlas, con la natural alegría de las

prisioneras, que saltaron al suelo y se entregaron a su habitual festival de saltos y cabriolas. Malén observó que las dos llevaban ahora unos bonitos collares rojos, con un cascabel dorado. Sus *toilettes* de gala, indudablemente.

Adivinando su pensamiento, el profesor dijo escuetamente:

—Nunca las saco a la calle sin los collares. Llevan la dirección de «La Siempreviva», para el caso desgraciado de que pudieran perderse. Sería muy triste que el destino las convirtiera otra vez en perritas sin hogar.

Una preocupación digna de encomio. El profesor era tierno con los animales. Pero mucho menos tierno con los seres humanos.

Echó a andar, seguido de las perritas, cuyos cascabeles ponían música de fondo a la escena. Malén echó a andar detrás, mirando de reojo para ver si alguien se levantaba de alguna mesa y les seguía. Un desconocido que estuviera esperando.

Pero salieron solos a la humedad y a la noche. En apariencia, nadie les siguió con la mirada.

¿O sí...?

XI

Los yates anclados alrededor del muelle de Puerto Banús siempre le parecieron un espectáculo maravilloso, desde la primera vez que acudiera a cenar en compañía de Greg, recién llegada a Marbella. Cuando sin duda Greg se preguntaría qué clase de pájara sería aquella chica de figura estilizada que presumía de tener un padre almirante y que estaba dispuesta a aceptar un empleo con tal de poder quedarse una larga temporada por la Costa.

Tardó en convencerse de que «la pájara» en cuestión no buscaba una aventura ocasional y que no estaba dispuesta a convertirse en una amiguita más del atractivo Gregorio Lara.

De cualquier modo, todo habría acabado igual, pensó ella. De haber sido más... generosa con su cuerpo, según frase de Greg, él también habría acabado por cansarse. El amor libre tenía las mismas desventajas que el matrimonio y ninguna de sus ventajas. «No puedes exigir de un hombre que se atenga a una absoluta abstinencia del sexo... —había dicho Greg hacía un momento—. Sucumbí a una tentación...»

Natalia no fue una tentación momentánea. Malén siempre presintió que había existido algo entre ellos. A veces, aun después de acabar un amor, quedaba todavía un lazo invisible entre los amantes, que sólo las personas muy intuitivas notaban o presentían.

¿Las relaciones humanas tendrían que acabar inevitablemente en una cama?, se preguntó con amargura. Y apretó el paso, porque no quería perder de vista al profesor y a las perritas, que la dejaban atrás.

Casi todos los yates estaban iluminados. En uno de ellos se había organizado una fiesta flamenca y alguien cantaba, con acompañamiento de guitarra.

El inhumano profesor que caminaba a algunos metros de distancia, seguido por *Relamida* y *Sandunga,* ni siquiera se detenía a mirar el brillante espectáculo. Aunque la noche estaba fresca, en algunas cubiertas se cenaba o se bailaba. Malén ansió poder olvidar sus problemas y divertirse también. Desde un barco, alguien silbó a su paso y le gritó unas palabras en inglés. Corrió para acortar distancia entre ella y su supuesto protector, que continuaba el ritual paseo, del cual no se detendría hasta que considerase que había llegado el momento del regreso. Entonces, seguramente, se volvería y les diría a las perras: «¿Habéis hecho pipí...? Pues volvamos a casa.»

Lo más triste sería que la pregunta la incluyera también a ella, como una perrita más.

Estaba cansada. Los pies le dolían. Se sentía tan desgraciada como Tomasita «la Gorda» y con deseos de presentar también una denuncia en el Obispado.

Odiaba al profesor. Odiaba a Greg. Odiaba a «Felpudo». Lamentaba que «Felpudo» le hubiera birlado el rollo de fotos. Ahora se sentía dispuesta a venderlo al enemigo por un millón de dólares. «Los dólares suelen ser bien recibidos.» Con un millón de dólares compraría un islote en el Pacífico y se iría a vivir allí con los gemelos. Sintió más fuerte que nunca la sensación de estar incompleta, de ser «la tercera parte de un todo». Añoró a sus hermanos aunque se pasaran la vida tomándole el pelo y haciéndola rabiar.

Oyó muy cercana la voz de alguien que la llamaba desde un yate. Se quedó paralizada por el temor. La silueta del profesor casi desaparecía en lontananza.

—Señorita Malén...

Volvió la cabeza y reconoció la silueta familiar, acodada en la barandilla de un bonito barco.

Se trataba de Currito, con sus pantalones de golf de la época de Douglas Fairbanks y su pelliza de rarísima piel.

Nunca se había alegrado tanto de verle como en aquel momento. Hasta le pareció casi guapo con su pelo agitanado y su rostro de pirata mediterráneo.

—Hola, Curro. Estaba dando un paseo. ¿Y usted qué hace ahí...?

Curro escupió en dirección al mar, con gesto que él consideraba desenvuelto y elegante. Lo que había escupido era la colilla de un hermoso puro, que quedó flotando en el agua.

—Hago la guardia hasta que vuelvan los tres hombres de la tripulación que han ido a tomar una copa. Éste es el barco de mi cervecero de Montana. Se lo ha alquilado a un marqués por dos meses... ¿No quiere usted subir...? Estoy solito. ¡Vamos, suba! No voy a comérmela.

—Espero que no —dijo. Y cruzó la estrecha pasarela que unía el yate con tierra.

Los confortables sillones de mimbre extendidos en cubierta la atrajeron en el acto, y se dejó caer sobre uno de blandos almohadones color naranja.

—Descansaré un momento.

Curro la miró con malicia.

—No se fatigue tanto, *arma mía,* que se le va a cansar esa carita guapa. Hace un minuto he visto pasar al médico con sus dos cachorrillas. ¿No estaban ustedes juntos?

—Ya ve que no.

—¿Le apetece beber algo? —ofreció como generoso anfitrión—. Aquí se bebe tanto, que nadie se fija en el nivel de las botellas. Puedo ofrecerle de todo lo bueno.

—Gracias; no tomaré nada. Debo regresar en la moto y no quiero jugarme la piel.

—¡Ojalá tuviera yo mi moto! —suspiró, olvidando su apariencia de anfitrión millonario—. Desde que un coche me la dejó convertida en acordeón, me he transformado en un paria. Tengo que suplicar a unos y a otros que me lleven a casa. Y, encima, Maribelina se hincha de llorar porque dice que la hago de menos llegando tan tarde. Y la burra de Tomasita echa leña al fuego y me llama tigre. ¡Un tigre yo! Sólo soy un gato con pulgas.

Sacó otro grandioso puro del bolso de la chaqueta, lo olió y volvió a guardarlo cuidadosamente.

A Malén le caía en gracia Currito, con su modo de hablar y su filosofía de la vida, creada a su medida.

—El matrimonio es cuestión de paciencia. Maribelina tiene mucha, y por eso me gustó. Por eso y por el cincuenta por ciento que le corresponde

de la casa de «La Siempreviva». Es una buena finca, que valdrá sus dineros. Yo conocí a la abuela, que valía mucho más que las nietas. A los noventa años todavía bailaba las sevillanas. Esas personas tan simpáticas, nunca debieran morirse. En cambio, hay otras que viven muertas toda su vida. Tomasita «la Gorda», lo que necesitaría es un buen marido; así no encizañaría a su prima contra mí. Pero... ¿quién va a ser el valiente que cargue con ese saco de malas ideas...? En fin, no me desanimaré. Ahora le tengo echado el ojo a un colega que no le haría ascos al matrimonio. Voy a ver si le presento a la primita...

—¿Colega en qué...? ¿Es también... «orientador», como usted?

—Más o menos. Se llama Paco «el Terrorista» y presta sus servicios en una gasolinera. Por las noches trabaja en un «bingo». Esto interesaría a Tomasita. Me gusta hacer cosas por la gente... aunque por mí nadie haga nada de nada. Le llaman «el Terrorista» porque le gustan las películas de terror.

—¡Ojalá todo salga bien! —dijo ella suspirando—. No hace nada de frío aquí. Es el primer descanso agradable que tengo en todo el día.

—Este Puerto es una joya. El médico suele pasear casi todas las noches con sus animalitos. Pero debería buscarse una pareja.

La miró con picardía. Malén se escogió de hombros.

—Eso es cosa suya... Parece un tanto neurasténico. ¿Conoció usted a su esposa?

—No. Se instaló en «La Siempreviva» después del accidente. Llegó solo, con las perritas y dos maletas, una de ellas llena de libros. Pero, eso sí, recibe correspondencia con sellos de todos los países. Me los regala, y estoy haciendo un álbum... —Se rascó la cabeza, como solía hacer cuando pretendía decir algo importante—: A veces me pregunto si será espía.

—¿Espía...?

—Sale al encuentro del cartero, lleno de impaciencia.

—Porque no tiene otra cosa que hacer.

—Pero... es que recibe cartas hasta de Rusia.

—¡De Rusia! —se extrañó.

—Como lo oye. Usted no lo encontrará raro... Yo sí. Me huele mal.

—Domine su fantasía, Curro. El doctor es un profesor famoso que da conferencias en todas partes.

Curro volvió a sacar el puro, y esta vez lo encendió con sumo cuidado.

—Eso dice él. ¿Usted se lo imagina hablando más de diez minutos...? ¡Si parece que cuenta las palabras!

—Es un tipo reservado. Pero de eso a ser espía... —le defendió, a pesar suyo.

—En Marbella hay tanta gente rara... Aparecen de pronto y se adhieren al paisaje hasta que uno se acostumbra a verlos. Y, ¡hala!, a vivir..., aunque todos ignoren de dónde vienen y a dónde piensan proseguir. ¡Si le contase a usted todo lo que sé de la *je*...

—¿La *je*...? ¿Eso qué es...?

—La *je sosietí*...

—¿La *jet society*? —aclaró Malén conteniendo la risa.

—Eso. Yo no sé muy bien el inglés, como puede comprender, aunque hago mis pinitos. —Lanzó una espesa bocanada de humo que olía a habano de los caros—. Todos los de la *je* se dedican a coger aviones como si se hubieran vuelto locos y a acudir a los mismos sitios. Marbella es uno de esos sitios.

—Pero el señor Silva no pertenece a la *je*... —dijo, contagiada de su acento.

—Nunca se sabe. No soy hombre de intrigas, y Dios me libre de levantar falsos testimonios. Pero esa manía de soledad que tiene el médico... Esos paseos nocturnos... Esa correspondencia... Aquí se esconde alguna gente perseguida por la Interpol. ¿Sabe lo que es la Interpol...? Lo sabrá si ve las películas de la «tele». Es la policía internacional. Y aunque le repito que no soy hombre de intrigas y que Dios me libre de levantar falsos testimonios...

—Si el profesor no sale de casa, sólo podrá espiar a Maribelina y a Tomasa —le defendió sin ganas. Curro no sería intrigante, pero estaba convirtiendo a Marcos en el espía 0013. Y trató de imaginarse a su vecino enviando mensajes en clave a diestro y siniestro en los momentos en los que no plantaba tomates en su huerto—. Ya que parece estar enterado de muchos secretos internacionales, ¿qué sabe de ese árabe que llega

mañana...? —se le ocurrió preguntar. Necesitaba conocer la opinión de la gente sobre Kalid.

—¿Quién...? ¿El moro...?

¡Otro que le llamaba así! ¡Qué manía!

—Creo que tiene los billones a espuertas. Y más de cien mujeres —aclaró, halagado por la consulta—. Por ahí le dicen «el Petrodol».

—¡Cien mujeres! —se aterró Malén. No podía concebir a «Felpudo» en ese aspecto.

—Pongamos cincuenta, porque siempre se exagera. ¿Se da usted cuenta qué tío...? Cincuenta señoras para él solito... —añadió con ojos libidinosos —. «Ésta quiero..., ésta no quiero.» ¡Vaya suerte! Si me oyera Tomasa, diría que así tocan a menos cantidad de tigre... Ja, ja... Tigre. Un gato con pulgas, eso es lo que es el marido de su primita. —Hizo ademán de rascarse olvidando sus presunciones de invitado de un yate—. Un pobre gato con pulgas.

—¿Cómo sabe tantas cosas de «Petrodol»...? —insistió. Curro perdía fácilmente el hilo de la conversación.

—Por los periódicos... y por lo que se comenta por ahí. Hace tan sólo tres meses que heredó el emirato de su padre. Era un viejo emir, pobre de solemnidad. Desde lo del petróleo ya no podía contar su oro. ¡*Maresita* mía, si saliera petróleo en «La Siempreviva»! ¡Pero ya verá usted como no sale! —Con una transición, dijo confidencialmente—: A lo mejor, lo mató él.

—¿Quién...? ¿De quién habla ahora...?

—Del emir. ¿De quién voy a hablar? Esas gentes matan a su propio padre con tal de heredar el trono... o lo que sea...

—No diga atrocidades, Curro. Los emires también tendrán sus corazoncitos.

—Y sus billoncitos... —se burló—. Si me hubieran ofrecido esos billones, yo no sé lo que habría hecho con mi pobrecito padre...

Escandalizada, Malén trató de imaginarse al padre de Curro, que, según le contara Maribelina, aún vivía y era vendedor ambulante de helados. Además de venderlos, se comía los restos, porque no tenía dientes para otros manjares.

—No se finja peor de lo que es, Currito. Usted no sería capaz de tocarle ni un pelo de la ropa a su anciano padre. Maribelina me ha dicho que coge cosas del huerto del médico para llevárselas a él.

—No irá a darle el soplo, ¿verdad? A veces le llevo tomates y pepinos para el gazpacho. No creo que el «Petrodol» hiciera otro tanto. Ja, ja. Tendrá bastante con ocuparse de las cincuenta individuas y de sus doscientos hijos. He estado haciendo un cálculo con los amigos, y nos salía un mínimo de doscientos críos. Por lo pronto, los periódicos dicen que tiene treinta hermanos. En aquellos países no cobrarán subsidio por familia numerosa. Digo yo...

Toda Marbella parecía estar al corriente del asunto «Petrodol», y ella, obsesionada con sus problemas sentimentales, ni se había interesado por el tema. Menuda periodista estaba hecha. ¿Quién hubiera podido impedir que escribiera un artículo apasionante hablando de su infancia? «Yo conocí al emir de Kebal». Una primicia fabulosa. Ramiro Anglada hubiera dado un ojo de la cara por publicarla.

Bueno... ¿Y quién podría impedir que la escribiera ahora? Un tema de plena actualidad. El intento de asesinato en la carretera quedaría silenciado. Sólo hablaría de los buenos tiempos estudiantiles. Una faceta humana desconocida del público. La adolescencia de Kalid. La pobreza de Kalid..., sus dificultades para comprar libros... Sus comidas en casa del almirante... Sus zapatos rotos... Su hambre nunca saciada...

¡Qué golpe de suerte poder contar aquello! ¿Cómo no lo pensó antes...? Era preciso ocuparse de su porvenir como periodista. Reintegrarse de nuevo en su profesión. Se sintió animada de pronto, olvidando sus temores.

—Tengo que volver a casa, Currito. ¿Por qué no se viene conmigo en mi *Vespa...*?

—¡Digo! Es usted un ángel. Poca importancia que voy a darme yendo a la grupa de su corcel. Precisamente ahí llegan los muchachos por el muelle. —Hizo portavoz con las manos para gritarles—: ¡Eh, chicos! Me marcho con esta señorita amiga mía. ¡Se acabó la guardia! Que durmáis bien la mona.

Los interpelados contestaron con silbidos de admiración para Malén, y la categoría de Curro aumentó de golpe. ¡Vaya una conquista la que había

hecho el mozo...! A lo mejor, le hizo creer que era el dueño del yate. Las mujeres eran tan confiadas...

En la esquina donde Malén dejara la moto, cerca del *Ford* del profesor, no estaba el coche de éste, ni las perritas..., ni nadie. Sin duda habían volado, contentos de librarse de ella.

Fue una suerte encontrar a Curro, cuya compañía disipaba todo temor. Aunque se tratase de una pizca de hombre, tenía muchas agallas, como casi todos los andaluces. Nadie se metería con ella yendo en su compañía.

Conservando aún el entusiasmo periodístico que brotara de improviso, sorteó hábilmente las dificultades de la carretera, que continuaba con un animado trasiego de gente en busca de diversión. La Costa ofrecía cuanto pudiera desearse.

Aún estaba nublado y no había rastro de luna. Las lucecitas de los barcos pesqueros y los faros de los coches iluminaban el paisaje.

—Ha sido una suerte encontrarla a usted —le gritó Curro, haciéndose eco de los pensamientos de Malén—. Me ha evitado tener que regresar en la camioneta del Pepillo, un amigo que transporta pescado. Maribelina se queja luego de que apesto a boquerones. Ja, ja.

Nada le hacía perder a Curro su buen humor.

Dejaron atrás Marbella, cuyos habitantes, después de la lluvia, se habían lanzado a la calle. De todos los bares salían bocanadas de olor a calamares y a gambas fritas. Se cenaba, se bailaba, se paseaba y se intercalaban citas para encontrarse al día siguiente.

«¿En cuál *beach* sueles bañarte?», se preguntaban unos a otros introduciendo anglicismos divertidos. Pero nadie se bañaría al día siguiente en ninguna *beach,* porque el agua estaría helada. Aún no era verano.

Al detenerse ante la verja que cerraba el jardín de «La Siempreviva», Malén descubrió el *Ford* de su vecino. Y a su propietario y a las dos perritas haciendo guardia, como si esperasen algo. Por la expresión ceñuda del profesor se dio cuenta de que la esperaba a ella.

—¿Le parece bien lo que ha hecho...? —fue el saludo del «doctor en todas las ciencias».

—¿Qué he hecho...? —protestó, como una alumna pillada en falta.

—Y encima lo pregunta... ¡Desaparecer! Y sin decir nada..., después de haberme puesto la cabeza como un bombo hablando de supuestas persecuciones criminales.

—¡Pero si usted no creía una palabra de ellas...! —se defendió.

—¡Ah!, ¿no...? Entonces... ¿por qué permití que me siguiera...?

—¿Lo per... mi... tió...?

La indignación de Marcos Silva parecía real, como la de alguien que hubiese pasado un mal rato por culpa ajena.

—...permití que viniese tras nosotros, me tomé la molestia de pasear por sitios iluminados, como precaución..., ¿y qué ocurrió cuando volví la cabeza?

—¿Qué ocurrió...? —repitió Malén, deseando enterarse del último capítulo del drama.

Curro permanecía a pocos pasos, con la boca abierta, sin entender *ná de ná.*

—Ya sabe lo que ocurrió. ¡Que usted no estaba! ¡Desaparecida, como si se la hubiese tragado la tierra...! O el oscuro mar. Busqué y rebusqué. Entré en algunos bares. Pero ¡nada!...

—Nada —repitió ella como un eco.

—Fui tan estúpido, que nuevamente caí en la trampa como por la mañana, cuando me arrastró hasta «La Casa Rara» en busca de un inexistente cadáver.

Curro, con la mandíbula prácticamente caída, lanzó un «¡Huy!» que quizá despertó a Maribelina en su lecho aún no compartido.

—¡Llegué a pensar que sus fantasías eran reales, que estaba usted amenazada seriamente y que la habían hecho desaparecer de algún modo violento. ¡Inaudito! —Con el puño golpeó el capó del coche. Las asustadizas perritas ladraron, sumándose al jolgorio—. Llevo media hora pasando frío delante de esta verja y sin saber qué decisión tomar.

—¿Me permite que le ofrezca mi versión oficial del asunto? Hay que darle al acusado la oportunidad de defenderse. Ni por un momento me dio usted la impresión de haber creído mi historia, ni mucho menos de querer protegerme. No volvió la cabeza ni una sola vez para cerciorarse de que le seguía. Se mostró incrédulo y altivo y, rodeado de su corte perruna, echó a

andar sin preocuparse de si la tercera perrita le seguía o no. —Ante lo de «tercera perrita», él frunció aún más su tenebroso ceño—. Fue usted cruel con una pobre chica que acababa de confesarle que tenía miedo. Y ya que estamos sacando al aire los trapitos sucios, le diré también que durante todo el día me trató como a una loca delirante, escapada de un manicomio.

Él la miró atónito.

—¿No siente ni una pizca de remordimiento por el desagradable día que me ha hecho pasar... interrumpiendo mi rutina, mi trabajo, irrumpiendo en mi intimidad, sacándome de casa bajo el aguacero con el objetivo de «curar a un muerto», acosándome por la noche en el restaurante, sin permitir que acabase de comerme una chuleta... Y por fin... desaparecer súbitamente, haciéndome pensar que usted pudiera tener razón, que alguien la había secuestrado y que yo era moralmente responsable... —Hizo una transición y les gritó a las perras con furia—: ¡Callaos, perras insoportables...!

Repentinamente, Malén sintió unos deseos locos de reír. El rencor que sintiera hacia el «anciano médico de Maribelina» desapareció de pronto, al darse cuenta de que el pobre muchacho —a pesar de sus títulos académicos, parecía todavía un chico joven— lo había pasado bastante mal y tenía razón al quejarse. Miró a Curro, que parpadeaba muy de prisa, mirando a uno y a otro sin querer intervenir. ¿Qué nuevos enredos forjaría aquel cerebro que aseguraba «no ser de intrigas»...? Posiblemente, la acusaría también a ella de espionaje. Cada vez que Marcos pronunciaba las palabras «muerto» o «cadáver», Curro daba un salto atrás.

—Lo que ocurrió tiene fácil explicación —dijo en tono apacible, causando gran sorpresa a su vecino ante el cambio de actitud—. Mientras caminaba detrás de usted, como una india detrás de su esposo, vi a Currito acodado en su yate...

—...en el yate de mi americano —puntualizó éste, decidido a intervenir. Y del bolsillo interior de la chaqueta sacó un tercer puro impresionante, porque le gustaba más hablar con acompañamiento de puro—. Yo estaba de guardia, si puedo decirlo así. Chisté a la señorita Malén...

—¿La chistó? —repitió el profesor, molesto por la vulgaridad de la palabra.

—Iba tan solita... A usted y a las perrillas les había visto pasar también un rato antes, a cierta distancia. —Encendió el puro, y la luz del encendedor hizo lanzar reflejos al brillante falsísimo que lucía en el dedo anular—. La chisté y la invité a subir a bordo.

—Invitación que acepté en el acto —corroboró Malén—. Para el regreso, me traje a Curro en la *Vespa.* ¿Hay algo raro en todo esto...?

—Lamento decirlo: toda usted es algo rara... No acabo de comprender por qué esta estupidez ha alterado tanto mis nervios. Llegué a creer de veras que unos siniestros personajes internacionales la acechaban.

—Y me acechan. ¿No recuerda el anónimo que dejaron en mi mesa... ofreciéndome dólares...?

Esta vez, Curro se atragantó con el humo.

—¡Dólares! —rugió con cierta ferocidad—. He oído esa maravillosa palabra en alguna parte...

Marcos alzó una mano, mandándoles callar a los dos.

—Basta, por favor. Generosamente, estoy dispuesto a olvidar lo ocurrido..., siempre que no insistan más sobre ello. La tranquilidad de «La Siempreviva» ha constituido un placer para mí. Un placer que no quisiera ver deshecho. Estamos armando mucho jaleo con esta discusión. Temo que doña Maribelina y doña Tomasa estén sobresaltadas escuchando tanta insensatez a través de una rendija de la ventana.

Abrió la portezuela del coche y se instaló ante el volante, para subir la vereda que conducía a su entrada particular.

Curro llamó a las perras.

—Sube al coche, *Relamida.* Y tú también, *Sandunga.* Se acabó la juerga por hoy. ¿Sabe usted quién le puso esos nombres a las perritas...? Un servidor. Yo fui el padrino que las bautizó. Ya se imagina que don Marcos no les hubiera puesto unos nombres tan jacarandosos. ¿A que no...?

—Buenas noches —saludó el aludido, alejándose. La tormenta íntima había pasado por el momento.

Malén le dijo adiós con la mano.

—Buenas noches... y trate de disculparme, profesor. No le molestaré nunca más.

—Eso espero.

Galantemente, Curro abrió la puerta de la casa a la muchacha.

—Duerma bien, señorita Malén. No he entendido nada de lo que han discutido ustedes, pero procure no mencionar tantos cadáveres, porque eso trae la negra. Ya verá como el profesor acaba por amarla.

Malén casi gritó:

—¿Quién le ha dicho que quiero que me ame? —Se sentía heroína de novela romántica—. He conocido a ese hombre esta mañana...

—¡Pues nadie lo diría, por su modo de regañar...! Pero, en fin, la vida es así... Ya me ve a mí. Ahora no puedo entrar en casa todavía...

—¿Adónde piensa ir...? —se sorprendió.

—A ningún lado. A fumarme este puro al aire libre. Maribelina no soporta que le llene la habitación de humo. —Dio un profundo suspiro y se rascó la cabeza—: Ya ve lo que son las cosas: renuncié a mi divina libertad... a cambio de unos pies fríos en la cama.

XII

Repentinamente y sin saber por qué, se sentía libre de la irritación que la mantuviera en pie de guerra durante todo el día.

El hecho de que Marcos Silva se hubiese preocupado realmente por ella fue como un bálsamo mágico puesto sobre una herida que doliera.

Su sensibilidad se había agudizado, quizá y sin estar plenamente consciente, desde el primer día en que se viera obligada a salir del nido tierno y confortable que formara con sus tres hombres: su padre y sus gemelos. Al ver que lo que hasta entonces fueran sus cimientos se dispersaban en distintas direcciones tuvo la sensación de que el mundo se le caía encima.

Hasta que se marchó el segundo de los gemelos y se quedó sola en Madrid, con sus maletas cerradas para encaminarse hacia Málaga, donde haría sus prácticas de periodismo, Malén no se dio el gusto de demostrar su debilidad, de confesarse lo triste que estaba y de llorar amargamente por sus tres paladines perdidos.

En aquel estado de ánimo había comenzado a trabajar. Quería demostrar a todos que era capaz de dirigir su vida sin molestar a nadie. Que era una mujer moderna, valerosa y resuelta.

Pero no lo era del todo. Se dio cuenta en seguida de que le quedaba un gran camino por recorrer. Que había vivido envuelta entre algodones y que la vida tenía aristas agudas y desagradables.

La amistad de los Anglada, Ramiro y Sagrario, le sirvió de gran ayuda. Se dieron cuenta quizá de lo desamparada que se sentía y le abrieron las puertas de su casa, brindándole una generosa amistad. Tenían dos niños pequeños, y Malén a veces se los llevaba a la playa, brindándole un descanso a la joven mamá.

Cuando se trasladó a Marbella, acabadas las prácticas, el contacto continuó, sin embargo, y Ramiro habíale prometido un puesto fijo en el periódico en cuanto surgiese la menor oportunidad.

Tras la decepción amarguísima que Greg le proporcionara hacía tan sólo unas horas y el sorprendente día vivido a causa de «Felpudo», la actitud angustiada del vecino de arriba le había llegado al corazón.

«No es mala persona», se dijo mientras, procurando no hacer ruido para no despertar a las nietas de «La Siempreviva», se dirigía hacia el teléfono. Estaba colocado en una pared del vestíbulo, por lo cual todo el mundo se enteraba de las conversaciones ajenas.

Marcó el número de la redacción, consciente de que, desde su cama, Tomasita «la Gorda» dejaría de pensar en tigres y aguzaría el oído para saber lo que pasaba.

Casi en el acto oyó la voz de Ramiro, porque tenía el número directo del aparato de su mesa.

—¿No me guardas rencor por la mala pasada? —se intranquilizó en seguida—. Perdóname, chiquilla, pero esos franceses traían una lista de los antros que querían visitar, y no hubo medio de cambiarles el itinerario. Siento haberte hecho ir al Puerto inútilmente. Espero que, al menos, lo hayas pasado bien.

¡Si él supiera...!, se burló Malén de sí misma. Y a continuación explicó:

—Quería hablarte a causa de... del «Petrodol».

—¿No puedes hablar más fuerte? Hay aquí un ruido infernal. Como siempre, por supuesto.

—«Petrodol»... —insistió.

—¿«Petrodol»...? ¡No irás a decirme que has escrito tú también un artículo sobre el tema! Tengo la mesa rebosante de artículos sobre la dichosa urbanización.

—Se trata del emir.

—¿Y qué le ocurre a ese bendito individuo...? Estamos dedicando casi todo el periódico a su memoria.

Malén se sintió sacudida por un escalofrío.

—¿Su memoria? ¿Se ha muerto?

—No, preciosa. Es mi modo de hablar. Parece mentira que aún no me conozcas. ¿Qué puedes decirme de ese ricachón que yo no sepa...?

—Aunque te parezca increíble, había pasado siempre por alto los artículos que hablaban de él. Era un tema que no me preocupaba.

—¿No piensas comprar terrenos? —se burló.

—Lo que ocurre es que le conozco mucho.

—¿Que conoces a quién...?

—Al emir. A Kalid Yasfir. Fue compañero mío de colegio en Las Palmas de Gran Canaria. Nos unía una gran amistad.

—¿Qué estás diciendo, muchacha...? ¿Que eres amiga del tipo de los BILLONES...? ¡No hablarás en serio...!

—Pues claro que hablo en serio. ¿Crees que te llamaría a estas horas para gastarte una broma...? ¡Qué manía tiene la gente de no creerla a una...!

Ramiro debió de dejar escapar el auricular, porque sonó un golpe pavoroso.

Como había hecho Greg, comentó casi con las mismas palabras:

—¡Y me lo dices ahora...! ¿Por qué no lo has dicho antes...?

—Hasta esta noche no me he fijado en la foto que viene en el periódico. No suponía que el emir Yasfir fuese mi amigo «Felpudo».

—¿Tu amigo quéeee...?

—Yo le llamaba «Felpudo» y él me llamaba a mí «Bizcochos» —explicó por enésima vez en aquel día—. En aquellos tiempos era pobre; aún no había ocurrido el «boom» del petróleo y, si su padre era emir, rey o emperador de Kebal, lo disimulaba muy bien, pasando hambre y con zapatos rotos. Solía explicar que su familia le había mandado a estudiar a las islas Canarias haciendo un gran esfuerzo económico. Tenía en Las Palmas un pariente lejano, dueño de una mísera tiendecita, en la que vendía objetos de cuero. Pero no te precipites tomando notas, que ya estoy oyendo el rasgueo de tu bolígrafo sobre el papel. El artículo lo escribiré YO y saldrá firmado por mí..., si es que lo aceptas.

—¡Claro que lo acepto...! ¡No será una fantasía tuya!, ¿verdad?

—Lo firmaré con la sangre de mis venas, si eso es lo que exiges. ¡No hay nada mejor que la confianza, caramba...! Yo también tengo un prestigio que cuidar...

—Calma..., no te enfades... ¿Tienes escrito el artículo?

—Solamente el título: «Yo conocí al emir de Kebal». Si me concedes diez minutos de tiempo, te lo dictaré al teléfono.

—Lo necesito dentro de nueve minutos. Tenía la primera plana compaginada, y ahora va a haber que desmontarlo todo.

—Pero... ¿irá en la primera plana? —preguntó, emocionada hasta los tuétanos.

—Naturalmente, niña. No pierdas más tiempo con tus chácharas y escribe. Algo con carne y con sangre, ya sabes. Espero a pie de obra, mocosa.

Malén comenzó a escribir, temblando de nerviosismo. Con carne y con sangre, según la habitual expresión periodística de Ramiro, algo tremendamente sensacional: «El emir de Kebal, asaltado en plena carretera... Los desconocidos del coche negro huyen tras empujar el coche gris hacia el acantilado... Nuestra colaboradora María Elena Rey estaba allí con su cámara...»

Pero, por lealtad hacia «Felpudo», nada de aquello podría ser contado. Recurrió a sus recuerdos de adolescente y trató de olvidar lo demás. Según decía Ramiro, los periodistas no deberían tener amigos, para poder ser absolutamente veraces. Pero ella le concedía una gran importancia a la amistad.

Se encontró inmersa en los recuerdos de su época feliz de Las Palmas y fueron surgiendo anécdotas y escenas divertidas: «Felpudo», en la playa de Las Canteras, bañándose con un traje prestado y encendiendo hogueras sobre la arena de la playa para calentar la cena.

—Soy experto en hogueras —decía sonriendo—. He vivido mucho tiempo en el desierto.

«Felpudo» vomitando bilis antes de cualquier examen. ¡Cielos! ¡Qué facilidad había tenido siempre para vomitar!... «Felpudo» formando parte del equipo de fútbol del colegio. Un delantero centro muy aceptable... «Felpudo», el más listo de la clase en matemáticas y el más torpe en geografía... «Felpudo» con urticaria todos los primeros de mes, porque se atracaba de mariscos el día en que le llegaba la mensualidad de su casa. Desde aquel país lejano que nadie sabía exactamente cómo se llamaba.

Se enterneció hasta las lágrimas evocando aquellos tiempos en los que la familia Rey vivía junta y estrechamente unida. Nadie la había catapultado todavía hacia la soledad.

Dictó el artículo por teléfono y consiguió despertar a Maribelina, que salió de su cuarto con rencorosa expresión, buscando por todos los rincones, por si acaso se escondía allí Curro. Pero su tigre debía de haber empalmado un puro con otro, porque aún no había regresado al hogar.

Cuando Malén pudo al fin meterse en la cama, creyó que no podría dormir por un exceso de emociones. Pero cayó extenuada, en un estado cataléptico que se mantuvo hasta las diez de la mañana y que Tomasita interrumpió, como siempre, entrando con el desayuno.

—¡Hoy no llueve! —anunció con tal derroche de decibelios, que Malén se estremeció—. Hace sol, se han abierto las margaritas de los macizos del jardín, el lechero no se ha retrasado y «El Caso Perdido» aún no ha golpeado el suelo con su bastón. Se anuncia, por lo tanto, un día de buen augurio. Ayer, alguien nos echó mal de ojo. ¡Vamos! Despiértese. No pierda su juventud durmiendo. Curro nos ha contado la tragedia de anoche.

—¿Qué tragedia...? —trató de recordar.

Tomasita señaló el techo con su dedo pulgar.

—La gresca con el de arriba. Dice que casi llegaron a las manos...

La idea de Marcos Silva pegando salvajemente a su vecina la hizo sonreír.

—Curro exagera, como siempre...

—¿Y por qué empezó la riña si ustedes ni siquiera se conocían...?

—Llamé a su puerta porque había dejado mis llaves en la oficina y ustedes no estaban. Y caía un diluvio. Tuve que refugiarme en su casa.

—¿Se atrevió a eso...? —dijo mirándola con respeto—. Yo hubiera aguantado el diluvio universal. Las perritas son mucho más amables que él.

—Tengo la impresión de que, en el fondo, es un tímido con un corazón que no le cabe en el pecho —le defendió Malén, tratando de ser justa con el enemigo.

—La han llamado sesenta veces por teléfono —dijo poniendo la tintineante bandeja sobre la mesa—. Si no han sido sesenta, habrán sido cincuenta.

—¿A mí...? —Todavía no estaba bien despierta y le pareció inusitado. Espabilándose de pronto, recordó todos los acontecimientos que la esperaban—. ¿Quién ha llamado?

—Si se pone una bata decente que tape sus desnudeces, entrará Curro a contárselo. Él contestó a los recados. Pero tápese bien; no se debe provocar a los tigres. Usted es muy guapa aunque esté algo flaca. ¡Ea! Arrópese bien; no se deje nada provocante fuera. — La envolvió como a una momia y gritó —: ¡Curro! Puedes pasar.

Naturalmente, se sentó en una silla junto a la mesita, porque no estaba dispuesta a permitir que en su casa ocurrieran escenas pecaminosas. Y de Curro el libidinoso, nadie podía fiarse. El hecho de que ciertas debilidades de «La Siempreviva» fueran del dominio público obligaba a sus nietas a ser más formales, para que la gente viera que «no todo el monte era orégano».

Pero Curro no pensaba en erotismos ni en escenas picantes. Estaba despeinado, demudado y fuera de quicio. Entró en la habitación con un periódico en la mano y los ojos como si fueran a salírsele de las órbitas.

—María Elena Rey es usted, ¿no es cierto...?

Casi chupando el cuello de su bata porque Tomasita se lo había subido hasta la boca, contestó Malén:

—¿Ahora se entera...? ¿Qué es lo que le ocurre?

—¿Usted ha escrito este artículo...? —Le mostró «El Matinal», donde destacaba el título del largo artículo: «Yo conocí a Kalid Yasfir», sobre el nombre, en letras muy visibles, de «María Elena Rey».

Ramiro se había portado. Estuvo a punto de gritar «¡¡Vivaaa!!» y de dar volteretas sobre la cama, porque era la primera vez que su firma aparecía en primera plana.

Pero Curro había perdido la calma.

—¡Anoche no me dijo usted que conociera al emir! —protestó, ofendido.

—Mi jefe me había prohibido que hablara de ello hasta que saliera el artículo —mintió sin dejar la lectura.

—Entonces... ¿es verdad que lo conoce?

—Tal y como lo ha leído... ¿Por qué no se calla un momento...?

Él dio un salto sobre sí mismo y casi cayó encima de Tomasita, que disimuladamente estaba comiendo una tostada de la bandeja. Para comer, todas las horas eran buenas..., aunque ya hubiese desayunado dos veces.

—¡¡Si es usted amiga del emir..., entonces... salvará mi vida, señorita Malén!! ¿Verdad que la salvará?

Tomasita se puso en pie.

—¡Curro! ¿Qué tonterías estás diciendo? Si no te comportas, llamaré a Maribelina, que está haciendo empanadillas.

—¡Usted no me abandonará, señorita Malén! Usted es muy buena y toda una señorita. Siempre lo dije; Tomasa es testigo. ¡Usted va a ser mi madre, mi hermana, mi hija...!

—Cálmate, majadero. ¿Cómo podría ser tu madre la señorita Malén...? Nunca será nada tuyo, métetelo en la cabezota. Jamás. ¿Está claro?

Malén tuvo que dejar el periódico a un lado.

—Pero, bueno... ¿Qué es lo que pasa...? ¿Por qué se pone así, Currito...?

—Por mi bar.

—¿Tiene usted un bar?

—No lo tengo, pero quiero tenerlo. En «Petrodol». Desde que se empezó a hablar de la urbanización pensé en lo fabuloso que sería abrir un bar en aquel recinto de ricos. En aquel recinto de la *je.* Algo exótico, con todas las paredes forradas de paja y esteras de los mares del Sur.

—No sabía que hubiese esteras en los mares —refutó Tomasa dando un sorbetón.

—Lo llamaría «Bar el Curro» y se pondría de moda en seguida. Tiene usted que pedírselo al emir. Una autorización para instalarlo en el lugar más céntrico.

—¿Y con qué dinero ibas a ponerlo...? —desafió su prima.

—Ya encontraría yo capitalistas que me ayudasen. Soy amigo de toda Marbella.

—Sí, de todos los mangantes y facinerosos. Ésa es tu *je sosietí.*

—Usted es mi amiga, señorita Malén. Anoche me lo demostró trayéndome en su *Vespa.*

—¿Con que ésas tenemos...? ¡Abróchese esa bata, niña, que se le ha soltado un botón...!

—Si usted me recomienda al moro, mi suerte está echada. Yo también seré rico y podré alquilar un yate aunque me maree.

—Haré lo que pueda, Curro, pero no estoy muy segura de que el emir me haga caso. ¿Y ahora... no puede decirme quién ha llamado al teléfono...?

—Claro que puedo decírselo —respondió solícito. Y sacó un manoseado papel del bolsillo—. He estado actuando de secretario particular. Todo está aquí anotado. Llamó don Ramiro. Llamó don Gregorio. Llamó doña Natalia. Llamó don Roberto Agiman. Llamó el director del diario «La Noche». Llamaron dos veces desde Madrid. De dos periódicos... —sonó el teléfono en aquel momento, y Curro, con una transición que hubiese merecido aplausos del público, concluyó—: y están llamando ahora.

Malén corrió a descolgar el aparato y se dio de bruces con Maribelina, que llegaba a avisarla. En aquella casa, todo había que hacerlo en olor de multitud.

—¿Quién es...?

Le sorprendió la voz de Greg. Por vez primera en mucho tiempo, no había pensado en él al despertarse. Los agitados acontecimientos habían borrado momentáneamente el recuerdo de su infidelidad.

—Buenos días, «Belleza». Te felicito por tu artículo. Está causando sensación.

—¿En serio...?

—Puedes creerlo. Más de lo que te figuras.

Era curioso que, en aquel momento, la voz de él no alterara los latidos de su corazón. ¿Podía un amor morir tan pronto... asesinado por una brutal desilusión...? Se sintió vacía por dentro, libre de un peso que hasta entonces equilibrara y calentara su interior.

—¿Piensas venir a la oficina esta mañana...? —Viendo que ella no contestaba, abismada en sus sensaciones, acosó—: Anoche acordamos que volverías por la agencia y que no recordaríamos más la lamentable escena de la que estoy arrepentido...

—Tengo la impresión de que te equivocas. No llegué a ningún acuerdo. Seguramente lo has soñado.

Tomasita, Curro y Maribelina escuchaban sin disimulo, formando un corro junto al teléfono. Sólo faltaban allí el «médico» y las perritas.

—No seas rencorosa, Malén. Prometo hacerte olvidar este percance. Mi conducta va a ser ejemplar. Empezaremos a hacer obras en «La Casa Rara», para que quede a tu gusto... ¡Espera! Está aquí Natalia, que quiere hablarte. Te llamo desde la agencia.

¡Natalia se dignaba hablarle...! Sin tener tiempo a decir «¡No!», oyó la voz sofisticada y petulante de la dueña de la «Agencia C. L. A. N.». El leve acento extranjero, del que ella alardeaba porque su madre era francesa y le parecía que resultaba exótico, se hizo más patente que nunca. Curiosamente, la madre hablaba un perfecto español, porque llevaba cuarenta años en España. Era una juvenil anciana con atuendos deportivos que jugaba todas las mañanas al golf en Guadalmina y bebía «Tom Collins» por docenas en los bares de moda. Natalia solía tener «días franceses» y «días andaluces», según le pareciera oportuno.

Aquel día era «francés».

—*Bonjour, ma petite* —dijo con desenvoltura, como si la tormentosa escena de opereta antigua no hubiese tenido lugar dos noches antes—. Su artículo es un encanto. Una maravilla. *Merveilleux.* Con una frescura juvenil que se saborea con gusto...

«¡Cómo se atreverá a hablar de frescura!», pensó Malén odiándola.

Secamente dijo:

—Le agradezco su opinión.

—Hay tanto jaleo armado alrededor del emir, que se ha convertido usted en la mujer del día.

—No será tanto...

—El teléfono no para de sonar aquí. Gómez y Jiménez toman sus recados.

Gómez y Jiménez. Otros dos parias que trabajaban en «C. L. A. N.», con salarios ínfimos y muchas horas extraordinarias no pagadas.

—Son tantos los intereses creados por culpa de «Petrodol»... Toda España pretende mantener entrevistas con el emir de Kebal.

«Incluyéndote a ti...», pensó Malén. Y a Greg, que estaría junto a ella echándole el aliento en el cogote para oír la conversación. Pero de momento, y por obra de milagro, nada le importaba el aliento de Greg. Podía lanzarlo hacia el norte o hacia el sur sin que ella se alterase.

—El principal motivo de mi llamada es para invitarte a almorzar —dijo tuteándola de golpe. Hasta entonces había considerado que el «usted» mantenía las distancias entre jefe y empleada.

—¿Invitarme...? —se sorprendió—. No creo que...

—Tienes que aceptar; no admitimos disculpas. Ya conoces a mi buen amigo Robert Agiman. Él es quien hace hincapié para que comas con nosotros. Hay que celebrar el éxito. Tú eres de la casa... y deseamos compartir tu alegría.

Cuando se lo contase a «Felpudo», seguramente se reirían juntos... Pero ¿qué sabía ella en realidad de los actuales sentimientos del emir de Kebal? Al cabo de tantos años, no podía esperar que «Felpudo» fuese el mismo estudiante melancólico, aunque con mucho sentido del humor, de los pasados tiempos. La vida y el exceso de dinero le habrían cambiado.

Trató febrilmente de encontrar una negativa cortés para rechazar la invitación.

—Agradezco mucho vuestra idea del almuerzo, pero temo que me sea imposible acudir...

—¡Vamos, vamos...! No admitimos una negativa.

—Pasaremos a buscarte a la hora de comer —fue el ultimátum de Greg, volviendo a tomar la palabra—. Hasta luego, «Belleza».

¡Todo aquello por un simple artículo de periódico en el que proclamaba su vieja amistad con Kalid Yasfir...!

Sin darle tiempo a regresar a su cuarto, la reclamó una nueva llamada. Esta vez era Ramiro:

—¿Te ha gustado la presentación...? Hemos recibido ya muchas peticiones de reproducción para otros periódicos. Incluso para los de Madrid. ¿Qué te parece?

—Divino...

—Estás lanzada, chiquita. Aprovecha tu oportunidad. Naturalmente, tu primera entrevista con el emir se la reservarás a «El Matinal».

—Por supuesto.

—Como no soy egoísta, trataré de que te encargue un reportaje cualquiera de esas revistas del corazón que pagan millones por decir tonterías.

—¿Millones...? —casi se mareó.

—Pero no te envanezcas, no será todavía por tu firma periodística, sino por tu amistad con Kalid. Llegará esta noche en su yate, y dará una recepción a bordo. Si hay alguna novedad, dame un telefonazo.

Las novedades que pudiera haber, pensó mientras cortaba la comunicación, pudieran ser que los asesinos de la carretera tratasen de ponerse en contacto con ella nuevamente. Tuvo la tentación de contarle toda la verdad a Ramiro, de pedirle ayuda y protección, pero no se decidió. Ramiro era ante todo periodista, y no estaba muy segura de que callase un notición semejante. Y el lío en el que se encontraría metida superaría todo lo imaginable. Prensa internacional..., policía... Era preferible esperar a hablar con «Felpudo». Por lo pronto, sus enemigos sabrían ya que había salido ileso del atentado, puesto que seguía anunciándose en la prensa su inminente llegada. Quizá por ello la posesión del rollo de fotografías fuese más acuciante. Kalid debía de sospechar quiénes eran sus enemigos y les pediría cuentas... La única prueba del atentado serían las fotos.

Ignoraban que las tenía el propio Kalid.

—El teléfono otra vez, señorita Malén —anunció Currito ejerciendo de correcto mayordomo, eficiente y simpaticón.

Una voz femenina:

—Quisiéramos hablar con la señorita María Elena Rey. De parte de «La Financiera del Sol». En «El Matinal» nos dieron su número.

—Yo soy María Elena Rey —admitió, asombrada. «La Financiera del Sol» era la empresa constructora más importante de toda Andalucía.

—Encantada de saludarla, señorita Rey. Nuestro director general desearía mantener una entrevista con usted. ¿A qué hora y en qué lugar le convendría...?

—¿Una entrevista...? ¿Conmigo...?

Estuvo a punto de añadir: «...el último mono de la "Agencia C.L. A. N.”...»

El director general era ni más ni menos que un duque italiano casado con una aristócrata española. Como diría Currito, «la flor y nata de la *je*»...

—¿Para qué desea hablar conmigo? —protestó impulsivamente.

No sentía el menor deseo de citarse con el duque italiano, cargado de años, de empresas y de dinero. Le había visto de lejos algunas veces, cuando Greg la llevaba a bailar a sitios elegantes. Parecía un pájaro extraño, con su cabeza pelada, su tremenda nariz y sus atuendos caprichosos. La última vez que le viera, el duque lucía una chaqueta de terciopelo negro sobre unos pantalones de terciopelo rojo. Ambas prendas salpicadas de motitas de oro. Bailaba a saltitos con una dama mucho más alta que él y mucho más morena. Era la embajadora de cierto país africano.

—Lamento no poder complacerles, señorita... señorita...

—Hernández.

—Señorita Hernández. Hoy tengo todo el día ocupado y no va a serme posible... Si me da su número, les llamaré en cuanto haya una oportunidad...

—Pero... se trata del duque Bertolini...

—Lo sé..., lo sé... ¡Cómo no voy a saberlo! Salúdele de mi parte, señorita Hernández.

Colgó, preguntándose interiormente si no estaría aún dormida y aquél sería uno de sus muchos sueños absurdos. ¡Ella dando calabazas al duque, cuya amistad se disputaba todo el mundo...! Otro gato con pulgas, como el propio Curro. O, mejor dicho, una gata.

Se echó a reír ante las caras atónitas de las primas y del «tigre», y a la vez sonaron estruendosos golpes en el techo.

—¿Qué querrá hora el médico? —exclamó Maribelina.

Y miró a Malén, asustada porque había oído la versión de Curro de que los dos vecinos mantuvieron una escandalosa trifulca.

Empezó a subir por la escalera interior, pero a la vez se abrió la puerta de comunicación, que Curro dejara sin cerrar el día anterior, y el propio médico hizo su aparición, seguido de las alborotadoras perras.

—¡Hola, *Sandunga*! ¡Hola, *Relamida*! —saludó Curro, padrino de las dos «niñas».

Ambas llevaban su collar rojo con cascabel, lo cual indicaba que salían de paseo. Como siempre, se retorcían de alegría al ver a la gente, y hasta lloraban de felicidad. Si hubieran tenido pañuelitos para secarse los ojos, los habrían usado.

—¡Callad de una vez, personajes histéricos! —se enfadó su amo—. ¿Creéis que me gusta ir por el mundo exhibiendo a un par de peripatéticas como vosotras...? —Se volvió hacia los demás—. Buenos días a todos. Parece que ha cesado la lluvia y que vuelve a brillar el sol.

Nadie se atrevió a contradecirle, porque a través de la ventana abierta entraba un vientecillo suave y unos rayos de sol deslumbradores.

—Me he tomado la libertad de bajar. Estaba la puerta abierta y mi teléfono sigue sin línea. ¿Permitirá que llame a Averías, doña Maribelina...?

—Llame cuanto necesite..., si es que le dan una oportunidad —concluyó, viendo que de nuevo sonaba otra llamada.

El propio Marcos descolgó.

—¿La señorita María Elena Rey...?

—No... No soy yo.

—Ya lo supongo —dijo una voz masculina—. ¿Puede ella ponerse al aparato...?

Marcos repitió como un autómata:

—¿Puede ella ponerse al aparato...? —Viendo que Malén movía la cabeza negativamente, concluyó—: No, no puede.

—¿Por qué...? —urgió la voz—. ¿No está ahí...?

—No me haga preguntas a las que la discreción me impide contestar.

—¿Por qué motivo no puede contestarlas...? ¿No puede o no quiere?

—Ya que usted insiste, señor mío, le diré que ni quiero ni puedo. —Se sacudió a una de las perras, que se empeñaba en morderle el borde del pantalón, y rugió—: ¡Quieta, monstruo indeseable!

Su interlocutor voceó también:

—¿Qué dice...? ¡¿Se ha vuelto loco?!

—Perdone. No puedo atenderle. Hay un monstruo pequeño e ingrato que se empeña en devorarme.

—¿Cómo...?

—Es largo de explicar. Llame otro día.

Cortó la comunicación, dejando absolutamente perplejo al alcalde de la ciudad, que pretendía invitar a la señorita Rey a la recepción con que se celebraría la llegada del emir.

Tranquilamente, «El Caso Perdido» llamó a Averías y expuso su indignada queja.

XIII

Al cortar la comunicación, sus ojos se encontraron nuevamente con los de Malén. Se acercó a ella titubeando, con miedo a ser mal recibido tras la agitada discusión nocturna.

—¿Le gustan los rábanos? —dijo inesperadamente.

Y Malén, que empezaba a acostumbrarse a sus extraños exabruptos, no se inmutó.

—¿Rábanos...? —repitió con naturalidad—. Sí. Me gustan.

—Lo celebro. He cogido unos cuantos del huerto. Francamente soberbios. Pensaba traérselos para ofrecerle mis disculpas. Anoche estuve un tanto grosero. Y no se debe ser grosero con una mujer, por muy pesada que nos resulte.

—Acepto sus disculpas y también el que me llame pesada. Y, por supuesto, acepto los rábanos. Pero ¿dónde están?

—Arriba. El ramillete era tan grande, que me pareció ridículo llegar con él. Ahora mismo se lo bajo. —Inició el ascenso de la escalera y se volvió en el primer tramo—: He leído su artículo del periódico. Me ha gustado. No es que sea una maravilla literaria, pero tiene gracia e interés. Y, por cierto, no dice usted nada de la muerte del amir.

Un repentino y agudo alarido surgió de la garganta de Curro, quien, como de costumbre, no perdía ripio de la conversación.

—¡La muerte del emir! ¿Se ha muerto el emir? ¡¡Entonces, estoy perdido!! ¡No tendré mi bar...!

Malén le impuso silencio.

—¡Cállese, Currito! No nos dé más tabarra con su bar. El emir no se ha muerto. ¿De dónde ha sacado usted semejante disparate...? —dijo a Marcos, haciéndole un gesto de que fuera discreto.

Pero Marcos no era sutil para adivinar señales misteriosas.

—Usted misma me martilleó la cabeza durante todo el día hablándome de la muerte del emir —protestó con energía.

—¿No sabe entender una broma...? —Empezó a subir la escalera tras él, empujándole por la espalda—. Ea. Suba de una vez. Recogeré los rábanos antes de que cambie de idea. Vamos, suba, doctor. Y usted, Curro, haga el favor de callar. Es usted peor que las perritas.

De nuevo se encontró en el amplio y destartalado cuarto de estar, como el día anterior. Sobre la mesa, un enorme ramo de rábanos servía de extraño adorno.

—Realmente, es muy grande... No sé cómo podré comérmelos todos.

—Se me fue la mano plantando rábanos este año —admitió—. Confieso que empiezo a estar harto de ellos. Menos mal que las dos primas me ayudan. Suben a menudo al huerto con un cesto y se llevan casi todo. Se creen que no me entero... ¿Por qué me ha dado antes ese terrible codazo mientras me hacía un guiño?

—Para que no insistiera delante de todos sobre la muerte del emir. Fue usted el único a quien confié el secreto del atentado.

—¿Por qué a mí?

—Creí que era médico, y estaba usted a mano. Ya se lo expliqué ayer. Pero no está muerto.

—Me ha dado tantas versiones del hecho, que ya no sé a qué atenerme.

—¿No recuerda que me envió una carta con la bolsa de los aparejos?

—¿Está segura de que era su letra...?

Malén le miró perpleja.

—No... No puedo estar segura. Ya no me acuerdo de la letra de «Felpudo».

—Podría tratarse de una jugarreta de los enemigos.

—¿Con qué fin? ¿Se ha olvidado ya del otro anónimo...?

—¿Cuál de ellos? Son tantos, que pierdo la cabeza.

—El que dejaron caer sobre mi mesa en el restaurante. Ignoraban que el rollo de película no estaba ya en mi poder. Los dos mensajes no provenían de la misma persona. El primero tiene que ser de «Felpudo». El segundo, de sus frustrados asesinos.

La miró de arriba abajo con repentino interés. Desde su pelo alborotado tras la noche de profundo sueño, pasando por la bata azul, hasta las chinelas a juego.

—¿Por qué va tan abrigada? Hoy hace calor.

Ella sonrió.

—Fue Tomasita la que me abrochó hasta la barbilla para que Currito no fuera víctima de funestas tentaciones. —Vio que él sonreía y se desabrochó el primer botón—. Vaya, veo que se humaniza. Al fin sonríe usted hoy.

—Es porque hace sol y, al despertar, he decidido que me iría de excursión.

—¿En serio?

—Ya lo he hecho otras veces..., aunque no muy a menudo.

—Ya es hora de que deje usted de vegetar... como estos rábanos.

—¿Quién le ha dicho que vegeto? —se encrespó.

—Su tendencia a la soledad. ¿Cuántos años tiene...?

—Treinta y cinco.

—¿Y le parece normal vivir así?

—¿Qué entiende por ASÍ...?

—Como un ermitaño. Sin amigos, sin planes femeninos.

—¿Quiere decir «líos»?

—Si lo hubiera querido decir, lo habría dicho. No me gusta ser tajante.

—Si se refiere a que nunca vuelvo a casa borracho ni meto a ninguna señora en mi cama, puede que tenga razón. Odio esa clase de líos. Me gustan las mujeres razonablemente... —Calló un momento y miró hacia el jardín. Luego dio un profundo suspiro—. Para decir verdad, me gustan mucho..., pero temo que mi experiencia anterior me haya dejado traumatizado.

—Como recibe tantas cartas del extranjero, Curro ha pensado que es usted espía —confesó con franqueza.

Y él volvió a fruncir el ceño y a apretar la boca.

—¡Espía! ¿A qué viene ahora eso...? ¿Por qué fisgonean en mi vida...?

—Dice Curro que usted recibe cartas hasta de Rusia y que él se queda con los sellos.

—Don Curro dice la verdad. Pertenezco desde hace muchos años a un club internacional de ajedrez. Jugamos partidas a distancia. Inventamos problemas y los intercambiamos. Eso es todo.

Malén le miró con nueva curiosidad. Un rayo de sol, atravesando la estancia, se posó sobre su cabello, haciéndolo parecer casi rubio. Pero era sólo un cabello castaño, lleno de matices. La camisa blanca, abierta hasta el pecho, estaba limpia, pero mal planchada, lo que no decía mucho en favor de Tomasita y Maribelina. Los vaqueros, bastante usados, tenían tierra adherida por los bordes, como resultado de su incursión «pro rábanos». Pero sus manos estaban impecables y cuidadas, y también su rostro, recién afeitado.

Un hombre joven y atractivo, que sufría, sin embargo, de soledad, pensó con intuición femenina. Ahora no sabía ya salir de ella. Y se enfurecía si alguien trataba de sacarle de su abismo de aburrimiento.

—¿Ajedrez...? —comentó Malén—. Veo que ha tocado todas las teclas para distraerse a solas.

—Uno se siente fuerte cuando no necesita a nadie.

—Yo siempre necesito a las personas que quiero. Quizás el hecho de ser trilliza me dispuso así.

—No irá a contarme otra vez que nació de nalgas —se quejó muy serio. Y luego, viendo que ella reía, rió también.

Ante su risa, Malén se sintió cogida de improviso como por un impacto mágico. Marcos se transformaba al reír, y no le pareció la misma persona. Pensó vagamente que tenía unos dientes magníficos..., tan blancos, que resultaba comprensible que la pobre Cati perdiera la vida por ir al supermercado a comprarle dentífrico.

—Yo también juego al ajedrez —confesó, satisfecha por encontrar al fin alguna cosa que les uniera.

—¿De veras...? —se extasió, no pudiendo dar crédito a tanta ventura.

—Desde mis ocho años. El almirante estuvo a punto de echarme de casa cuando le di jaque mate siete veces seguidas.

—¡No es posible...!

—Todos somos buenos jugadores en la familia. Pero, modestia aparte, debo confesar que la mejor soy yo.

—¡Santo Dios! Esto es magnífico. Es la mejor noticia que me podía dar. ¿Cuándo jugamos una partida? ¿Ahora mismo...?

—No sea tan impulsivo. Se parece a sus perras. Tengo cosas más importantes que hacer que ponerme a jugar al ajedrez a estas horas matinales. Ni siquiera me he duchado, y Tomasita, a lo tonto, a lo tonto, se ha tomado todo mi desayuno. Además..., estoy invitada a almorzar por un grupo de gente detestable.

Marcos, que había salido disparado en busca de su tablero de ajedrez, volvió a dejarlo tristemente sobre una silla.

—¿Por qué acepta convites de gente detestable...?

Ella suspiró.

—Eso mismo estoy preguntándome.

No tenía el menor deseo de reunirse con Greg, Natalia y el armenio, como si nada hubiese pasado, haciendo alarde de un cinismo y un descaro desagradable. Sabía de antemano las órdenes que iba a recibir. Natalia no era capaz de rogar. Sólo daba órdenes. Después de una comida opípara en el restaurante más caro de «Nueva Andalucía» o de «Los Monteros», le dirían cuanto debería hacer. Establecerían un plan de combate para que la insignificante empleada de «C. L. A. N.» les pusiera en inmediato contacto con Kalid Yasfir.

—Hace mucho tiempo que dejé de aceptar convites molestos —habló él, muy serio. La deslumbrante sonrisa fue sólo un recuerdo—. Únicamente hago lo que me viene en gana. Hoy, por ejemplo, iré a bañarme a una playa solitaria cerca de Torremolinos. No puede llamarse playa, porque es sólo un trozo de arena y rocas. Lo hago de vez en cuando, mientras don Curro piensa que acudo a mis reuniones de espías. —Cambiando de tono, interrogó—: ¿Se trata del hombre a quien tiró las llaves a la cabeza...?

Al menos, se acordaba de eso, se dijo Malén. Y asintió con la cabeza, mientras, sin saber por qué, abría la puerta que daba al jardín, siendo sorprendida por una bocanada de aromas deliciosos. Olor del campo húmedo, secado por el sol. Olor a flores que se irían abriendo durante toda la mañana. Y, sobre todo, el maravilloso y punzante olor del mar.

—Sí. Se trata del hombre de las llaves —respondió, llenando de aire los pulmones, como si quisiera vaciarlos de todas las impurezas. Pensativa,

agregó—: Tiene gracia el escalafón por el que suben y bajan las cosas de la vida. Cuando le conocí, era «ese muchacho maravilloso». Después pasó a ser «el amigo que me acompaña». Luego «mi amor». Creo que ahora quedará para siempre como «el hombre de las llaves»...

Marcos dijo de pronto, respondiendo a una súbita idea:

—Oiga... ¿Por qué no viene conmigo?

—¿Ir con usted? ¿Adónde?

—No se lo diría si fuese una chica coqueta. Pero usted no hace arrumacos. Ir con usted es como ir con un hombre.

—Gracias por esa horrible alabanza.

—Estoy tratando de explicarle que no es sofisticada ni hace monerías para atraer mi atención.

—Sé perfectamente cómo soy yo. No me lo explique, por favor. Y ahora le diré una cosa: si me lo propongo, puedo ser muy atractiva..., pero sólo con los hombres que me gustan.

Tardó unos segundos en comprender, y luego parpadeó de prisa.

—Parece que nos estamos metiendo por un camino tormentoso —objetó, más molesto de lo que quería demostrar.

—¿Tormentoso? No. Sólo por el camino de la sinceridad sin artificios. Está bien claro que somos un hombre y una mujer que no se atraen lo más mínimo y capaces de reconocerlo.

—A veces, el hablar claro levanta ronchas —objetó sin mirarla.

—No lo crea. Nada de cuanto usted diga me hiere.

—¡Caramba! ¿Por qué no...?

—Por la misma razón de que nada de cuanto yo digo le hiere a usted. Y le he dicho bastantes cosas desagradables. Por lo tanto..., una vez sentado que somos un horror el uno para el otro, ¿por qué no podemos ser amigos...?

—Lo dudo mucho... si continuamos manteniendo este tipo de conversación. No hay amistad que resista a tanto menosprecio.

—Tengo la impresión de que en este instante se siente usted más herido que yo. ¿Es más vulnerable... o más presumido...?

Marcos se sublevó.

—¡Míreme bien! ¿Le parezco presumido?

—A decir verdad, creo que se ha presentado siempre ante mí bajo su peor aspecto. ¿O aún hay otro peor?

La miró perplejo.

—Supongo que no. —Tras breve pausa, añadió—: Bueno. Sigue en pie el convite.

—Ya me convidó a rábanos. ¿Qué otra cosa quiere ofrecerme?

—Un tranquilo día de sol, de ajedrez y de silencio.

Malén sonrió. Y por primera vez pensó: ¿por qué no?, ¿por qué no aceptar aquel remanso de paz que podría suponer una jornada junto al cachazudo profesor, en lugar de verse obligada a soportar a un grupo al que detestaba...? Seguramente, «Felpudo» no daría señales de vida durante la mañana. Y, en todo caso, nada se perdía, ya que por la tarde estaría de regreso en «La Siempreviva». Les daría una buena lección a Greg y a Natalia.

Imaginaba la expresión indignada de Gregorio Lara, el favorito de las damas, cuando Tomasita «la Gorda» le dijera con su intención más aviesa, porque Gregorio *sí* que era un tigre: «La señorita Malén se ha ido de excursión con un amigo.»

—Acepto su oferta... —dijo—, siempre que podamos estar de regreso a media tarde. Hoy tendré que estar pendiente del teléfono a causa de... quien usted sabe.

—«Felpudo» —concluyó, como si por fin admitiera su existencia—. Volveremos a la hora que usted diga.

—Perfecto. Y llevaremos el tablero.

Los claros ojos de Marcos relampaguearon.

—No pienso olvidarlo. —Miró su reloj de pulsera, un reloj muy caro que contrastaba con el resto de su atuendo—. ¿Nos vamos ya...? —dijo como un caballo que piafase impaciente.

—No pretenderá que vaya en bata y camisón. Me arreglaré muy de prisa y le diré a Maribelina que nos prepare unos hermosos bocadillos. Con mensaje o sin mensaje.

—Buena idea.

—Daré tres golpes en el techo cuando esté lista. No crea que va a ser usted el único que dé golpes cuando le viene en gana.

—Admitido —aceptó de buen talante.

—Me llevo los rábanos.

—Cogeré fruta del huerto y tomates. ¿Le gustan?

—Me hacen perder la cabeza —bromeó—. Hasta ahora mismo.

Bajó por la escalera interior y encontró a Tomasita, Maribelina y Curro, los tres chismosos, en el mismo lugar en el que los dejara, haciendo cábalas sobre lo que pudiera estar ocurriendo arriba. Y en realidad no había ocurrido nada, pero cualquiera les convencía.

—Me voy con «el médico» a Torremolinos, a resolver unos asuntos.

—¿Asuntos? —repitió Curro—. ¿Referentes al emir...?

—Asuntos de estado, de los que no 'debo hablar. Luego nos quedaremos a comer en la playa; así que ya puede prepararnos una comidita rica, Maribelina. ¿Quedan empanadillas de las que hizo anoche...?

—Quedaron todas —aclaró, dolida—. Nadie cenó en casa. Únicamente Tomasita se comió veinticinco.

—Pues no se preocupe, que nos comeremos el resto. Y algún bocadillo de anchoas... o de lo que sea.

—Precisamente estaba preparando el almuerzo de Curro. Aunque hoy, con lo del emir, no parece tener prisa en irse al yate del americano.

Tomasita intervino rápidamente:

—Cualquiera sabe lo que se traerá entre manos...

Currito alzó los brazos al cielo, y Malén pensó en un banderillero que se preparase a poner banderillas al toro.

—¡Están ocurriendo cosas apasionantes en esta casa, y pretendéis que me largue y no me entere de nada! Necesito saber lo que va a ocurrir con mi amigo el emir.

—No es amigo tuyo. Sólo de la señorita Malén.

—¿Y te parece poco? Ella es como de la familia. Como si fuera nuestra hermana o nuestra hija, ¿no es verdad, señorita Malén?

—Lo es —admitió, aceptando aquella rara familia que se le venía encima—. Y, como familia, necesito que me hagan varios favores. El primero: que anoten todas las llamadas telefónicas; el segundo, que Tomasita dé un recado al señor Lara, que vendrá a buscarme.

—Su novio —apuntó la aludida, con desprecio.

—No es mi novio... ni nunca lo ha sido —atajó con una dolorosa punzada en el corazón.

—Su ligue... —insistió.

—Tampoco. Sólo mi jefe.

—Pues se ha librado de una buena —exclamó, satisfecha—. Siempre tuve ganas de advertirle que era un fantasioso y un «calientacamas».

Malén casi dio un salto atrás, ante la expresión insólita. Tomasita no se paraba en barras.

—Conozco a su madre y a su tía, que son dos buenas señoras y que trabajan de modistas para ayudarse a vivir. El padre había abandonado a la familia, como suele suceder a menudo. —Dirigió un mirada aviesa a Currito, que en aquel momento acariciaba mimosamente una oreja de Maribelina con objeto de hacer las paces por enésima vez—. Las dos señoras viven ahora en Sevilla, pasando estrecheces, porque no crea usted que el señoritingo ese las ayuda.

Tomasita tomó resuello para continuar la perorata. Conocía al dedillo la vida y milagros de todos los habitantes de Marbella; nadie se libraba de su curiosidad. Desde el alcalde hasta el más modesto pescador de coquinas, tenían su *curriculum* grabado como un disco en la cabeza de Tomasita «la Gorda».

—Al Gregorio le he visto liado con lo más florido de las mujeres que han recalado aquí —continuó Tomasa, implacable—. Y digo «florido» por no emplear adjetivos ordinarios. Jóvenes y viejas..., españolas y extranjeras. Pero, eso sí, todas ricas.

—A excepción mía... —atajó, molesta.

—Pero tiene usted un padre almirante casado con una baronesa... ¿O no...?

Decididamente, Tomasa también conocía al dedillo el *curriculum* de Malén.

—Y él fue siempre un pelagatos con buena facha, hasta que encontró a la Natalia esa que le ha encumbrado...

—Basta, por favor...

—Cuando venga a buscarla, yo le recibiré y le daré el recado. Que no ha podido esperarle y que se ha ido con el médico de arriba, que es guapísimo.

—No es guapísimo —intentó protestar Malén.

Pero desistió y regresó a su cuarto, para meter el bañador en la bolsa de los aparejos, dudando entre escoger un *bikini* o un traje entero. Al final se decidió por este último, pensando que el productor de rábanos estaba un poco chapado a la antigua. Se duchó y se vistió a gran velocidad y regresó a la cocina para coger los paquetes de comida.

Tomasita y Curro continuaban manteniendo una beligerante conversación, teniendo como única oyente a la asustadiza Maribelina, que escuchaba a uno y a otro con la boca abierta, dándoles la razón a los dos, para que hubiese paz.

—Te digo, Tomasa, que te lo voy a presentar. Ese compadre mío es un buen partido; tiene dos empleos y muchos ahorros. Paco «el Terrorista».

—Será otro sinvergüenza como tú. A mí no me enredas. Con ese mote de «Terrorista»...

—Te digo que es un buen hombre. Y está loco por ti desde que una vez te vio en la carnicería —insistió Curro, mintiendo sin la menor reserva. Su pobre amigo Paco, otro «orientador» como él, no se preocupaba de Tomasita. Sólo hablaba con simpatía de encontrar una esposa que le cuidara —. Te aseguro, Tomasa, que te lo voy a presentar, y así dejarás de pensar en tigres, ya que tendrías por fin uno para ti sola.

—¡Quítate eso de la cabeza, Curro García! Jamás meteré un tigre en mi cama. ¡No soy de las que cambian de idea...!

—Pero si ni siquiera tendrías que meterle en tu cama... Trabaja por las noches en un «bingo»...

Ante la palabra «bingo», las dos primas se estremecieron.

—¡¿«Bingo»?! ¿En cuál de ellos...?

—En el de la plaza de los Naranjos. En el sitio más céntrico de Marbella.

—¿El «bingo» «Bongo»...?

—El mismo. Junto a una galería de antigüedades. Delante hay un farol de cinco brazos que parece decir: «Entren y ganen.»

Tomasa y Maribelina se miraron. Tener un pariente dentro de la sala de «bingo» les parecía una oportunidad maravillosa, como si Paco «el Terrorista» pudiese hacer trampas para favorecerlas.

Maribelina se dio un tirón de la faja. Aunque estaba delgada, llevaba unas fajas apretadas, para parecer aún más esbelta. Los tirones eran continuos, porque la dichosa faja tenía tendencia a enrollársele hacia arriba.

—Podríamos organizar una merienda el día que tu compadre tenga libre. Una merienda fina..., con té...

—¡Déjate de tés! —objetó su prima—. De tanto tomarlo, se nos están poniendo cuerpos de samovares. Una buena cerveza. O quizás horchata.

La idea de un recién surgido admirador ponía nueva expresión en el rostro de Tomasita «la Gorda». Sonrió casi dulcemente al ver aparecer a Malén.

—¿Ya está preparada? Les he puesto una comida muy rica... Una comida para dos —subrayó.

Cogió la escoba y propinó en el techo unos golpazos capaces de despertar a todos los durmientes en varios kilómetros a la redonda. La respuesta no se hizo esperar. Otro redoble contestó desde arriba, y, dos minutos después, el coche del profesor, con las perras a bordo y el tablero de ajedrez en el asiento posterior, se detenía ante la verja.

Salieron todos a despedirles, como si se tratase de un gran viaje.

—¡Volveremos pronto! —gritó Malén por la ventanilla—. Y no olviden de apuntar todos mis recados telefónicos...

—Puede estar tranquila. Yo me encargo de ello —indicó Curro, que se sentía eufórico porque lo de Paco no había caído mal y a lo mejor se libraba de la primita. Y, encima, su amigo el emir le ayudaría a poner el bar y se trataría con todo lo mejor de la *je*. El mundo era suyo.

XIV

Rodaron en silencio, sin creerse obligados a entablar una conversación social y anodina. Ni siquiera hicieron el menor comentario al divisar abajo, junto al mar, las torres retorcidas de «La Casa Rara» junto a la cuesta que tantas veces subiera y bajara Malén el día anterior.

Marcos prestaba atención a las dificultades de la concurrida carretera. Tras un día de encierro a causa de la lluvia, la gente parecía ansiosa por disfrutar del aire y del sol. Hileras de coches, con matrículas de todos los países, llegaban de Nerja, de Málaga o de Almuñécar en dirección a Marbella o a Torremolinos. Los que habitaban una playa determinada se proponían acudir a cualquier otra que no fuera la suya, para huir de lo cotidiano y divertirse. ¡Divertirse! Palabra clave bajo aquel brillante sol y aquel cielo tan azul.

—No suelo hablar mucho —dijo Marcos de pronto—. Supongo que ya lo habrá notado.

—Teniendo en cuenta que éste va a ser un día de descanso, no me parece mal.

—Estamos de acuerdo. Antes quisiera aclarar una cosa. Temo haberle dado una falsa idea de la situación.

Una débil lucecita de alarma se encendió en el cerebro de Malén. Viendo que le miraba sin decir nada, aclaró:

—No sé si le he dicho que en esa playita solitaria a la que acostumbro ir disfruto de una casa prestada por un amigo mío.

—¡Ah! —dijo escuetamente.

—Pero no se haga ilusiones. No es un magnífico chalé con sillones junto a la piscina. Se trata simplemente de una barraca.

—¡Ah! —dijo otra vez.

—Mi amigo es pescador. Tiene una pequeña barca de faena, y un par de veces he salido a la mar con él. Podremos disponer de la barraca para estar más cómodos, aunque sólo hay un catre, una mesa, dos banquetas y un infiernillo.

—No creo que necesitemos la barraca.

—Tampoco yo. Pero quería advertirle que la barraca está allí. La playa es totalmente solitaria, y yo suelo bañarme desnudo.

Malén se indignó.

—¡No pensará hacerme el numerito exhibicionista! Pare el coche. Quiero bajarme.

—No sea susceptible. Lo escabroso está en las mentes, no en los actos naturales.

—Pare.

—¿Y nuestra partida de ajedrez...?

—¿Está imaginando que vamos a jugar al ajedrez desnuditos junto a su asquerosa barraca? Le repito que pare. Me ha decepcionado.

—No sea tan viva de genio, caramba —dijo sonriendo—. En honor suyo, metí un calzón de baño en mi bolsa. La pobre Cati tampoco me dejaba bañar desnudo. Claro que ella jamás se bañaba en el mar.

—¿Por qué al mencionarla dice siempre «la pobre Cati»...?

Tardó en contestar.

—No lo sé. Siempre la oí llamar así, desde que éramos niños. Quizá porque era huérfana. Cierto día, poco después de que viniera a vivir con nosotros, la encontré llorando desconsolada. Tenía celos de mí, que era hijo único al que sus padres mimaban bastante. Desde aquel instante decidí cederle mis padres. Ella tenía dieciséis años y yo ocho. Se hizo el ama de la casa. Incluso doblegó a mi madre, que tenía un carácter fuerte.

—Fue absurdo por su parte. No se ceden los padres así como así. Yo cedí el mío a la baronesa por causa de «fuerza mayor». Pero se lo cedí pataleando.

—La pobre Cati tenía tanto talento, que se hizo cargo del timón familiar y lo llevó muy bien. Al morir mamá, nos resultó insustituible. Luego murió mi padre y...

—¡Qué prisa se dio en dejarle huérfano a usted también! Se acabó el motivo de celos. Supongo que en seguida puso el cepo para cazarle.

—¿Un cepo...?

—Todas las mujeres tenemos cepos de reserva en cuanto nacemos. ¿Cómo cree, si no, que llegaríamos a casarnos? Desde niña hay que tener el cepo preparado y engrasado.

Él apartó los ojos de la carretera para echarle una ojeada y preguntó con gran interés:

—¿Usted tiene cepo?

—No lo dude. No lo he puesto en funcionamiento todavía. Soy joven y no estoy en situación desesperada. Pero el cepo actuará cuando llegue el momento.

—Me gustaría verla actuar... con su cepo a cuestas. —Quedó bruscamente serio—. Siempre que no lo utilizara para cazarme a mí, por supuesto.

Le miró despectivamente.

—No se alarme. Me horrorizan los viudos.

—¿Ah, sí...? ¿Por qué...?

—Están usados. Como un traje de segunda mano.

—Permítame que le diga que casi todos los hombres están usados... —objetó— cuando van a casarse. Y en la actualidad, también algunas mujeres.

—El viudo estrenó ya todas las emociones: las del noviazgo..., las de los proyectos de boda... «Vamos a buscar un piso»... «Vamos a comprarnos nuestros equipos de novios: seis camisones de nailon para ti, seis pijamas para mí»... «¿Pondremos dos camitas o una hermosa cama de matrimonio?»... Casi siempre compran una gran cama, pero, a los doce o quince años de casados, suelen cambiarla por dos confortables camitas independientes. Y los dos cónyuges gritan en su fuero interno: «¡Libre! ¡Soy libre!»

—¿Es que se han divorciado...?

—No. Es que por fin pueden estirarse en la cama a gusto.

—Es usted demoledora y sarcástica.

—Simplemente, observo...

—No me considero un traje de segunda mano —rechazó—. Tampoco busqué casa, ni compré equipo, ni muebles, ni cacerolas. Teníamos la casa de mis padres.

—Mejor que mejor. La pobre Cati no tenía por qué preocuparse.

—¿Por qué la llama «la pobre Cati»?

—¡¡Pero si es usted quien la llamaba así...!!

Él lo admitió con desagrado.

Llegaban a las afueras de Torremolinos y era preciso prestar mucha atención a la carretera.

—¿En qué trabajaba su mujer? —preguntó Malén, que sentía despierta su curiosidad.

—Trabajaba como dentista. Puso su consulta en casa.

—Pero... ¿no me dijo que habían estudiado juntos la carrera de abogado... y que era directora de un museo...?

—Eso fue después. Ya sabe que tenía bastantes años más que yo. Estudió Derecho cuando ya era dentista. Por acompañarme.

—¡Qué triste destino para un dentista morir por comprar dentífrico! —comentó Malén, muy seria. Y al oír su propia frase, tuvo deseos de reír.

—Abrió la consulta en casa. Era un piso céntrico y grande. En el paseo de Recoletos.

Malén dio un brinco en el asiento.

—¿En Recoletos...? Yo también vivía allí. Aún conservo la casa vacía.

—Yo también conservo la mía.

—Nos habremos visto muchas veces por la calle sin sospechar que llegaríamos a conocernos en circunstancias extrañas.

—Soy mucho mayor que usted, y no es lógico que usted se fijase en los viejos.

—Ni usted en las niñas. ¡Oiga! ¡No sería la pobre Cati la que me puso un martirizante aparato en los dientes...! Recuerdo vagamente que la consulta estaba cerca de casa.

—Tenía muchos clientes y ganaba bastante dinero —explicó él con su habitual sinceridad—. Luego le entró la manía de asistir a todos los congresos odontológicos del mundo y se dedicó a viajar. Yo, entre tanto, seguía estudiando y estudiando...

—Diecisiete carreras —apuntó, maliciosa—. Eran ustedes dos fenómenos acumulando estudios.

—No exagere. Hice varias oposiciones a cátedras y las gané.

—Lo contrario me habría extrañado.

—Me destinaron a La Laguna, en la isla de Tenerife.

—¿En las islas Canarias...? Es fabuloso. ¿Se da cuenta de que hemos vivido siempre el uno cerca del otro, sin conocernos hasta ahora?

—Pasé unos meses agradables allí. Bajaba al Puerto de la Cruz todos los fines de semana y me bañaba en el mar.

—Desnudito, según su costumbre.

—No, nada de eso. No me tome por un maniático.

—¿Y qué decía la pobre Cati, viviendo en Madrid, mientras usted estaba en La Laguna...?

Suspiró profundamente.

—Me vi obligado a pedir la excedencia. Regresé a Madrid y empecé a escribir un libro sobre la economía mundial.

—Por supuesto..., no encontró editor.

—Lo encontré y, además, obtuve un premio. Y gracias al libro he sido invitado a dar una serie de conferencias en Alemania. Las estoy preparando. No crea que vivo ocioso.

—No creo nada. Sólo pienso que su vida matrimonial debe de haber sido un tanto rara.

—Sí. Era difícil compaginar nuestras profesiones.

—¿Y por qué se casaron?

—Ella decía que, si no lo hacíamos, no podríamos seguir viviendo juntos. La gente murmuraría.

—¿Y por qué no se largó? Ya había abusado bastante. Era una garrapata, y perdone la comparación.

—¿Garrapata? —se extrañó Marcos, como si oyera la palabra por primera vez.

—Las garrapatas son esos bichitos que se pegan a la piel de los perros y les chupan la sangre. He hecho esta feísima comparación pensando que, a fin de cuentas, el piso era de usted.

—Como Cati llevaba más de veinte años viviendo allí, tenía ciertos derechos morales... La verdad era que la pobre no tenía vocación matrimonial. A sus cuarenta y tantos años, seguía sin preocuparse gran cosa de los hombres.

«¿Para qué iba a hacerlo, si tenía al lado al primito, que, cuando llegase la ocasión, le quitaría el sambenito de la soltería?», pensó Malén imaginando la orden tajante que lanzaría un buen día: «¡Hale, a la iglesia!»

Y hubo boda, sin noviazgo apasionado, sin deleite, sin atracción. ¡Pobre Marcos Silva, atrapado por una viborilla con el título de odontóloga! Y a lo mejor ni siquiera era guapa. Hubiera dado algo por contemplar una foto suya. Decididamente, los hombres eran muy inocentes y no sabían huir de un cepo aunque fuese de tamaño gigante y visible a cien metros.

—No sé por qué estoy contándole todo esto —se excusó Marcos—. Sobre todo después de haberle dicho que solía hablar poco.

—Quizás habla porque es la primera vez desde hace meses en que está usted acompañado de una amiga. «No es bueno que el hombre esté solo», citó.

Él alzó las cejas con sorpresa.

—¿Es usted mi amiga...?

—Por lo menos, no soy su enemiga.

—Confieso que me ha resultado agradable ver que me escuchaba con interés. Sin empezar a soltar extravagancias, como ayer.

—No cante victoria, estimado profesor. Ya que ha sacado la conversación, le diré que hay un *Porsche* con matrícula de Málaga que nos viene siguiendo todo el camino. Va ocupado por dos jóvenes tostados y bigotudos que no tienen demasiado aspecto de rufianes, sino de turistas excitados.

—¡Dios santo, no empecemos...! —se aterró.

—No lo crea si no lo quiere. Pero es la pura verdad. Y como hemos decidido ser amigos, a partir de este momento empezaré a llamarle de TÚ , olvidando ese odioso USTED con el que me bombardea, a sabiendas de que está en desuso entre dos personas jóvenes. Porque usted es joven aunque esté envuelto en telarañas.

—Telarañas... —repitió, indignado. Y como habían llegado a la plaza principal de Torremolinos, aparcó junto a una acera y se bajó del coche.

—¿Se ha enfadado...? ¿Por qué se baja aquí? ¿No irá a dejarme su coche..., igual que dejó su piso a Cati...?

—Voy a pedirle a mi amigo Pedro la llave de la barraca. Vive a la vuelta. Serán sólo diez minutos. ¡Vamos, muchachas! Hay que estirar las patas.

La última frase iba dirigida a las perras, que, naturalmente, salieron disparadas tras él. Malén le vio desaparecer entre la gente y bajó también del coche, para mirar escaparates. A pesar de llevar las ventanillas abiertas, en el interior olía tremendamente a rábanos, y descubrió una cesta en el asiento de atrás.

Anduvo curioseando y llegó hasta «La Nogalera», un centro comercial en el que podían hallarse las cosas más excitantes del mundo. Tan excitante como el traje de noche azul que descubrió en un escaparate. Necesitaba un traje bonito para presentarse ante el nuevo «Felpudo»-emir, que le inspiraba un repentino respeto. Confiaba en que, si había leído su artículo de «El Matinal», se hubiera enternecido recordando tiempos pasados.

Empezó a hacer cuentas mentalmente. ¿Vestido azul, sí ...; vestido azul, NO...? Lo pensaría y, al regreso, podría decidirse... y comprarlo.

Los ladridos de las perras le anunciaron que Marcos estaba de vuelta.

—Encontré a Pedro a mitad de camino... ¿Vamos?

Otra vez al coche y al olor a rábanos. Dejaron la carretera general y se adentraron por un terreno baldío. El *Ford* comenzó a dar saltos por las hondonadas, y *Relamida* puso cara de estar mareándose. *Sandunga* miró con curiosidad burlona las agonías de su compañera. Al fin, Marcos frenó junto a una estrecha faja de arena.

—La barraca está ahí —indicó.

Era en realidad una faja de arena solitaria, resguardada por colinas y rocas. Descendieron por un camino abrupto, bordeado de cañaverales y helechos, cargados con bolsas y cestas. Las perritas, olvidadas ya sus amarguras, emprendieron una vertiginosa carrera.

La barraca era, efectivamente, una caseta de madera requemada por el sol y el viento marino. Una familia de cuatro personas difícilmente hubiese

podido caber dentro de la única habitación, que olía a redes, a sal marina y a cerrado.

Marcos abrió la puerta y avanzó para abrir también la única ventana existente, con objeto de establecer corriente de aire.

—Como ve, no es un chalé —bromeó.

—Tampoco vamos a permanecer dentro —repuso ella, descalzándose—. Hemos venido a solearnos.

—¿Qué te parece si nos desnudamos? —preguntó tuteándola por primera vez.

Malén le miró desafiadora.

—Nada de bromas de mal gusto, ¿eh?...

Él puso expresión de inocencia.

—Sólo me refería a ponernos los trajes de baño. No seas tan susceptible. Cámbiate la primera. Vamos, muchachas —llamó a las perras—. Probaremos la temperatura del agua y diremos que la calienten para el baño de esta amiga con imaginación pecadora.

Se fue muy sonriente. Las perritas, tan identificadas con su amo, también parecieron sonreír. Y Malén sonrió a su vez mientras se ponía el bañador azul. ¿Tendría una imaginación pecadora?

De ningún modo. Pero, en adelante, la palabra «barraca» la asociaría instantáneamente con la idea de «El Caso Perdido» en traje de Adán.

XV

Salió a la luz del sol con su bañador un poco desteñido, pero que se pegaba maravillosamente a su cuerpo. Greg lo encontraba demasiado sencillo y prefería otro con dibujos de pantera y cadenitas doradas, totalmente sofisticado.

«Exhibirte por la playa en traje de baño es un placer para mí, "Belleza". Todo el mundo se queda con un palmo de boca abierta, porque cuerpecitos como el tuyo no se ven a menudo. En la playa, siempre eres la reina.»

Era un piropo halagador pero muy rebuscado, que, sin saber por qué, la fastidiaba. No quería, sin embargo, ser demasiado exigente y solía responder con una sonrisa. Sabía que tenía un cuerpo bonito. La gente solía decir que los trillizos eran tres soberbios ejemplares. Sin vanidad, reconocían que lo eran.

Malén hubiera transformado quizá su nariz, un poquito respingona, o su boca, un poco grande, y también su pelo, castaño y liso, por otro más lucido. Pero no hubiera cambiado nada de su cuerpo. Era un cuerpo satisfactorio.

Greg, el «Calientacamas», según lo calificaba Tomasita con muy poca exquisitez de lenguaje, habíale dado su visto bueno entusiasta.

Aquel calificativo vulgar en boca de Tomasita aún le escocía. Todo cuanto se refería a Greg le dolería durante mucho tiempo.

En la orilla vio correr a Marcos y a sus perras. Marcos lanzaba al agua trozos de madera, que *Sandunga* se apresuraba a recoger loca de felicidad. *Relamida* lo tomaba con calma, veía flotar la madera y lentamente, a desgana, entraba en el agua y lo recogía, mojándose lo menos posible. Curro había sido un filósofo al bautizarlas con aquellos dos nombrecitos tan significativos.

Marcos la miró de lejos, volvió a la arena seca y, sin decir una palabra, se metió en la barraca. Salió a los cinco minutos con un exiguo calzón de baño, exhibiendo su cuerpo tremendamente curtido. A pesar de su delgadez, estaba muy musculado, sin duda por sus trabajos de labrador concienzudo. Llevaba en una mano el tablero de ajedrez y en la otra una de las banquetas. La colocó sobre la arena, como entronizándola, y puso encima el tablero.

No perdía el tiempo cuando algo le apetecía.

—¿Qué prefiere..., jugar ahora o después...? —preguntó cortésmente, aunque devorado de ansiedad.

—Podemos empezar ahora, antes del baño —aceptó por complacerle.

Y él le lanzó una mirada de éxtasis.

Malén hacía mucho tiempo que no jugaba al ajedrez, y, al sacar reyes, peones y alfiles de la bolsa, sintió un agudo pinchazo de nostalgia. ¡Aquellas larguísimas partidas jugadas con el almirante...! Seguramente, y aunque la baronesa supiera jugar también, su padre se acordaría a menudo de su valiente contrincante.

Se sentaron sobre la arena al estilo árabe, con la banqueta a guisa de mesita.

—¿Prefiere las blancas o las negras? —dijo él, muy fino.

—Me da lo mismo.

Preparó el tablero y se preocupó de su comodidad.

—¿Está a gusto? ¿No tendrá demasiado calor en la cabeza?

Sin contestar a su pregunta, protestó:

—¿No habíamos quedado en tutearnos...? ¿O vamos a seguir considerándonos personajes de la Edad Media...?

Él se levantó bruscamente, entró en la barraca y volvió a salir con una gorra azul marino de visera, que encasquetó a Malén hasta la nariz.

Forcejeó para salir de la oscuridad y remetió su largo cabello dentro, para que la gorra quedara encajada.

—¿No la necesitarás tú...? —se inquietó, en aquel torneo de amabilidades.

—Si noto que empiezo a arder, me tiraré al agua, que está helada, por cierto. Es un tanto prematuro bañarse en primavera. —Volvió a sentarse frente a ella, frotándose las manos con satisfacción—. Hacía mucho tiempo

que no jugaba con nadie directamente. Sólo por correspondencia. Intenté vanamente enseñarle a don Curro, pero saqué en consecuencia que es absolutamente nulo.

—¿Por qué le llamas «don Curro»?

—Me gusta respetar a la gente.

—Yo te respeto lo mismo si te llamo de tú... Veremos si eres tan buen contrincante como dices.

Él protestó con fingida modestia:

—No he dicho nada. Tomé parte hace unos meses en el torneo celebrado en el hotel «Don Pepe». Y lo gané, por supuesto.

—Vaya. Eso es interesante.

—Me procuró una popularidad molestísima, que tuve al final que rehuir. Hice correr la noticia de que me marchaba de Marbella, para que me dejasen en paz.

—No acabo de comprender... Si tu matrimonio no fue exactamente feliz..., ¿por qué ese trauma por la muerte de tu esposa...? Perdona que me inmiscuya en tu intimidad. No contestes si no quieres.

La miró en silencio y al fin habló:

—No quiero que sigas en un error. No tengo añoranza de aquella vida. Lo único que me acongoja es el remordimiento.

Malén le miró con profunda sorpresa.

—¿No fue un camión quien la mató? ¡No la habrás matado tú...!

Él hizo una mueca.

—Lees demasiadas novelas policícas. Si tengo aspecto de asesino de mujeres, ¿por qué has venido conmigo a una palya solitaria? Espía..., asesino... ¿Es eso lo que pensáis de mí en «La Siempreviva»?

Su indignación la hizo sonreír. Viéndole al sol, medio desnudo, le pareció mucho más joven, un muchacho solitario y abandonado, ahogado por sus propias inhibiciones.

—En «La Siempreviva», todos te quieren. Excepto yo. Es demasiado pronto para mí.

Cogió un alfil y jugueteó con él, lanzándolo al aire. Luego lo puso otra vez en su sitio.

—¿Eres partidaria del matrimonio? —interrogó inesperadamente.

Ella arrugó su respingona nariz.

—Sí... ¿Por qué no...? Siempre digo que la libre unión que proclaman ahora ofrece todo el aburrimiento del matrimonio sin la respetabilidad que éste procura. Y además..., por si no lo sabías..., yo soy católica. —Viendo que él la miraba con fijeza, protestó—: ¿Qué miras...? Deja de mirarme así.

—Yo no te miro. Es decir, te miro porque tú estás mirándome.

—Por eso te miro yo. Porque me miras.

—¡Pues dejemos de mirarnos, diablo...!

Al cabo de una pausa, Malén ofreció, condescendiente:

—¿Jugamos o no jugamos?

—No puedo jugar en este momento, con el espíritu enfurecido. Necesito concentración:

—Concentrémonos.

—No podré concentrarme mientras no te suelte todo el rollo. El rollo de mi fracaso matrimonial.

—Por favor..., no te sientas obligado a...

—No me siento obligado. Pero necesito lanzar fuera mis irritaciones... Para que trates de entenderme, te diré que Cati y yo nos queríamos mucho, puesto que habíamos vivido juntos casi toda la vida. Pero el amor fraternal nada tiene que ver con la atracción física entre un hombre y una mujer. Cati no estaba hecha para el matrimonio. Había llegado virgen a los cuarenta años, sin haber sentido el menor interés por el sexo. —Cogió una pequeña piedra y la lanzó a lo lejos, como si se despojara de algo que le molestaba —. Durante tres meses de matrimonio, Cati se esforzó en disimularlo..., sin conseguir otra cosa que exasperarme.

—No necesitas contarme tus intimidades... —insinuó, turbada.

—Sí. Lo necesito..., porque temo que me consideres un bicho raro. —Miró a lo lejos, siguiendo el vuelo de unas chillonas gaviotas—. Naturalmente, siempre me han gustado las mujeres. Antes de casarme había tenido las normales aventuras de un hombre joven y libre. En un momento dado..., quizá demasiadas aventuras, por lo que creí que una vida conyugal tranquila haría bien a mi espíritu y a mi cuerpo y me permitiría entregarme de lleno al estudio que me apasionaba. —Calló y tiró otra piedra. ¿A quién estaría apedreando con el pensamiento?, se dijo Malén. Quizás a sí mismo

—. Comprendí que si mis relaciones con Cati no variaban, llegaría a odiarla. Entonces decidimos realizar un romántico viaje por Andalucía, para tratar de entendernos.

—Y... el camión acabó con los problemas —sugirió ella.

La miró con fijeza, tratando de descubrir lo que pensaba.

—Sí —dijo—. Acabó con todo. Y mi remordimiento comenzó cuando me di cuenta, avergonzado, de que me sentía feliz.

Malén fue a decir algo, pero calló. Se limitó a mirarle, deseando que continuara.

—Feliz y liberado... —prosiguió—. Dueño otra vez de mi vida. Sin complejos físicos. Sano. Porque Cati era una enferma, pero yo no supe comprenderla. Añoré su cariño fraternal, sus reservas, sus frialdades, sus histerismos, sus manías. Pero sobre todos aquellos sentimientos estaba presente la absoluta alegría por mi liberación. Vergonzoso, ¿no?... Decidí castigarme a mí mismo y vivir una temporada alejado de todo, decidiendo el camino a seguir en adelante. Por fin creo estar curado. Iré poco a poco reintegrándome a la vida normal. Como ves, no soy «el caso perdido» del que hablan las dos primas. —Hizo una transición y sacudió a *Sandunga,* que, ante la mirada severa de *Relamida,* se empeñaba en trepar por su espalda—. Quieta, *Sandunga.* ¿Quién te has creído que eres...?

Sí. ¿Quién se ha creído que es?, debió de pensar *Relamida,* que odiaba cualquier exceso. Bastante trabajo tenían ya, cada vez que iban a la playa, con jugar a coger las maderitas en el agua. Un juego molesto, que detestaba.

Marcos volvió a mirar al tablero.

—Dijo Lasken que, para lograr una obra maestra en ajedrez, se necesita que los dos sean excelentes jugadores. Usted empieza, señorita María Elena Rey... Quiero decir que tú empiezas, amiga Malén. Las blancas salen.

Comenzaron la batalla en absoluto silencio. Del mar llegaban ráfagas de aire limpio, salino y excitante. La luminosidad borraba los recuerdos del lluvioso y turbulento día anterior. Pero Malén sentía en lo íntimo que todo había cambiado y que ya nada volvería a ser lo que era. Calculó que en aquel momento estaría Greg ante la verja de «La Siempreviva», recibiendo el «chaparrón» de Tomasita «la Gorda». ¿Cuál sería su reacción al verse despreciado...? No estaba acostumbrado a recibir desaires de las mujeres.

Miró de reojo a aquel nuevo amigo que el destino le deparara. Sus inesperadas confidencias habíanla sorprendido. Repentinamente, el solitario profesor había sentido la necesidad de hablar y de confiar a alguien sus inquietudes espirituales.

«¿Por qué a mí...?», pensó, sin encontrar respuesta. Quizá porque, también a él, el mismo destino le deparara una oyente que trataba de comprenderle.

Nada más árido que un matrimonio sin pasión. ¿Habría pensado alguna vez la desaparecida Cati en que había metido un tigre en su cama? Un tigre molesto, con exigencias que la horrorizaban.

El «tigre» dijo de pronto:

—¡Ah! Se ve que has estudiado a Vässidy Smyslov. Innovador en la apertura y clásico en la conducción. Estás influida por él.

—Jamás oí hablar de ese señor.

—No conseguirás que lo crea. Insistía siempre en que no había necesidad de mover los peones en el flanco dama, porque la debilidad que produce permite al contrario una peligrosa actividad en el sector.

—Puede que él insistiera en eso, pero yo hago lo que quiero con mis peones. Y ten en cuenta que esta partida no es cuestión de vida o muerte, como tu expresión parece indicar. Tienes el ceño totalmente plisado, y, de tanto sol, el pelo se te está volviendo blanco. ¿O será por el temor a ser vencido?

Como si no la oyera, él hizo su movimiento.

—Me parece que tienes un alfil que va a necesitar protección. Soy generoso y lo advierto.

—Guarda tus advertencias para mejor ocasión. Yo te advierto a ti que estoy preparando una irrupción central.

—Atrévete a fustigar mi sector rey y verás lo que es bueno.

—Cállate. No me dejas pensar.

El sol calentaba de firme, pero ninguno parecía notarlo. Al cabo de tres cuartos de hora, Marcos levantó los ojos del tablero y dio un resoplido.

—¿Sabes que eres estupenda...? Jugadora... quiero decir.

—Ya te lo había anunciado. Y no era necesario puntualizar en lo de «jugadora», porque jamás supondría que te referías a otra cosa.

—¡Qué suerte haberte conocido...!

No podía considerarse exactamente como un cumplido, pero Malén sonrió.

—No pensabas así hace veinticuatro horas. Milagros del ajedrez.

Él alzó los ojos para mirarla y vio que le corrían gotas de sudor por la frente. Se levantó con un ágil salto, la agarró de una mano y la arrastró hacia el agua, donde ambos se zambulleron. Estaba helada, pero resultó un gran alivio. Castañeteando los dientes, volvieron a ocupar sus respectivas posiciones ante el tablero.

Transcurrió media hora más, sin que la lucha tuviera vencedor ni vencido. Quedaron en tablas.

Malén se tiró boca abajo sobre la arena, con un suspiro de cansancio.

—¡Uf! Eres un contrincante duro.

—Y tú un demonio. Esta noche no voy a poder dormir.

—Con toda seguridad, porque tienes la espalda quemadísima.

—Me refería a la excitación que siento por mi hallazgo. Una jugadora como tú... en el piso de abajo. Se acabaron mis horas de aburrimiento. Cada vez que se me antoje jugar, daré bastonazos en el suelo y tú subirás.

Malén miró divertida aquel conglomerado de ingenuidad y machismo.

—No cantes victoria. Tengo muchas más cosas que hacer en la vida que jugar al ajedrez. ¿Crees que voy a estar día y noche a tu servicio, como las farmacias de guardia...?

Él se tumbó a su lado, sobre la caliente arena. Su proximidad le pareció extraña. Hasta aquel instante, siempre hablaron a algunos metros de distancia. Olía ligeramente a agua de Colonia, o quizá sólo a buen jabón. Un vello claro cubría sus brazos y piernas, y Malén pensó en la madre alemana, que posiblemente sería rubia y alta. Y un poco cuadriculada de pensamientos, como él.

—¿A que no sabes quién inventó el ajedrez? —dijo él, haciendo, como de costumbre, caso omiso de sus protestas.

—Lo sé. Un príncipe indio. Pero no recuerdo el nombre.

—No era príncipe. Era *brahman.* El *brahman* Sesac. Dedicó su vida a ello. La perfección del mecanismo no ha sido superada por ningún otro

juego. —La miró con cara satisfecha—. ¡Quién me lo hubiera dicho ayer, cuando te vi invadir mi casa, mojada y hecha una birria...!

—Gracias por tu apreciación... Pero ¿quién te hubiera dicho qué...?

—Que supondrías una alegría fantástica en mi vida. Tan sólo veinticuatro horas después...

—Y gracias al *braham* Sesac...

—Exactamente —dijo sin comprender la ironía.

La miró de arriba abajo con los ojos chispeantes y con gran detenimiento. Malén se incorporó para poner fin a la inspección y más distancia entre sus dos cuerpos casi desnudos.

—¿Jugaste alguna vez al ajedrez con el tipo de las llaves...?

Estuvo a punto de repetir: «¿Qué hombre de las llaves...?» Pero no quiso irritarle, ya que le veía de buen humor e incluso cordial. Sin embargo, al hacer la pregunta, su voz se endureció y pasó un relámpago por los ojos claros. «Otelo», pensó. Y estuvo a punto de soltar la carcajada. El profesor sentía celos de ella... simplemente porque jugaba bien al ajedrez. Tuvo la impulsión de sentirse Desdémona y de gritarle: «¡Soy virgen de ajedrez, mi señor!» Pero se limitó a echar a correr hacia el agua sin dignarse contestar.

Marcos se zambulló tras ella y juntos nadaron un rato. *Sandunga* se metió también, aunque sin pasar de la primera ola, y *Relamida,* sentada en la orilla, los miraba con filosofía, preguntándose qué placer sacarían en remojarse en aquella agua tan fría.

Regresaron a la cabaña en busca de sus respectivas toallas.

—¿Y si comiéramos...?

Estaban hambrientos. Por suerte, Maribelina había sido generosa. La sombra del emir, fluctuando tras la cabeza de Malén, habíala impelido a incluir, junto a la tortilla y las empanadillas, hermosas lonchas de jamón serrano y cuatro cervezas, además del increíble refinamiento de unos vasos de plástico y unas monísimas servilletas de papel.

Se sentaron en la arena, sobre las toallas, saboreando una satisfacción física estimulante.

—Espero que la comida no traiga hoy mensaje —bromeó Malén.

Se equivocaba, porque sí lo había. Debajo de la tortilla, destinada en un principio a Curro. Dictado por Tomasa sin duda, con su fino estilo literario:

«Infame: Te han visto varias veces con la *cantaora* gitana del café "El Vaso Lleno". Dile a esa perdida que eres un hombre *casao* y que, como se te vuelva a acercar, le señalaré la cara. Y no te digo lo que te señalaré a ti.»

Sacudió el papel, manchado de patatas y huevos.

—¿Quieres conservar el mensaje..., como prueba de lo que una mujer no debería hacer nunca? —preguntó Malén con cierta pena.

Hizo una bola con el papel y lo lanzó lejos. *Sandunga,* creyendo que se reanudaba el jueguecito de los maderos, corrió a recogerlo. *Relamida* continuó inmóvil, aspirando con delicia la tortilla, diciéndose que aquél no era momento para juegos, sino para cosas mucho más serias.

—¿Qué es lo que una mujer no debe hacer nunca? —preguntó él comiendo con buen apetito.

Decididamente, aquella muchacha era estimulante y mucho más agradable de lo que hubiera podido imaginar. Una vez aparentemente olvidada la insoportable historia de «Felpudo», se transformaba en un ser inteligente, con un estilo personalísimo de jugar al ajedrez. Y, además, no se pavoneaba en traje de baño, a pesar de tener el cuerpo más perfecto que jamás viera. Aquella mujer no debería vestirse jamás. El mundo era estúpido. La señorita María Elena Rey debería ir siempre desnuda.

—Lo que una mujer no debe hacer nunca es demostrar al hombre que no puede vivir sin él —aclaró—. Ni permitir sus menosprecios. Maribelina debería fingir no enterarse de los devaneos de Currito. Y si se da por enterada, cortar por lo sano. Eliminarle de «La Siempreviva» y de su existencia. Condenarse a una vida de tortura y de celos debe de ser infernal.

—Yo nunca sentiré celos de ninguna mujer —informó él, muy convencido.

Y Malén le miró burlona.

—Seguramente no te has enamorado de verdad.

No negó aquello, pero preguntó en seguida:

—¿Tú sí...?

—En este momento no podría afirmarlo. Estoy llena de odio.

—Realmente..., un hombre que te llama «Bizcochos»...

Malén sacudió la cabeza y le tendió una lata de cerveza para que la abriera.

—Te confundes, como siempre. Quien me llama así es «Felpudo».

—Te pido de rodillas que no me hables de él.

—Se trata del «hombre de las llaves». De Greg. Ése me llama «Belleza».

Le miró y sus claros ojos mostraron sentimientos contradictorios.

—Es más justo llamarte «Belleza».

Era el primer cumplido que le decía, y casi enrojeció de la sorpresa.

—Gracias. Lo malo es que Greg suele llamar «Belleza» a todas las mujeres.

—En esta tierra, el hombre tiene cierta tendencia a la pluralidad en cuestión femenina. Quizá se deba a la cercanía con Marruecos.

Malén recordó de golpe el número excesivo de esposas que Curro atribuía al emir. ¿Sería posible...? El pobre «Felpudo» estaría ocupadísimo de día y de noche. No se atrevió a comentarlo, porque el profesor parecía tener cierta ojeriza incomprensible hacia él.

—El amor y el romanticismo están desapareciendo de este mundo, aunque aún no comprendo bien por qué. Quisiera estudiar el tema a fondo y preparar una conferencia. Esta juventud un tanto caótica tiene que ser informada y dirigida. Es curioso, pero cuando empieza el curso y ocupo mi cátedra, los primeros días, la mayoría de las alumnas se creen enamoradas de mí. —No exponía aquello con vanidad, sino como un dato interesante—. A las pocas semanas, me odian. Yo quisiera que no me amaran ni me odiaran, sino que fueran amigas, simplemente.

—Lord Byron dijo que «la amistad era el amor sin alas» —citó Malén, divertida.

Trató de imaginarse al profesor con sus gafas puestas y su expresión severa explicando los temas de su cátedra. No era fácil odiar a un hombre con la ingenuidad a flor de piel.

Marcos suspiró de pronto.

—Cati no sintió nunca celos de mí porque, en efecto, su amor carecía de alas. Y el mío tampoco las tuvo nunca. ¡Qué estupidez creer que uno puede ser feliz con un simulacro de amor! No sé cómo hubieran acabado las cosas si la pobre Cati no hubiera muerto. Seguramente me habría largado para siempre en el momento más inesperado. Un hombre como yo, dedicado al

estudio de las reacciones humanas, no fui capaz de comprender que aquella mujer era absolutamente frígida. Besaba con los ojos bien abiertos y la boca muy apretada —dijo a media voz, como si pensara en voz alta.

Malén le desafió, curiosa:

—¿Cómo crees que hay que besar...?

—Con los ojos cerrados y la boca entreabierta. Es elemental.

La miró fijamente de pronto, como si acabase de descubrirla. La larga melena tenía reflejos caoba y ya estaba completamente seca, deslizándose sobre sus tostados hombros. Se fijó en sus labios, llenos y bien dibujados, que no guardaban ningún rastro de pintura.

—Supongo que usted no necesitará lecciones...

—¿Por qué me llamas de usted de repente...?

—¿Te he llamado de usted? No me he dado cuenta. Quizá porque de pronto me has parecido desconocida y lejana.

—Lo soy. Hace cuarenta y ocho horas no teníamos la menor idea de nuestra mutua existencia. Para mí, sólo eras «el anciano médico que vivía arriba». El de los garrotazos en el suelo.

—Y tú, para mí, la ruidosa muchacha de la moto. Desconocida y lejana, en efecto. Pero ¿quién eres...? —insistió, mirándola como si tratase de descubrirla en profundidad—. Y no me cuentes otra vez lo de que naciste de nalgas, porque me das una impresión algo extraña de ti. Cada vez que trate de recordarte, te veré en tan incómoda postura.

—Soy una chica corriente, a la que has conocido en un mal momento de su vida. En el momento en que ha recibido el primer desengaño. O quizás el segundo. El primero fue cuando me sentí consciente de que era una rémora para los tres hombres de mi corazón: mi padre y mis gemelos, que tascaban freno en aquella casa de Madrid para no dejarme abandonada, pero que, en el fondo, estaban deseando volar y vivir sus vidas libremente, sin cortapisas ni ataduras. Comprendí e hice el simulacro de que yo también quería volar por mi cuenta y que estaba harta de tanta protección masculina. Pero no era verdad. Como cualquier mujer, era feliz en mi hogar y con mi vida de familia. Cuando llegué a Málaga para trabajar en «El Matinal», me sentía muy desgraciada y lloraba por las noches. He tenido que endurecerme para no caer en la tentación de sentir lástima de mí misma. El supuesto amor de

Greg me ayudó mucho para salir a flote. Ahora, el amor de Greg se ha acabado... o quizá nunca existió. Y tengo que volver a empezar... —Hizo una pausa, sosteniendo aún la inquisitiva mirada de él—. ¿Sigo pareciéndote desconocida y lejana?

Marcos se inclinó y le palmoteó una mano. En aquel instante, la necesidad de tocarla le pareció inevitable y esencial.

A lo lejos, el mar había cambiado de color. Unas pequeñas nubes se agrupaban como si pensaran celebrar un festejo. Las perritas, cansadas de comer empanadillas, estaban de nuevo en la orilla disfrutando de la fresca brisa.

—Sufres de soledad —dijo él—. Añoras tu viejo nido y no encuentras otro que lo sustituya. Hasta te ofuscaste con «La Casa Rara».

—Ésa es la palabra. Me ofusqué —admitió con desgana.

—Pero las decepciones se olvidan. Descubrirás pronto otra casa que no será rara y que colme tus ambiciones. Y otro compañero que no te llame «Belleza» ni «Bizcochos», pero que tenga brillo en los ojos cuando diga: «¡Malén!»

Le miró con cierta sorpresa.

—Y yo que creí que no eras humano ni comprensivo... Y hasta empiezo a encontrarte sentimental.

Se contemplaron sonriendo y acabaron por reír.

—Se nos ha subido el sol a la cabeza —concluyó ella—. ¿Nos damos un chapuzón antes de empezar otra partida de ajedrez?

—No me atrevía a proponértelo —dijo encantado. Viendo que ella hacía ademán de recoger los restos de la comida, atajó—: No te molestes. Yo lo haré. No soy de los que creen que las tareas insignificantes hay que dejárselas a las mujeres. Soy un buen camarada.

Buen camarada y minucioso además, pensó Malén viéndole recoger todo rápidamente y con gran eficiencia. Estaba pasándolo mejor de lo que esperaba, y los acontecimientos que habían quedado pendientes, y que más tarde se precipitarían sobre ella, le causaban menos sobresalto tras aquellas horas de sol y de paz.

—¿En qué piensas? —dijo Marcos alzando la mirada.

Ella sacudió la cabeza y se puso en pie de un salto. La arena pegada en sus piernas voló en la misma dirección de la brisa.

—Me decía a mí misma que estoy saboreando una grata sensación de paz antes de que los acontecimientos se precipiten.

—¿Crees que van a precipitarse...?

—Tengo esa sensación.

Él preparó el tablero de ajedrez sobre la banqueta y dijo, repentinamente perplejo:

—Es curioso..., yo también estoy sintiendo todo el rato esa misma premonición.

XVI

Se había nublado. Del sol sólo quedaba un recuerdo luminoso y bello cuando subieron al coche de regreso a casa.

Marcos se empeñó en cantar, porque insistió en que aquello era indispensable al regreso de las excursiones. Y Malén le hizo coro, preguntándose cómo era capaz de fingir alegría mientras luchaba con su caos interior. Pero el caos parecía aplacado a raíz de las amistosas confidencias.

Marcos le había pedido que hablara de sus hermanos y del almirante, y ella lo había hecho, gozando al evocar momentos felices. A su vez, él habló de su tía Berta, hermana de su madre, viuda sin hijos, muy risueña y adorable, que vivía en Colonia, que tocaba muy bien el piano y que guisaba las ocas rellenas de ciruelas y manzanas con auténtico arte. A menudo le tejía jerseys de gruesa lana de colores estrambóticos y se los enviaba junto con unas largas cartas en las que le hablaba de personas a quienes no conocía, pero que a fuerza de oír mencionarlas eran ya viejos amigos. En septiembre, cuando empezara el cursillo de conferencias que preparaba para la Universidad de Colonia, se instalaría en casa de su tía Berta y se dejaría cuidar como un rey.

—¿Por qué no vienes? —la había invitado impulsivamente—. Tía Berta se entusiasmaría contigo.

—¿Por qué razón...? —quiso saber.

Y Marcos se quedó desconcertado.

—Porque eres sencilla y atractiva, y buena chica.

—Tu opinión ha cambiado asombrosamente en veinticuatro horas.

—Somos amigos. Ya podemos hablar de nuestras familias sin preguntarnos: «¿A quién te refieres...?» Tú ya sabes quién es mi tía Berta. Y quién es Heribert, el jardinero. Y Hors, su viejo médico de cabecera. Y yo

sé quiénes son Fernando yJuanjo, tus gemelos, y su afición a las motos y a la ensalada de frutas. Y también sé que el almirante hace crucigramas y que su esposa, la baronesa belga, es baja y gordita, en contraste con él, que es alto y flaco. Y que pensáis reuniros estas Navidades en el *château* de Las Ardenas para celebrar juntos las fiestas.

Y también Malén había dicho impulsivamente:

—Oye... ¿y por qué no vienes...? —con lo cual pareció sellarse una nueva y sorprendente camaradería.

Las perras, agotadas de tantas emociones, se habían dormido confiadamente sobre las rodillas de Malén, impidiéndole el menor movimiento. *Sandunga* roncaba débilmente, y *Relamida* daba la impresión de haber caído en coma.

—¿Qué fue del misterioso coche que nos seguía esta mañana? —preguntó Marcos, burlón.

Malén miró hacia atrás, sorprendida de no haber vuelto a preocuparse del asunto. La carretera le pareció animadísima, pero no amenazadora.

—Debieron de ser alucinaciones. Nadie nos sigue... aparte doscientos coches y tres autocares repletos de turistas.

En Torremolinos consiguieron milagrosamente aparcar otra vez cerca de «La Nogalera».

—Tengo que devolver la llave a Pedro.

Las perritas siguieron a su amo fielmente, aunque el corazón les pidiera seguir dormitando. Melén bajó también del coche y volvió a recordar de golpe el vestido azul que la deslumbrara por la mañana. Anduvo en dirección a la *boutique* y comprobó que estaba ya cerrada. Miró con sorpresa su reloj. Era bastante tarde. El día había pasado sin sentir. La piel le picaba por exceso de sol, pero sentía un alivio interior difícil de explicar.

El tumulto que oprimía su cabeza parecía haberse despejado, como si cada tecla suelta hubiese ocupado su lugar en el instrumento. Todo volvía a parecerle normal: la débil luz del atardecer, cargada de aromas múltiples; el ruido de los cierres de las tiendas al ser bajados; la música de un bar que desde la calle cercana llegaba a sus oídos; el *claxon* de un coche que desde la plaza trataba de llamar la atención de alguien; la voz de un vendedor de helados anunciando su mercancía... De todos modos, y aunque pareciera

absurdo, reinando sobre todo aquello estaba el silencio. Un silencio que oprimía la pequeña calle, con todas sus tiendas cerradas.

Instintivamente se volvió en redondo y tropezó con los dos hombres que andaban tras ella. Precisamente cerrándole el paso.

Uno de ellos habló:

—Tendrá que acompañarnos, señorita Rey. No le sucederá nada malo.

Sobrecogida, trató de retroceder, pero el hombre situado a su espalda lo impidió.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Cómo se atreven a abordarme? ¿Qué es lo que pretenden...?

—Pretendemos que venga con nosotros para celebrar una entrevista que será de su agrado. Tenemos orden de regresar con usted pase lo que pase. Por favor, no defraude nuestras esperanzas de ejecutar con brillantez las órdenes recibidas.

—Brillantez y calma —apuntó el otro.

No era posible que le estuviese pasando aquello, pensó Malén, abrumada. Aquellas cosas jamás ocurrían en la realidad. Pero el recuerdo de la escena de la carretera, con «Felpudo» de protagonista, la hizo perder su optimismo.

—¿Adónde pretenden llevarme...? —quiso saber, fingiendo un aplomo que no sentía.

—A una finca cercana, en donde se entrevistará con una importante persona que desea verla. Nos ha dado la palabra clave, asegurando que la decidiría a usted. Esa palabra es «Bizcochos».

Malén les miró atónita. De una ojeada observó que la calle estaba silenciosa y vacía. Tan sólo una viejecita, que en la esquina vendía altramuces, cacahuetes y trozos de coco, les miraba de lejos.

Bajando la voz, murmuró:

—¿El emir...?

Y los hombres se sobresaltaron y guardaron silencio.

Junto al bordillo de la acera, y con la portezuela abierta, estaba el *Porche* lujoso que creyera descubrir por la mañana siguiendo al *Ford* de Marcos.

—No iré. Aunque se trate del emir...

—Por favor... No nos lo haga difícil.

¡Marcos! ¿Dónde estaría Marcos? Quiso gritar y se encontró sin voz. Quiso correr y le cerraron el paso.

—No tengo el rollo de fotografías, si es eso lo que desean. Se lo quedó «Fel...», es decir, el emir. Déjenme en paz.

—Se trata de una visita de cortesía, señorita Rey. Le repetiré la palabra clave: «Bizcochos».

Los dos hombres sonrieron entre sí, como si lo de «Bizcochos» les resultara tremendamente divertido.

Se vio inducida a subir al coche. Si se trataba efectivamente de «Felpudo», tendría que ajustarle las cuentas.

Había un tercer hombre al volante. Los otros dos la hicieron sentar entre ambos, y el *Porsche* salió disparado, sin darle tiempo a decir una sola palabra más. Atravesaron la plaza, y a distancia descubrió el *Ford* azul, que le pareció un viejo amigo muy querido. Marcos aún no había regresado. ¿Qué pensaría al descubrir su ausencia...?

—Dentro de un par de horas estará de regreso en casa —trató de tranquilizarla el hombre que lucía un espeso bigote.

—No pienso seguir aquí. Pediré socorro —se enfureció, consciente de que decía tonterías.

Las ventanillas estaban firmemente cerradas y no dejaban escapar ni un soplo del tibio aire acondicionado.

Ignoraba si en realidad eran emisarios de «Felpudo» o si había caído en poder de sus enemigos. Lo de «Bizcochos» debía de haberlo leído todo el mundo en «El Matinal» a la hora del desayuno.

¿Qué pensarían hacer con ella? ¿Torturarla? ¿Matarla...? Los miró de reojo. Iban bien vestidos y tenían la piel atezada..., como la mayoría de los soleados marbellenses. Por el tono de su piel no se podía adivinar si eran árabes.

Pasó por alternativas de rabia y de miedo. ¿Por qué le ocurrían aquellas cosas a una persona absolutamente pacífica...? Desengaños amorosos, espectáculo de crímenes, encuentros inesperados, incluso supuesta amistad con un vecino con el que durante veinticuatro horas sólo se «ladraran». Decididamente, como Tomasita «la Gorda», pondría su denuncia en el Obispado. La vida era demasiado injusta. No estaba dispuesta a consentirlo.

Añoró furiosamente a Marcos, porque todo lo que se refería a él iba fatalmente envuelto en furia. Estaría buscándola por Torremolinos, con la angustia natural de quien hubiera perdido a su tercera perrita.

Abandonaron la carretera general, subiendo por otra que era más bien un sendero en cuesta. Atrás quedaban la ciudad y la animación, y alrededor sólo se veían espaciados chalés, cerrados en su mayoría por no haber comenzado aún la temporada veraniega. Atravesaron una urbanización, donde todas las casas estaban pintadas de azul y rosa, lo que le daba aspecto de ciudad de juguete. Incluso tenía su campo de fútbol con los maderos de las porterías azules y rosa. Pasó un hombre con un burro, y Malén trató de hacerle señas, pero ni siquiera la vio. ¿Y qué podía hacer un hombre con un burro cansino?

Abajo y a distancia divisábase el mar, en el que se zambullera con Marcos.

«Hay que besar con los ojos cerrados y la boca entreabierta.»

Ridículo acordarse de eso en aquel momento.

El sol tardaría aún en ponerse en el horizonte. Los días eran largos ya. Después de la lluvia, el campo aparecía cubierto de pequeñas flores de diversos tonos. El paisaje resultaba demasiado radiante para pensar en crímenes y en acciones perversas. Pero Agatha Christie, la reina de la novela policíaca, localizaba a menudo sus dramas en radiantes entornos: bellos países mediterráneos llenos de sol, vino, cabras y aceitunas negras.

Volvió a gritar:

—¡No pienso seguir aquí ni un minuto más!

Y los tres hombres fingieron no oírla, limitándose a sonreír con amable hipocresía.

Tras otra media hora de desenfrenada carrera, el *Porsche* se detuvo bruscamente y el conductor bajó de un salto para abrir la verja de madera rústica que daba entrada a una finca. Volvió a su puesto y encaminó el coche por el estrecho sendero que trepaba hacia la colina, entre campos cuidadosamente trabajados, cuajados de cosecha. Marcos, el afanoso hortelano, habría saltado de alegría ante el panorama.

Frente a la casa del guarda, dos hombres salieron al paso sujetando por las correas a dos grandes perros alanos. El conductor hizo un gesto con la

mano y le dejaron pasar.

—¿Dónde estamos? —dijo, absolutamente histérica.

—Cálmese... ¿No puede estarse quieta? Ya llegamos.

Los campos de labranza dejaron paso a unos cuidados jardines, cubiertos de césped y de macizos de flores. A un lado, una gran piscina, con cómodos sillones y sombrillas de colores. Al otro, una bien cuidada pista de tenis.

Trató de serenarse, diciéndose a sí misma que era una periodista con suerte a la que los magníficos reportajes le venían a las manos sin buscarlos. Pero tenía la amarga impresión de que ya jamás escribiría, ni se bañaría, ni jugaría al ajedrez con el hombre que besaba con los ojos cerrados. ¿Sería también profesor de besos?

—Ya hemos llegado —anunció el bigotudo de su derecha, que debía de ser el vocero oficial.

Y Malén alzó los ojos y vio un amplio edificio, cuyas rejas de hierro forjado se abrieron en el acto para darles paso. El coche fue introducido en un ancho patio y las rejas se cerraron tras él.

—Puede bajar, señorita Rey —invitó el «vocero» sin necesidad, porque Malén ya estaba abajo—. Confío en que no se habrá alarmado mucho.

Su cinismo la exasperó.

—Confía mal. Estoy al borde del infarto. Y si cree que esto va a quedar así... —amenazó con osadía..., obteniendo en pago una alarmante exhibición de dientes marrones. Aquello era lo que el bigotudo consideraba una sonrisa.

Claro que no quedaría así, siguió rumiando ella en su interior. Le darían un golpe en la cabeza... y ¡adiós periodista recién estrenada! ¡Adiós Malén, la del cuerpo bonito...! ¡Adiós la tercera parte de un TODO! ¡Adiós gemelos de su corazón! ¡Adiós papaíto almirante! ¡Adiós vecino practicante del nudismo...!

Se martirizó despidiéndose de todos uno por uno. De Marcos, un solitario tan raro como ella misma, que, al saber su muerte, quemaría sin duda, en homenaje, el tablero de ajedrez. De Maribelina y de Tomasita, que pasarían el resto de sus días refiriéndole a la gente «lo de aquella amiga nuestra que asesinaron los moros». De los gemelos, que enfermarían del trauma. Del almirante, que obligaría a Georgette, su mujer, a oír dos misas

diarias en memoria de la difunta. Incluso de Curro, abrumado por no conseguir su bar.

La oleada de tristeza la hizo tiritar de frío, y, en silencio, siguió al bigotudo hacia el interior de la casa.

En el gran salón, lujosamente amueblado, descubrió una chimenea encendida y se acercó a ella con las manos extendidas.

—¿Puedo saber lo que desean de mí...? —preguntó una vez más, tratando de parecer serena.

Pero no obtuvo respuesta y, al volver la cabeza, comprobó que la habían dejado sola.

Tuvo vergüenza de que sus ojos se llenaran de lágrimas, pero en realidad nunca se consideró una heroína y tenía miedo. Se las secó con brusquedad y sintió nuevas energías que la incitaban a romper los centenares de objetos repartidos sobre mesas y consolas. Cogió uno cualquiera, dispuesta a estrellarlo contra el suelo, pero era tan bonito que lo volvió a dejar en su sitio. ¿Qué culpa tenía el pobre Cupido de porcelana, con su carcaj lleno de flechas...? Como única e inmediata venganza, pegó una patada a un sillón, y las zapatillas de lona, especiales para su día de playa, dejaron escapar un montón de arena sobre el suelo de mármol brillante.

El espejo veneciano le devolvió su propia imagen quemadísima por el sol, despeinada, ojerosa, con su camiseta color naranja un poco descolorida, sus vaqueros negros y la famosa bolsa de los aparejos, que contenía su bañador mojado, su barra de labios, un paquete de «Kleenex», un peine, un bloc de notas y un bolígrafo. ¡Ah! Y unos cuantos rábanos desperdigados.

—Es demencial... —habló para sí—. Es preciso acabar con todo esto.

Se dirigió a la puerta, temiendo que estuviese cerrada con llave. Pero no lo estaba, y salió al enorme vestíbulo, tan lleno de plantas como un invernadero. Al fondo, una doble escalera se unía en el piso superior, desde donde llegaba un tenue rumor de voces. E incluso también un rumor de música. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que un hilo musical animaba discretamente toda la casa.

A través de los amplios ventanales del vestíbulo se divisaba el jardín, ya casi oscuro, y la piscina, artísticamente iluminada.

Sin hacer ruido se dirigió hacia la cancela de hierro forjado, dorada y negra. El recuerdo de los dos enormes perros la hizo vacilar al poner la mano en el picaporte.

Oyó una voz conocida:

—¿Adónde vas, querida «Bizcochos»...?

Y dio un brinco de alarma, volviéndose en redondo.

Bajando las escaleras como la «super-*vedette*» de una revista en el apoteosis final, el resucitado «Felpudo» le ofrecía una de sus lánguidas sonrisas. Una túnica oscura ceñía su delgado cuerpo, y en la cabeza lucía uno de aquellos trapos que ella calificara de paños de cocina. Pero éste era blanco, y la trenza que lo sujetaba, de terciopelo negro. El rostro conservaba la enfermiza palidez del día anterior, y podía observarse que cada movimiento le costaba gran esfuerzo. No obstante, bajaba por su propio pie, apoyado en el brazo de otro árabe, con atuendo similar y escoltado por un grupo vestido a la europea.

Sus ojos se encontraron, rebosantes de amistad.

—*Salam Alaikum,* querida mía —dijo llevándose la mano derecha a la frente, a los labios y al corazón.

Y Malén, a pesar del rencor acumulado, recordó el saludo familiar de su infancia:

—*Alaikum a Salam.*

Y a continuación casi gritó:

—Menos mal que eres tú, «Felpudo». He pasado un miedo horroroso. ¿A quién se le ocurre darme este susto? Llevo una hora creyéndome víctima de un secuestro.

Lentamente descendió él hasta aproximarse a ella. Malén pudo percibir el olor de su agua de Colonia, un poco dulzona. Jazmín quizá.

—En verdad, has sido víctima de un secuestro, Malén querida. Pero confío en que no te habrán tratado mal. Insistí en que no te asustaran.

—Pues me han asustado. ¿No podías haberme llamado por teléfono...?

—Lo intentamos, pero no estuviste en casa en todo el día. Has tenido a mis hombres siguiéndote desde por la mañana. —Maliciosamente agregó —: Escogiste una playa solitaria para tus deportes...

«No tan solitaria —pensó Malén—. Dos personas y dos perras. Y una "barraca-chalé" completamente birria, que dejamos llena de rábanos.»

—Estás pálida, «Bizcochos». —Se volvió hacia uno de sus acompañantes—: ¿Quieres dar orden de que sirvan un whisky a la señorita, Samir? En el salón.

Otra vez se encontró junto a la chimenea, ante el Cupido que no quiso hacer añicos. Kalid le ofreció asiento y se instaló frente a ella en un sillón, trabajosamente. Los dos solos, mirándose fijamente.

El chico desmedrado y macilento que fuera su compañero de escuela habíase transformado en un hombre casi guapo, pensó Malén, sorprendida. En las turbulentas horas anteriores, apenas había tenido oportunidad de verle con detalle. Sus grandes y oscuros ojos conservaban la singular languidez que les caracterizara. Tenía una gran nariz recta y unos pómulos salientes, uno de los cuales presentaba una mancha amoratada. La barba, bien recortada, disimularía sin duda otras tumefacciones parecidas, recuerdos de su dramático accidente. Llevaba una mano vendada y también un pie, según vislumbró bajo el oscuro ropaje. De todos modos, era un milagro que estuviera allí vivo.

Adivinando sus pensamientos, él murmuró:

—Nací por segunda vez, ¿no es cierto?... Alá decidió que yo tenía muchas cosas que hacer en la tierra. Cosas buenas, en favor de mis semejantes. Y las haré. Cuando abrí los ojos y te vi a mi lado, creí que ya estaba en el otro mundo y que eras una hurí que el Profeta me enviaba expresamente.

—Aunque digas cosas bonitas, no conseguirás que se me pase el enfado, «Felpudo». Por muy emir que seas, no tienes derecho a secuestrar a una chica como yo. Y, por cierto, ¿cómo no me dijiste que eras el emir de Kebal? Pensé que eras un matoncito de poca monta, metido en líos políticos.

Él sonrió con aquella sonrisa triste que Malén recordaba. La sonrisa no había variado desde su adolescencia.

—Cuesta trabajo imaginarse al mísero «Felpudo» convertido en alguien preponderante, ¿no?... —comentó bromeando, sin que Malén dejase de entrever una punta de amargura tardía—. Un largo camino recorrido, ¿no es

cierto?... Pero así es la vida. Mi padre murió hace un año, de muerte violenta, como casi todos nosotros. Yo moriré igual. —Sus ojos brillaron con desafío—. Pero eso no me amedrenta. Hay tantos intereses en juego..., tanto dinero... ¿Recuerdas cuando rompiste tu hucha para comprarme una bufanda...?

—De dibujos escoceses que no te sentaban muy bien a la cara.

—Pero abrigaba mucho. No imaginas cuánto me he acordado de ti... El verte de repente me ha parecido un milagro. Estoy seguro de que de ahora en adelante, todo me saldrá bien.

—No creo que puedas quejarte de lo BIEN que te ha salido, caramba.

—Mi padre era emir, pero de un emirato tan pobre, que ni valía la pena mencionarlo.

—Hasta que surgió el petróleo.

—Por supuesto —volvió a sonreír—. Comenzó el bienestar... y también las guerras internas. Mi padre tenía dieciocho hijos, ¿sabes?... No los llamo hermanos porque a algunos apenas les conozco. De ese enjambre de envidias surgió el enemigo.

Silenciosamente entró un criado, portador de una bandeja con una botella de whisky, un bol con hielo y un vaso de cristal tallado.

—Yo serviré a la señorita, Alí. Y tráeme a mí una tisana.

Se levantó, disimulando la crispación que cualquier movimiento le producía, y sirvió la bebida con desenvoltura.

—Siento no beber a tu salud, «Bizcochos», pero ya sabes que no pruebo el alcohol... A menos que alguien me obligue a beberlo… —concluyó con malicia, recordando la lamentable vomitona.

Malén alzó el vaso como si brindara por él. Aún sentía cierto temblorcillo por dentro y la bebida la reanimó.

—¿Quiénes son tus enemigos, Kalid...? ¿Tus propios hermanos...?

—No todos, por fortuna. La mayoría son fieles y me son muy queridos. Pero sospechaba hacía meses que alguien intentaba traicionarme. Se hablaba de una organización que quería eliminarme. Estoy haciendo una labor social grande, con la ambición de que todo mi pueblo viva feliz. Esto perjudica los sagrados intereses de algunos. Pero no cederé. Ni aun a riesgo de mi vida.

Era muy propio de «Felpudo» dedicarse a una idea humanitaria e incluso no importarle morir por ella. Desde muchacho era generoso con los más débiles y los defendía a capa y espada, creándose incluso enemistades entre los poderosos de la clase. «Felpudo» continuaba siendo «Felpudo».

—Estaba oficialmente proyectado mi viaje a Marbella, con objeto de cerrar tratos para un importante negocio urbanístico. Mi policía supo que la organización proyectaba eliminarme aquí. Sin contar con nadie, decidí venir de incógnito tres días antes y desenmascarar a mis enemigos personalmente. Recuerda que siempre fui bastante impulsivo. Y se trataba de un... medio hermano.

Malén asintió con la cabeza y siguió mirándole por encima de su vaso. El joven emir de Kebal podía serlo todo, menos cobarde.

—Como decís los españoles, «cogí el toro por los cuernos». Mi gente ha conseguido abortar el golpe, pero ayer, por un exceso de confianza, estuve a punto de perder la vida.

—Esos hombres me enviaron un mensaje por la noche, tratando de comprarme el rollo de fotos... —explicó con un escalofrío. Tenía motivos para escalofriarse por montones de cosas desde hacía cuarenta y ocho horas.

—¿Anoche...? Debió de ser su última hazaña. Poco después fueron detenidos.

Malén lanzó un suspiro de alivio.

—Me das una excelente noticia. Empezaba a tener complejo de acosada y amenazada. Y como no he sido nunca personaje importante, no estoy acostumbrada a eso y ni siquiera tengo guardaespaldas.

Él rió, mirándola complacido.

—Siempre serás la misma, «Bizcochos». Alegre, ingenua, un tanto aturdida, con el genio vivo...

—Y tan vivo. Aún no me has pedido disculpas por haberme traído a la fuerza. Y mi corazón aún no ha recuperado sus latidos normales.

Él recobró su seriedad. Su rostro se endureció y dirigió una fugaz mirada al aparato telefónico.

—Estoy pendiente de una llamada —explicó—. Una llamada que me dirá desde Kebal si mi policía ha logrado prender a los dirigentes del grupo

enemigo. Es por eso por lo que te he hecho víctima de... este secuestro amistoso.

Malén dio un salto en el asiento.

—¡Ah! ¿Pero es un secuestro de verdad?

—Digamos... un secuestro cariñoso. Para la tranquilidad de los dos, es mejor así. Alguien me insinuó esta mañana que no debía fiarme de un periodista.

Malén se indignó. Su rostro adquirió un tono sonrosado y le increpó, furiosa:

—¿Y tú qué dijiste, «Felpudo»?

—Yo dije que confiaba plenamente en ti. Pero insistieron en que cualquier ligera indiscreción de tu parte sobre el accidente de carretera podía dar al traste con la operación que se lleva a cabo en Kebal. Entonces decidí secuestrarte... con cariño y whisky. En cuanto reciba la llamada confirmando que todo está en orden, estarás libre de irte a donde quieras. No te enfades conmigo, «Bizcochos». Prácticamente, te debo la vida. Y te adoro.

Malén hizo una mueca. No sabía si enfurecerse o reírse. La realidad era que se sentía tan cansada, que lo único que deseaba hacer era beber otro whisky y dormir sobre aquel mullido sillón.

—De muchachos, te pasabas la vida diciendo que me adorabas —comentó en tono de protesta—. Y yo siempre te dije que...

—...que era un adjetivo exagerado —atajó él irónicamente—. Lo recuerdo con toda claridad. Pero el caso es que te adoro, Malén querida. Uno no puede dominar los sentimientos íntimos.

—Pues te has pasado casi diez años sin decir ni pío, sin dar señales de vida, sin enviar una felicitación por Año Nuevo... Pensé que habrías muerto en tu país de dátiles y de camellos, y la idea me producía mucha tristeza.

—En una ocasión te escribí a Las Palmas. La carta me fue devuelta por ausencia del destinatario. Oficialmente mandé preguntar en el Ministerio por dónde navegaba tu padre, y me dijeron que estaba retirado y vivía en el extranjero. De todos modos, no me daba por vencido. Esperaba encontraros algún día. A los queridos trillizos Rey. Me crees, ¿verdad?

«Felpudo» seguía sin poder soportar que los demás formasen mala opinión suya. Seguramente sufriría más que nadie al sentirse víctima de intrigas y de insinceridades, él, que era la persona más sincera del mundo.

Viendo su expresión de ansiedad y recordando que el hombre que tenía enfrente era uno de los más poderosos del mundo, Malén se echó a reír.

Al escuchar su risa, él volvió a levantarse, se aproximó a ella y la besó en ambas mejillas.

XVII

Mientras bebía su tisana, pocos minutos después, Kalid le refirió cómo había podido salir de «La Casa Rara».

—Tardabas mucho en regresar, y temí que mis enemigos te hubieran atrapado. Habías dejado cerrado con llave, pero con un martillazo conseguí arrancar la cerradura.

—Pero... si estabas moribundo...

—No tanto. Pasado el primer susto, me cercioré de que no tenía ningún hueso roto y salí con precauciones, trepando hasta la carretera. Confieso que no fue fácil. Me mareaba y me dolía todo. Pero siempre fui un hombre duro. No creas que el dinero me ha reblandecido —ironizó—. Mandé parar un camión que pasaba e hice que me trajeran aquí. Era, por cierto, un camión lleno de gallinas. No puedo calificar todo esto como una aventura bella y romántica.

—Siempre serás el mismo —repitió una vez más—. Consigues empequeñecer tus heroicidades más brillantes. ¿No podías haber parado una camioneta que transportara latas de caviar?

—El caso es que llegué aquí sano y salvo. Esta finca pertenece a mi amigo el doctor Samir. Amigo y compatriota, residente en estas tierras. Todo el mundo le conoce, porque ejerce aquí su carrera y tiene ya tanto de andaluz como de árabe.

En efecto, Malén había oído hablar vagamente del doctor Samir, un árabe con mucho dinero que era mencionado a menudo en la prensa.

—Eres un hombre afortunado... Encuentras a una amiga de colegio en el momento en que te has despeñado. Y un médico a poca distancia.

—Desde hacía tres días estaba alojado aquí. Samir es hombre de toda mi confianza y un gran colaborador.

—Y, encima, curó tus heridas.

—No eran muy graves. Pero todavía duelen. Y algunas..., caramba..., de un modo horroroso —confesó con una mueca.

Malén no pudo por menos de sonreír otra vez.

—Lo siento, «Felpudo». No debo reírme. Noto que te encuentras muy mal. Y, por cierto..., quizá te moleste que te llame «Felpudo». Un hombre de tu categoría... Dime formalmente cómo tengo que llamarte. Emir... Alteza... Majestad... Y no creas que pretendo tomarte el pelo. Hablo en serio. Soy consciente de que entre tú y yo hay ahora un abismo de oro y de poder...

Kalid rió también y acto seguido hizo una mueca de dolor.

—No hagas que me ría, «Bizcochos», que mis costillas están muy resentidas y sujetas con un ancho esparadrapo. Oírme llamar «Felpudo» es lo más grato para mis oídos. No me importa que los demás no lo comprendan. Al leer tu artículo esta mañana, casi se me humedecieron los ojos de nostalgia.

Kalid siempre fue un sentimental. Los gemelos lo decían, acusándole de un exceso de sensibilidad. Casi lloró un día en que el almirante le regaló una pistola antigua, como recuerdo. Era un arma muy valiosa, casi una pieza de museo, y al preguntarle ella más tarde a su padre por qué se la había regalado a «Felpudo», el almirante respondió muy serio: «Porque ese pobre chico no tiene nada de nada.»

Ahora, «Felpudo» tenía TODO DE TODO.

De pronto se le ocurrió una idea:

—¿Estás casado, Kalid...? He oído decir que... —titubeó, recordando los comentarios de Curro, en el yate de su americano— ...que tienes más de cien mujeres. ¿Es posible...?

Kalid se sintió algo incómodo y bajó los ojos modestamente.

—Sólo quince, querida.

Malén pegó un brinco.

—¡SÓLO quince! Pues eres un... un... sultán... —Al darse cuenta de que efectivamente lo era, se atragantó—. Y permíteme que te diga que, aunque Mahoma te lo permita, a mí me pareces un fresco.

Con suavidad, él dejó su taza de manzanilla sobre la mesa. Le gustaba la franqueza de «Bizcochos» y se sentía feliz junto a ella.

—A algunas, apenas las conozco —se excusó—. A veces, personajes muy influyentes me ofrecen esposas que no puedo rechazar. Hijas o hermanas de importantes jefes.

—¡Vamos, «Felpudo»! ¿Quieres hacerme creer que a ninguna de ellas la elegiste «a dedo»...?

De nuevo su risa... y su mirada maliciosa. Casi estaba guapo, pensó Malén. Y, desde luego, atractivo.

—Eres una pícara, «Bizcochos»... Pero ahora hablemos de cosas serias. —Le sirvió otro whisky, añadiéndole hielo—. He hecho proyectos para ti.

—¿Para mí...? —se sobresaltó.

Lo único que realmente deseaba era descansar, olvidada y olvidando. Su vecino del piso de arriba había intuido que la paz y la tranquilidad era lo que realmente necesitaba, y sabiamente le brindó unas horas paradisíacas de aire libre, soledad y mar azul.

Y, por supuesto, tablero de ajedrez.

¿Dónde estaría el profesor? ¿Continuaría buscándola o regresaría a casa desconcertado, diciéndose que aquella chica periodista no merecía ninguna consideración? Imaginó el triste regreso, con las perritas y el resto de los rábanos.

—¿No me preguntas cuáles son esos proyectos? —insistió, un poco decepcionado—. Bien. Te los diré. Como eres periodista, te daré todas las primicias de mis asuntos, para que las publiques antes que los demás.

Malén abrió los ojos como platos.

—¿Vas a hacer eso...?

—Estoy diciéndotelo. Más tarde podrás incluso hacer un reportaje con todo lo ocurrido ayer en la carretera. Pero eso deberá esperar un par de días.

—¡Santo cielo! Será sensacional...

—Espero que sí.

Se levantó y tocó un timbre. Casi en el acto, como si hubiese frotado la lámpara de Aladino, reapareció Alí, el «esclavo de la lámpara», y esperó la orden.

—Un jarro de zumo de naranja —ordenó Kalid escuetamente.

Y la puerta volvió a cerrarse y las babuchas de Alí se deslizaron de nuevo con toda celeridad.

—He pedido naranjada porque, si sigues con el whisky, vas a quedarte dormida, «Bizcochos».

—¿Dormirme en el momento en que estoy más excitada? Todo cuanto se refiera a mi profesión es primordial para mí. Necesito demostrar a todos que valgo un poco..., que... que..., bueno, no sé lo que necesito demostrar. Estoy borracha —confesó.

—Empezaré por decirte que...

—Espera... Borracha y todo, recuerdo que tengo por aquí, en la bolsa de los aparejos, un bloc de notasy un bolígrafo. —Se apresuró a sacarlos, desenganchando los alambres del bloc de un manojo de rábanos—. Ya estoy dispuesta. Empieza.

—En un principio, la gente cree que sólo he venido a Marbella para tratar del asunto de la urbanización «Petrodol».

—Así te llaman aquí. El emir «Petrodol».

—¿En serio? No está mal. Pero el caso es que tenía otra cita más importante con varios emires, con los que deseaba concertar una rebaja del precio de los crudos. Estas alzas y bajas suelen revolucionar toda la economía del mundo, y tenemos que hacerlas con infinitas precauciones y tras larga discusión. Dos emires están actualmente en sus fincas de Marbella, y otros dos llegarán de incógnito mañana mismo. Y celebraremos varias conferencias. Todo lo que te cuento puedes publicarlo ya.

El bolígrafo le temblaba en las manos. Se le cayó dos veces y tuvo que arrodillarse a recogerlo. Kalid la contemplaba sin perder la sonrisa.

—¡No es posible! —dijo ella de pronto.

Y el emir la miró sorprendido.

—¿Qué es lo que no es posible?

—Que el último mono, recién salido de la Escuela de Periodismo, esté recibiendo confidencias del emir de Kebal acerca del petróleo. ¿Sabes lo que significa la palabra pe-tró-leo...?

Agitó él la cabeza, y lo que Malén llamaba paño de cocina se agitó también.

—Sí. Lo sé —admitió, burlón—. Lo he tenido que aprender bastante bien. Mis compañeros y yo teníamos proyectada una conferencia hace tiempo. Y se celebró hace dos días en alta mar, consiguiendo un principio

de acuerdo. No podemos deteriorar económicamente a un mundo que necesitamos.

El corazón de Malén latió frenético mientras escribía.

«Nuestra compañera María Elena Rey recibe las confidencias del emir », pensó, imaginando el título que encabezaría el artículo, con su nombre en letras enormes. Enormes. Se lo exigiría así a Ramiro. Suponiendo que existieran en la imprenta de «El Matinal» letras tan enormes que pudieran satisfacerla.

«El emir de Kebal da a María Elena Rey esta primicia sensacional: el petróleo va a bajar.»

«El mundo entero, conmovido por la inesperada noticia que nos comunica María Elena Rey: " No queremos destruir la economía de un mundo al que necesitamos", dice el emir de Kebal...»

Las babuchas de Alí se deslizaron nuevamente sobre el pavimento, transportando una fragante naranjada. Fue una pausa bien recibida que le permitió a ella sobreponerse a tanta emoción.

—¿Te das cuenta de lo que va a suponer esto para mí, Kalid...? —Él sonrió admitiéndolo—. Me voy a hacer el ama del periódico. Van a pedirme colaboración de todas partes. Hasta de Madrid. Y, por supuesto, de todas las revistas del corazón. ¿Cómo es el emir de Kebal?, me preguntarán en las revistas sentimentales. ¿Guapo? ¿Fascinante? ¿Enamoradizo? ¿De qué color son sus ojos...? Déjame que te mire bien, «Felpudo». Antes eran negros, pero pueden haber cambiado de color.

—Tú sí que no has cambiado —comentó él, profundamente satisfecho, como si recuperase algo muy querido que creyera perdido para siempre—. La preciosa niña que repartía los bizcochos de su merienda... Y a mí siempre me dabas ración doble.

Malén le miró con ternura.

—Porque tenías cara de hambre.

—Únicamente la apaciguaba en tu casa cuando me invitabais a cenar..., que era casi todos los días. ¿Recuerdas aquel plato canario, las «papas arrugadas»...? Me las tragaba como píldoras. Y el almirante hacía como que no se enteraba y me obligaba a servirme más. —Agitó la cabeza de un lado a otro, y los ojos que vieran tantas cosas malas y tristes en la infancia se

iluminaron con afecto—. Nunca podré olvidarlo —afirmó—. Nunca. —Hizo una seña a Alí para que le acercara una carpeta que había dejado sobre un mueble—. Mira. Éstos son los proyectos de la «Ciudad Petrodol». Puedes echarles un vistazo.

Malén abrió la boca con asombro.

—¿Sabes que miles de personas darían su brazo derecho por poder echar este vistazo? —preguntó noblemente—. Desde que hice pública mi amistad contigo, en el artículo de «El Matinal», no han dejado de asediarme, pidiéndome recomendaciones, soñando con serte presentados, ansiosos de averiguar qué terrenos pensáis comprar y cuáles no. Si incluiréis en la urbanización un casino o un teatro. Si habrá cien salas de fiestas o sólo noventa. Hasta el dueño de la casa donde me hospedo quiere que YO, por mediación tuya, le conceda un bar... —Se echó a reír recordando a Curro—. Es un hombrecillo insignificante, pero su mujer cree que ha metido un tigre en su cama.

—¿Un tigre? —comentó risueño.

—Él asegura que es sólo un gato con pulgas.

Kalid bebió un sorbo de naranjada.

—Puede considerar concedido el permiso para su bar. Los amigos de mis amigos son mis amigos.

—Pero, «Felpudo»...

—Házselo saber así. Y ahora continúa escribiendo. Aún recuerdo que el profesor de matemáticas solía decirte: «María Elena, a ti se te va siempre el santo al cielo»...

—Yo también lo recuerdo... porque me irritaba muchísimo.

—Es curioso cómo las cosas de los tiempos juveniles se nos quedan grabadas.

—¿Cuántos años tienes, «Felpudo»? Hablas como un viejo.

—Soy viejo por dentro. Por fuera, he cumplido los veinticinco. ¿Y tú...?

—Veintidós... Pero mis veintitrés están a la vuelta de la esquina. Y me van a pillar solterona y sin compromiso. No importa. Pronto seré famosa y rica y me casaré cuando quiera. Meteré el tigre en mi cama, como hacen todas. Un marido y no un amante. ¿Qué quieres? Soy una chica moral... en esta Marbella donde nadie le presta la menor atención a la moral.

Él la miró sin decir nada, con todo el amor del mundo aflorando en sus ojos.

Malén le miró a su vez y, sin poder evitarlo, pensó en alta voz:

—Quince mujeres... SÓLO quince mujeres...

El emir rió y se dijo a sí mismo que existían abismos imposibles de franquear y cosas que ni todo el oro del mundo podía conseguir. Porque, sencillamente, no tenían precio. Como no lo tenía María Elena Rey, «Bizcochos» para los amigos.

Disimulando sus auténticos pensamientos, dijo:

—¿Sabes que al cabo de los años aún recuerdo el grito furioso del almirante cuando ocurría alguna catástrofe casera?

Malén no consiguió acordarse, y él imitó, triunfal:

—¡¡Por Júpiter!! ¡¡El escorbuto a bordo... y no tenemos limones...!!

Y ante aquel grato recuerdo juvenil, los dos rieron mirándose con cariño.

En aquel momento sonó el teléfono.

XVIII

Alí acudió con un aparato portátil en una bandeja y lo depositó junto a Kalid, sobre una mesita de mármol de diversos colores. La conferencia fue de una brevedad sorprendente.

La voz cansada de Kalid preguntó:

—¿Concluido...?

Y luego, en árabe, agregó unas cuantas frases, de las que Malén no pudo entender una palabra. Al cortar la comunicación, los ojos del emir relucían satisfechos.

—Se ha llegado a tiempo y la conspiración ha sido totalmente abortada. Los cabecillas eran justamente quienes yo sospechaba. Todos han sido detenidos.

Malén sintió un gran alivio. No estaba acostumbrada a verse mezclada en conspiraciones de alto vuelo ni tampoco en las de vuelo bajo. Había pasado veinticuatro horas recelando de todo el que se le acercaba.

—Tu secuestro ha concluido, «Bizcochos». Puedes irte cuando gustes, pero mi amigo Samir, el dueño de esta casa, se pondrá muy contento si te quedas a cenar con nosotros. Después de la cena vendrán a buscarme para llevarme discretamente a bordo de mi yate, que está anclado fuera de las aguas jurisdiccionales, a pocas millas de Puerto Banús. Está programado que a las diez haga mi entrada oficial. Habrá a continuación una recepción, a la que deseo asistas. La vida es así de singular, «Bizcochos». Ayer estuve a punto de morir en tus brazos, pero hoy llego oficialmente a España y nadie de cuantos estén allí sospecharán lo ocurrido. Excepto la policía española, por supuesto, que me ha prestado toda su colaboración. ¿Qué te ha parecido esto de verte mezclada en conflictos internacionales...?

—Muy incómodo y alarmante.

Él rió. A todas luces se notaba que se sentía contento.

—Yo te compensaré de esos sobresaltos. No pienses que voy a perderte de vista después de haberte encontrado. Quiero invitaros a todos a mi palacio de Kebal.

—¿Quiénes son «todos»...?

—Tú, el almirante y los gemelos. Ya sé que me costará mucho trabajo poneros a todos de acuerdo —atajó sonriendo—, pero me consideraré feliz el día en que os reúna a los cuatro bajo mi techo y pueda pagar una deuda sagrada: deuda de gratitud y afecto. —Haciendo una transición, volvió a la realidad del momento presente—: Ahora, mi pequeña «Bizcochos», vuelvo a recordarte tus intereses periodísticos. Alí va a llevarte a un despachito confortable, donde podrás poner en orden tus ideas y escribir tus notas. Y, naturalmente, telefonearlas a tu periódico.

Kalid siempre había sido un hombre práctico que no olvidaba un detalle de sus asuntos ni tampoco de los ajenos. Seguramente por eso sería un buen emir, pensó Malén mientras seguía al sonriente Alí, el de las babuchas silenciosas.

Y, en efecto, quedó instalada en un bonito cuarto de trabajo, ante una mesa de caoba maciza, llena de todos los pertrechos indispensables.

Ramiro no estaba en la redacción de «El Matinal», pero, por suerte, recordaba el número de su casa.

—Todavía no he cenado —dijo Ramiro en cuanto ella se dio a conocer.

Y Malén echó una ojeada a su reloj, estupefacta al comprobar que sólo eran las ocho de la noche. El día había sido extraño y complicado.

Y aún no había concluido. Estaba excitada por el aluvión de noticias sensacionales que podía dar al periódico, pero no muy segura de tener fuerzas suficientes para «brillar» en la recepción a bordo del yate de «Felpudo». Sin embargo, no perdería una ocasión como aquélla, de las que se presentaban pocas en la vida.

Con voz trémula por la emoción, comenzó a soltar noticias sobre la baja del petróleo, sobre la urbanización «Petrodol», haciendo que Ramiro estuviese a punto de perder la cabeza...

—Pero... ¿estás segura, niña...? ¿Puedes garantizar lo que dices...? No te habrás vuelto loca, ¿verdad? ¿Quién te ha informado de todo eso...?

—El propio Kalid Yasfir.

—¡El emir! Pero si el emir aún no ha llegado a España...!

—Eso es lo que tú crees. ¿Conoces la finca del doctor Samir?

—¿El árabe...? Claro que la conozco. Y a él también.

—Pues Samir puede garantizarte que no me he vuelto loca y que prácticamente hablo por boca del emir.

—¡Pero, chiquilla, eso es increíble! ¿Puede ponerse al aparato el doctor...?.

—¡Ramiro Anglada, esto no te lo perdonaré nunca...!

—¿El qué...?

—El que no confíes en mí y creas que estoy loca.

—Ante unas noticias tan sensacionales que ni siquiera conocen las agencias informativas, tengo que asegurarme de que no te ha dado un golpe de sol en la cabeza.

—Te daré el número del doctor Samir, en cuya finca estoy.

—¡Voy para ahí ahora mismo!

—No serás recibido, y te advierto que hay unos perros tremendos. Telefonea a Samir y luego me pondré yo al aparato. Pero te repito que no te lo perdonaré jamás... jamás... ja...

Ramiro la dejó repitiendo jamases y cortó la comunicación. Diez minutos después volvía a llamarla, jadeante de emoción.

—Niña, hemos hecho nuestra suerte. Voy a tratar de sacar dinero con ese notición. No me moveré de la redacción en toda la noche. Dime a dónde puedo llamarte.

—Aquí o a mi casa. Estoy invitada a la recepción del yate de Kalid. Supongo que tú también. ¿O no han invitado a la prensa...? —subrayó con tonillo de superioridad.

—Por supuesto que sí. Con tantas emociones, hasta lo había olvidado. La verdad es que pensaba mandar a uno de mis muchachos, pero trataré de ir yo mismo. Hasta luego, María Elena Rey, reina de los informadores. ¿Me presentarás a tu emir?

—Te lo presentaré, pero no es mío. Tiene quince esposas.

—No pierdas las esperanzas. Quien tiene quince, tiene dieciséis. Adiós, preciosa.

Con prisa febril, marcó el número de «La Siempreviva». Al no encontrarla en Torremolinos, posiblemente Marcos regresaría hecho una furia, diciendo pestes acerca de las chicas irresponsables que se largaban sin decir adiós. Sería preciso calmarle prometiéndole una apasionante partida de ajedrez. Para los días venideros, claro.

Pero el teléfono de «La Siempreviva» comunicaba sin tregua. Marcó las cifras numerosas veces, obteniendo siempre el mismo resultado. ¿Quién estaría hablando tanto rato? ¿Curro con algún futuro socio para su negocio del bar? Cuando le dijera que el emir escuchó con buena voluntad su pretensión, daría zapatetas. O quizá Tomasita «la Gorda» charlaría con alguna compinche del «bingo» y hablarían de tigres metidos en la cama. Como decía Currito: «Ésa, lo único que ha metido en su cama es la bolsa del agua caliente...»

Alí entró a anunciarle que la cena iba a ser servida, y se apresuró a arreglarse un poco en el suntuoso cuarto de baño, con las paredes totalmente cubiertas de espejos. Pudo verse por todos lados con los vaqueros descoloridos y la camiseta ajada, lamentando sentarse así a la mesa. Se pintó los labios, se peinó y se echó agua de Colonia de un magnífico frasco puesto a disposición de los invitados. No podía hacer otra cosa por sí misma. Le hubiese gustado sacar de la bolsa de los aparejos un vestido despampanante que la convirtiera en una mujer fascinadora. Pero la bolsa de los aparejos no estaba encantada. Era sólo una vieja bolsa feísima. De todos modos, en los momentos culminantes de la vida había siempre un detalle que fallaba. Era preciso resignarse.

En el salón la esperaba Kalid, con otros tres hombres, que le fueron presentados. Uno de ellos, el dueño de la casa, el doctor Samir Saad, un árabe con aspecto totalmente internacional, que hablaba español con acento andaluz y que estaba muy orgulloso de recibir al emir en su finca. Los otros dos vestían a la usanza árabe y, según pudo comprender, eran dos ayudantes de Kalid.

¡Qué no hubiera dado la *jet society,* la famosa *je* de Currito, por sentarse a aquella mesa de caoba, cubierta con un blanco mantel de hilo y resplandeciente de plata! Unos pequeños recipientes de cristal de roca,

esparcidos estratégicamente, aparecían rellenos de jazmines, de aroma absolutamente embriagador.

El indispensable Alí, con otro criado más joven, servía minuciosamente. Malén se dio cuenta de que el exceso de emociones —o quizás el exceso de rábanos y de empanadillas— le había quitado el apetito. Pero el cordero con arroz era maravilloso, y por complacer a «Felpudo», que no le quitaba los ojos de encima, le hizo honor.

Aunque tomaba parte en las conversaciones de los comensales, un rinconcito de su cerebro la obligaba a pensar en lo que estaría sucediendo en «La Siempreviva». Conocía el exceso de imaginación y la tendencia al drama de las dos primas, y suponía que estarían lanzando miradas de sospecha al «médico de arriba» y frases llenas de doble sentido, al ver que no regresaron juntos y que Marcos no tenía la menor idea de dónde pudiera estar.

«ELLA salió con usted esta mañana, dispuesta a pasar un día tranquilo. Usted ha regresado. ELLA, no. ¿Dónde está ELLA...?», dirían.

Las dos primas confesaron que habían visto muchas veces la película *El estrangulador de Boston,* que las dejó traumatizadas.

Mientras tomaban los postres, el doctor Samir decidió que Kalid debería echarse un rato en la cama, hasta que llegase el instante de su reincorporación a bordo del yate para hacer su entrada oficial en España.

En efecto, «Felpudo» lucía unas inquietantes ojeras, y sólo con una gran fuerza de voluntad conseguía mantener su actitud y su sonrisa.

—Iré a descansar un rato, siempre que me prometáis acompañar a mi amiga a su casa y dejarla allí sana y salva. No creo necesario añadir que es un personaje muy precioso para mí...

Malén sintió un agradable cosquilleo en el corazón. «Felpudo» no hablaba por hablar, sino que sentía por ella un tremendo afecto. Recordó la broma de Ramiro:

«Quien tiene quince esposas, tiene dieciséis...», y se atragantó con un trozo de ananás.

Ni una sola palabra de negocios se intercambió en la mesa. Ni tampoco de política ni de golpes de terrorismo. Malén tuvo que hablar un poco de sí misma, de sus estudios y de cuanto hicieran ella y los gemelos durante los

años de incomunicación. Kalid demostraba gran interés en saberlo todo y escuchaba con ojos risueños, ampliando algunos detalles del pasado para conocimiento de sus amigos.

Se habló también de la «invasión» árabe en Marbella, que hería la sensibilidad de muchos españoles. Malén también estaba de acuerdo con los detractores, pero no creyó prudente decirlo.

—¿Por qué ese recelo, al cabo de tantos siglos? —objetó Samir, que se sentía en Marbella como en su tierra.

Y Malén estuvo a punto de decirle: «Por eso. Porque se siente usted aquí como en su casa. Demasiado en su casa.»

Recordó la bellísima mezquita erigida camino del Puerto y también la maravillosa residencia de un soberano árabe, que repartía el dinero generosamente. Todo era un poco demasiado fabuloso. Greg y otros como Greg estaban satisfechísimos con la situación.

Apenas había pensado en Greg durante todo el día, y ahora tenía la sensación de no haberle visto en muchísimo tiempo..., pero no ansiaba en modo alguno su presencia. Al contrario, se sentía feliz olvidándole, dispuesta a encasillarle como uno de los sinsabores más ingratos de su existencia.

Tomaron café en el salón. Los ventanales, entreabiertos a causa de la buena temperatura, les permitieron oír de pronto un fuerte rumor de discusiones y de voces desde el jardín. Voces agitadas, a las que se unían los ladridos de perros y sorprendentes carreras. Aquella ruptura de la maravillosa paz reinante les alertó a todos.

—¿Qué sucede...? —inquirió Kalid.

Y fue a ponerse de pie, pero Samir se lo impidió, acercándose él mismo a la ventana. Los otros dos árabes de nombres difíciles de recordar hicieron lo mismo, y Malén miró a todos asustada. ¿Aún no habrían acabado los peligros y las emociones del día? ¿Qué nuevo melodrama les acechaba...?

Alí entró con rapidez, sin duda portador de noticias asombrosas. Sus babuchas, en aquella ocasión, actuaron de patines sobre el mármol brillante.

—Perdón, señor —explicó a Kalid—. Un tipo exaltado saltó las tapias del jardín, gritando que habían secuestrado a una señorita y que venía a

buscarla. Los alanos casi devoran a los dos pequeños perros que le acompañan.

Malén dejó sobre la mesita su preciosa taza de café, que tintineaba en sus manos, presas de repentino temblor.

—¡Dos perritos...! —exclamó, angustiada.

¿Sería posible que...? Pero... ¿cómo había averiguado Marcos que se encontraba allí...?

—¿Un hombre con dos pequeños perros? —repitió Kalid sin perder su calma—. ¡Qué extraño! ¿Trae armas?

—No las necesita. Tiene unos puños demoledores. Ha dejado K. O. al portero. Y también a dos guardas.

Kalid miró a Malén, intrigado.

—¿Sospechas de quién puede tratarse...?

Malén tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Temo que sí... ¿Son dos perritos negros? —preguntó a Alí. Y viendo que éste lo confirmaba, añadió—: Por favor..., evite que les hagan daño. A los perros, quiero decir... Supongo que mi amigo sabe defenderse bien.

—¿Es tu amigo...?

—Sí. Habíamos pasado el día juntos en la playa; él se separó de mí un instante, que aprovecharon tus... enviados especiales para obligarme a venir con ellos. Cuando mi amigo regresó a buscarme y no me encontró, debió de asustarse mucho. Llevo veinticuatro horas hablándole de raptos y de asesinatos. Pero no imagino cómo ha podido seguir mis huellas hasta aquí.

Entre tantos oficios y carreras, tendría también el de detective, pensó Malén, sintiendo de pronto unas intempestivas ganas de reír. Imaginarse a «El Caso Perdido» luchando en el jardín con toda la guardia de Kalid era algo inimaginable, que la horrorizaba y la encantaba a la vez.

Kalid se levantó y se acercó a la ventana hablando con alguien a través de ella. Luego se volvió a preguntar:

—¿Es tu amigo..., «Bizcochos»...?

Indudablemente, lo era. Y mucho. Malén agitó la cabeza afirmativamente.

—Comprendo, entonces, que esté furioso —comentó Kalid—. Yo también lo estaría si alguien me hubiese arrebatado a «Bizcochos». Pedidle

disculpas y hacedle pasar.

Samir objetó:

—¿Estás seguro..., señor...?

—Ésta es tu casa, Samir. Da tú la orden.

Y Samir se inclinó, apresurándose a obedecer.

Por muchos años que transcurrieran, nunca olvidaría aquella escena, se dijo Malén poco después, viendo entrar al jadeante profesor, con una perrita debajo de cada brazo, sin duda para ponerlas a salvo de los alanos, el cabello más alborotado que nunca, los labios más apretados y el ceño absolutamente plisado. Desde el umbral de la puerta miró a todos, uno por uno, y su mirada se detuvo al fin en Malén, sentada en el mejor sillón, con la tacita de café al alcance de su mano.

Por sus ojos pasaron oleadas de odio y de satisfacción.

—Debí figurármelo —dijo con rencor, sintiéndose en situación falsa, como el cazador que saliera en busca de un león y se encontrase con una nidada de gazapos—. Debí figurármelo —insistió.

Y Malén se creyó obligada a responder:

—Figurarte... ¿qué...?

—Que los melodramas sólo se fraguan en el interior de tu cabeza. Que inventas historias de crímenes, pero que vives a tu aire, apartando de tu lado a las personas que te aburren..., como has hecho conmigo, sin la menor consideración. Podrías haberme dejado recado dentro del coche de que te marchabas con tus amigos, y nada de esto hubiera ocurrido. No habría tenido que pasar tres horas buscándote como un loco...

Malén contuvo una sonrisa, que estaba segura le hubiera sacado de quicio, pero se sintió muy halagada. «El Caso Perdido» habíase convertido, por obra y gracia de los acontecimientos, en un valiente y maravilloso paladín. Cualquier mujer se sentiría estremecida de placer viéndole tan fuera de quicio, conteniendo a duras penas su furia.

—Tres horas... —repitió, sin ocurrírsele otra cosa que decir.

—Sí. Tres horas... Por tomarte en serio y hacer caso de tus historias truculentas, pensé que te habrían atrapado y que estarían dándote muerte de martirio. Bonito..., ¿no?...

Desde el punto de vista de Marcos, no sería precisamente bonito, pero a Malén le pareció fabuloso y le miró bajo un nuevo aspecto.

—Lamento que... —empezó a decir.

Pero él no había vaciado aún su saco de indignación.

—Consigo llegar aquí a fuerza de indagaciones, y ¿qué encuentro...? A la infeliz secuestrada tomando café con sus amigos. Has conseguido hacerme quedar como un idiota. —Suspiró hondo y dirigió una mirada alrededor—. Tengo que pedir disculpas. Les ruego olviden este incidente. Ahora mismo me retiro.

Sandunga, que luchaba por desasirse, aprovechó la confusión del momento para lanzarse al suelo y correr hacia Malén. *Relamida,* debajo del brazo de su amo, calculó el pro y el contra y decidió continuar bajo la axila del profesor.

Viendo que se dirigía hacia la puerta, Kalid le detuvo con un gesto:

—Un momento, señor. Creo que soy yo quien tiene que pedir disculpas. Le debo una explicación. Mi nombre es Kalid Yasfir y soy el emir de Kebal.

Marcos le miró de arriba abajo, sin ofuscarse por tan alta personalidad, y miró otra vez a Malén con doloroso rencor.

—Mi nombre es Marcos Silva. No puedo decir que sea amigo de la señorita Rey. Soy simplemente su vecino. Pero cuando una mujer ha sido confiada a mi cuidado..., o al menos eso creía, no admito dejarla en la estacada si creo que está corriendo un peligro.

—Es una convicción que le honra, señor Silva. Y, como viejo amigo de Malén, le agradezco que se preocupara tanto por ella. A la vez, vuelvo a presentarle mis disculpas. Era urgente que le comunicase ciertas cosas que redundarían en su beneficio..., dada su personalidad de periodista. Los minutos contaban. Esta mañana envié un coche a buscarla a su casa, en el momento en que ustedes salían para su excursión. Les siguieron y aguardaron pacientemente, durante muchas horas..., hasta poder abordarla. No era discreto que nadie supiera que yo estaba aquí.

—Ya decía yo que un *Porsche* nos seguía —recalcó Malén—. No eran fantasías.

—Dadas las circunstancias, a mis hombres no se les ocurrió dejar ningún mensaje. Siento haberle causado un trastorno. Y, a la vez, le felicito por su

sagacidad al encontrar a la señorita Rey. ¿Cómo lo consiguió...?

Marcos se secó el sudor de la frente. La calma del emir se le fue contagiando lentamente.

—«La Paticorta»... —explicó. Y todos le miraron con la boca abierta—. «La Paticorta» es el mote de la vieja vendedora de cocos y de altramuces. Desde una esquina, ella presenció toda la escena y vio cómo Malén era conducida hasta un coche, en el que no tenía ganas de entrar. Contado así, parece fácil. Pero hasta que conseguí dar con «La Paticorta», que estaba cenando en una taberna, pasó más de una hora. Ella conocía el *Porsche* del doctor Samir. Al parecer, ese doctor es persona popular por estos contornos.

—Yo soy el doctor Samir —dijo el aludido, y se acercó a darle la mano.

Tras ligero titubeo, Marcos se la estrechó.

—Lo demás fue sencillo. Todo el mundo conocía la finca del doctor..., y decidí venir a ver lo que ocurría.

—Con lo cual hizo perfectamente —admitió Kalid—. Pero no se marche, señor Silva. Ya que está aquí, quédese a tomar una taza de café con nosotros.

—Se lo agradezco. Pero creo prudente retirarme. Ya he hecho demasiadas tonterías en el día de hoy.

Aquella hermosa cabeza que en su primera mirada asociara Malén con las de las estatuas griegas se inclinó, vencida, hacia el suelo, mientras su propietario se dirigía a la salida. Por detrás dio la impresión de que Marcos Silva acababa de ser decapitado.

—Por favor..., Marcos... —suplicó.

El tronco sin cabeza se detuvo apenas.

—¿Tienes algo que decir...?

—Sí. Muchas cosas... Que eres mi gran amigo y, además, un hombre de pelo en pecho, y que estoy muy orgullosa de ti. Se puso de puntillas y, ante su sorpresa, le dio un beso en cada mejilla—. Gracias por tu amistad. Me alegra haberte conocido y pienso seguir jugando al ajedrez contigo durante siglos y siglos.

Marcos, aturdido por el besuqueo, dejó caer a *Remilgada* al suelo, ocasión que aprovechó la interesada para dirigirse al contiguo comedor, en donde el único espectáculo dramático lo constituían los huesos del cordero

recientemente devorado. *Sandunga* acudió también, y ambas se quedaron allí, presentando armas y ojos ansiosos al corderito sacrificado.

Kalid volvió a hablar:

—Le felicito también por su sagacidad para encontrar la pista. Y por sus músculos. Creo que ha dejado fuera de combate a tres de mis hombres.

Con cierta condescendencia, Marcos objetó:

—Carece de importancia. No pude lanzarme a fondo, porque soy profesor de artes marciales... y no hubiera sido ético. Les eliminé, simplemente.

—¡Bravo! —dijo Samir, admirativo.

Y a la vez Malén susurró:

—¡Ya me extrañaba a mí que no fuese profesor de eso también...!

XIX

Con la sensación de que habían transcurrido muchas horas, Malén abrió un ojo y se despertó, tratando de disimular desesperadamente el hecho de haberse quedado dormida en el salón del doctor Samir mientras Marcos, que al fin se decidiera a aceptar una taza de café, peroraba con sus anfitriones y los mantenía materialmente en vilo con su derroche de inagotable cultura. Kalid parecía más ojeroso que nunca, pero escuchaba con avidez, asintiendo de vez en cuando con la cabeza e interrumpiendo brevemente con inteligentes preguntas.

Vergonzosamente, Malén, agotada por tantas emociones, aprovechó la situación para quedarse profundamente dormida en su sillón. ¿Qué pensarían de ella? Miró alrededor y se cercioró de que ninguno pensaba nada... porque todos estaban pendientes de la conversación, a la que trató de prestar oído. Se hablaba de la teoría económica, y Marcos mencionó a Aristóteles como su precursor. A continuación pasó a enumerar los seis errores más corrientes del pensamiento económico, desmenuzándolos uno por uno, repitiendo sin equivocarse ni una sola vez las palabras «microeconomía» y «macroeconomía». Más tarde les dio su visión particular del capitalismo norteamericano, aplicó la curva de posibilidades de producción, preguntó a Kalid cuál era el objetivo del sistema económico de Kebal y qué era exactamente lo que deseaban alcanzar, y «Felpudo», con los ojos brillantes, se explayó a su vez, diciendo simplemente que lo que deseaba alcanzar era la felicidad y el bienestar de sus súbditos. Repitieron numerosas veces la palabra «curvas», como si estuvieran hablando de mujeres, pero eran simplemente curvas de oferta y de demanda, curvas de indiferencia, curvas de unidad marginal..., curvas de costes...

Por humillante que resultara, era evidente que en aquel momento los hombres se habían olvidado de ella y de sus propias curvas.

Consultó disimuladamente el reloj. Comprobó que sólo había dormido media hora, pero el breve descanso borró su fatiga... No tenía más remedio que librar a «Felpudo» del hechizo del «profesor de todo», y se levantó, pisando sin querer la pata de *Relamida,* que dormitaba junto a ella y que lanzó un aullido increíble para su pequeño cuerpo. Todos callaron aturdidos, volviendo al mundo real, y Marcos abandonó con cierto pesar su teoría de la competencia monopolística y la diferenciación del producto como factor clave, mirando a Malén como si acabara de descubrirla.

—Perdona, *Relamida* —dijo ella a la perrita—. No he querido hacerte daño. De repente he recordado que estoy invitada a una fiesta en un yate y que tengo que marcharme... ¿O no ya a haber fiesta, «Felpudo»...?

El aludido dio un respingo y contuvo una mueca de dolor.

—Es cierto. ¡La fiesta!... Tengo que irme, Samir. El deslumbrante talento del profesor Silva me ha hecho olvidar mis deberes. Es preciso que continuemos hablando, profesor... Mañana mismo. Muchas de las teorías que ha expuesto me parecen geniales. Tiene que desarrollarlas más despacio. ¿No estás de acuerdo, Samir...?

—Totalmente. Puede ser muy interesante para ti escuchar atentamente al profesor Silva. Muchos de sus conceptos me han parecido nuevos y originales. Jóvenes y sesudos a la vez.

«Seguramente porque él es también joven y sesudo», pensó Malén, recogiendo su bolsa de los aparejos. Joven, sesudo y valiente. Un valiente caballero que acudiera a salvarla como en los tiempos medievales. Contempló sus claros y brillantes ojos, su pelo alborotado, su amplia frente, que por una vez estaba distendida, su firme mandíbula, bajo los labios bien dibujados, y pensó que Marcos Silva era un hombre lleno de interesantes contrastes. Tímido y resuelto. Rudo y tierno a la vez. Apagado y brillante. Genial e inocente como un cordero.

—Vamos... —le invitó—. ¿Vienes conmigo...?

—Hay un coche a su disposición para llevarles donde deseen —ofreció Samir.

Pero Marcos no lo consideró necesario.

—Tengo el mío al otro lado de la verja. Dejaré a María Elena sana y salva en su piso.

Era muy propio de Marcos llamarla María Elena con toda solemnidad, para no dar a nadie la sensación de una intimidad excesiva.

—Por supuesto, está invitado a la recepción de esta noche, profesor —insistió Kalid—. Me sentiré muy honrado si le veo a bordo. Cada cuarto de hora habrá unas motoras en el muelle de Puerto Banús para trasladar a los invitados al barco.

—Hace muchos años que no asisto a una fiesta. De todos modos, agradezco su invitación.

—Insisto con todo interés. Me gustará mucho verlos a los dos... —Los unió con la mirada y lanzó un leve suspiro—. Hasta luego, «Bizcochos».

El *Ford* con olor a rábanos les dio la sensación de la vuelta al hogar. Malén se acomodó junto al conductor, con las perras en el regazo, y, como todas las mujeres del mundo, su primer pensamiento fue el de: «¿Qué vestido me pondré?» Invitada a la más fabulosa fiesta de su vida..., no tenía vestido nuevo. Pero no permitiría que aquello la traumatizara. Se pondría el de gasa blanca que usara bastante y que Greg había alabado.

¿Greg...? ¿Quién era Greg...? Un ser lejano e indiferente. Alguien que la hiriera y a quien, como autodefensa, deseaba olvidar. Relegar a un rincón de su cerebro, para no sufrir.

El vestido blanco sin hombros era muy bonito. Se pondría el collar de oro, que perteneciera a su madre y que el almirante había traído de América. Era muy llamativo y realzaba cualquier vestido... Las sandalias doradas, por supuesto, con altos tacones y prácticamente nuevas. Greg le regaló en cierta ocasión un bolso dorado, pero no lo usaría. No quería despertar dolorosos recuerdos... Y como haría fresco a bordo, llevaría el favorecedor chal de Angora blanco, tan suave y cálido... pero que hacía siempre estornudar a todas sus parejas. Con seguridad, el profesor estornudaría también... si se decidía a ir a la fiesta.

—Te felicito, porque has tenido un gran éxito con mis amigos —le dijo, tratando de congraciarse con él—. Tu talento los ha deslumbrado. Me gusta mucho oírte hablar así...

—Lo disimulaste muy bien durmiéndote como una marmota —objetó con sequedad.

Malén suspiró.

—Creí que no te habías enterado.

—Siempre me entero de todo.

—Eso parece... —Siguió un silencio, que ella volvió a romper—: ¿Estás enfadado conmigo...?

—Bastante.

—Ya te he explicado que me resultó prácticamente imposible evitar el... el seudosecuestro... Me pilló desprevenida... y confieso que me acobardé. Ya sé que hubiera podido gritar y dar un espectáculo, pero no supe reaccionar.

—No estoy enfadado por eso.

—¡Ah!, ¿no?... —se sorprendió—. Entonces, ¿por qué...?

Él tardó un momento en contestar, como si le molestase hablar del tema.

—Me has dado dos besos absolutamente tontos.

Malén abrió la boca, desconcertada.

—¿Dos... besos... tontos...? ¿Cuándo...?

—Allí..., delante de tus amigos.

Malén recordó su escena de entusiástico agradecimiento.

—Me sentí agradecida de que hubieses luchado por salvarme. Cualquier mujer hubiera hecho lo mismo.

—No me importa lo que hubiera hecho otra mujer. Pero repito que odio los besos tontos —refutó él.

Malén comenzó a encresparse.

—¿Puedo saber a qué le llamas «besos tontos»...?

—A los besos sin gracia y sin sentido. A esos besos que suenan «muá, muá», como los que nos daban las tatas de pequeños. Esos besos son ofensivos para un hombre.

Decididamente, «El Caso Perdido» era un tipo especial. No podía nunca adivinarse cuáles serían sus futuras reacciones. Era una caja de sorpresas. Pero una caja de la que tan pronto salía una bailarina de *ballet* al son de músicas deliciosas, como una aterradora rata dispuesta al ataque.

—Está bien, profesor. Si aquellos besos te parecieron tontos..., ¿qué clase de besos querías que te diera? ¿Besos «listos»?

—Yo no te pedí besos de ninguna clase.

—Lo sé. Fue un impulso idiota, del que me arrepiento... Y ya que estamos en ésas..., ¿cómo son los besos «listos»...?

—¿De veras deseas saberlo?

—Por supuesto. No quiero que se me acuse de dar besos de «muá, muá». Una tiene su pequeña y mísera dignidad.

Marcos frenó bruscamente y aparcó el coche junto a la cuneta.

—En ese caso... —dijo.

Uno de sus brazos rodeó la espalda de Malén, y con la otra mano sostuvo su cara, mientras sus labios se apoderaban ansiosamente de la boca femenina. Aturdida por la sorpresa, se encontró cogida en el cepo, aquel cepo del que ella una vez hablara. Quiso protestar, pero tuvo la sensación de que los movimientos de su cuerpo se habían detenido, quedándole sólo la necesidad imperiosa de someterse a él, de fundirse con aquel extraño personaje al que conociera el día anterior y que, sin embargo, parecía haber estado siempre en su vida.

Ni siquiera respiró. ¿Por qué la gente decía que era necesario respirar...? No valía la pena perder un solo segundo de aquel inesperado éxtasis. Desconocido éxtasis. Increíble éxtasis. Toda la vida de sus cuerpos estaba concentrada en sus bocas, que no podían separarse, saboreando una absoluta y mutua posesión.

Un coche pasó junto a ellos, y el conductor, bromista, apoyó la mano en el claxon, como si quisiera despertarles de su ensueño. El amor de los otros siempre hacía sonreír, pensó Malén vagamente. Y trató de separarse de Marcos, que, un poco pálido, la meció entre sus brazos y la apretó luego contra su pecho.

—¿Qué nos ha pasado...? —pensó en voz alta.

Y Marcos repuso en el acto:

—Lo que tenía que pasar. No sé si debo pedirte perdón... por esta demostración... que tú sugeriste...

—Yo no... sugerí nada... Nunca creí que...

—Pues ya sabes lo que es un «beso listo». Un beso dado con amor...

—¿Amor...?

—Por supuesto... ¿Crees que un beso así puede darse sin amor...?

—No puedes sentir amor por mí. Es demasiado pronto. Apenas hace cuarenta y ocho horas que nos conocemos... Y, por lo menos, treinta las hemos pasado regañando.

—No intentes analizarlo todo. Nos hemos dado un beso. ¿Y qué...?

—Pero... es que ha sido... un «beso listo».

—Pediste una demostración. Te la di. Confieso que me has hecho sentirme fuera del mundo. Dejémoslo así por el momento.

—Claro que lo dejaremos así... —repitió ella, irritada sin saber por qué —. ¿Qué otra cosa podemos hacer...?

Él la miró con una sonrisa. Sus ojos parecían tener una expresión nueva.

—Podríamos hacer muchísimas cosas..., pero tengo entendido que tú eres una chica que vino cargada de conceptos morales... a un sitio en el que casi nadie le presta atención a la moral. ¿No es eso lo que dijiste? Respeto tu actitud. ¡Ah! Y te felicito. Has besado con los ojos cerrados y los labios entreabiertos.

—No me he dado cuenta.

—Yo sí... De todos modos, debo decirte que no continuaré este juego, que pudiera ser peligroso.

—En efecto —confesó, trémula por el recuerdo—. Pero debo hacerte constar que no te pedí ninguna demostración. Me limité a preguntarte lo que era un «beso listo», ya que tú habías mencionado los «besos tontos». Creí que me darías una explicación oral.

—Las demostraciones deben ser completas y exactas. Ya está hecho y no volverá a ocurrir —concluyó desafiando al destino. Y añadió, dulcificando la voz—: De todos modos, confieso que no pude contenerme. Había pasado varias horas sufriendo por tu causa, creyendo que te había pasado algo horrible.

Aquellas palabras dieron calor al corazón de Malén, que todavía latía desordenadamente.

—¿De veras sufriste...?

—Como un perro. No acabo de comprender por qué.

—Yo tampoco. Pero son tantas las cosas que no comprendo... Por ejemplo: que en este momento me siento muy feliz.

Con inusitada sonrisa, Marcos apartó la mirada de la carretera para posarla en ella.

—Yo también. Absurdamente feliz.

—Trataremos de olvidarlo...

—Sí. Trataremos de olvidarlo.

Volvieron a mirarse a los ojos y a los labios, rebosantes de deseos insatisfechos y conscientes de que ninguno de los dos olvidaría aquel inesperado «beso listo».

XX

A través de los cristales de la ventana, Tomasita «la Gorda» vio llegar el coche del «Calientacamas».

—Ahí está ése otra vez —anunció a Maribelina, que preparaba croquetas a una velocidad de vértigo. Había hecho ya ochenta y tantas, pensando que el médico y la periodista estarían hambrientos después de tan largo día de mar.

—Me río yo del día de mar —comentó Tomasita—. Si han estado el día entero al sol, se les habrá caído la piel.

—No seas maliciosa. No pienses mal de la gente.

—¿A eso le llamas pensar mal? No todas las mujeres son como yo, que tienen horror a sus contrincantes...

—¿Sus qué...?

—A los hombres, nuestros enemigos naturales. Estoy oliendo que la señorita Malén busca ya el tigrecito correspondiente para meterlo en su cama. ¡Allá ella! ¡Con tal que no sea el «Calientacamas»...! Ahí está, ¿no le ves...? Y ahora viene acompañado. Los hay que no desisten. Se ha pasado el día yendo y viniendo. Y mira que le dije cosas gordas...

—Demasiado gordas. Estuviste brutísima. No sé por qué tienes que meterte en lo que no te importa. ¡Santo Dios! ¿Quién llega ahora? Es Paco «el Terrorista», que viene a ver a Curro. Se ha comprado un coche en el taller de Carmelo. Un *Renault* de sexta mano.

—Lleva la portezuela atada con una cuerda. ¿Y ése es el pretendiente que me propone tu marido...?

—No le hagas ascos. Más vale uno que nada. Paco no es feo. Y quizá lo del emir nos saque a todos de pobres.

—Yo no soy pobre. Soy propietaria de «La Siempreviva».

—Una de las propietarias —puntualizó la prima.

—Al cincuenta por ciento.

A pesar de hacerle ascos a Paco «el Terrorista», Tomasita empezó a quitarse los rulos febrilmente. Se los había puesto porque al día siguiente quería ir al «bingo» y pretendía llegar rizadísima.

—¡Curro! —llamó Maribelina. Y el esposo, que se hallaba echado en la cama, leyendo una novela del Oeste, acudió presuroso—. Ahí está tu amigo Paco. A ver si se lo presentas oficialmente a Tomasita.

Curro se rascó la cabeza.

—¿A qué le llamas tú «oficialmente»? Se conocen de toda la vida.

—Sólo de vista.

—Fueron juntos a la escuela.

—Pero nadie les presentó, como manda la educación social.

—Estás volviéndote muy señorona.

—Lo soy. Si mi abuela levantara la cabeza, me aplaudiría.

—Si tu abuela levantara la cabeza, lanzaría una carcajada fenomenal. Pero, bueno. Lo mismo da. —Asomó la suya por la ventana y gritó—: ¡¡Paco!! Ven, que voy a presentarte «oficialmente» a mi prima Tomasita «la Gorda»... Ya sabes, la que te contagió las paperas en la escuela...

Paco «el Terrorista» entró por la puerta de la cocina. Había nacido en Córdoba y, por tal motivo, decidió no quitarse el sombrero de ala ancha más que para dormir. Se llevó dos dedos al ala en señal de saludo.

Tomasita miró para otro lado, pero al fin tomó una decisión:

—Paco. Me ha dicho mi primo Curro que pretendes pretenderme.

Paco, que aún no sabía una palabra del tema, pegó un respingo:

—¿Pretendo pretenderte...?

—Y no debes perder el tiempo. Yo no soy de ésas.

—¿De qué ésas...?

—De las que tontean con los hombres.

—¿Quién ha dicho que lo fueras...?

—Me gusta estar soltera y dormir sola en mi cama.

—No tengo nada que oponer. Debes de ocupar mucho sitio. ¿Por qué me haces esos gestos, Curro?

—Es para que no hables. El que mucho habla, mucho yerra.

—Yo no he dicho esta boca es mía.

—No hablemos más del asunto —terció Tomasita generosamente—. Yo te he advertido: no pretendas pretenderme.

—Nunca lo he pretendido. Pero está pareciéndome feo tanto menosprecio. ¿*Pa* esto me has dicho que viniese, Curro?

—No. Era para hablar de nuestro bar en «Petrodol». Ven para acá. No hagas caso de las mujeres, que están siempre soñando con ser locamente amadas. ¿Quién llama ahora a la puerta principal? —se impacientó. El timbre no había parado en todo el día.

—El «Calientacamas».

—¿Otra vez?

—Sal a abrirle. Viene acompañado.

—No... Si ya verás como no nos dejan hablar de nuestro bar —protestó Curro echando a andar en dirección a la puerta, seguido por su amigo—. Necesitamos, para empezar, ochenta mil duros, ni uno más ni uno menos. ¿Tú de cuánto dispones?

—De uno menos.

—¿No dices que tienes un buen socio capitalista?

Paco hizo la cuenta mentalmente.

—Tengo catorce socios capitalistas que desean intervenir en el negocio.

—¡Catorce! Por muchas gambas a la plancha que se vendan en el bar, no vamos a tocar ni a un ochavo...

—Si encuentras otro sistema de reunir los ochenta mil duros... Y ya te lo advierto: con ese dinero sólo conseguiremos un chiringuito.

—Es preciso presentar al emir un proyecto que le impresione.

—Si crees que le vas a impresionar con un proyecto de ochenta mil duros, vas listo. Eso se lo gastará él diariamente en aceitunas.

—¿Para qué quiere tantas aceitunas?

—Qué sé yo. Para las sultanas del harén. Esas mujeres son caras y caprichosas. Y suelen estar muy gordas, porque no hacen nada más que comer durante todo el día. ¡Qué tías...! Me gusta culturizarme y lo leo todo. Se dice así: culturizarse. Lo he oído en la «tele».

Curro abrió la puerta y descubrió el coche de Greg y, unos metros más allá, un *Rolls* despampanante, que reconoció en seguida como perteneciente al armenio Agiman. Por algo se relacionaba él mucho con la *je sosietí.*

Dentro estaba «don Robert», con una señora muy guapa, que todo el mundo decía que era su amiguita actual. Y también del otro. Las cosas de la *je.*

Greg se había bajado de su *Mercedes* y parecía impaciente.

—Buenas noches. ¿Ha regresado Malén...? Necesito hablarle. Dígale que estoy aquí.

—Imposible...

—Y adviértale que también ha venido el señor Agiman. ¿Qué le pasa a su teléfono, que está el día entero comunicando?

—Pues eso. Que comunica todo el día. Nos hemos convertido en personajes célebres. A nadie se le ocurre más que a la señorita Malén marcharse en un día como hoy. Todo el mundo quiere hablar con ella. Pero prefiere estar a solas con el médico.

—¿Qué médico...?

—Su novio actual.

—¡Su novio actual soy yo! —clamó enfurecido, con deseos de sacudir a Curro.

Paco «el Terrorista» intervino como lo viera hacer en la «tele».

—Un poco de calma, forastero.

—El forastero lo será usted. Pásenle el recado a Malén ahora mismo si no quieren que...

La velada amenaza no hizo el menor efecto, porque en aquel preciso instante desembocó en el estrecho sendero el *Ford* azul de Marcos Silva, con su invitada a bordo. Viendo todo aquel alboroto, Malén gritó alarmada:

—¿Ocurre algo...? ¿Hay alguien enfermo...?

Las perritas ladraron alegremente uniéndose al jolgorio. Robert Agiman, con su frondoso pelo blanco y sus dos metros de estatura, se decidió a abandonar el *Rolls.* Natalia le siguió, derrochando elegancia en su vestido y en sus joyas. Malén nunca la había visto tan fabulosamente ataviada. Sin duda trataba de impresionar. Recordando la casi inexistente ropa que llevaba dos noches antes, en la indiscreta escena de la oficina, Malén se dijo que debía de estar maldiciéndose a sí misma por haber sido pillada en falta por una persona que, en el fondo, era su enemiga. Demostraba ser valiente atreviéndose a enfrentarla. Quizá las circunstancias la obligaban a acudir a

«La Siempreviva» muy a pesar suyo y, en el fondo, temblara de que Malén pudiera descubrir el feo asunto delante de Agiman.

—Malén...

—Malén...

—Malén... —llamó todo el mundo a la vez.

La aludida bajó del coche y se volvió a preguntar al profesor:

—¿Piensas acompañarme al yate...? Me gustaría ir contigo y con nadie más. En caso afirmativo, pasa a buscarme dentro de una hora. Pero anúnciamelo primero con un garrotazo... Un solo garrotazo querrá decir que sí vienes. Dos garrotazos, que no vienes. —Por primera vez le sonrió con cierta coquetería, porque aún duraban los efectos del «beso listo»—. Me gustaría que vinieras... Dame un solo garrotazo, por favor.

Aturdido por la sonrisa nueva, el profesor fue a decir algo, pero su rostro se endureció ante la aparición de Gregorio Lara, quien con desenvoltura agarró a Malén por un brazo. Bruscamente, con más ruido del que hubiera sido normal, Marcos mandó subir a las perras y cerró la portezuela con tal fuerza, que el *Ford* se tambaleó.

Sin añadir una sola palabra, subió por el estrecho sendero que llevaba a su casa.

Entre dientes masculló las frases con que en la intimidad solía descargar su furia:

—¡Malditas sean las malditas maldiciones de los malditos...!

E inmediatamente pensó: «Ése debe de ser el estúpido a quien ella tiró las llaves a la cabeza. Un cretino bien vestido. Un pedante que cree tener derecho a llevarse a una chica tan deliciosa como ésa... ¿Deliciosa? ¿Por qué la llamo deliciosa, si hace tan sólo veinticuatro horas me crispaba los nervios...?»

Su boca. Tenía la culpa su boca. Aquellos labios frescos, ingenuos... y, sin embargo, ardientes.

Y tenían la culpa sus ojos, tan grandes, tan abiertos, tan sinceros.

Y tenía la culpa su cuerpo, absolutamente sensacional, al que no le faltaba ni sobraba nada.

Y tenía la culpa su imaginación, joven, alegre y un tanto delirante. A su lado, nadie podría aburrirse nunca. Su vitalidad caldeaba la atmósfera. Y...

tenía la culpa..., bueno..., tenía la culpa el destino, que la había colocado exactamente debajo de su casa.

«No iré a la fiesta —decidió—. Tengo que alejarme de esa trampa, de ese cepo. Fue ella quien me dijo que todas las mujeres tienen preparado un cepo. No caeré en él. A partir de mañana, volveré a mi huerto y a mi sosiego. No quiero volver a ver a la señorita María Elena Rey, trilliza, que, para colmo, nació de nalgas.»

Al abrir la puerta, su hogar le pareció siniestro y feo. Las perritas, cansadas, corrieron hacia su cesto, adivinando que no estaba el horno para bollos.

No iría a la fiesta del emir. Había pensado puerilmente sorprender a todos estrenando el soberbio esmoquin que la pobre Cati se empeñara en que le hicieran pocos días antes del desastre. Un esmoquin que en un principio le serviría cuando la acompañara a todos los congresos odontológicos que tenía en perspectiva y que aún estaba guardado en la misma caja en que lo enviara el sastre.

—¡¡No iré!! —concluyó, en definitiva.

Pero, a pesar de todo, buscó la caja en el armario y echó una mirada aviesa a la garrota apoyada en la pared. Tendría que advertir que no iría. Ella buscaría otro acompañante.

¿Qué era lo que había dicho...? Un garrotazo, sí. Dos, NO.

Daría dos garrotazos y se metería pronto en la cama. Mientras hablaba con el emir, se le había ocurrido un tema para un nuevo artículo, o quizá para una conferencia: «Progresividad de los oligopolios respecto a la investigación y desarrollo económicos». Tomaría notas mientras la niña de abajo estaría vistiéndose para su fiesta.

Las fiestas eran para los jóvenes. Ella haría las paces con su novio, que le devolvería el llavero con las llaves de «La Casa Rara».

Se quedó inmóvil frente al espejo, contemplándose con ojo crítico.

«¡Pero yo no soy viejo, caramba!», se dijo al fin, dándose el visto bueno. Y decidió darle un solo garrotazo.

XXI

Paco «el Terrorista» consiguió llevarse aparte al frenético Curro, que aquel día tenía la cabeza perdida.

—¿Quieres explicarme qué lío es ese de que «pretendo pretender» a «la Gorda»...? No me busques problemas.

—Estás soltero, ¿no? Y ella tiene sus ahorros y el cincuenta por ciento de la casa. Además, de vez en cuando gana al «bingo». Ya es hora de que sientes cabeza.

—¡No me enredes, Curro, no me enredes! Vivo feliz en mi libertad. Y es una montaña de carne... belicosa —concluyó con ojos libidinosos.

—Ningún hombre se queja por el exceso de algo bueno.

—Déjame pensarlo, caray; pero ahora escucha muy atento: tengo un asuntillo entre manos que pudiera darnos dinero en el acto. Diez mil pesetas. La mitad para cada uno, si colaboras.

—Colaboraré. Estoy sin blanca. ¿Qué es ello?

Paco «el Terrorista» habló al oído de su amigo, mientras alrededor continuaba la barahúnda. Todo el grupo rodeaba a Malén, que fue formalmente presentada a Agiman, a quien sólo conocía de lejos, y aguantó el chaparrón de frases halagadoras y simpáticas. Era un hombre que rechazaba su vejez evidente y que para los negocios tenía fama de ser un buitre feroz. Como si Malén hubiera sido la directora general del «C.L.A.N.», en lugar de la más modesta de la empleadas, la aduló y piropeó, celebrando que fuera «cosa nuestra». Malén pensó inmediatamente en la *Cosa Nostra* de los mafiosos y sintió un escalofrío por la espalda. Natalia intervino para decir que estaban también invitados a la fiesta del emir y que, naturalmente, venían a buscarla para llevarla a bordo. La lujosa motora de Agiman estaba aguardándoles. Malén se sintió hipnotizada por los dos enormes diamantes que llevaba Natalia en las orejas y por el anillo a

juego que relucía con cualquier movimiento. Resultaba indudable que Natalia era lo suficientemente astuta para situarse con comodidad en la vida. Un protector multimillonario y un amante joven y atractivo.

El joven amante agarró a Malén por la parte de arriba del brazo, como solía hacerlo siempre, y su contacto no produjo el menor efecto a la liberada muchacha. Un «beso listo» había acabado de apagar totalmente las brasas de lo que equivocadamente considerara una hoguera.

—Se acabaron ya las bobadas, «Belleza». ¿Cómo se te ha ocurrido marcharte en un día como hoy, en el que tenemos tantas cosas que hacer y que proyectar...? Me has tenido en vilo. Te he buscado por todas las *beach.*

Aquel calificativo inglés, familiar para los marbellenses, irritó a su interlocutora, sin saber por qué. A la vez se regocijó pensando que la *beach* a la que la llevara Marcos no figuraba en los mapas turísticos. Como tampoco el banquete de rábanos y empanadillas, con postre de ajedrez.

—Creí darte a entender ayer que no debías contar conmigo —protestó, abarcando a Greg y a Natalia con la mirada—. He resuelto dar un nuevo giro a mi vida, en el cual no entran ni la «Agencia C. L. A. N.» ni sus componentes. Aquello terminó. Muerto. Enterrado. Incinerado.

Natalia intervino, sin perder la sonrisa.

—Espero, querida, que no se te haya subido a la cabeza tu supuesta e infantil amistad con el emir... El «Felpudo» de tus juegos de niña. Todos hemos leído tu magnífico artículo.

—Mi artículo no es magnífico. Solamente curioso. Aún no he empezado a escribir cosas magníficas..., pero las escribiré algún día. Hay que darme tiempo.

—Nadie duda de que te harás famosa. Tienes mucho talento —habló Agiman con su agresivo acento extranjero. Llevaba treinta años residiendo en España y tenía a gala el no haberlo perdido.

Tomasita «la Gorda», que carecía de inhibiciones sociales, se acercó también al grupo, dispuesta a echar su cuarto a espadas.

—El teléfono nos ha traído locas, y a usted no había quien la encontrara. Bien escondidita ha debido de tenerla el médico... —Lanzó una mirada incisiva hacia Greg—. Tres llamadas de unas agencias de Madrid. Dos de una revista de Barcelona. Siete de don Ramiro, el director de «El Matinal».

Llegó a ponerse pesado. Otro director, esta vez de una revista francesa. Se aloja en el «Nueva Andalucía» y deseaba tratar con usted. Me ha dado su número, para que usted telefonee. ¿No le da vergüenza haberse marchado con el guapísimo médico de arriba..., Dios sabe dónde..., y correr el riesgo de destrozar su porvenir de escritora...?

Malén recordó el delicioso día de sol, las partidas de ajedrez, los helados baños de mar, el sorprendente secuestro y el valiente paladín que llegara a rescatarla. A jugárselo todo a vida o muerte, sin saber lo que le esperaba en el interior de la finca de Samir. Y luego la maravillosa lección, que jamás olvidaría, sobre los besos «tontos» o «listos».

Se echó a reír, sorprendiendo a todos.

—Ha sido un día extraordinario y me he divertido muchísimo. No me arrepiento. Nunca seré esclava de ningún trabajo. Hay que saber ser feliz.

Greg retiró la mano de su brazo. Algo en su interior empezaba a decirle que aquella Malén no era la misma a quien él acompañara la última temporada. Que algo extraño le había sucedido, aunque no supiera adivinar el qué. Por primera vez en su vida de conquistador, no conseguía ganar el terreno perdido. Estaba poco acostumbrado a tales fracasos y se sintió furioso por dentro. Furioso y humillado. Aquella chica mojigata, llena de prejuicios, no iba a rechazarle delante de todos.

—Bueno, Malén. Déjate de tonterías y date prisa en arreglarte para la fiesta. Porque supongo que estarás invitada.

—Supones bien. Pero ya tengo pareja. Iré con Marcos Silva.

«En el caso de que propine un solo garrotazo en mi techo», pensó a la vez.

—Vamos a tomar primero una copa en el Puerto, y aceptaríamos con mucho gusto la compañía de su amigo el señor Silva... —habló Agiman, que no estaba acostumbrado a que la gente le hiciese poco caso.

Sus odios o antipatías solían ser muy repentinos, y empezaba a odiar a aquella chica pretenciosa... y, sobre todo, a la gorda gritona que se empeñaba en estar en el centro del grupo.

—¡Ahí llega don Ramiro! —chilló Tomasa, ajena a las diversas pasiones que despertaba, aunque no del todo ajena a las miradas de interés que a

distancia le dirigía Paco «el Terrorista», mirándola inquisitivamente, como si estuviera tasando una mercancía..., abundantísima mercancía.

El coche de Ramiro Anglada se detuvo ante el grupo y, sin bajarse aún, el conductor clamó:

—¿Dónde estabas metida, niña? Me has traído de cabeza.

De repente se había convertido en un personaje imprescindible, cuya presencia todos ansiaban, filosofó Malén, divertida. La chica más inofensiva de Marbella, la que nunca sería popular entre los hombres porque «no daba facilidades». La que cargaba con un código moral pasado de moda...

Como decía Tomasita: «...usted NO es de esas que están dispuestas a tener embarazos sin patrocinador...»

Y Ramiro prosiguió:

—¿Qué haces vestida así...? ¿No vienes a la fiesta del emir...? Están aquí todos los corresponsales de los diarios y revistas españoles. Todos quieren verte. Van a hacerte sensacionales reportajes junto al emir. Han llegado los de «Paris Match» en tu busca. En la madrugada saldrá un extraordinario de «El Matinal» con la noticia de... —bajó la voz para decirle al oído—: de la baja del petróleo... He concertado para mañana una cita en la radio y otra en la televisión... Arréglate de prisa y te llevaré conmigo a la recepción. Sólo estaré un momento, porque debo volver al periódico.

—Iré con Marcos Silva —dijo Malén en voz muy alta.

—¿Quién es ese Marcos Silva? —se interesó Ramiro con su instinto periodístico despierto. Todo lo que se refiriera a Malén era noticia en aquel momento.

—Te lo presentaré a bordo. Un hombre apasionante —añadió, desafiando a Greg—. Iré con él.

«Aunque tenga que llevarle atado», pensó. Y echó a correr, entrando en la casa.

—Si nadie va a cenar aquí..., ¿quién va a comerse las ciento seis croquetas de bacalao que acabo de freír? —se lamentó Maribelina.

Pero nadie pensaba en croquetas.

Curro, con los ojos asustados, seguía escuchando a Paco «el Terrorista».

—Va a ser facilísimo. Sólo pretenden hablar directamente con ella, y nos darán diez mil pesetas si le conseguimos esta misma noche la entrevista. Que no se diga que tienes miedo, Curro. Antes eras más lanzado.

—No me gusta correr riesgos. Pueden enfadarse. Y he visto al médico hacer gimnasia. Es un bárbaro.

—¿Por qué van a enfadarse...? Sólo será media hora de retraso. Y son diez mil pesetas, camarada...

Entre tanto, Natalia decía a Greg:

—¿Nos vamos? No vas a conseguir nada de esa chica. Algo le ha pasado. Ya la encontraremos a bordo. Por esta noche tendrás que estar de non. Sin pareja —subrayó.

Greg saltó como si le hubiera pinchado:

—¿Piensas que no encontraré compañía en el yate? —la desafió, furioso —. Conozco a todas las mujeres de Marbella.

Ella rió. Al mover la cabeza, sus brillantes centellearon.

—Siempre encontrarás pareja, tesoro —dijo a media voz—. En cualquier parte del mundo... Por eso me gustas.

Y consiguió que Greg sonriera también.

Al mirarse al espejo, Malén tuvo la impresión de que estrenaba el vestido de gasa blanco. En su interior bullía la sensación de estreno. Ignoraba el motivo de que todo le pareciera nuevo alrededor. Incluso el bonito collar de su madre, que brillaba como nunca. Había llegado cuando menos lo esperaba la hora más emocionante de su vida.

Se perfumó, se cepilló el pelo, que dejó suelto, y se sintió satisfecha. Notaba cienta tirantez en la piel por los efectos del sol, pero estaba consciente de que era una chica atractiva, merecedora de una segunda y una tercera mirada... «Felpudo» estaría orgulloso de ella. Suponiendo que «Felpudo» le prestara atención cuando se viera rodeada de autoridades e importantísimos personajes de la *jet* internacional.

Subconscientemente esperaba y ansiaba oír el golpe en el techo. Pero el golpe no llegaba y cada vez se sentía más nerviosa. ¿Y si no quería acompañarla? Marcos era un tipo recalcitrante y huraño. Sería arriesgado permitir que formase parte de su vida.

¿Pero no la formaba ya...?

«No sueñes, Malén. Ten calma. ¿Qué pensarían los gemelos si te vieran claudicar tan pronto... por un insignificante beso?»

¿Insignificante...? Durante aquellos maravillosos minutos tuvo la sensación de que era la primera vez que la besaban en su vida.

Maribelina interrumpió sus pensamientos asomando la cabeza por la puerta. Tras ella, Tomasita avanzó resuelta.

—¡Hale, hale! Se hace tarde. ¿En qué está pensando?

Si sospecharan lo que pensaba, se armaría una buena, pensó, divertida.

—¿No tomará unas cuantas croquetas? —ofreció Maribelina—. Son de bacalao.

—Se lo agradezco. He cenado ya.

—¿Con el médico...? —Malén dijo que sí con la cabeza—. ¿Cómo se las ha arreglado para echar el gancho a ese hombre tan duro de pelar? No crea que ése no es un tigre. Es un tigre como todos los demás —decidió Tomasita—. Al «Calientacamas» le he sentado ahora mismo las costillas. —Malén se estremeció imaginando la escena—. Me dijo con su displicencia de siempre: «Es indispensable para el futuro de la señorita Malén que hable con ella en el acto.» Y yo le dije: «Le señorita Malén tiene muchos "futuros" donde elegir.» Entonces se puso colorado de rabia y me gritó: «Usted no me conoce. Soy el novio de la señorita.»

—¿Se atrevió a decir eso...? —intervino Malén—. Nunca hemos sido novios. Era únicamente «el chico con el que salía»...

—No crea que la cosa quedó así. Le contesté en el acto: «Claro que le conozco, hijo mío. Usted es de Marbella, como yo, y aquí nos conocemos todos. Es usted hijo de Matías "el Sordo", que vivía en la Alameda y tenía una zapatería. Y de su buena madre, doña Consuelo, que ahora vive malamente en Sevilla. Y ha estado usted a punto de casarse veinte veces, pero nunca se ha casado. Ni con la Pepita, que trabajaba en la Telefónica. Ni con Charito, la del restaurante. Ni con Rosita, la que luego se escapó con un sueco. Ni con la miss Robert, ni con la miss Carter, ni con la miss Robinson, que debió de regresar a su isla desierta del mismo apellido.»

—¿Soportó que le dijera usted todo eso? —se regocijó Malén, llena de entrecortadas emociones.

—Claro que lo soportó. Como que era la pura verdad. Se largó furioso, y eso que no le mencioné a la Natalia, porque estaba allí cerca el Agiman. Pero si empiezo a contarle cosas de ella... Es una auténtica pinga...

—¡No, por favor! No siga.

—Se lo hubiera dicho antes si me hubiese consultado. ¿Y sabe lo que me espetó el muy grosero cuando se marchaba...? Dijo: «Que usted lo pase bien, Tomasita la Gorda. Yo también conozco los motes de mis paisanas.»

Malén no pudo contener la risa. Maribelina lanzó una mirada desesperanzada hacia el techo.

—¿Será posible que el médico no quiera acompañarla...? Con lo guapa que está... Temo que no dé el garrotazo.

—Quedó en dar dos si no piensa salir.

—De haberlo pensado, le habría escondido la garrota —terció Tomasita —. Hay veces en que siento deseos de quemarla, cuando me hace subir las escaleras. —Miró al exterior a través de los visillos de la ventana—. Se han marchado todos los visitantes. Sólo queda Curro. ¿Dónde se habrá metido mi pretendiente...? Es tan bruto, que a lo mejor se ha ido sin decir adiós.

En aquel preciso instante se oyó un molesto estruendo en el techo.

—La garrota —corearon las tres.

Y quedaron en suspenso, esperando el segundo golpe negativo. Pero no sonó, y, con gesto triunfal, Malén levantó los pulgares al cielo.

—El «médico» me acompañará —declaró satisfecha.

Y las otras, imitando su gesto, levantaron también sus respectivos pulgares. Eran sin duda seis pulgares satisfechos.

—Espero que no se le ocurra llevar a las perritas —dijo Maribelina, que siempre desconfiaba del prójimo—. Seguramente no las admitirían a bordo.

Malén estuvo por decir que el emir conocía ya a *Sandunga* y a *Relamida,* pero se contuvo, y volvió a perfumarse las orejas y el cuello, recordando los consejos leídos en una revista francesa y atribuidos a Coco Chanel: «¿Dónde debe una mujer aplicarse el perfume? En los lugares donde espere que el hombre la bese...»

«Estoy loca —se dijo—. Loca de remate. Mañana se me habrá pasado la fiebre y me reiré de todo este absurdo. Seguramente se debe a un exceso de sol. Sí, estoy segura. Es sólo un exceso de sol.»

—Salgamos fuera, para no hacerle esperar —dijo.

Y salió, seguida de las damas de su corte. Paco «el Terrorista» estaba otra vez junto a Curro, con todo el aspecto satisfecho del gato que acabase de tragarse un canario flauta.

Tomasita irguió los hombros y miró hacia otro lado. Ella le haría perder aquel gesto de seguridad en sí mismo. El tipo más machista de Marbella. Y de Córdoba, por supuesto.

—Hace una noche maravillosa —exclamó Malén. Y abrió los brazos para abrazar a la vida o para abrazarse a sí misma.

—Maravillosa —corearon todos.

Nadie se sentía dispuesto a llevarle la contraria a nadie en aquella noche de fraternidad humana.

Olía a jazmín, a tierra húmeda y a madreselva. Maribelina había mandado poner un plantel delante de la ventana de la cocina, que era donde pasaba la mitad de su vida.

Por la cuesta que descendía desde el otro jardín se oyeron pasos precipitados y apareció Marcos, un tanto alterado.

—¡No consigo poner mi coche en marcha! —anunció—. Algo le ha ocurrido a ese maldito motor. —Descubriendo a Paco, afirmó—: Usted entiende algo de eso, Paco. ¿Quiere echarle un vistazo...? Siempre ocurren estas cosas en el momento más inoportuno.

Paco echó a andar cachazudamente, con las manos en los bolsillos. Tomasita hubiera jurado que incluso iba silbando una petenera.

Pero Maribelina se quedó lanzando gritos de asombro ante la estupenda apariencia de su inquilino. Le costaba trabajo creer que fuera la misma persona que se pasaba las horas cavando en el huerto.

—¿Se ha fijado en el médico? Parece un príncipe.

—Hay príncipes muy feos —refutó Tomasita, encantada de echar cubos de agua fría—. Pero, en efecto, hoy está como un tren.

—Siempre le encuentro guapo, incluso cuando se pone las gafas y parece un sabio de película. Pero como esta noche... nunca.

El impecable esmoquin que la «pobre Cati» le obligara a hacerse a medida era en verdad impresionante. Y el propio profesor Silva, más

impresionante aún. Lamentablemente, el problema del coche habíale hecho fruncir el ceño de nuevo.

Malén y las dos primas subieron hasta el jardín superior, en donde los tres hombres daban vueltas y revueltas alrededor del *Ford.* Paco actuó de facultativo, levantando el capó y hurgando en el vientre del enfermo. Apesadumbrado, agitó la cabeza.

—Va a necesitar dos días de taller.

—¿Qué es lo que le ocurre?

—El embrague..., los cambios de marcha..., el freno, las bujías, los platinos...

—¡Si estaba perfectamente hace una hora!

—Los motores son como las personas. Enferman de pronto, en cinco minutos.

Marcos se volvió a mirar a Malén, y la encontró tan guapa, que olvidó lo que iba a decir. Se quedó un instante con la boca abierta, y fue Tomasita la que preguntó:

—¿Y ahora qué hacemos...?

—Llamaremos a un taxi —dijo Marcos volviendo trabajosamente a la realidad. La turbulenta vecina de abajo era, decididamente, una belleza peligrosa.

—¡¡No me harán esa ofensa!! —saltó Paco «el Terrorista», sobresaltándolos a todos con su exceso de vehemencia—. ¿Para qué tengo mi carrito...? No está a la altura de tantas elegancias, pero es un coche que anda y que les llevará al Puerto en unos minutos. ¿De acuerdo?

Nadie se atrevió a rechazar el favor. Los amenazadores ojos de Paco echaban chispas. Marcos y Malén se consultaron y aceptaron aquella jugarreta que les hacía el destino, subiendo al más destartalado coche del mundo para acudir a la más elegante fiesta de su existencia.

XXII

Paco se sentó ante el volante. Curro tomó asiento a su lado con gesto dramático.

—¿Usted también viene, don Curro? —se extrañó el profesor, que se sentía bastante incómodo bajo el esmoquin.

—Sí... Para el caso de que hubiera que echar una mano... —repuso con cara de traidor de melodrama.

—...lo cual no me extrañaría nada —admitió Marcos lanzando una ojeada recelosa al cacharro con ruedas.

—¡Buen viaje! —despidieron a dúo las dos primas, como si partieran para una odisea—. ¡Que baile usted mucho con el emir, señorita Malén!

Para ellas, la palabra «recepción» sólo significaba una cosa: un deslumbrante baile «agarrao» y un fin de fiesta por lo flamenco.

Marcos volvió a mirar a su compañera de asiento y se sintió obligado a decir algo.

—Ese vestido te sienta muy bien. ¿Te lo pondrás algún día para jugar al ajedrez...?

—Cuando tú lo mandes, mi amo —bromeó ella.

Él parpadeó de prisa.

—¿Por qué me llamas amo...? No creo tener derecho a...

—Es sólo un decir. No seas tan susceptible.

—No lo soy. De serlo, no me hubiera metido en este carricoche. ¿Crees que llegaremos?

—Sólo Dios lo sabe. Confiemos en que sí. Hubiera sido más elegante llegar en el *Rolls* del señor Agiman.

—O en el *Mercedes* de tu amigo el del llavero, ¿no? —refutó de mala gana, demostrando que se había fijado en todo.

—El *Mercedes* de mi amigo el del llavero debe de estar aún sin pagar —objetó, rencorosa, tratando de olvidar la expresión decepcionada de Greg al negarse a acompañarle—. Pero, en fin, eso carece de importancia.

En la semipenumbra observó que Marcos fruncía el ceño.

—Ese tipo debe de haberte hecho sufrir mucho, cuando te ensañas así con él.

—No exactamente —se apresuró a negar; pero en seguida recapacitó—: Sí. Creo que sí. Me ha producido mi primera decepción. La primera de mi vida.

¿Era en efecto la primera? Quizá la primera amorosa. En el fondo de su alma, sabía que aún le escocía más la decepción familiar sufrida cuando el almirante y los gemelos decidieron vivir sus vidas sin cortapisas. La cortapisa era ella, y ni siquiera lo había sospechado. Y después... un camino solitario y difícil..., con la única lucecita de la asiduidad de Greg. Greg..., que también le fallara escandalosamente.

Miró al profesor con ojos de expresión un tanto acorralada.

—Quizá yo exija demasiado de la vida. Y los demás me defraudan porque no son capaces de darme tanto como pido. Seguramente soy yo quien tiene toda la culpa —dijo, generosa—. No me conformo con un poquito. Lo quiero siempre todo.

—En este horrible mundo es prudente pedirlo todo..., para que al menos le den a uno algo... —filosofó el profesor. Y, tras una breve pausa, añadió —: Pero nosotros no habíamos pedido rodar por esta carretera para acudir a una fiesta ofrecida en su yate por un emir. Suena a cosa fantástica, ¿no estás de acuerdo? Ignoro si resultará buena o mala, pero fantástica lo es. Yo llevaba una vida pacífica y sabrosamente aburrida, y... ¿qué viento huracanado sopló sobre nuestras cabezas...?

—También estoy preguntándomelo. No quisiera despertar y darme cuenta de que nada es real. Me gusta haberte conocido.

La miró creyendo que se burlaba, y al comprobar que hablaba en serio puso su mano sobre la de ella y de nuevo brotó el tremendo chispazo eléctrico. Exactamente como si hubieran tocado un cable de alta tensión.

«Greg nunca me produjo esto», pensó Malén, aturdida, porque toda la vida de su cuerpo se concentró en aquella mano que Marcos oprimía.

«La pobre Cati carecía de fluido...», pensó él vagamente. Y con gran esfuerzo la soltó.

—Yo también me siento feliz desde ayer. Ya no me aburro —confesó puerilmente—. Claro que no me das tiempo para ello.

—Aventuras aparte, tenemos también el ajedrez —bromeó ella, que se sentía joven, excitada y dispuesta al ataque.

La seda de su vestido le hacía cosquillas en la piel, quemada por el sol. Sentía la extraña sensación de tener dentro de sí todo el calor del mundo.

—¡Atchíss...! —estornudó Marcos, con la nariz llena de lana de Angora.

—¡Atchíss...! —coreó Malén, en la misma situación. Era un chal divino, pero irritante.

—¿Qué les pasa? ¿Se han constipado? —quiso saber Paco «el Terrorista»—. Con la lluvia de ayer, mucha gente ha cogido la gripe.

—No es la gripe. Es mi chal, que hace estornudar a todos —aclaró sin perder su alegría interior—. ¿No podemos ir más de prisa, Paco...?

—Lo siento; vamos a setenta, y eso ya es un *record* para este cachivache. Además, hay mucho atasco por la carretera. Tomaré el atajo que yo me sé y llegaremos en un soplo.

Como si se hubiera puesto nervioso, Curro salió de su sopor, empezando a hablar por los codos, contando los acontecimientos del día:

—Toda la pandilla del «Bingo 13», donde se dejan sus ahorros las dos «Siemprevivas», telefoneó sucesivamente, porque habían leído el artículo de «El Matinal». Todos nos daban coba, como si fuésemos miembros del gobierno. Hasta Blas, el pescadero, mandó un obsequio de gambas y bacalao, porque tiene unos terrenos que quiere venderle al emir. Y Pepe, el del «Chiringuito Flamenco», me invitó a comer en su establecimiento el día que se me antoje. No sé qué querrá pedirme... ¡Ni que yo fuera el Gran Visir repartiendo beneficios! Y todo gracias a su éxito, señorita Malén.

«Pero... ¿cuál es mi éxito?», pensó Malén sin dejarse aturdir por las circunstancias. El haber encontrado inesperadamente a un viejo amigo de la infancia... que resultó ser el emir de Kebal. Ni su propio talento ni su voluntad habían intervenido para nada.

—Confío en que no se me suban a la cabeza todas estas tonterías —comentó, intranquila.

—Hay quien dice que el éxito puede corromper. Pero lo dicen los envidiosos. Lo que realmente corrompe en la vida es el fracaso —filosofó Curro, que no en vano era cordobés por parte de madre, la tierra que viera nacer a Séneca—. A mí, que me den gente triunfadora y alegre. Es más generosa y más dispuesta a ayudar a su prójimo. Por eso trabajo siempre con los de la *je.* No sé si se habrán dado cuenta del traje que llevo. Me lo regaló en Navidades el Dick Malone, que vino a rodar aquí una película. No hay otro traje igual en toda la Costa. Yo no estoy invitado a la fiesta del emir, pero quiero dar la impresión de que sí lo estoy. La elegancia nunca está de más. Ahora me quedaré nuevamente sin empleo, porque mi actual jefe se marcha en el yate a las islas Azores. Supongo que no sabrán ustedes dónde están esas islas, pero resulta que son la patria de los anticiclones. ¿No lo sabían...? Si Maribelina me diera un voto de confianza y me permitiera ir con él... Pero no me lo dará... Ella y «la Gorda» desconfían de todo... Claro que Paco va a venir en mi ayuda y se casará con Tomasa...

—Yo aún no he dado el sí —protestó el conductor, que les llevaba dando botes por un sendero enrevesado.

—Pero lo darás. Un favor se le hace a un amigo. Y entre los dos meteremos en cintura a esas dos nietas de su abuela.

—Dudo mucho que se dejen. La Tomasa ni siquiera tiene cintura...

—Tú la tienes por los dos —le recordó, porque «el Terrorista» era un tanto esquelético—. Y si la sabes camelar bien, a lo mejor te pone una estación de servicio. Tuya propia. O un garaje. Tiene ahorros.

—Yo no veo que la Maribelina te haya puesto a ti nada..., como no sea un ojo negro en alguna ocasión.

Curro, humillado, masculló entre dientes:

—Porque es celosa. Está loca de celos. Yo no sé lo que les pasa a todas mis mujeres, que las vuelvo celosas. Y no es que yo tenga tantas mujeres como el emir...

Malén se sintió inclinada a protestar:

—Usted dijo que tenía doscientas, pero SÓLO tiene quince.

—¿Y cómo puede aguantar a quince suegras...? —murmuró Paco con el pie hundido en el acelerador.

—Y tantos hijos..., que le pedirán bicicletas y motos... —se horrorizó Curro.

—¡Basta de conversación! —intervino Marcos inesperadamente—. ¿Puedo saber adónde nos lleva?

Curro pegó un respingo y se encogió en el asiento, con la verborrea totalmente agotada. Paco, atento al abrupto camino, trató de explicar:

—Serán sólo unos minutos de retraso... Ya estamos. En cuanto doblemos el recodo.

—Ya estamos ¿dónde...?

—En «Los Palos», una casa de comidas muy buena, en donde nos esperan unos amigos. Gente de bien, que desean hablar con la señorita Malén. —Detuvo el coche bruscamente y casi salieron todos por el parabrisas—. Hemos llegado —aclaró, bajando de un salto y abriendo la portezuela—. Es sólo un alto en el camino...

—...una especie de... «secuestro familiar» —apuntó Curro, avergonzado.

—¡¡¿OTRO...?!! —rugió el profesor agarrando a Malén por un brazo—. ¿Qué tonterías están diciendo...?

Curro señaló las lucecitas de la casa, que se divisaban a pocos metros.

—No se alarmen. Es un secuestrillo de poca monta. Nos han ofrecido diez mil pesetas si conseguíamos traer un momento a la amiga del emir, para exponerle sus pretensiones. Las pretensiones son que el emir les conceda un solarcito en «Petrodol» para levantar una fábrica de helados. Ellos mismos se lo explicarán.

Paco «el Terrorista» imitó, sin proponérselo, la voz más amenazadora de las películas de la «tele».

—¡No se resistan; será mejor!

Malén acabó con el drama echándose a reír. Ni Curro ni Paco conseguirían asustarla. Le constaba que eran dos infelices. Además, estaba haciéndose veterana en aquello de los secuestros que no eran secuestros. Trató de calmar a Marcos, que se excitaba a ojos vistas y empezaba a lanzar epítetos malsonantes. Puso la mano en su boca, y el contacto grato le dejó mudo. A su vez, ella acusó el impacto del recuerdo de los labios incansables.

Pero aquella sensación mágica era un secreto entre ambos.

—Les complaceremos —dijo Malén dirigiéndose a Marcos—. No nos cuesta ningún trabajo, y diez mil pesetas son bastante sabrosas para cualquiera. Vamos allá..., con la condición de que sólo estemos diez minutos.

Los secuestrados imponían sus condiciones, y Paco y Currito asintieron, muy contentos de que la cosa no hubiera pasado a mayores.

La luna iluminaba el tranquilo paisaje, donde las hileras de olivos trepaban escalonadamente. Se oía el canto de los grillos y olía fuertemente a hierbabuena. Marcos, aplacado de momento, continuaba sin soltarla del brazo, y, con aquel apoyo, Malén hubiera seguido hasta el fin del mundo.

Deteniéndose un momento, se inclinó él para arrancar una mata de hierbabuena y se la dio a oler.

—Es deliciosa, ¿verdad? Tengo que plantarlas en mi huerto.

Aquella manía de plantar y de sembrar le hizo pensar a Malén en que Marcos sería quizás algún día padre de bastantes hijos y que tendría en alguna parte una casa con un gran jardín, donde aplacaría sus entusiasmos germinadores.

—¿De qué te ríes...? —preguntó él.

—De mis pensamientos —contestó. Pero no le dijo lo que pensaba.

—Parece que empieza a gustarte el que te secuestren...

—Siempre que sea contigo al lado...

«Los Palos» era un merendero, no de cinco tenedores, sino de media cuchara. Una heterogénea multitud se reunía alrededor de una larga mesa de madera tosca, en la que se exhibían enormes fuentes de pulpo en vinagre, pescaditos fritos, ensalada de tomate, aceitunas y escabeche, tacos de jamón y jarras de buen vino. Todo para obsequiar a los secuestrados.

—Aquí está la señorita Malén —anunció Curro orgullosamente—. Y la «compaña».

—Cumplimos lo prometido —puntualizó Paco, atento a su negocio de las diez mil del ala.

—Agradecemos muchísimo que se haya dignado venir —dijo el portavoz del grupo, el «diputado» elegido espontáneamente.

Malén le reconoció en seguida. Era Torcuato, un joven vendedor de horchata que siempre la piropeaba y solía darle ración doble. Tenía un

pequeño puesto en el Paseo Marítimo. También reconoció a José el burrero, que se dedicaba al negocio de burros de alquiler, a los que los turistas eran muy aficionados para realizar algunas excursiones, popularmente calificadas de «burradas». Greg le conocía y solía decir que José el burrero estaba haciéndose rico. También reconoció a un antiguo camarero del «Marbella Club» y a un ayudante de peluquería que en cierta ocasión le lavara la cabeza. Una reunión variopinta, llena de entusiasmo, de ambición y de mucha candidez. Malén era toda sonrisas, y su animación se le contagió a su acompañante, que comenzó a darle la mano a todo el mundo, como un jefe de gobierno que esperase ser reelegido.

Sentada en una banqueta alta, como instalada en un trono, Malén se vio obligada a beber vino blanco y vino tinto, a comer pulpos y pescaditos y a meter los dedos en la picante salsa que acompañaba a las coquinas.

Se sentía como Isabel la Católica, cuando, según la leyenda, se instalara en Marbella tras arrebatarla por fin a los moros y dijera: «¡Qué mar tan bella!» Con lo cual la futura ciudad quedó bautizada. Como Isabel, fue recibiendo las peticiones de los súbditos entre copa y copa de vino.

—Señorita Malén, nosotros queremos instalar una buena fábrica de helados en «Petrodol», y sabemos que usted es amiga del emir. Casi como una hermana. Y a una hermana no se le niega un favor.

—No se le niega —corroboró Curro, olvidando que solía decir sin mala intención que por hacerse millonario degollaría a su padre.

—Pero... ¿qué favor puedo yo hacerles? No soy el emir.

—Ese señor no será capaz de dejarla mal —apuntó el dueño de «Los Palos», que apestaba a aceite frito.

—Necesitamos un permiso y un solar, con facilidades de pago.

Imaginaba Malén que aquellas facilidades se referían «a cien años vista».

—Prometo hacer lo que pueda —admitió generosamente.

Y de todo corazón deseaba que aquello fuese cierto y poder ayudar a la gente. Pero no estaba muy segura de que «Felpudo» no la mirase sorprendido y le dijera: «No te metas donde no te llaman, “Bizcochos”. Los negocios son sólo para los hombres.» Porque, al fin y al cabo, «Felpudo» era musulmán.

Les hicieron una despedida ruidosa cuando tuvieron que marcharse. La vieja que servía el vino preguntó:

—¿Quién es él...? ¿Su novio?

Y Curro dijo que sí, que probablemente lo era desde hacía unas horas, porque un día de sol en una playa solitaria obraba milagros. Y los «siervos peticionarios» dieron vivas a los novios y les desearon pronta boda y muchos hijos, mientras Paco «el Terrorista» recibía de manos del mesonero las diez mil pesetas por el secuestro.

El profesor reía sin poder evitarlo, y Malén se regocijó de que pudiera reír así, como un hombre joven que era, y se dijo que nunca le había visto tan contento. Pero, claro, tan sólo hacía dos días que le conocía.

Dos días exaltantes y poco vulgares, en los que se incluían intentos de asesinato, secuestros, llantos, risas y un fabuloso «beso listo» que nunca olvidaría.

XXIII

Hileras de luces alumbraban el paisaje incomparable de Puerto Banús, haciendo destacar la impecable blancura de sus bonitas casas, los elegantes bares y restaurantes, los escaparates de sus pequeñas tiendas que dejaran iluminados, porque, en el Puerto, la noche era bulliciosa y los negocios de todas clases nunca cesaban.

Tan sólo veinticuatro horas antes, Malén cabalgó tristemente por el Puerto detrás del adusto vecino y de sus perras. Aquel vecino a quien un día de sol y un tablero de ajedrez transformaron, arrancándole la careta de pesimismo y aburrida furia.

Malén, estornudando a dúo con Marcos a causa del chal de Angora, esperaba junto al muelle la llegada de la motora que les conduciría a bordo.

Fondeado en plena bahía y con todas las luces encendidas, el *Yasfir de Kebal,* nombre del yate del emir, era mucho más grande de lo que Malén supusiera. Casi un pequeño transatlántico, cuya perfecta blancura destacaba sobre el mar oscuro. Pequeñas olas rizadas chocaban contra los costados de los numerosos yates aparcados junto a los muelles. Igual que la noche anterior, en todos ellos reinaba alegría y agitación. Y también en las terrazas de los restaurantes, abarrotados, donde cualquier figura femenina merecía ser fotografiada para la más satinada revista internacional.

«Marbella... bella en invierno», se dijo Malén, y tuvo un recuerdo cariñoso para su libro interrumpido y casi terminado.

Todo cuanto les rodeaba había sido preparado para lograr la felicidad y la satisfacción de los visitantes. Era agradable, bello, excitaba y parecía prefabricado para las personas que querían «vivir vivas», en lugar de «dormitar muertas»... Sí... Había mucha gente, demasiada gente, que «bostezaba sus vidas» y que al llegar la noche se retiraban a sus «Valiums»

o a sus insomnios, tras oír a los locutores de televisión salpicar al mundo con su cargamento de miserias, crímenes y vilezas.

Era preciso luchar contra aquello, defender la paz interior y la alegría de jóvenes y viejos. Acabar con la obsesión de los medios de comunicación por convertir a los ciudadanos en seres opresivos y sin esperanzas. Si la suerte la ayudaba y lograba ser una periodista famosa, haría en la prensa una campaña de optimismo, recordando que el mundo era bello, que existían cosas maravillosas, que la gran mayoría de los seres humanos no era perversa, sino, por el contrario, muy capaz de derrochar inteligencia y bondad en beneficio de todos. Demostrar a la juventud que se podía vivir más feliz fuera del caos, de la droga y de la fealdad.

«¿Qué me pasa esta noche, que me siento capaz de arreglar el mundo?», se dijo, llena de impaciencia, deseando que las cosas se precipitaran, aunque no supiera exactamente de qué cosas se trataba. Y miró a Marcos, y se dio cuenta de que él también estaba mirándola sin pestañear.

—¿Qué piensas? —preguntó.

—No pienso nada. Estoy viviendo unos instantes que me gustaría recordar siempre —explicó él—. Ignoro el motivo, pero noto que son momentos de excepción.

—No trates de analizar las cosas, profesor. Disfrútalas sin problemas. Vivamos el minuto presente.

Llegaban sonidos de música de todas partes. La gente, agrupada ante el embarcadero, tarareaba. Había invitados superelegantes, españoles y árabes, franceses y alemanes, ingleses con esmoquin de fantasía y mujeres de todos los países que exhibían sus visones aunque no hiciera frío. Y también estaba allí el inevitable grupo de curiosos que se agolpaba para ver embarcar a los famosos de la Costa, personalidades mundiales que pasaban las horas del día a bordo de sus yates o encerrados en sus espléndidas fincas.

En la primera fila estaban, como era de esperar, Paco «el Terrorista» y Curro, dispuestos, como siempre, a pasarlo en grande, aunque fuera en calidad de comparsas. Y posiblemente a gastarse sus diez mil pesetas.

Paco, que era aficionado a la música, contaba a su amigo que alguien le había regalado la noche anterior una entrada para asistir a un concierto en el «Parque de Atracciones Tívoli».

—Fue maravilloso, chico. Tienes que ir alguna vez.

—No me gustan las orquestas —objetó Curro—. Me basta con una guitarra de vez en cuando.

—Donde haya una orquesta completa, que se quiten las guitarras, macho. Entraban de repente los violines: «tirín, tirín, tirín...», y en seguida el piano: «linlán, linlán»... Pero de pronto los trombones: «plon, plon, cataplón», te aturdían. Luego los pífanos bien agudos: «crisss..., crisss..., crisss...». Y de golpe, todos los metales juntos: «chaff..., chaff..., chaff...».

Curro se rascó la cabeza, cuidando de no despeinarse.

—Con esa descripción consigues dejar en ridículo incluso a Beethoven —decidió, tajante. Y Paco se calló, humillado—. Mira. Ahí viene la motora del emir. ¡Vaya motora!... Parece otro yate...

Los dos amigos vieron cómo Malén y el profesor embarcaban y les decían adiós con la mano.

—Son buena gente —admitió Curro—. Ni siquiera se han enfadado por el rapto. ¡Ojalá no se casen...!

—¿Por qué no quieres que se casen...? —se intrigó Paco, que no era persona de muchas luces.

—Porque me gustaría que fuesen felices —declaró el desilusionado marido. Y luego añadió—: Pero estoy oliéndome que esto acabará mal. Quiero decir, en boda. Porque los dos son personas serias..., si entiendes lo que quiero decir. Y se gustan de una forma que impresiona. ¿O es que no captas esas cosas ya...? Estás haciéndote viejo, Paco.

Las dos «personas serias» se aproximaban al yate, convertido en un ascua de oro. A Malén le latía el corazón muy de prisa, y le hubiese gustado saber si el de Marcos seguía su marcha normal o si también estaba excitado... ¿Latirían igualmente muy de prisa los corazones de los otros ocupantes de la motora, o estarían ya acostumbrados a aquellas fastuosas recepciones que no lograban sacarlos de su elegante tedio?

Como si adivinara sus pensamientos, Marcos le sonrió y acarició con un dedo el contorno de su nariz.

—Permítame decirle, María Elena Rey, que es usted la representación de la alegría de vivir. Sus ojos echan chispas. Para ser exacto, toda usted chisporrotea.

—¿Vas a llamarme de usted otra vez? —se inquietó.

—No. Han pasado demasiadas cosas entre nosotros —insinuó con malicia.

—Sí —admitió ella—. Unas emocionantes partidas de ajedrez... Un banquete de rábanos...

—Dos «besos tontos»... Y... —esperó para que lo dijera ella.

—...y un «beso listo»... —concluyó, impulsiva.

Y comprendió ya tarde que él la había incitado a mencionarlo. Aquel profesor con aire de despistado se las sabía todas.

Subieron a bordo, uno junto al otro, y fueron guiados por dos jóvenes árabes hacia los salones donde tenía lugar la recepción. Estaban llenos de gente, y fueron siguiendo a los que delante de ellos trataban de abrirse camino.

¿Cuántos árabes había en Marbella? Sus trajes destacaban entre los esmóquines y los uniformes. No podían contarse. Se repitió mentalmente que eran sólo turistas agradables y generosos. En el fondo, seguía conservando el espíritu de Isabel la Católica, que le brotara de pronto en el merendero de «Los Palos». Y tanto árabe junto intranquilizaba el patriotismo de la hija del almirante Rey.

—Creí que no llegarías nunca, muchacha —la recriminó Ramiro, acercándose con rapidez—. Tenemos muchas cosas que hacer. ¿Me perdona que se la robe, señor...? —Vaciló, porque recordó que nadie les había presentado.

—Mi amigo y vecino el profesor Marcos Silva... Éste es mi jefazo, Ramiro Anglada, director de «El Matinal». —Ambos hombres se estrecharon las manos, mirándose con curiosidad. Más que mirarse, se escudriñaron. Con cierto pesar, dijo ella a Marcos—: Tendré que abandonarte un momento, porque el trabajo me reclama. Espero que volvamos a encontrarnos en seguida.

—Te encontraré aunque tenga que recorrer el barco de babor a estribor. Cuide de ella, jefe.

—Así lo haré. No se preocupe, amigo. Es demasiado importante para perderla de vista.

Malén recordaría después aquella noche como su primera apoteosis personal. Su primer auténtico contacto con el mundo del éxito y del trabajo. Con aquel mundo dirigente que declaraba guerras, firmaba tratados de paz, lanzaba modas, enriquecía a los pueblos o conseguía arruinarlos. El mundo de los importantes. No era exactamente la *jet society* que Curro admiraba tanto y que sólo servía para inspirar artículos a las revistas, sino otro sector social mucho más secreto y poderoso.

«Los que mandan...», como diría Curro.

Los que dictan. Los que inventan. Los que realizan, los que impiden que se realice. Los que hacen y deshacen. Los bien situados. Los listos y los frescos. Los positivos y los egoístas. Los que despiertan la rabia homicida de los subalternos y la admiración beata de los otros.

Y allí estaba ella, la trilliza del almirante Rey, asaeteada por la prensa, por la radio y por la televisión; retratada, entrevistada, comentada. Ni siquiera había conseguido hablar con el emir, al que veía a distancia, rodeado de esmóquines, de chilabas y de uniformes. Y tampoco él la había descubierto todavía. Ni con el pensamiento se atrevía ahora a llamarle «Felpudo», abrumada por el lujo del barco y la brillantez de la reunión.

Sin embargo, supo estar graciosa y discreta ante las cámaras de televisión; habló de su vieja amistad con el emir sin pavonearse y admitió que, en efecto, el emir le había hecho algunas importantes confidencias, de las cuales se enteraría el público leyendo «El Matinal». Al decir esto, captó la mirada aprobadora de Ramiro, que le hizo un silencioso gesto de aplauso. Detrás de su jefe sobresalía la cabeza casi rubia de «El Caso Perdido», que no estaba tan perdido como las «Siemprevivas» suponían. Fuera donde fuera, Malén descubría su cabeza a veinte pasos de distancia, entre el grupo de curiosos que escuchaban. De pronto dejó de verle, y se preguntó dónde estaría. Sintió tanta inquietud, que trabucó las palabras ante el micrófono de la radio.

En un momento de calma preguntó a Ramiro:

—¿Has visto a mi amigo...?

Y, para hacerla rabiar, Ramiro contestó:

—¿Qué amigo...?

—El rubio quemado por el sol.

—Lo siento. No le he visto. Pero no te preocupes. Encontrará compañía. Andan muchas chicas bonitas sueltas por ahí.

—Eres un aguafiestas, Ramiro. El próximo notición que me dé el emir se lo venderé a un competidor tuyo.

—No harás eso, por tu madre...

—¿Qué es lo que no debe hacer mi chica bonita? —preguntó Greg agarrándola por los hombros.

Había estado dando vueltas y vueltas hasta encontrarla. No era de los que se resignaban a un desprecio femenino. Ni podía creer que Malén, a la que considerara comprensiva y fácil de contentar, se rebelara de pronto y se transformase en una gatita rencorosa. Justo en el momento en que le era necesaria su amistad.

—¿Eres tú...? —dijo ella sin entusiasmo.

Y vio que Ramiro se alejaba con el director de un periódico extranjero y la dejaba abandonada a su suerte.

—Estás obteniendo un gran éxito, ¿eh?... Espero que no se te suba a esa preciosa cabecita. Siempre la has tenido bien sentada sobre tus hombros. ¡Mi chica, entrevistada por la radio y la televisión...! ¿No es increíble...?

—¿Por qué ha de ser increíble...? Siempre supiste que soy periodista, y esos dos medios me son familiares.

—¿Has comido algo, «Belleza»? Hay un maravilloso *buffet* en el salón contiguo. Déjame que te acompañe allí y que te cuide.

—Eres muy amable, Greg. Pero estoy decidida a prescindir de tus... cuidados, y no quiero ser descortés. Te agradecería que «cuidases» a cualquier otra. Lo nuestro, si es que hubo algo a lo que se pudiera llamar «nuestro», acabó hace dos días. Aunque te sorprenda..., creo que ya lo he olvidado. Sin duda, era demasiado superficial. Perdóname y no insistas. Tengo que buscar a mis amigos.

Hizo ademán de marcharse, y Greg la sujetó por un brazo.

—¡No serás capaz de hacerme eso a mí! —dijo con los dientes apretados. Era la primera vez en su vida que una mujer le desairaba.

—Soy absolutamente capaz. Y, por favor, suéltame. Siento claustrofobia cuando me sujetan.

—Me equivoqué contigo; eres una frívola sin corazón —insistió furioso, apretándola más fuerte.

Malén le lanzó una mirada fría.

—¿Y tú qué eres, Greg...? ¿Crees que he podido olvidar la escena de la otra noche...? Me repugnas. Tú mismo has abierto mis ojos. ¿Sabes cómo te llaman en Marbella? El «Calientacamas». Afortunadamente, nunca tuviste ocasión de calentar la mía. Ni la tendrás jamás. Apártate de mi camino. Tengo mejores cosas que hacer.

Pero la mano de Greg no soltaba su brazo, oprimiéndole hasta hacerle daño.

—¿Con ese vecino misterioso que tenías oculto en casa...? ¡Qué poco me hablaste de él! La mojigata no lo era tanto... Era muy cómodo tener un hombre para salir a divertirse y otro junto a tu cuarto.

—¡Cállate! Si no te callas, iré ahora mismo a decirle a Agiman lo que vi en la oficina. Suelta mi brazo.

—Le partiré la nariz a ese odioso vecinito en cuanto le vea.

—Hazlo, si te atreves. Es profesor de artes marciales, y le darías una oportunidad estupenda de practicar.

En aquel preciso momento y con gran alivio, Malén oyó una voz a sus espaldas:

—Señorita Rey... Por fin la encuentro. Llevo mucho rato buscándola.

—Buenas noches, doctor Samir —se apresuró a responder sonriendo. Y Greg tuvo que soltar su brazo, en el que quedó una señal rojiza—. ¡Qué espléndido yate y qué espléndida fiesta!

—El emir desea verla. Insistió en que no reapareciera sin usted.

También el doctor Samir llevaba ahora su vestimenta árabe y parecía distinto del moderno dueño de casa con el que había cenado horas antes. Era curioso cómo una ropa distinta conseguía levantar una muralla invisible entre las personas.

—Trataremos de abrirnos paso hasta él. Se quedó hablando con el ministro español, pero ahora no le veo. Vayamos hacia allá. —Cogió una copa de champán de la bandeja que presentaba un camarero y se la ofreció —: Ha sido una noche de muchas emociones, ¿no?... —insinuó, risueño.

—Yo más bien diría que un día completo. —Bebió el champán helado y contuvo la tentación de volver la cabeza para cerciorarse de que Greg se había marchado—. Vamos a saludar al emir.

De lejos se vio reflejada en un espejo, y le gustó su aspecto con el vestido de gasa blanca sobre su piel tostada. La melena oscura, muy limpia, flotaba sobre sus desnudos hombros. Las sandalias doradas de altos tacones la hacían parecer tan alta como el propio Samir, y se sintió satisfecha de sí misma aunque el vestido no fuese nuevo ni hubiera podido ir a la peluquería.

—Preséntemе a la señorita, doctor Samir. Precisamente andaba buscándola.

Otro más. Se trataba esta vez del director del más importante diario madrileño. Malén contuvo la respiración. Insinuó su mejor sonrisa y escuchó las lisonjas del famoso personaje. Estaba consciente de que su porvenir empezaba a forjarse aquella noche, y trataba de mantener la cabeza firme para aprovechar las circunstancias. Su destino había cambiado bruscamente de rumbo, presentándole inimaginables horizontes.

«No pierdas la oportunidad, María Elena Rey. Si la pierdes, no te lo perdonarás nunca», se dijo, mientras escuchaba, asentía y aceptaba una cita para el día siguiente con el importante periodista.

—Son demasiadas emociones —confió a Samir cuando prosiguieron su camino.

Y él asintió con un parpadeo expresivo.

Malén vio de lejos a Natalia y a Agiman, que agitaron sus manos como si el encontrarla fuese la mayor alegría de sus vidas, y fingió no advertirlos, siguiendo a Samir, que le abría paso. En un ángulo del salón contiguo, y sobre una tarima que le proporcionaba un nivel algo más alto, divisó a Kalid, sentado en un sillón y rodeado de un grupo de gente. Vestía de blanco y, para disimular su ojo morado, llevaba gafas ahumadas. Debía de estar infinitamente cansado, pero no lo demostraba, aunque con seguridad le dolerían todos los huesos del cuerpo. Sólo por un milagro se encontraba allí y no en el fondo del mar. Y estaba consciente de su buena suerte.

Al ver a Malén intentó levantarse, y lo logró en tres tiempos, ayudado por su interlocutor más inmediato. Malén abrió la boca con asombro al

darse cuenta de que aquel interlocutor no era otro que el profesor Marcos Silva, que demostraba sentirse muy a sus anchas con el conciliábulo. Al verla acercarse, su rostro se animó aún más. ¿Dónde estaba ahora aquel tremendo ceño que ella calificara de «nido de abejas»...? La rubia cabeza de estatua griega resaltaba sobre el oscuro esmoquin, y los labios apretados mantenían una sonrisa.

—Hola, Malén —saludó el emir.

Y las cámaras de televisión, enfocadas en su dirección, captaron los dos fraternales besos con que él la acogiera.

Dos «besos tontos», como hubiera dicho Marcos. Pero dos besos llenos de cariño fraternal. De un cariño que se mantendría siempre.

XXIV

Estaban sentados sobre los escalones de piedra que abrían paso al interior de «La Siempreviva». Un taxi les había llevado hasta allí y, para no separarse, permanecían quietos viendo extenderse sobre los campos la débil luz del amanecer. Malén se había quitado las sandalias, y Marcos sus zapatos relucientes, y gozaban en aquel instante de un maravilloso silencio compartido. Llevaban más de una hora hablando en voz baja, para no despertar a los dueños de la casa, cambiando impresiones, desbordados por los sorprendentes acontecimientos.

El emir les había hecho unas emocionantes proposiciones.

—Quiero que vengan los dos conmigo, de regreso a Kebal. Sólo estaré aquí cinco días, y me gustaría que me acompañaran en el regreso. Tú, Malén, podrás escribir unas apasionantes crónicas de mi país, que te haré conocer personalmente. Y el profesor echará un vistazo a mis maquetas de recuperación de regiones desérticas. Durante la cena en casa de Samir me pareció que conocía el tema muy a fondo. Incluso dijo que había escrito un libro acerca de ello. Un libro que le editó una universidad de Estados Unidos.

Y Malén no pudo por menos de interrumpir asintiendo:

—Sí. Es profesor de todo.

—Creo que para los dos puede resultar un viaje fructífero. Y también para mí. Tus artículos nos abrirán una etapa de mejores relaciones públicas con España. Una vez en Kebal..., ¡quién sabe! —Miró a Marcos con cierta intención—. A lo mejor se sienten tan felices, que deciden quedarse mucho tiempo. ¿Qué le parece la idea, profesor...? No se apresuren a contestarme. Medítenlo durante todo el día de mañana, y por la noche me darán su respuesta.

Y allí estaban los dos, anonadados por la emocionante oferta, creyendo haber soñado, temiendo despertarse y comprobar que ninguna de aquellas aventuras había sucedido y que la vida cotidiana tenía que continuar.

Malén se vio a sí misma camino de la oficina, sin que existiera en el piso de arriba un hombre joven y atractivo, que no admitía los «besos tontos», sino un anciano doctor, como Maribelina describiera, gruñón y desagradable, que sólo recetaba aspirinas.

Marcos volvió a verse solitario, descifrando por carta problemas de ajedrez, bañándose solo —y desnudo— en la desierta playa donde su amigo pescador entronizara la barraca. Y regresando a casa con las perras, sus únicas compañeras.

—No es vida para un hombre —exclamó en alta voz.

Y Malén le miró curiosa.

—¿A qué vida te refieres...?

—A la vida que yo llevaba antes.

—¿Antes de qué...?

—Antes de que irrumpieses en mi casa... con tu cadáver a cuestas. Tu presencia me ha hecho sentir la estupidez de mi existencia.

—¿En serio...? —dijo, muy alegre.

—Completamente en serio. Voy a aceptar la propuesta del emir. Voy a iniciar una vida nueva. Hasta septiembre, en que iré a dar las conferencias en Colonia, no tengo nada que hacer. ¡Iré!... —La miró a su vez e hizo una transición con la voz—. Al decir «iré», quiero decir, por supuesto, «iremos».

—Empecé a sospechar que ibas a tirarme por la borda.

—Kebal no me interesaría sin ti. —Calló un segundo y añadió—: Ni Colonia..., ni Madrid..., ni Marbella. Es curioso pensar esto, pero no lo oculto. Lo siento así. No sé qué mosca me ha picado —concluyó, enojado consigo mismo.

—Alguna mosca desconocida, que no figura en tus catálogos de profesor de todo. Pero yo aún tengo que meditar sobre el tema.

—¿Qué tema? ¿Sobre las moscas?

—Sobre el viaje. Ahora podría hacer muchas cosas aquí. Profesionales, se entiende.

—¿No será que también te preocupan las «no profesionales»..., como, por ejemplo, el odioso tipo del maldito llavero, a quien vi hablando contigo a bordo...?

—¡Ah! ¿Le viste...? Pues debías haber intervenido. Él me aseguró que pensaba romperte las narices.

Puerilmente, se tocó la nariz.

—¿A mí? ¿Por qué...? Me hubiera gustado que lo intentara.

—Cree que eres mi... mi amor. E incluso que vivimos juntos..., guardando las apariencias.

Él se rascó la barbilla, que sonaba ya rasposa por el lejano afeitado.

—No me disgusta nada la idea —confesó con cara satisfecha.

—¿La de que te parta las narices?

—La de vivir juntos. Suena bien. VIVIR JUNTOS. ¿Qué dices a eso...?

—No digo nada. Pero estoy empezando a pensar que, en efecto, merecerías que alguien te partiese las narices. A pesar de las tinieblas, adivino en tus ojos una expresión libidinosa que me irrita... ¡No sigas pensando en eso que estás pensando! ¡Te lo prohíbo...!

Él rió bajito. Su risa sonaba alegre y excitada.

—¿Cómo sabes en lo que estoy pensando...?

—Lo adivino... Y tengo que advertirte que yo no soy una chica de ésas...

La voz de Marcos se hizo cálida y persuasiva:

—Seas la clase de chica que seas... me gustas mucho tal y como eres. —Se acercó más a ella y pasó un brazo por sus hombros—. Dejemos tiempo al tiempo, Malén. Apenas nos conocemos..., pero la atracción física que sentimos el uno por el otro puede ser peligrosa. —Apoyó la cara sobre el pelo de ella y lo besó y lo olfateó, como si quisiera respirarla por entero—. Aceptemos ese viaje que nos ofrecen y que nos permitirá ver claro en nosotros mismos... Tratarnos..., intimar..., ir descubriendo nuestras mutuas aficiones..., pelearnos..., insultarnos..., besarnos...

Ella alzó la cabeza, desafiadora.

—¿Quién te da derecho a planificar mi porvenir?

Él tardó en contestar.

—Cuando algo me gusta de verdad, no espero a que nadie me dé derechos. Los tomo.

Cogió la cara de Malén entre sus manos y rió bajito, adivinando que ella esperaba que la besase, porque tenía ya los ojos cerrados. Pero aún no la besó.

Malén le miró con sorpresa.

—No me gustan tus modales de macho dominante —dijo con voz trémula—. Entérate de una vez y para siempre, profesor Marcos Silva.

Él aún no había soltado su cara.

—Haremos ese viaje juntos, mi amor, y de vez en cuando..., porque no quiero asustarte..., sólo de vez en cuando..., nos daremos un beso como éste.

Uniendo la acción a la palabra, apoyó sus labios sobre los de Malén, que lanzó un gemido de placer. También su mano alcanzó la nuca de él y apretó aún más sus labios contra su boca. Marcos sintió un escalofrío de increíble placer y continuaron así, unidos con aquel beso con el que instintivamente tomaban posesión el uno del otro.

Tenían mucho tiempo por delante... Y el destino decidiría. Pero Malén estaba segura de una cosa: nadie le quitaría a aquel hombre.

Como si adivinara sus pensamientos, él se apartó un segundo y preguntó con fingida inquietud:

—¿Piensas llevarte el cepo a Kebal...?

Ella sonrió sin contestar y, con femenina malicia, pensó que, en efecto, poco a poco prepararía su cama para meter al tigre...

FIN